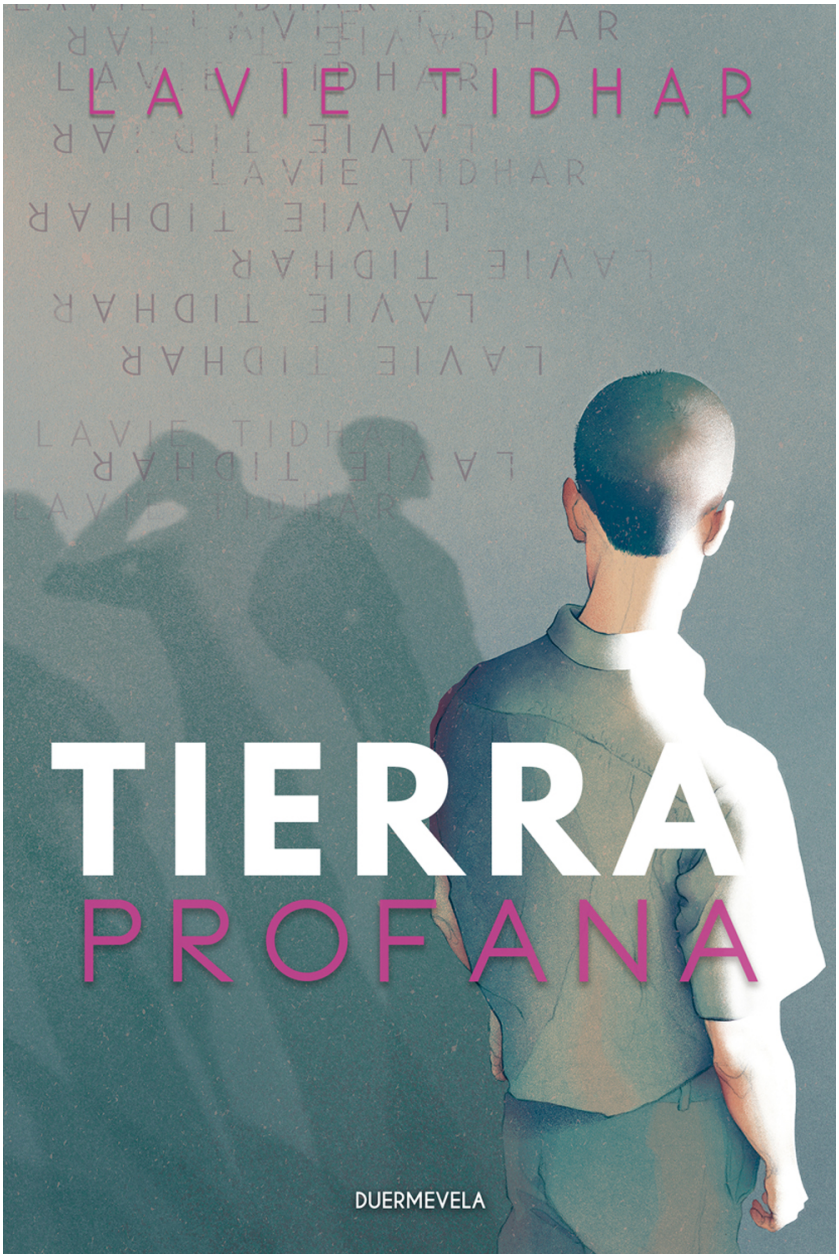

LAVIE TIDHAR
TIERRA
PROFANA
DUERMEVELA

TIERRA PROFANA

Lavie Tidhar

TIERRA PROFANA

Traducción de

Alexander Páez

Corrección de

Rebeca Cardeñoso

Título original: *Unholy Land*

© Lavie Tidhar, 2018

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Alexander Páez, 2022
© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2023
Calle Acebal y Rato, 3, 33205 Gijón

www.duermevelaediciones.es

Primera edición: enero de 2023

Ilustración de la cubierta e interiores: ©Adara Sánchez
Diseño: Almudena Martínez

ISBN: 978-84-125725-7-5
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Eliot

INDICE

Introducción por Silvia Moreno Garcia

Parte uno: Llegadas
Parte dos: Investigaciones
Parte tres: Viajes
Parte cuatro: Interrogatorios
Parte cinco: Fronteras
Parte seis: Distracciones
Parte siete: Viajes
Parte ocho: Huidas
Parte nueve: Explicaciones
Parte diez: Partidas

Epílogo histórico
Glosario
Posfacio por Nieves Mories

INTRODUCCIÓN

Estoy escribiendo esta introducción en 2022, cuando se han puesto de moda las historias de multiversos. Yo diría que cuando era joven los viajes temporales eran muy populares, pero en cine y en literatura nos encontramos hoy en día con más mundos paralelos que coches que nos pueden transportar a otros siglos, como sucedía con cierto DeLorean que volaba en las pantallas de los ochenta.

Tiene sentido que de alguna manera *Tierra profana* pertenezca perfectamente a este mini-boom de universos paralelos y que al mismo tiempo se desborde, escape esta categoría y sea una obra única.

Parte de lo que separa la novela de Tidhar de libros y películas contemporáneas que utilizan los mundos paralelos como tema central, es su mezcla de géneros y temáticas. Tidhar nos ofrece una realidad en la cual el estado de Israel se convierte en Palestina, un territorio establecido en África del Este. Ahí se esta levantando una muralla para mantener a los refugiados africanos fuera del área y aunque la ubicación de Palestina sea diferente a la del Israel de nuestro mundo, la violencia y el conflicto también anidan en este universo. Vista de esta forma, *Tierra profana* es una novela de crítica política.

Sin embargo, Tidhar utiliza elementos de novela negra para contar su historia. Nos encontramos con Lior Tirosh, un escritor que se convierte en detective aficionado salido de las novelas clásicas de Chandler, tratando de descubrir quien ha asesinado a su amigo y siguiendo la pista de una chica que ha desaparecido.

De esta manera, al igual que la novela complica y mezcla realidades, Tidhar complica y mezcla géneros: la ciencia ficción y la novela negra, la novela política y la novela de escapismo. La ambición de Tidhar en sus múltiples cuentos y novelas parece ser precisamente un deseo de complicar nuestra existencia. No nos puede dar un refrito de las sagas artúricas, en lugar de eso nos ofrece pandilleros medievales en *By Force Alone*, y su novela del holocausto, *A Man Lies Dreaming*, es poéticamente trágica y sarcásticamente

violenta.

De esta misma manera, *Tierra profana* es en ciertos momentos la tragedia de un padre y su hijo, la historia de la formación de una nación, una novela de Cábala y misticismo judío, y un relato de detectives.

Leí una nota que decía que quizá este amor por los multiversos es un amor por el escapismo. Que deseamos huir a otros mundos que son mejores que nuestro mundo. Tidhar no nos ofrece escapismo. Lo que presenta es un espejo oscuro de nuestra realidad, pero al mismo tiempo nos muestra un rayo de esperanza.

Varias veces he bromeado con Lavie, diciéndole que hubiera sido un magnifico escritor pulp si hubiera logrado trabajar en la época de oro de las revistas de ciencia ficción. Y aunque eso es cierto, creo que ha sido mi buena suerte que exista en mi época y sea contemporáneo mío ya que su presencia me ha permitido entablar una conversación con uno de los escritores mas creativos y audaces de las ultimas décadas.

Porque finalmente esta es la huella mas clara que ha dejado Tidhar en nuestra literatura: una osadía sin límites que lo lleva a explorar las fronteras de múltiples géneros y al mismo tiempo enriquece nuestros anaqueles. Las novelas de Tidhar son inteligentes e intrépidas, y en algunos años, cuando muchas de las historias de multiversos hayan caducado, creo que *Tierra profana* mantendrá su poderío narrativo.

Silvia Moreno-Garcia
Agosto de 2022, Columbia Británica

Hace años, instigado por el vago recuerdo de una historia que me contaron cuando era crío, visité la Wiener Library de Londres. Allí, recopilado en microfilm, encontré el informe de 1904 de una expedición con destino fatal al condado de Uasin Gishu, lo que por aquel entonces era el África Oriental Británica. La expedición fue ordenada por Theodor Herzl, el debilitado líder del movimiento sionista, en respuesta a una extraordinaria oferta de Joseph Chamberlain, el secretario colonial británico de la época.

La oferta: un pedazo de tierra en la frontera de Uganda que sería reservada como hogar para los judíos.

En medio de un vigoroso debate en el congreso sionista entre los «Territorialistas», que se decantaban por aceptar cualquier tierra disponible, y los «Tierra Sagrada», decididos a conseguir un asentamiento en la por aquel entonces Palestina otomana, Herzl consideró oportuno comisionar una pequeña expedición a aquel territorio.

En 1904, un joven ruso judío llamado Nahum Wilbusch salió de Trieste a bordo del S.S. *África*, rumbo al puerto de Mombasa. Allí se le unió una extraña pareja: el comandante Alfred St. Hill Gibbons, notable explorador británico y antigua «mano africana», y Alfred Kaiser, naturalista suizo.

Los tres hombres llegaron a Nakuru, en la frontera del asentamiento propuesto, el 18 de enero. Se retrasaron allí a la espera de su equipaje y mientras tanto Gibbons intentó reunir porteadores para la expedición. No dejaba de llover. El 28 ya habían acampado en el territorio.

La expedición no fue bien. En los dos meses de travesía por la meseta de Uasin Gishu, Wilbusch se perdió y se separó de los demás, y un contingente hostil de nandi los atacó hacia el final del viaje.

Los informes sorprenden por su disparidad: mientras que Gibbons ve una tierra fértil y pacífica, Wilbusch no encuentra señales de agua o pastos. Ambos informaron sobre tribus nativas asentadas en el área.

Desde Mombasa, Wilbusch viajó a Palestina. Entregó un informe rotundamente negativo sobre la posibilidad de un asentamiento judío en el África Oriental Británica, una oferta vista por sus partidarios como un Nachtasyl, o «refugio de noche», para los atribulados judíos de Europa.

Para cuando los miembros de la expedición entregaron sus informes, Theodor Herzl había fallecido, y los «Tierra Sagrada», a los cuales al parecer Wilbusch había pertenecido desde el principio, habían ganado partidarios en el congreso sionista. El plan para el asentamiento judío en África fue

abandonado, y hoy en día no es más que una curiosa nota a pie de página en la historia. Una historia quizá apócrifa imagina a un envejecido Wilbusch que sobrevuela el lugar años más tarde y sufre remordimientos al pensar en que quizá el Holocausto no hubiera ocurrido de haber seguido adelante con el plan. Pero esa es la esencia de estas imaginaciones: son castillos en el aire y no hay que tomarlos demasiado en serio.

Una década después de leer el informe de la expedición estuve viviendo un tiempo en Israel. Allí nos alojamos en un apartamento pequeño y estrecho a un tiro de piedra del casco histórico de Jaffa. Construido sobre las ruinas de un antiguo cine árabe, conectaba con los otros apartamentos por un pequeño patio interior de piedra donde crecía un naranjo solitario, plantado allí por el propietario original muchos años atrás.

Vivíamos puerta con puerta con el antiguo teatro de la Alhambra, un gigantesco edificio art decó donde actuaron Umm Kulthum y Farid al-Atrash. Había estado abandonado durante años y ahora lo estaban reformando. Nos despertaron ruidos de disparos en dos ocasiones. La primera alguien había tratado de prenderle fuego al edificio. La segunda, intentaron estampar una furgoneta llena de explosivos contra él. Nadie tenía muy claro el motivo.

En aquella época recorría el mercado de segunda mano de Jaffa casi cada día, y paraba en un café que hacía esquina con la antigua torre del reloj otomana, desde donde podía escuchar y oler el mar. En la calle de enfrente, el tráfico avanzaba a duras penas bajo el sol. En una ocasión llegué y me encontré al camarero llorando desconsolado aunque sin parar de trabajar ni un instante. Nunca supe por qué.

El mercado de segunda mano era gigantesco, y estaba repleto de gente que llevaba vidas duras y vendía todo tipo de cosas abandonadas o inútiles. Estaba situado bajo la sombra del casco antiguo y del antiguo fuerte egipcio en la colina. Había demasiada historia comprimida en un solo lugar.

Allí fue donde recogí tesoros de dudosa procedencia. Westerns y novelas eróticas en hebreo antiguo, un panfleto sobre un romance sionista y una de las primeras aventuras de *David Tidhar: El primer detective hebreo*, de 1938 más o menos, con un anuncio en la parte trasera del Landwer Café, en Tel Aviv, cuyo mayor reclamo era una nueva radio eléctrica.

Una noche, quizá en primavera, soñé con Palestina. Una nación en un mundo que nunca había sido, un estado judío fundado en África Oriental. Vi por mi mismo los edificios blancos de Ararat, los campos de refugiados en el

recién construido muro de separación en Nakuru, y a los mercenarios luchando bajo la sombra del monte Elgon al mismo tiempo que una manada de elefantes avanzaban en silencio bajo la luna llena. El sueño se quedó en mi cabeza.

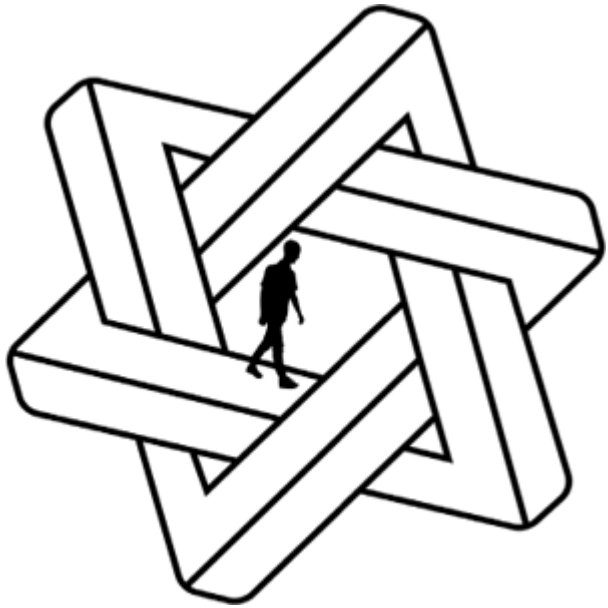
Unos meses más tarde me marché de nuevo de Israel. Por aquel entonces habían arrestado al responsable de los ataques a nuestra vecina Alhambra. Al parecer era un abogado judío del norte de Tel Aviv que había contratado a un grupo de bombarderos árabes solo para reclamar el dinero extra del seguro. Al final ni siquiera le condenaron. Algunas cosas, me temo, no puedes inventarlas.

Pero para entonces ya estaba viviendo en otro sitio.

«El objetivo de nuestros esfuerzos no debe ser la «Tierra Santa» sino una tierra propia. No necesitamos nada más que un gran territorio para nuestros pobres hermanos; un pedazo de tierra de nuestra propiedad del que ningún dueño extranjero pueda echarnos».

Leo Pinsker, *Auto-emancipación,* 1882

PARTE UNO
LLEGADAS



1.

El vuelo de Berlín iba con retraso. Tirosh se entretuvo frente a la puerta. Llevaba una chaqueta fina. Las líneas del aeropuerto eran frías y limpias. El suelo de madera brillaba y las paredes de vidrio dejaban pasar una difusa luz gris. Tirosh observaba a la gente pasar.

Los pasajeros en los aeropuertos parecían viajeros sacados del tiempo. Su ropa no encajaba con su geografía, su moreno o la falta del mismo no correspondía con el sol o la estación. Sus idiomas venían de ninguna parte y se iban a ningún sitio, y traían siempre con ellos el aroma de otros lugares mucho más reales, de salmuera y lluvia cálida, de grasa quemada, de flores aplastadas. El aeropuerto por contraste poseía el confort artificial de un punto nulo bien construido, una especie de vacío reconfortante. Antes, al pasar por el control de seguridad, Tirosh se había sentido acunado por el ritmo familiar de las máquinas y los escáneres. Aguardó su turno en la cola con gusto, avanzó con lentitud con los demás, se quitó los zapatos con una especie de agradable docilidad, tiró del cinturón, vació los bolsillos, apagó y encendió el teléfono.

El detector de metales no pitó cuando lo cruzó en calcetines. De pie, incómodo junto a la cinta, Tirosh volvió a ponerse aquellas partes que se había quitado y habían escaneado, se calzó los zapatos, llenó los bolsillos y se ató el cinturón. Durante un rato paseó por las tiendas del aeropuerto, entre estanterías cargadas de lujos en los que no tenía interés alguno. En la librería se demoró frente a los estantes repletos de thrillers donde hombres improbables hacían cosas improbables. No encontró sus propios libros allí.

En la caja se detuvo frente a los periódicos. La primera página de varios de los diarios más leídos mostraba la última atrocidad cometida en su hogar, pero tras un tiempo las imágenes de las victimas le parecían todas la misma, se había vuelto inmune a ellas. Unos meses antes había participado de mala gana en un programa de noticias temáticas en Arte donde el entrevistador comenzó acusándole a bocajarro de escribir fantasía, ¿y no era eso escapista?, a lo que él respondió algo a la defensiva que era todo lo contrario, que la fantasía era el único modo de examinar realidades alternativas, y que acaso eso no era importante a nivel político dadas las circunstancias, aunque, en realidad, supuso que no había mucho debate. En general Tirosh escribía

novelas de detectives más o menos exitosas, de esas con mujeres voluptuosas y hombres con sombrero en la cubierta, el tipo de libro que se vendía en los quioscos y en las gasolineras y en las farmacias. No es que fuera un escritorzuelo, pero tras un comienzo prometedor había abandonado sus ideales de juventud por la promesa de un sueldo estable, y había pasado a escribir libros que entregaba rápido y se publicaban a tiempo en formatos baratos.

No compró nada y comprobó la pantalla de salidas con una repentina sensación de impaciencia (Isaac gateando tan rápido como podía con una especie de atónito deleite; Isaac trazando círculos con el dedo en la toma vacía del teléfono, una y otra vez) pero vio que el vuelo se había retrasado. Los pasajeros que iban y venían entre vuelos le parecían espectros o fantasmas, acechaban los pasillos de la terminal con la misma energía cancerígena e inacabable que él mismo sentía en aquellos momentos. Pensó en Isaac. No pasaba un solo día en el que no pensara en su hijo.

Decidió que lo mejor era seguir en movimiento. Encontró una cafetería, pidió un zumo de naranja carísimo y se sentó a bebérselo. Le sonó el teléfono: era su agente que llamaba desde Londres.

—¿Dónde estás? —exigió ella.

—Todavía en Berlín —contestó Tirosh—. El vuelo no deja de retrasarse.

—Te irá bien salir —dijo su agente. Se llamaba Elsa, y además de a Tirosh representaba a varios jugadores de fútbol y modelos eróticos de mayor o menor fama convertidos en novelistas; a un antiguo artista de circo cuyas memorias, repletas de sexo y anécdotas explícitas, estuvieron diez semanas seguidas en todas las listas de libros más vendidos; y a una caterva de escritores de crimen y fantasía de aspecto desesperado: su única fantasía era que tenían éxito, y los únicos crímenes los cometían contra la literatura, como Elsa, inmisericorde, le decía a veces. En ocasiones Tirosh se preguntaba qué diría de él cuando no estaba presente.

—No sé. Tengo la sensación de que es un error, de que no debería volver. Seguro que aquello ha cambiado tanto que no lo reconoceré.

—Tonterías —dijo Elsa—. Te encantará cuando llegues. Hace tanto sol y… —Trató de encontrar algo más que ofrecerle—. He oído que la comida callejera está buena. En cualquier caso, te vendrá bien. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —contestó, irritado—. ¿Por qué todo el mundo siente la necesidad de sobreprotegerme?

Él sabía el por qué, claro. Pero no quería pensar en ello, pensarlo lo hacía

real.

Se percató del silencio al otro lado de la línea, y luego de su forma de respirar cuando decidió cambiar de tema.

—A lo mejor podrías escribir algún artículo mientras estás allí —sugirió ella—. Puedo hablar con *Der Spiegel*, siempre están buscando una buena cobertura de la situación política allí.

—Lo he visto —dijo, cansado—. No me interesa.

—El dinero va bien —dijo Elsa. Siempre intentaba que ganara algo más. «Escribe una historia de amor», le dijo un año. «Escribe algo gracioso», le dijo al siguiente. «A todo el mundo le gustan las comedias». Al final, Tirosh, algo borracho, le dijo: «¿Y si escribo un libro sobre, no sé, Adolf Hitler como detective privado o algo así, te refieres a eso?» y Elsa, impertérrita, le dio un sorbo al vino y contestó: «Bueno, si te vas a poner *así*, mejor que lo olvides».

—Es el típico lugar sobre el que todo el mundo tiene una opinión —dijo, intentando justificarse sin saber muy bien por qué—. Pero a nadie le importa en realidad.

—¿Todavía lo consideras tu hogar? —preguntó Elsa, quizá demasiado directa. Tirosh intentó ordenar sus pensamientos. Miró a la pantalla. El vuelo al fin estaba listo para embarcar.

—No lo sé. Es decir, está en mí, es parte de mí, pero me fui, ¿no? Está en mi idioma, en el modo en el que pienso y veo el mundo, pero no es que me sienta cómodo con ello.

—Te irá bien el descanso —dijo Elsa—. Visita viejos amigos, relájate y toma el sol. Emborráchate. Olvídalo todo.

—Sí. Sí, suena como una buena idea.

—Bien, bien —repuso Elsa. Parecía extrañamente aliviada.

—Tengo que dejarte —dijo Tirosh—. Creo que por fin embarcamos.

—Buen viaje.

—Hablamos pronto. —Colgó y se levantó con una sensación de sosiego.

La gente empezó a formar dos filas frente a la puerta. No había muchos pasajeros. Se fijó en una mujer en la fila que él no había escogido. Fue solo un vistazo rápido. Llevaba el pelo castaño recogido tras unas orejas delicadas y le recordó a su exmujer, pero con un aire de firmeza, como si de algún modo fuera más real que el artificio del aeropuerto que la contenía. Quizá sintió que la miraba, porque se giró y frunció el ceño.

Los pasajeros embarcaron sin incidentes. Tirosh se acomodó en su asiento con un suspiro de alivio, o de cansancio. No dejaba de pensar en su hijo, y

parpadeó varias veces con la mirada puesta en la ventanilla empañada; debía haber llovido. La mujer de pelo castaño se sentó en una fila delantera. Solo le veía la coronilla. El personal de vuelo repasó la rutina de seguridad. El interior del avión olía a plástico caliente, a mal aliento. Había un chicle pegado bajo la bandeja de la comida. Los motores cobraron vida con un rugido. Tirosh observó por la ventana a unas pequeñas figuras grises que se movían con un claro aunque desconocido propósito. Vio la pista pasar, y se tensó cuando el avión empezó a acelerar y alzó el vuelo con un traqueteo. El aeropuerto se hizo más grande antes de hacerse pequeño. Durante unos instantes le llegaron fogonazos de campos, la densidad de una ciudad, el rastro de caracol plateado de los coches en una autopista. Entonces entraron en las nubes y el mundo se volvió blanco y gris, y finas tiras de niebla se deslizaron frente a la ventana. Tirosh apoyó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Shh, Isaac —murmuró—. Papi está intentando dormir.

Creyó sentir el roce de unas manitas tirándole del pelo; un aliento cálido y claro en el oído y una risita de gozo, pero no era nada, solo el zumbido de los motores.

Tras un rato se durmió.

2.

Cuando despertó tenía la cabeza despejada, más de lo que recordaba en mucho tiempo. No sabía cuánto llevaban en vuelo. Se sentía curiosamente fresco, revitalizado. Se fijó en que había pocos pasajeros, muchos menos de los que le había parecido. Su cabeza le había debido jugar una mala pasada antes, estaba cansado y atosigado por ciertos recuerdos vagos que no era capaz de rememorar. Se estiró y vio a la mujer de pelo castaño, sentada sola junto a la ventana y dos asientos vacíos. Al mirar por la ventanilla vio las colinas verdes de Cherang'any, que se tornaban azules en la distancia, y unos nubarrones bajos que se asentaban sobre las cimas más altas. Pequeñas aldeas salpicaban el mar de verde, y Tirosh vio el humo de las hogueras ondularse despacio con el viento.

—Pronto iniciaremos el descenso hacia Ararat —dijo el piloto—. Por favor, abróchense los cinturones.

Fue entonces cuando una marejada de recuerdos invadió a Tirosh. ¿Cómo podía haberse olvidado de Palestina? Uno no olvida su hogar, sin importar el

tiempo que lleve fuera, sin importar que viva en otro lugar, camine bajo otro cielo, hable en otro idioma. Las preocupaciones y las dudas de los días previos se desvanecieron. El aire de la cabina ya era distinto, más cálido y más húmedo. A medida que el avión descendía, las colinas se hicieron a un lado, a gran distancia empezaba a revelarse el Gran Valle del Rift y más allá, como una pincelada de azul claro, el mar.

Entonces, mientras el avión descendía aún más, Tirosh atisbó una irregularidad en el paisaje. Un alto muro blanco cortaba las colinas ondulantes y las fértiles tierras de cultivo. Serpenteaba entre praderas y bosques, separaba asentamientos de aldeas, se elevaba y descendía con la geografía como una serie de acordes discordantes. Su blancura contrastaba con violencia frente a los ricos tonos de la tierra, deslumbrante bajo un cielo casi preñado de lluvia.

No dejaba de mirar pero no conseguía ver el final del muro en ninguna dirección, se curvaba y salía de su campo de visión, pero volvía a aparecer por otro lugar. Comenzó a distinguir nuevos rasgos en la tierra, carreteras rectas, coches que circulaban con calma como escarabajos, algunos puñados de edificios modernos, a medida que avanzaban cada vez más amontonados, hasta que al fin se volvieron una marea continua y la ciudad de Ararat apareció en el horizonte.

Sintió una punzada de tristeza y una punzada de alegría al verla. Deseó que Isaac estuviera allí con él, sentado en su regazo, balbuceando sinsentidos contra la ventana, los ojos abiertos como platos ante tanta novedad. Ararat rozaba el cielo, sus nuevos y modernos rascacielos emergían del suelo como dedos extendidos. Vidrio y metal contrastaban con el verde polvoriento del fondo, y las casas blancas parecían atrevidos brochazos de pintura contra el cemento y el asfalto y el suelo de piedra.

—Prepárense para el aterrizaje —dijo el piloto, secamente. Hablaba judeo, y Tirosh se dio cuenta de que había echado en falta su lengua materna. Buscó algún monumento familiar, pero la ciudad había crecido y cambiado en su ausencia, no vio nada que hubiese podido señalarle a Isaac de tenerlo a su lado, aunque Isaac no estaba con él, sino en Europa con su madre; eso tenía que ser; volvería a verle, y pronto.

La pista de aterrizaje apareció de forma abrupta. El avión se ladeó con fuerza, frenó y los escasos pasajeros aplaudieron. Era una costumbre extraña, como si el aterrizaje fuera una especie de acontecimiento destacable, una función que merecía aplausos, como la conclusión a una sinfonía interpretada por toda una orquesta. Pero era su hogar; ya estaba allí.

Desembarcaron poco después. La mujer de cabello castaño iba delante de Tirosh; entre ellos, cargando con una pesada maleta, había un anciano ortodoxo con el vestido negro y el sombrero de fieltro de un unterlander, acompañado por una esposa y dos niños. El unterlander se giró y captó la mirada de Tirosh. Sonrió inesperadamente y le guiñó un ojo.

—*¡A bi gezunt!* —dijo; que quería decir: «No te preocupes tanto, al menos tienes salud»

Tirosh se encogió de hombros; el hombre le dejó estar con un «psst», y un ademán y se centró de nuevo en su familia.

Cuando Tirosh salió del avión, la humedad y el calor le engulleron como si acabara de pasar de un mundo a otro. Con ellos le llegó el olor de Palestina: una mezcla de lluvia tropical y humo de los tubos de escape de los coches, frangipani y jazmín y frituras. Tirosh respiró hondo y expulsó el antiguo aire de Europa, y cuando volvió a inspirar se sintió renovado, mucho más él mismo. Un palestino.

Un autobús aguardaba impaciente sobre el pavimento abrasador, el conductor fumaba un cigarrillo frente a las puertas. Tirosh subió junto con los otros pasajeros. Vio otros aviones aparcados en el aeropuerto, dos BOAC británicos, un Twin Otter de la aerolínea de Uganda, y un antiguo Spitfire de las fuerzas aéreas palestinas, así como un jet privado ante cuyas puertas se había reunido una especie de comité, con tensos dignatarios uniformados que echaban vistazos esporádicos a las nubes. Iba a llover. El conductor se terminó el cigarrillo y se puso al volante.

—¿Estamos todos? —gritó por encima del hombro y, sin esperar una respuesta, arrancó a toda velocidad. Tirosh alcanzó a ver descender la escalerilla del jet, por la que bajó una fila de hombres masái de aire adusto, con túnicas ceremoniales de pieles animales, a quienes los dignatarios dieron la bienvenida.

Los perdió de vista cuando el autobús llegó al edificio de la terminal del aeropuerto internacional Nahum Wilbusch. Tirosh siguió a los demás al interior del edificio e hizo cola con el pasaporte listo en la mano. En la cubierta aparecían los dos leones gemelos de la antigua judea británica, que sostenían entre ellos la Estrella de David.

De niño, Tirosh recordaba oír leones rugir en la distancia, al anochecer, en la granja de su padre. Sentados en el porche, mientras el sol rojizo se ponía tras la cima distante del monte Elgon, los oía, escuchaba su llamada, que contenía una especie de orgullo solitario allá a lo lejos.

Era entonces, con el fresco de la tarde, cuando los animales de la sabana salían hacia los pozos de agua y, en el reino animal, reinaba una frágil paz: los leones bebían cerca de los elefantes y de las gacelas, mezclados con aves ruidosas, serpientes y cocodrilos. Pensó que ahora todos debían haber sido cazados hasta la extinción: los granjeros les disparaban ya que los leones solían atacar y matar al ganado.

—¿Tirosh?

La agente del puesto de control fronterizo era joven y llevaba el cabello recogido en una coleta apretada. Vestía el uniforme gris baobab de las fuerzas de defensa palestinas.

—¿Sí?

Intentó no parecer nervioso. Incluso aquella simple palabra, *y'a*, le salió entrecortada, como si hubiera olvidado su propio idioma y cómo hablarlo. Siempre se sentía raro al cruzar fronteras, le parecían extrañas cosas animadas, como unas criaturas agusanadas y nebulosas que pululaban entre dos estados de la existencia, y también temía a los agentes de aduanas. Su abuelo, que había venido aquí de joven tras huir de Europa, le inculcó un temor hacia las fuerzas de seguridad del que nunca había logrado desprenderse.

La chica le miró a la cara, luego miró su pasaporte, y frunció el ceño.

—¿Vive fuera? —preguntó.

Había algo extraño en el tono, como si implicara más de lo que parecía.

—Sí —contestó—, en Berlín… —Sintió que estaba excusándose, intentando justificar un montón de cosas que no acababa de comprender.

—¿Cuál es el propósito de su visita?

—Mi padre —dijo—. Está enfermo.

—¿Dónde vive?

Tenía una forma de hablar metálica, como la de un autómata, pensó.

—En la granja Fever Tree —dijo Tirosh, sintiéndose cohibido—. En el distrito Elgon.

La chica puso cara de sorpresa y respondió:

—¿*Ese* Tirosh?

Tirosh se encogió de hombros. La agente se volvió hacia él con la duda reflejada en el rostro, y le devolvió el pasaporte.

—Bienvenido a Palestina.

Se apresuró hacia la barrera donde había más soldados montando guardia. Vio a la delegación masái entrar en el vestíbulo, acompañada por los hombres

uniformados, un poco mojados a pesar de los paraguas oscuros.

Había un hombre vestido de calle junto a la barrera. Pelo corto y calvicie incipiente, con una mirada suave y triste, o eso me dijo en una ocasión una exnovia.

No había motivo alguno para que Tirosh supiera quién era yo; no entonces.

—Pasaporte —dije. Me miró, aquella medio mirada que en realidad no capta lo que ve: ve una función, no a una persona.

—¿Tirosh?

—Sí —contestó, cansado. Quizá no le gustaba su propio nombre. En los setenta se habían puesto de moda los nombres modernos que sonaban hebreos. Su antiguo nombre hubiera sido algo como Heisikovits.

—¿Es este su equipaje? —pregunté. Los soldados lo trajeron y lo dejaron sobre la mesa de registro. Eran buenos chicos, no demasiado listos, pero motivados. Les hice un gesto para que se pusieran los guantes y abrieran la bolsa. Tirosh viajaba con poco equipaje.

—¿Sí?

—¿Puede vaciarse los bolsillos, por favor?

Hizo lo que le pedimos, un hombre acostumbrado a las pequeñas humillaciones de viajar.

—¿A qué viene esto? —preguntó.

—Comprobación rutinaria —dijo—. Ya sabe.

—Creo que no, no sé.

Me encogí de hombros, disculpándome.

—Cuarentena —dije—. Tenemos que tomar precauciones de más con gente que llega de fuera. No podemos permitirnos ninguna contaminación.

—¿Se refiere a biológica? —dijo—. No llevo plantas ni semillas.

—Podría ser cualquier cosa —dije—. Lo que sea de fuera. ¿Tiene teléfono?

—¿Teléfono? —dijo—. ¿Y dónde lo conectaría?

Le miré a los ojos. Estaban enrojecidos y algo cansados.

—Comprobadlo todo —dije.

Le observé a medida que sacaban todos los objetos uno a uno. Un reloj analógico, un neceser, dos camisas dobladas, una caja de cerillas. Sostuve la caja de cerillas entre el pulgar y el índice, la sacudí. Le miré.

—¿Fuma?

—No. —Un destello de confusión en sus ojos. Asentí hacia los soldados.

—Metedla en una bolsa.

—¿De qué va esto? —preguntó.

—¿Lleva fuera mucho tiempo?

—He estado fuera, sí.

Me encogí de hombros.

—A veces uno coge cosas sin darse cuenta. Vestigios. Es mejor ser concienzudos. Ya sabe.

Tenía cara de querer discutir, pero no lo hizo. Quise hablarle sobre mimetismo, sobre cómo algunos organismos pueden camuflarse a la vista en un entorno extraño: lo que hacen las malas hierbas al aparentar ser cultivos útiles y así evitar que las arranquen.

No lo hice, claro. Para él, en aquella situación, yo solo era un funcionario petulante.

—Alto.

El soldado era apenas un chaval y no tenía mucha más idea del procedimiento que Tirosh. Dudó con la funda en la mano.

—¿Señor?

—La funda de mis gafas —dijo Tirosh.

Le miré con intensidad.

—¿Usa gafas?

—Para leer —dijo; sin ganas, o eso me pareció. No podía leerle la expresión.

—¿Está seguro de que las llevaba consigo cuando embarcó?

—¿Disculpe? No entiendo la pregunta.

Debería haberlas confiscado. No sé por qué no lo hice. Aunque no creo que, a fin de cuentas, supusiera ninguna diferencia.

Confiscamos algunos objetos. Un anillo, una baraja de cartas. Podrían no ser nada. Tirosh era un completo desconocido. Había estado fuera mucho tiempo. Se aburrió de esperar.

—Puede marcharse —dije, al fin.

—Gracias —respondió—. Es bueno saberlo.

—Solo hago mi trabajo, señor Tirosh.

—Un trabajo curioso —dijo.

—Ya conoce Palestina —dije, y medio sonreí—. Es un lugar curioso.

Le vi alejarse. No parecía desorientado. Tenía ese andar en el que parecía que siempre iba con prisas pero se obligaba a ir despacio. Como un nerviosismo activo. Tenía la esperanza de que no acabara siendo un problema

pero, por supuesto, lo fue.

3.

Tirosh salió de la terminal al cálido aire del exterior. Una fila de baobabs atrofiados flanqueaba la carretera, su severidad suavizada por los arbustos de jazmín en flor que desbordaban la valla del aeropuerto. La lluvia había parado tan rápido como había comenzado y los mosquitos zumbaban aletargados en el aire. Una hilera de coches, todos locales (Susita, Kaiser-Fraizer, Sabrá), hacía cola en la parada de taxis, sus conductores apoyados contra los chasis de fibra de vidrio de los vehículos mientras fumaban. La mujer del avión estaba delante, hablando animadamente con uno de los taxistas, supuso que regateando; este al final se encogió de hombros, tiró el cigarrillo al suelo sin ningún cuidado e hizo un ademán hacia el coche. Ella asintió y un instante después el coche arrancó. Tirosh levantó la vista y siguió el Susita a medida que recorría la carretera flanqueada de árboles. El aeropuerto Wilbusch estaba a cierta distancia de la ciudad. Ararat se recortaba contra el horizonte en la distancia, y Tirosh se maravilló de lo mucho que había crecido. Cuando se fue era una ciudad silenciosa y polvorienta, hecha de edificios bajos, avenidas amplias, pequeños locales que cerraban con el calor de la media tarde y solo abrían tras la puesta de sol, y parques públicos donde los viejos se sentaban con las piernas cruzadas en el césped para jugar al bao y las madres paseaban a sus bebés en carritos importados de Europa. Era una ciudad repleta de pequeños recovecos y alcobas polvorientas y extrañas donde los artesanos trabajaban igual que en Europa: carpinteros, relojeros, zapateros, orfebres, sastres y encuadernadores, curtidores y demás. Los martes el mercado de té y café inundaba de vida la plaza Wissotzky y sus alrededores con los productos que los agricultores traían de todas las regiones del país, y a lo largo de la avenida Herzl los escaparates exhibían la última moda de París y Roma. Los viernes la ciudad entera se sosegaba, las sinagogas resplandecían con luz y una quietud descendía con la llegada del Sabbat. Tirosh recordaba avreichim de rostros serios vestidos de negro que seguían a su rabino como hechizados, este encabezaba la marcha y exponía la parashá de la semana con un dedo en alto que mariposeaba como la batuta de un director de orquesta.

También era una ciudad donde uno se podía cruzar, de improviso, con un animal salvaje que cruzaba el escaso tráfico, recordando a la gente de pronto

dónde estaban: en una ocasión había visto a una jirafa detenerse en un semáforo; otra vez un adulto lo había arrastrado hacia atrás cuando una leona, lejos de su guarida, se relamía hipnotizada frente al escaparate de una carnicería.

La ciudad actual había florecido con nuevas torres de metal y cristal, edificios de oficinas que se elevaban hasta el cielo como en su día lo hizo la torre de Babel, y se había extendido por la meseta en todas las direcciones, los barrios de casas blancas proliferaban en las afueras como malas hierbas, y destruían el bosque y la sabana en su invasión imparable. Se dio cuenta de que no conocía esta ciudad. Había estado fuera demasiado tiempo, y el mundo que él creía conocer ya no existía, había sido reemplazado por algo misterioso y extraño.

No era consciente de que le observaba.

Se acercó a la parada de taxis. Al taxista la camisa a cuadros le apretaba la tripa prominente. Tenía moreno de currante y tos de fumador.

—¿A dónde, amigo? —dijo.

—Ararat.

—¿Algún sitio en particular?

Tirosh se lo pensó. Había preparado la visita con prisas. Nadie le esperaba excepto su padre. En cierto modo la decisión no había sido tanto venir como alejarse de donde estaba, escapar de cosas que ya no recordaba con claridad.

—¿Conoces algún buen hotel? —preguntó—. ¿No demasiado caro?

—El Reina de Saba está bien —respondió el taxista. Tirosh se encogió de hombros y siguió al hombre al interior del coche. Dentro hacía un calor sofocante, y bajó la ventanilla y sacó la mano. El coche recorrió el asfalto oscuro, siguiendo la línea de la valla y la hilera de baobabs. Cuando llegaron a las puertas del aeropuerto les detuvieron más soldados jóvenes con los rifles colgados del hombro. Comprobaron los papeles de Tirosh por encima y le indicaron que continuara. El aeropuerto fue quedando atrás, y Tirosh se encontró con paisajes que recordaba bien, la meseta a ambos lados de la carretera con sus campos de trigo, reemplazados por prados más allá. Vio una manada de jirafas en la distancia, las siluetas recortadas contra las cimas del monte Sergoit, y sintió un alivio inexplicable. Una parte de la antigua Palestina seguía ahí.

Mis hombres le seguían a cierta distancia.

—Vi el muro desde el avión —dijo Tirosh, por dar conversación—. Parece casi terminado.

—Que no te engañen —repuso el conductor—. Parece impresionante alrededor de la ciudad, pero ni siquiera llega a Eldoret, y las tribus locales se niegan a trabajar cerca del monte Elgon, da igual cuánto dinero les ofrezcan.

—¿Y eso? —preguntó Tirosh, algo incómodo. Vio que llegaban a las afueras de la ciudad, los cultivos daban paso a los barrios, y había niños que jugaban junto a una fuente pegada a la carretera.

El taxista se encogió de hombros.

—Dicen que está maldito. Pero es lo que dicen siempre, ¿no?

El informe que tenía sobre Tirosh estaba incompleto y eso me inquietaba. Había crecido junto a la montaña, un volcán extinto en la frontera de Palestina. Era y seguía siendo una tierra extraña e inhóspita, donde la naturaleza se mantenía igual que cuando Wilbusch llegó por primera vez, en aquella larga expedición de 1904. Los leones seguían dominando las colinas y los granjeros iban armados, no tanto por la vida salvaje como para protegerse de las incursiones de los saqueadores ugandeses, ya que la frontera se internaba en ese territorio. El Tirosh niño creció allí, en la granja de su padre, y cuando su madre se mudó a Ararat y se los llevó a él y a su hermano, siguió volviendo con regularidad.

Había huecos en el conocimiento colectivo, ausencias. Igual que en los mapas. Algunas zonas de la meseta nunca habían sido cartografiadas al detalle. El ganado desaparecía en la escarpadura Mau sin dejar rastro. Los leñadores que se internaban en el bosque Nandi informaban de apariciones extrañas, de carnívoros de la edad de hielo que los locales apodaban *Ngoloko* o *Kerit*, y a los que también se conoce como osos Nandi. Al explorar el sistema de cavernas del volcán Elgon uno se cruzaba con objetos extraños, cosas que no tenían razón alguna para existir.

Tirosh tenía que saber algo de esto.

Había estado fuera.

A medida que llegaban a la ciudad el mundo volvió a cambiar, los barrios residenciales caían como hojas secas. Los edificios pasaron a ser de dos y tres plantas, y empezaron a aparecer escaparates y peatones. El tráfico comenzó a congestionarse y subió el nivel de ruido. El sol caía a plomo en un cielo despejado. Pasaron por delante de una panadería y por la ventanilla bajada del

coche se coló el aroma a pan de centeno y rugelach, seguido de otros olores a medida que circulaban por la autopista Alfred Kaiser, como el del pollo a la parrilla, o el de la grasa de ternera en espetón y el fragante vapor de las ollas de arroz y maíz, todos ellos mezclados con el humo de los coches, el olor de los cigarrillos largos y finos de las mujeres y de los gruesos puros de los hombres. No tardaron en quedar atrapados en un atasco, avanzaban despacio mientras las radios tronaban fuera: música kwasa kwasa del Congo, kwaito de Johannesburgo, y reggae de Malawi, todo aderezado con klezmer, música de orquesta y el último bombazo pop europeo. Tirosh lo absorbió todo. Estaba en casa de nuevo, y le gustaba. Algunos detalles de su vida en Berlín comenzaban a disiparse. Quiso que Isaac estuviera ahí con él para enseñarle sus raíces, de dónde venía. Nunca le hablaba judeo a Isaac. El niño solo escuchaba el idioma de su madre. Ahora Tirosh lo oía por todas partes, las cadencias familiares, la mezcla de hebreo moderno de Ben-Yehuda con yiddish y swahili imprimía un deje rítmico y musical incluso al grito más agresivo, todo lo opuesto al alemán.

—Hemos llegado —anunció el taxista. Tirosh había estado soñando despierto. Se despejó algo sorprendido y vio la entrada al hotel Reina de Saba por la ventanilla. Pagó al taxista, que insistió en acompañarle al interior, sin duda para cobrar su parte en recepción. El aire frío le golpeó en cuanto cruzó el umbral, como si dejara un clima por otro.

Pagó por una habitación en recepción y recogió su llave. Uno de mis hombres le siguió unos minutos más tarde y confirmó dónde se quedaba Tirosh. No éramos conscientes de que había alguien más interesado. En aquello nos equivocamos.

Tirosh se duchó y se cambió. Se sentía con energía. Salió del hotel una media hora más tarde y se unió a los transeúntes. Mi hombre le siguió pero le perdió en la muchedumbre. Fue amonestado por ello.

En aquel momento hubo un ataque terrorista en Ben Yehuda. Tirosh volvió al hotel en algún momento de la noche. Sin que mis hombres ni yo mismo fuéramos conscientes, un visitante le esperaba en la habitación. Intercambiaron algunas palabras. Me enteré a la mañana siguiente, cuando el sargento Katz me llamó y me despertó de un sueño intranquilo para decirme que habían arrestado a Tirosh por el asesinato de un hombre.

4.

Mi camino se cruzó con el de Tirosh aquella noche, aunque no lo supe entonces. Salió del hotel como se ha señalado. Pidió ugali con estofado de ternera en un puesto de comida callejera y se sentó a comer, incómodo, en una mesa baja de plástico con la pintura azul descascarillada.

Debía ser la primera vez en años que Tirosh comía algo así. Observó las idas y venidas de los transeúntes.

Judíos jasídicos vestidos de negro y niños en pantalón corto corrían y reían mientras se abrían paso entre los coches, igual que había hecho él de pequeño. Se fijó en un grupo de trabajadores nandi que pasaba, y en una obra de una carretera cercana que estaba causando atascos. Un taxista se encaramó a la ventanilla e insultó al encargado de la obra, que se encogió de hombros, resignado.

Tirosh pagó y se alejó con un vaso de zumo de caña de azúcar. El sabor le transportó a años atrás, a otra Palestina, a otra vida. No era un hombre muy dado a la confrontación, tenía ciertas nociones de justicia y legitimidad que no encajaban con la forma de gobernar un país. Estaba más cómodo en sus libros, en sus pequeñas fantasías especulativas. La caña de azúcar, sin aditivos y fresca por el hielo, dulce y aún así con un intenso regusto aromático, le revivió. Intentó pensar en su hijo pero los pensamientos se resbalaban como el agua. El aire se enfriaba a medida que el sol se ponía. Las antenas en las azoteas proyectaban largas sombras, parecían mástiles de barcos, y los chotacabras y los gorriones que se posaban en ellas cotorreaban como vigías que avistaban nuevos continentes. No muy lejos, un yemení jugaba al trile sobre una caja boca abajo en medio de la calle, y una pequeña multitud se había congregado para observar y apostar. Tirosh siempre había admirado la habilidad que requería el juego, y se detuvo un rato, aunque tuvo la prudencia de rechazar la invitación a jugar.

Yo ya estaba camino de la ciudad. La delegación masái había llegado a salvo de Mombasa, era el último grupo en llegar para la cumbre que estaba a punto de celebrarse. Su seguridad no era mi mayor preocupación. Las fronteras son algo más que simples muros; toman otras formas mucho más insidiosas.

La noche había caído y las farolas de la calle Zangwill cobraron vida, el aire

era cálido, con aroma a jazmín, preñado de promesas. La ciudad de Ararat cobraba vida al anochecer. Todo el mundo salía. Las terrazas de los puestos de té estaban llenas de ancianos que jugaban al bao con gran concentración, separados por los tableros de madera, el único sonido era la canción rítmica de las semillas que cogían y dejaban en los huecos del tablero, y volvían a coger y a dejar y a esparcir, en una siembra infinita. El padre de Tirosh había sido un maestro del bao en su día, un *bingwa*, y cuando se llevaba a Tirosh en sus viajes por todo el país se sentaba en cualquier sitio, con un granjero anciano o con un mercader, con un niño o una abuela, y jugaba, y disfrutaba enormemente el juego. Tirosh había olvidado el bao en Berlín. Ahora el recuerdo trajo consigo la dolorosa comprensión de que su pasado ya no estaba, había sido borrado, que aquellos momentos que recordaba ya solo existían en su memoria y que desaparecerían con él. Algo se revolvió dentro de él, otro recuerdo, sobre otro tipo de pérdida, pero lo apartó. Ahora era fácil hacerlo.

Vio el autobús detenerse en la parada que tenía justo delante. Un bus normal y corriente, un Sharona Co-Op rojo de los que recorrían toda la meseta y más allá. Era un simple autobús urbano, se detuvo con un chirrido de frenos y las puertas se abrieron para dejar salir a los pasajeros. En la parada solo había unas pocas personas. A medida que subían al autobús, Tirosh se fijó en un jasídico que cruzaba la calle. Llevaba un largo abrigo de lana negro ceñido al cuerpo, y la cabeza cubierta con un shtreimel, un sombrero de piel, que le ocultaba el rostro. Mientras lo observaba, el hombre se tambaleó como si estuviera borracho. El último de los pasajeros subió al autobús justo cuando él llegó a la parada e hizo ademán de seguirlo. En ese momento se desabrochó el abrigo y Tirosh vio, con muda incomprensión, los explosivos que llevaba ceñidos al pecho y a la espalda. El conductor empezó a gritar, el hombre saltó dentro del autobús justo cuando las puertas se cerraban. El conductor se puso en pie, no era joven ni estaba en forma, pero atacó al jasídico, al que se le cayó el shtreimel, dejando a la vista su rostro asustado pero decidido.

Tirosh escuchó los gritos del interior y vio a un pasajero aterrorizado mirar por la ventanilla. Entonces una explosión rasgó el aire de la noche y todas las ventanas del vehículo estallaron, el metal chirrió y se partió con un chillido espantoso, y a Tirosh le llegó el olor a pólvora y sangre. El calor de la explosión le golpeó en la cara. A su alrededor la gente huía, gritaba, vio soldados con rifles que corrían hacia allí, y las sirenas despertaron en la distancia con un aullido ciego.

El autobús estalló en llamas y los pasajeros intentaba salir por las ventanas, Tirosh solo oía los chillidos de los que morían en su interior, una especie de murmullo roto salpicado de gritos agudos e intermitentes. Corrió hacia el vehículo, intentó alcanzar una de las ventanas para sacar a quien fuera, se cortó las manos con los cristales y su sangre se unió a la de los moribundos. Buscó con desesperación el rostro que había atisbado. Fue tan rápido, y solo le había visto los ojos, la mirada aterrorizada y desamparada de aquella persona justo antes de la explosión. No era consciente de los cortes ni de las quemaduras. Alguien lo agarró con fuerza y lo apartó, aunque se resistió aparecieron más personas a arrastrarlo, maldijo y sollozó, una segunda explosión tronó y la parte trasera del bus estalló lanzando esquirlas de metal derretido y cristal por todas partes.

5.

En aquel momento no fui consciente de la presencia de Tirosh. Yo todavía estaba en el coche cuando todo sucedió, di la vuelta al instante y conduje hasta la escena del ataque. A Tirosh lo llevaron a un puesto de primeros auxilios y le dieron un calmante suave. Le vendaron las manos. Las quemaduras eran superficiales y los médicos tenían casos más importantes que atender.

La policía ya había asegurado la escena cuando llegué. El fuego estaba sofocado y habían barrido la zona en busca de más explosivos. Los cómplices del terrorista ya habrían huido para ocultarse.

Cuando aparqué estaban empezando a sacar los cuerpos. Técnicamente no era mi jurisdicción, pero me quedé de todos modos. Había varios supervivientes y la policía cortó el esqueleto del autobús para trasladarlos hasta las ambulancias que esperaban fuera. Mientras tanto Tirosh se fue y nadie pensó en detenerle para interrogarle. De nuevo se había escurrido entre las grietas.

Había muchísimos testigos. También llegaron periodistas, y cámaras de televisión con reporteros que hablaban en aquel tono agudo y urgente típico de tales ocasiones.

—¡Por esto necesitamos el muro! —gritó alguien.

Otro dijo:

—Ha sido uno de los africanos, lo vi todo, vestía como un yeshivá.

Cada vez ocurría con más frecuencia. El muro era necesario para detener

la hemorragia, los ecos. Pero los que alzaban la voz no lo sabían, tan solo estaban enfadados y asustados, y aquella noche trabajadores inocentes y gente nacionalizada de distintas tribus cerraría las puertas con llave y rezaría para que no pasara nada más hasta la mañana siguiente. No era raro que alguien buscara venganza, y en esos momentos la inocencia o la culpa eran irrelevantes, lo que importaba era el color de piel. Me quedé hasta que el último de los supervivientes y el último de los fallecidos fueron rescatados y los mirones y los medios se fueron. Esto retrasaría e incluso acabaría con las negociaciones, y el congreso se reuniría por primera vez al completo al día siguiente.

Mientras tanto, Tirosh había estado deambulando hasta que pudo volver a pensar con coherencia. Recordó otras violencias, otras atrocidades. Había hecho el servicio militar en los territorios disputados y luego sirvió en la segunda guerra de Uganda. Algo frío y duró volvió a él. Se metió en un bar y pidió dos chupitos de waragi, se los bebió uno tras otro y se sintió algo más calmado. No había sido él mismo, pensó, hasta que había vuelto. Había estado representando el papel de otra persona.

No me malinterpretéis. Creo que estaba muy aturdido, un hombre fuera de lugar en muchos sentidos. No era realmente consciente de lo que estaba ocurriendo. Volvió al hotel, donde mis hombres al fin lo localizaron. Lo vieron subir a su habitación. No advirtieron que ya había alguien esperándolo.

Cuando llegué a mi oficina a la mañana siguiente, Tirosh tenía un ojo morado además de las heridas de las manos. Uno de mis hombres se había pasado de la raya. No era raro que los sospechosos se tropezaran accidentalmente por las escaleras o al pasar por las puertas. No se puede dirigir un centro de seguridad con remilgos. Tirosh recorría mi despacho de un lado a otro.

—¿Qué significa todo esto? —exigió saber cuando entré.

—¿Por qué no hago yo las preguntas, señor Tirosh? —sugerí.

—¡No he hecho nada! —En ese momento pareció fijarse en mi cara—. Eres el tipo del aeropuerto —dijo, confuso.

—Soy el agente especial Bloom —dije—. Disculpe por no haberme presentado antes. Pero en aquel momento no esperaba que volviéramos a encontrarnos tan pronto, señor Tirosh.

—Pero a ver, ¡tiene que creerme! —dijo—. Yo no le maté.

Le miré. No me disgustaba. La información que logramos obtener del

exterior era que nuestro visitante había sufrido una pérdida, estaba divorciado y escribía novelas de poco valor, por las que recibía una atención equivalente. Cómo se las había arreglado para volver era un misterio. Ya se había escurrido en una ocasión. Era mi trabajo evitar deslices o, si no era posible, contenerlos. Las fronteras entre mundos son porosas.

Aún así, pensé, Tirosh podría serme de utilidad.

—¿Por qué no me cuenta lo que ha pasado? —sugerí. Alguien llamó a la puerta y Katz entró con el té. Me gustaba preparado a la manera de Tanzania, con las hojas sumergidas en leche caliente en vez de agua. Katz dejó la bandeja en la mesa y salió en silencio. Era un buen hombre, de confianza.

—No he hecho nada —dijo Tirosh, taciturno.

Removí el té. Le hice un ademán para que se sentara. Me miró con intensidad. Esperé. Se le escapó el aire como a un globo que se desinfla, y se sentó.

—Estaba esperándome en mi habitación —dijo.

—¿Menhaim?

Me miró con una expresión sombría.

—Sí —contestó—. Éramos amigos en la escuela.

Tirosh había vuelto al hotel. Había subido a su habitación. El pasillo enmoquetado se tragaba el sonido de sus pisadas. El zumbido de los aparatos de aire acondicionado ocultos tras las paredes generaba una especie de vibración estática, de ruido blanco. Cuando llegó a la habitación la puerta estaba entornada, Tirosh la abrió empujándola. Un hombre acomodado en el borde de la cama sostenía una botellita del minibar, abierta, justo se la había despegado de los labios al entrar Tirosh. El hombre había sido atlético pero ya había comenzado a engordar. La barriga cervecera tensaba su camisa de cuadros. Tenía los brazos morenos y peludos y una mirada dócil y triste que brilló al ver a Tirosh.

—Lior —dijo—. Cuánto tiempo.

Tirosh se quedó de pie mirándolo. Le reconoció al instante, aunque los años se habían cebado con él. Encontrarse con antiguos amigos años después siempre es agridulce: el recuerdo se coagula al instante y transforma lo joven en viejo en un parpadeo. Tirosh se quedó mirando las arrugas, la pesadez en la expresión que no existía antes, las canas visibles en el cabello que retrocedía donde había sido lustroso. Dijo:

—Menhaim. ¿Qué haces aquí?

—Te acuerdas.

Lo cierto es que no había sido tan amigo suyo como de Gideon, su hermano. Era unos años mayor que Tirosh y solía pasar el rato en su casa, un chico alto y moreno, bastante travieso por aquel entonces. Le ofreció su primer cigarrillo, y aquella sensación de complicidad ilícita hizo que Tirosh se sintiera adulto, aunque fuera por unos momentos. Fue bajo los eucaliptos, a la sombra tras la pequeña sinagoga. Tirosh tragó humo y comenzó a toser de mala manera, y Menhaim se rio con ganas. Más tarde Menhaim había sido oficial en el pelotón de Tirosh. Habían estado en la frontera de Uganda durante mucho tiempo, días agotadores de patrullas y emboscadas. Fue Menhaim quien vino a decirle a Tirosh que Gideon había caído en el asalto fallido en Entebbe.

No lo había vuelto a ver desde el funeral de Gideon, hacía ya tantísimo. Le pareció otra vida. En los años que habían pasado había oído que Menhaim se había desligado gradualmente del ejército, se había casado con una ugandesa, hecho periodista y ahora trabajaba para revistas independientes de izquierdas. La guerra hirió al chico que había sido. Su alegría había menguado. Hubo un tiempo en que fue radiante, el tipo de persona a la que seguirías a cualquier lado e inevitablemente te metería en problemas.

Ahora estaba sentado con pesadez en la cama pulcra del hotel, parecía cansado y agotado, un hombre de mediana edad que nunca se convirtió en lo que su juventud prometía. No llevaba anillo de casado en el dedo, pero una línea de piel más clara indicaba que lo había llevado hasta hacía poco. La botella que sujetaba estaba tres cuartos vacía, hizo un leve ademán y sonrió, y por un instante Tirosh vio al Menhaim que recordaba.

—¿Cómo has entrado? —preguntó.

Menhaim se encogió de hombros.

—Estas puertas —dijo—. No tienen mucha complicación.

—No es que no esté contento de verte —dijo Tirosh—, pero ¿qué mierda haces en mi habitación, Menhaim? ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Un autor famoso vuelve a su tierra natal, ¿no son grandes noticias? —le contestó.

Tirosh, exasperado, dijo:

—¡Ni siquiera me han *publicado* aquí!

—Es cierto eso de que nadie es profeta en su tierra —dijo Menhaim. Tirosh se dio cuenta de que el tipo no se iba a ir a ninguna parte. Fue al lavabo, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió. Cogió una de las dos sillas y se

sentó de cara a Menhaim.

—Acabo de presenciar un atentado suicida —dijo Tirosh.

—Ahora son más frecuentes. Dicen que pararan cuando terminen el muro. —Soltó una breve risa amarga—. Ese muro es una farsa. Se suponía que íbamos a tener un hogar, en algún lugar a salvo de la opresión. No que nos convertiríamos en los opresores. Al dejarlos fuera nos encerramos nosotros, construimos un gueto contemporáneo. Creía que esos días habían quedado en el pasado.

Tirosh le miró con curiosidad.

—Nunca fuiste muy político —dijo.

—No, Lior, *tú* nunca fuiste político —replicó Menhaim, con un tono salvaje en la voz. Su hostilidad sobresaltó a Tirosh—. Te fuiste para no tener que lidiar con la realidad de aquí. Huiste. Te gusta pensar que crees en la justicia, en la legitimidad, pero no estás dispuesto a *hacer* nada al respecto. Excepto escribir tus pequeñas fantasías como si pudieras cambiar el mundo con palabras vacías.

—La escritura es un arma —dijo Tirosh—. Las palabras tienen poder.

Menhaim resopló.

—Vi lo que hicimos en Uganda —dijo—. Lo que hacemos en Nakuru ahora. Había gente viviendo aquí antes que nosotros. Fingimos que no; o que llegaron no hace mucho, así que no importa si se van; decimos que huyen así que es culpa suya; decimos todo tipo de cosas para poder dormir por la noche Lior. Pero algunos de nosotros ya no confiamos en las palabras. Algunos creemos en la acción.

—Entonces, ¿qué? ¿te convertirás en terrorista? —dijo Tirosh. Estaba cansado, aún oía los gritos de los moribundos; Menhaim no tenía derecho a entrar sin permiso en su habitación, a usar su relación tras tantos años como chantaje y, peor aún, a ser tan *plomizo* al respecto. A Tirosh le aburrían los revolucionarios, su idealismo radical tan inverosímil como una de las tramas de sus novelas. Quizá no estaba de acuerdo con lo que ocurría en su país, pero de ahí a esa forma de hablar había un trecho—. ¿Qué *quieres*, Menhaim? Ha sido un día muy largo.

—Perdona —dijo Menhaim. Negó con la cabeza. Lo que una vez fue el ademán de un joven león sacudiendo la melena, ahora era el de un rinoceronte viejo—. ¿Cómo estás tú, Lior? Me enteré de que te casaste.

—Me casé. No duró.

—Lo siento. ¿Niños?

—No —dijo Tirosh. Entonces, escuchándose, ¿por qué había dicho eso? —. Quiero decir, sí, un niño. Isaac.

—Debes ser muy feliz —dijo Menhaim.

—Sí —respondió Tirosh—. Feliz.

Estaban sentados mirándose, dos hombres, ninguno joven, ninguno tan exitoso o feliz como una vez creyeron que serían. La muerte de Gideon pesaba entre ambos, el valle de Gehena entre sus dos colinas. Menhaim, como si tratara de recobrar la valentía, se terminó la última de las botellitas del minibar y la tapó con un ademán experto.

—Debes preguntarte qué hago aquí —comenzó, incómodo.

—Aún no me has dicho cómo me has encontrado —dijo Tirosh.

Menhaim se encogió de hombro.

—Vigilamos a los recién llegados.

—¿Vigilamos?

—Una especie de alianza —repuso Menhaim—. Gente que se preocupa.

Tirosh suspiró.

—¿Y qué quieres, Menhaim? —preguntó—. ¿Que me una a tu pequeña revolución?

—¿Lo harías?

—No.

—Me imaginaba que no, Tirosh. Solo eres un turista. El resto de nosotros tiene que vivir aquí.

Tirosh lo dejó estar. Esperó. Menhaim se miraba las manos en el regazo, reflexivo. Al fin levantó la cabeza y le miró.

—Es sobre la hija de Gideon. Deborah.

—¿Qué?

Tirosh se quedó atónito. Recordaba una niña con semblante serio y cabello rizado negro. Estaba de pie aferrada a la mano de su madre en el funeral. No lloró, ni siquiera cuando bajaron el cuerpo y le echaron tierra encima, una palada tras otra. Se había acercado a hablar con la madre, Miri. Había sido la novia de Gideon. El embarazo había sido una sorpresa para todo el mundo. Lo último que supo es que habían dejado Ararat y vivían en algún sitio cerca de Puerto Florencia.

—¿Deborah? —preguntó—. Pero si solo es una cría.

Menhaim resopló.

—Es una mujer adulta, Tirosh.

—¿Ha pasado tanto tiempo?

Menhaim le miró con curiosidad.

—Has estado fuera… —dijo, en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Oí que… —Pero era reticente a contar lo que había oído.

—Bueno, ¿qué pasa con Deborah? —preguntó Tirosh. Tenía una ambigua intención de visitar a Miri y la niña, aunque habría preferido evitar la incomodidad de encontrarse con familiares.

—Ha desaparecido —dijo Menhaim.

—¿Desaparecido? —dijo Tirosh. La palabra no parecía tener un significado que él pudiera comprender. ¿Desaparecida de qué? ¿De dónde? Había olvidado incluso que su hermano había tenido una hija. Le parecía tan impropio de él. ¿Desaparecida de la vida de Tirosh? Era la prima de Isaac, pensó con una punzada de arrepentimiento. Los palestinos daban mucha importancia a la familia, pero en el fondo él siempre había preferido su vida aislada en Berlín.

—Sí, Lior. Desaparecida. Escucha bien. Es importante.

—¿Trabajaba contigo? —Solo pensarlo le puso de mal humor. No quería que Menhaim arrastrara a su sobrina a sus sórdidos asuntos. La gente acababa saliendo mal parada.

—Es políticamente consciente, si es a lo que te refieres — dijo Menhaim, con un tono iracundo—. Estudiaba en el Instituto Nordau. Era brillante. Una candidata para un doctorado. ¿Sabes algo del muro que estamos construyendo, Lior?

—Sé que es largo —contestó Tirosh.

—¿Sabes lo caro que es? —preguntó Menhaim—. Miles de millones, Lior. Miles de millones. Solo el contrato de mantenimiento va a enriquecer a alguien más de lo que podría soñar.

—¿Qué intentas decir?

—Deborah investigaba la construcción del muro, Lior. Metió las narices en sitios peligrosos. Y ahora ha desaparecido. —Hizo un ademán con los dedos propio de un mago, como si soltara una nube de humo.

—¿Crees que está muerta?

—No sé qué creo.

Dinero. Eso era algo que tenía sentido para Tirosh. La política era una mezcolanza de alianzas que cambiaban, compromisos, tratos. Pero el dinero siempre era solo dinero. O lo tenías o no, pero si no lo tenías intentabas conseguirlo. La gente moría en nombre de una ideología, sí, pero muchos más

morían en nombre de la libra palestina.

—¿Y qué quieres que haga yo?

Menhaim se encogió de hombros; otro ademán de desamparo.

—No lo sé —dijo—. Pensaba que tú lo sabrías.

—¿Estaba metida en algo? —Tirosh estaba asustado. Fue hasta la puerta y echó el cerrojo.

Menhaim le miró divertido.

—¿Crees que a esta gente la detendrá un cerrojo? —preguntó.

—No lo sé —dijo Tirosh. No sabía qué pensar. Se sentía responsable de Deborah. Quizá esa era la intención de Menhaim, convertirlo en su responsabilidad. Tirosh ignoró a Menhaim, se metió en el lavabo y cerró la puerta. Abrió el grifo y se echó agua fría en la cara. Cuando se miró al espejo apenas reconoció al hombre que le devolvía la mirada. «¿Quién eres, Lior Tirosh?» se preguntó. «¿Dónde encajas tú en el orden universal?»

Lo desconocía. Pensó fugazmente en la carita rechoncha de Isaac por la mañana, cuando se subía encima de él, los deditos gordos tocándole la cara con deleite. «Pahpahpahpap», como los versos de un poeta modernista. Tirosh se desperezaba con los brazos extendidos, maravillándose, ¿de dónde sacaba tanta energía algo tan pequeño?

Se secó las manos y la cara. Volvió a la habitación. —¿Menhaim? —dijo.

No había nada fuera de sitio. La puerta seguía cerrada con pestillo, las ventanas estaban cerradas y la persiana echada. Menhaim estaba tendido de lado en el suelo, con un brazo estirado sobre la moqueta y restos de una espuma blanquecina en la boca. Tenía la mirada fija en los dibujos de la moqueta y el cabello empapado de sudor.

Tirosh se arrodilló junto a él, le agarró el brazo con cuidado y le tomó el pulso; no tenía.

Menhaim estaba muerto.

6.

—Pero yo no lo maté, Bloom. ¿Por qué iba a hacerlo? —dijo Tirosh. Di un sorbo al té y le miré pensativo. La luz del sol entraba por la ventana. Fuera, Ararat resplandecía como nueva tras un chubasco, y unas nubes bajas y escasas se arremolinaban en las cimas de los rascacielos. Parecía sólida y duradera, aunque yo sabía lo rápido que podían cambiar las cosas. No dejaría que eso

ocurriera. Devolví mi atención a Tirosh.

—¿Entonces quién? —dije.

—¿Cómo iba a saberlo? Aparece y me cuenta una historia rara, parece paranoico, y acaba muerto. Igual le dio un ataque al corazón.

—Es un misterio, ¿verdad? —dije—. Al fin y al cabo, la habitación estaba cerrada por dentro, y tú eras la única persona en el interior.

—No me disgustaba suficiente como para matarlo —dijo Tirosh, y soltó una risa inesperada—. Solo era un viejo conocido.

—¿Y esa sobrina tuya? ¿La tal Deborah?

Se encogió de hombros, rendido.

—No lo sé.

—¿El apellido de la madre era Glassner?

—Miriam Glassner, sí.

—No tenemos registros de ninguna Deborah Glassner que haya estudiado en el Instituto Nordau —dije.

Pareció aliviado.

—Bueno, pues nada —contestó.

—En cambio, sí hay registro de una Deborah Glass.

—Ah —dijo—. Ya veo.

—Nadie ha denunciado su desaparición —le dije.

Eso no le gustó. Lo vi en su rostro. No le gustó nada. Tenía cierta cualidad retraída, se guardaba para dentro mucho de sí mismo. Sabía que alguien así podía venirse abajo, pero también era posible utilizarlos.

—Llamé al Instituto —continué—. Hace días que no la ven, pero no es algo inusual.

—Has sido exhaustivo —dijo él. Me miró con suspicacia. Asentí.

—En cuanto a tu hombre asesinado —dije—. En realidad no hay mucho misterio. Lo envenenaron.

—¿Envenenado? —Tirosh miró a la nada. No pude leer su expresión—. ¿Cómo?

—La bebida —dijo—. Del minibar del hotel. Estaba mezclada con extracto de adelfa. La verdad es que debía tener la constitución de un rinoceronte, tendría que haber muerto antes de hablar contigo.

—Se bebió toda la botella —dijo Tirosh.

—Tuvo que sufrir el ataque cuando estabas fuera de la habitación —dije —. De lo más desagradable, la adelfa, pero tiene flores bonitas. Crecen por todas partes. Era lo típico que se hacía en casa para untarlo en las flechas en

época de guerra. Podría haberlo preparado cualquiera.

—¿Pero por qué iba nadie a querer matar a Menhaim? — preguntó. Seguía sin pillarlo—. ¿Y por qué de forma tan elaborada?

Me quedé callado. Vi que le estaba dando vueltas, en el momento exacto en que entendió lo que pasaba soltó todo el aire de los pulmones.

—Ah.

—Hubiera sido una forma bastante ridícula de asesinar a Menhaim —dije, con suavidad—. Pero un modo perfectamente razonable si Menhaim no era el objetivo. Si a quien apuntaban era, de hecho, a ti.

—Sí —dijo, apagado.

—Menhaim era un buen orador —dije—. Pero no representaba una amenaza. Estaba al tanto de sus actividades. Quizá no me creas, Tirosh, pero suelo estar enterado de las cosas.

—Te creo.

—Alguien tuvo que entrar cuando no estabas y poner el veneno en las botellas —dijo—. No en todas, quizá en la mitad. Puede que le interrumpieran. ¿Alguna idea de por qué alguien se tomaría tantas molestias, Tirosh? O quizá es que no les gustaban tus novelas.

—Todo el mundo es crítico literario —dijo. Me reí. Tenía que reconocer que lo estaba llevando bien. Quizá era su vuelta. Deslizarte te cambia. Se estaba convirtiendo en otra persona de nuevo.

—Entonces, ¿puedo irme? —preguntó—. ¿No vais a retenerme?

—Eres libre de irte —dije—. Pero, ¿puedo darte un consejo?

Él ya estaba apartando la silla para levantarse. Me miró. Sabía que no confiaba en mí.

—Ve con cuidado, Tirosh. En esta tierra solo puedes ser una cosa u otra, pero no ambas. Más pronto que tarde tendrás que escoger un bando.

—¿Eso es todo? —Se levantó. Ya me daba la espalda. El error era suyo. Le vi dirigirse hacia la puerta y me pregunté qué haría a continuación.

Se me ocurrieron varias opciones. Merecía la pena observarlo.

—Sí —dije—. Eso es todo.

—Gracias —terminó—. Me aseguraré de tenerlo presente.

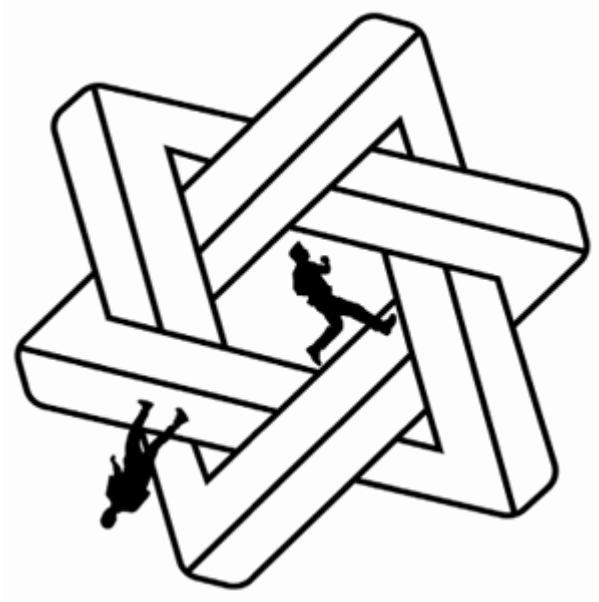
Le vi marcharse. Katz entró un rato después y asentí. Salió sin abrir la boca. A diferencia de Tirosh, yo recordaba más de fuera. Recordaba mi propio mundo. Recordaba la Altneuland.

Largas playas amarillas y gaviotas grises que graznaban en lo alto, y los blancos edificios que se alzaban contra el azul celeste del cielo. Recordaba los

dirigibles silenciosos que flotaban, serenos, sobre el recién construido Templo del Monte. Recordaba la tranquilidad de las antiguas nuevas tierras, de Judea, de Samara y de Gaza; colinas de ciclámenes y amapolas en impresionantes tonos rosas y rojos, que llegaban hasta donde alcanzaba la vista, y nuevas ciudades, vibrantes con la luz eléctrica, a lo largo de la costa del Mediterráneo. Mi Altneuland. A veces me parecía un sueño, solo un sueño. Era difícil estar seguro de si llegó a ser real.

PARTE DOS

INVESTIGACIONES



7.

Tirosh volvió al hotel. Le dieron otra habitación. Se duchó y se cambió. Le palpitaban las manos y le dolía el ojo donde uno de mis hombres le había golpeado, pero por lo demás estaba bien. Salió del hotel y enfiló la avenida Herlz hacia el oeste. Se detuvo frente al escaparate de una tienda de sombreros, entró y se compró un fedora. El sombrerero era un anciano jasídico, y la tienda, ya a aquella hora, estaba llena de jasídicos jóvenes y viejos que charlaban en una mezcla de yiddish y judeo moderno. En el interior hacía un calor húmedo, olía a cuero nuevo, a tela planchada y a sudor. Con el nuevo fedora puesto, un amaneramiento para Tirosh pero un sombrero típico de esta tierra contra el sol, salió por la puerta y siguió su camino. Por lo general solo llevaba sombrero cuando escribía.

Al pasar por delante de una parada vio detenerse un autobús rojo y dio un involuntario paso atrás. Observó bajar a los pasajeros. Le llamo la atención una figura extrañamente familiar, aunque le costó un momento situarla: era la mujer del avión, a la que había visto por última vez en el aeropuerto. La había perdido de vista desde entonces.

Llevaba gafas de sol oscuras bajo aquel sol abrasador y ropa amplia y práctica. Un pañuelo le cubría la cara, uno caro, de París. Se internó en la multitud. Podría haber sido cualquiera.

No lo era.

Había estado ocupado en otro sitio. El terrorista de la noche anterior no había actuado solo. En Palestina había muchos trabajadores de los territorios disputados, alguien tenía que limpiar las calles, lavar los platos, cuidar de los enfermos y de los ancianos. Alguien que hiciera el trabajo sucio sin protestar.

Los servicios de seguridad habían reunido a los sospechosos habituales. Uno de ellos me llamó la atención y solicité entrevistarle. Ahí era a donde me dirigía.

Palm Springs había sido un lugar agradable en el que confluían varios riachuelos, allí se bañó Nahum Wilbusch en su primera expedición al territorio. Desde entonces las palmeras habían desaparecido y los riachuelos se habían secado o habían sido soterrados y convertidos en alcantarillas, y el

hormigón de los edificios se alzaba en su lugar. En un principio había servido de estación de inmigración para el Batallón de Servicio de Policía del África Oriental Británica, fue convertido en un centro temporal de retención de prisioneros durante aquel largo e infame conflicto entre los imperios británico y alemán que culminó en una tregua incómoda con el asesinato de Adolf Hitler en 1948. Tras la guerra, Palm Springs quedó en desuso durante un tiempo, pero al lograr por fin Palestina la independencia y dejar de ser una colonia fue convertida en una prisión permanente, se erigieron nuevas estructuras y se reforzaron y actualizaron las antiguas. Al fin y al cabo, ¿acaso no había dicho el poeta Natfali Herz Imber en una ocasión que hasta que Palestina no tuviera sus propios ladrones judíos, sus propias prostitutas judías, no sería una nación como las demás? Y seguro que sabía de lo que hablaba, como buen borracho y mujeriego.

La prisión estaba fuera de Ararat, en una alta loma en los alrededores de las colinas Nandi. Estaba bastante aislada, aunque una carretera atravesaba los campos verdes y llegaba hasta la ciudad, la misma que aquella mañana Katz y yo recorríamos camino a entrevistar al sospechoso. Katz nunca hablaba demasiado, cosa que encajaba conmigo. Conducía él. Con las ventanillas cerradas y el aire acondicionado encendido estábamos en un mundo dentro de otro mundo, pequeño y autocontenido, con su propio clima y sus propias reglas. Observé por la ventanilla la vibrante vegetación tropical de fuera. Amaba este país; sentía por él una devoción de inmigrante que habría sorprendido o divertido al palestino nativo. Estaba seguro de que el ataque formaba parte de un patrón. Un ladrón usaría ganzúas para sentir y presionar con cuidado una serie de pistones dentro de la cerradura, aplicando al mismo tiempo presión con una llave de torsión. Si aplicaba la presión adecuada en los puntos correctos, la llave abriría el mecanismo de golpe.

No podía contarle nada de esto a Katz, pero tampoco me hacía falta. Mi departamento estaba especializado, y yo lo había hecho mío. Canturreé para mis adentros mientras viajábamos, una melodía klezmer sin palabras. Pronto aparecieron las instalaciones. Nos detuvieron en la puerta eléctrica. Presenté mi autorización y nos dejaron entrar, la puerta se cerró tras nosotros. Katz me acompañó dentro cuando me condujeron a la sala de interrogatorios.

El prisionero estaba sentado en una silla baja e incómoda. Tenía las manos sujetas con esposas a los brazos de la silla y le habían desnudado: solo llevaba ropa interior. Tenía el pelo corto; y los brazos musculosos y delgados aunque ya no era un hombre joven. Se llamaba Joseph. Me miró con los ojos

inyectados en sangre cuando entré, y aún así me sonrió. Hice un ademán y cerraron la puerta tras nosotros, encerrándome con él. Había otra silla tras la mesa, una cómoda. Me senté y le miré en silencio.

No dijo nada. Respiraba con dificultad y su respiración resonaba en la sala. La habitación era subterránea, de paredes sólidas. La sala era húmeda y hacía calor, podía oler su sudor. Habían pasado un tiempo con él antes de que yo llegara. Tenía largos cortes finos en el pecho y en los brazos. El bambú es muy versátil.

—Háblame del ataque en el autobús —dije.

Dilató las fosas nasales. No dijo nada.

—Digas lo que digas se queda aquí dentro —proseguí, y él soltó una risotada profunda y abrupta.

—Lo sé —dijo él.

Le sonreí de vuelta.

—No tenemos que hacerlo por las malas.

Aún era un hombre; aún estaba asustado. Sabía cuánto dolor estaría soportando. Llevaba horas encadenado a esa silla.

—¿Es esa mi elección? —preguntó.

—Puedo acabar con esto ahora mismo. La puerta está ahí.

—Hay otras puertas —dijo él, y aquello me cabreó.

—La única manera en la que saldrás de esta habitación es en una camilla ensangrentada de camino a un agujero en el suelo —sentencié. De hecho, no habría entierro. El cadáver sería arrojado a los ríos antiguos y recorrería las alcantarillas. Cuando emergiera a la superficie los huesos estarían limpios de toda carne.

—¿La muerte? ¿Tu única amenaza es la muerte?

Hablaba bien judeo, aunque con acento.

—La muerte es una certeza —dije—. Y al fin y al cabo, ¿qué tiene de malo? Todos morimos. Lo que queda es escoger el tiempo y el lugar, y hacerlo con dignidad, Joseph. El lugar ya ha sido decretado. Es esta sala. Pero el tiempo es decisión tuya. Podríamos acabar rápido. O podríamos… posponerlo. No recomiendo posponerlo.

Él intentó sonreír otra vez, pero gritó por la presión que sentía en la espalda.

—El dolor es un gran motivador —dijo.

—¡Háblame del ataque!

—No fue cosa mía.

—Sin embargo, eso no es relevante, ¿no?

—No —accedió con tristeza—. No es relevante.

—¿Trabajas en el hotel Reina de Saba? ¿Como cocinero?

—De chef —dijo, con cierto orgullo.

—¿Envías dinero a casa?

—Tengo bocas que alimentar.

—¿Y quién las alimentará ahora que ya no estás?

Ahí vi su odio. Solo un instante, y luego se esfumó. Lo mantienen bien al fondo, pero siempre está ahí.

—Quizá tus hijas podrán prostituirse para sobrevivir —sugerí—. Quizá tu mujer encontrará a otro marido que la mantenga y comparta su cama. Quizá tus hijos encontrarán trabajo como sirvientes en los asentamientos, limpiando la mierda de los perros del suelo de sus amos.

—Quizá —dijo. Me miró a los ojos y sentí un súbito ramalazo de miedo.

—Quizá, quizá —repitió, burlándose de mí. Pensé en Tirosh—. Tú sabrás sobre quizá y a lo mejor, forastero. Pero esta es nuestra tierra. Sobreviviremos. Perduraremos. La gente se va, la tierra permanece. ¿Qué te importa lo que me pase a mí?

—No me importa.

Rio. Y la risa brotó como un gorgoteo débil. Tenía sangre en los labios. ¿Cuánto llevaba aquí sin agua o sin dormir? ¿Cuánto tiempo llevaban torturándolo? Vi entonces que se había defecado encima. Pero estaba ahí sentado como si estuviera en un trono.

—Hay otras formas de salir —dijo—. Otras puertas. Deberías saberlo mejor que nadie.

—¿Es eso lo que intentabas hacer? ¿Abrir un portal? El muro…

—¡El muro no nos retendrá! —Estaba furioso. Ambos estábamos furiosos.

—¿Cómo funciona? —pregunté—. ¿Cuál es el patrón? — grité—. ¡Cuál es el patrón!

Se rio en mi cara. Saqué una pistola. Rodeé la mesa, me acerqué a él y la puse contra su cabeza. No había sonido alguno en la sala excepto su respiración entrecortada, la suya y la mía. Vi una gota de sudor resbalar por su frente.

—Dímelo —dije. Susurré—. Y todo esto termina.

—Haz lo que debas, forastero —dijo.

—¡No me llames así! —contesté yo.

Tenía la mirada agotada y triste.

—Sin embargo, lo has visto.

—No sé a qué te refieres.

—Hay dos enormes piernas pétreas en el desierto, sin su tronco —dijo—. A su lado, infinitas y legendarias, solo quedan las arenas solitarias… —Citaba un poema terrible de Shelley.

Me encogí y lo vio. El dedo se contrajo. Eso fue todo. El ruido del disparo fue brutal en la pequeña habitación, donde tantos otros habían muerto antes. Truenos bajo tierra. No quería matarle. Era solo que sabía demasiado. Llovió. La sangre manchó las paredes. Respiré en el aire húmedo de microscópicos pedazos de cerebro y cráneo.

Se me había escapado.

Pero habría otros.

Respiré hondo de nuevo, enfundé el arma y me alisé la ropa. Cuando salí pedí que limpiaran aquel desastre.

8.

Tirosh, mientras tanto, había visto a la mujer salir del autobús. No había nada en aquel cruce que levantara sospechas. Ella no pareció verle, y un momento después se alejó a buen ritmo por una calle lateral, Der Nister. Tirosh la siguió con la mirada, algo aturdido, y luego desvió la vista, con la mente en otra cosa. Se alejó de nuevo por Herzl, donde jóvenes soldados patrullaban la calle.

Eran tan jóvenes, pensó. En Londres o en Berlín aquellos chavales estarían en la universidad, bebiendo en algún bar, trabajando para ahorrar y hacer un viaje alrededor del mundo, o simplemente por ahí, ligando, enamorándose, jugando o escuchando música, no con armas al hombro patrullando una calurosa calle bajo el sol africano, en búsqueda de amenazas invisibles. Pensó en su propio hijo, aunque los pensamientos eran como agua y no dejaban de escurrirse, como una marea. Nunca había querido que Isaac se convirtiera en soldado de mayor.

«Una larga marcha de unos veinticinco kilómetros por los límites del Elgeyo», había informado Wilbusch en su antiguo diario de la primera expedición. «La parte trasera de la caravana fue atacada por una tribu nandi, y como los porteadores no tenían buenas armas la carga fue robada y el guía herido. Algunos porteadores, Gibbons y yo perseguimos a los nandi durante

ocho kilómetros, pero no les encontramos por el bosque».

¿Podría haber sido todo diferente? Se preguntaba Tirosh. El congreso sionista sabía que aquella tierra no estaba realmente desocupada, no más de lo que la Palestina en el lejano Oriente Medio lo había estado. Había personas viviendo allí igual que ahora. Sus ataques de ahora eran meras réplicas de los ataques de entonces, fractales de un todo mayor, la historia repitiéndose. Y a pesar de todo, ¿cuál era la respuesta? Si los judíos hubieran permanecido en Europa, hubiera implicado una sentencia de muerte segura.

Hacía calor pero Tirosh siguió a pie. No quería ir en autobús. Al fin llegó al campus principal del Instituto Nordau. Era un edificio grande de la época colonial rodeado por bonitos jardines, con un reguero de edificios nuevos que formaban un anillo a su alrededor. Los árboles proporcionaban suficiente sombra y los estudiantes charlaban, reían y pasaban el rato sobre la hierba. Algunos incluso estudiaban. Un guardia de seguridad aburrido lo detuvo ante la puerta y le dio un pase. Subió los escalones de piedra y entró en el edificio. Dentro había un frescor agradable, y subió al segundo piso para acudir a su cita.

Encontró la puerta sin mucha dificultad. La señal de metal, fijada en la puerta con cuatro tornillos pequeños, informaba de que aquel era el despacho de la profesora Falk, del departamento de Antropología. Tirosh se había quedado atónito ante aquella elección cuando preguntó por primera vez. Cuando había llamado al Instituto, una de las mejores universidades de Palestina, para preguntar por su sobrina, había asumido, basándose solo en las vagas proclamaciones de Menhaim, que estudiaba negocios o economía: en cualquier caso algo importante, aunque la hubiera conducido por las ambiguas sendas de la política.

En su lugar se encontró con que estudiaba antropología y folclore, estaba especializada en las antiguas leyendas del asentamiento y de los desplazados. Habló con la secretaria del departamento, que accedió a programar una cita con la tutora de tesis de Deborah, a cuya puerta llamaba ahora Tirosh.

—Adelante —dijo una voz. Tirosh empujó la puerta. Dentro había una pequeña oficina repleta de estanterías del suelo al techo, antiguos mapas del asentamiento enmarcados y curiosas esculturas de madera de feroces criaturas con hombros altos y la espalda encorvada, una mezcla entre una hiena y un oso. Tras la enorme y desordenada mesa se sentaba una mujer mayor de largo cabello blanco y ojos febriles. Se enderezó cuando entró Tirosh y lo miró con suspicacia.

—Tirosh, Tirosh —dijo, como si probara el nombre y lo encontrara deficiente—. Me leí uno de sus libros.

—¿Y qué le pareció?

—Meh.

Lo miró divertida.

—Por favor, siéntese.

Tirosh apartó una pila de libros de una silla y se sentó frente a ella.

—Me dijeron que era la tutora de tesis de Deborah.

—Así es.

—¿La ha visto recientemente?

La profesora Falk se encogió de hombros.

—Completar un doctorado lleva tres años, señor Tirosh, como mínimo. Deborah solo viene cuando necesita hablar sobre algo, o consultar uno de los libros de la biblioteca. A veces no la veo durante semanas. En el Instituto Nordau animamos a nuestros estudiantes a llevar a cabo su investigación sobre el terreno. Perdóneme si soy directa, pero uno no llega a conocer una cultura leyendo novelas y sin mover el culo.

Tirosh lo dejó pasar. También se fijó en que la profesora Falk no había respondido a su pregunta.

—¿Entonces no la ha visto recientemente? —dijo.

—¿No acabo de decirlo?

—La verdad es que no.

Ella lo volvió a mirar con suspicacia y Tirosh tuvo la sensación de que no era de su agrado.

—No la he visto desde la última vez que vino a verme.

—¿Que fue cuándo?

—¿El *mes* pasado, quizá?

—¿Y esto no le preocupa en lo más mínimo?

—¿Por qué? ¿A usted sí?

Tirosh se encogió de hombros.

—Es mi sobrina —dijo.

—A quien no ha visto en años. ¿A qué viene el súbito interés, señor Tirosh?

«A que un hombre murió para entregarme un aviso», quiso decir Tirosh, aunque no lo hizo. ¿De verdad estaba Deborah en peligro? Solo contaba con las palabras de Menhaim, y Menhaim le había parecido inestable, casi delirante, como un antiguo profeta bíblico que desvariaba sobre los pecados

de la nación.

—Me siento responsable —dijo—. Mi hermano…

—Su hermano el héroe, el que murió hace años en la guerra, sí, sí —dijo ella—. En nuestra guerra nacional heroica e interminable contra nuestros vecinos. Como he dicho, no veo el por qué del súbito interés.

—Y yo no veo la necesidad de ofuscarse —repuso Tirosh, rígido—. Tengo la impresión de que no le gusta demasiado mi familia, profesora Falk.

Falk lo miró con fijeza, entonces suspiró y se masajeó el puente de la nariz.

—Lo siento —dijo, tras un rato—. No quería…

—No soy mi padre —dijo Tirosh.

—El general Tirosh —contestó ella, Tirosh conocía aquella expresión, la había visto infinitas veces antes cuando la gente se daba cuenta de quién era su padre. La fascinación—. *¿Cómo es?*

Tirosh se encogió de hombros, sintiéndose agotado.

—No le he visto en años —dijo.

—¿Fue difícil crecer con un padre así?

—No tengo nada con lo que compararlo —dijo Tirosh—. En cualquier caso, vivimos con mi madre tras un tiempo.

—¿No tienen mucha relación, usted y su padre?

Cuando nació Isaac se juró que sería diferente a su padre. Que le querría con todo su ser, que estaría allí en cada momento de cada día para su hijo. Cuando se despertaba por la noche, Tirosh estaba allí para cogerlo y consolarlo, y cuando sostenía el cuerpecito de su hijo en sus brazos, apretando la criaturita que sollozaba contra su pecho, posaba la cara en la cabeza del bebé y respiraba su aroma, y pensaba en su padre, preguntándose si él habría hecho lo mismo cuando Tirosh era un niño. Su padre era una figura distante y enorme, un hombre poderoso que se movía con agilidad, siempre ocupado, rodeado por acólitos, sus coroneles y ayudantes, por políticos que llegaban para visitarlo e intentar reclutarlo, por periodistas y fotógrafos en busca de una historia, o por asociaciones que buscaban su patrocinio. Incluso la prensa extranjera acudía a él, y en su estudio había recortes de entrevistas en *Le Monde* o en *Der Spiegel* o en *Time* de su padre de uniforme, más tarde con ropa de civil, alto, moreno, sonriente, posando con un rifle delante del lago Victoria o con el monte Elgon de fondo. De niño, Tirosh había querido y admirado a su padre desde lejos; del mismo modo que uno mira a un volcán.

—No —dijo—. No tenemos una relación cercana. Profesora Falk, sobre mi sobrina…

—Sí, lo siento. ¿De verdad cree que hay motivos para preocuparse?

—No lo sé. ¿Puede decirme en qué trabajaba? Solo me dijeron que tenía algo que ver con el muro.

—¿El muro? —La profesora Falk sonaba genuinamente sorprendida— ¿Y qué demonios le hace pensar eso?

—¿Qué? —dijo Tirosh. Desde que había llegado al despacho había sentido que tenían propósitos opuestos, él y la tal Falk. Menhaim había sido bastante claro, ¿no? ¿Le había mentido?

—Deborah estudiaba ciertas leyendas del asentamiento — dijo la profesora Falk.

—¿Leyendas?

—Sí, señor Tirosh. Este *es* el departamento de Antropología.

—¿Y qué tiene que ver eso con el muro?

—¡Nada! El muro, el muro. No había muro antes del asentamiento, señor Tirosh.

—¿Pero qué tiene que ver con…?

—Conoce la primera expedición, supongo —dijo la profesora Falk.

—¿Sí?

—El recién formado congreso sionista, en aquella época, estaba dividido en dos facciones. La mayoría apoyaba el asentamiento en Palestina, un retorno a la Tierra Sagrada como la única opción aceptable para el pueblo judío. Otros, los que se hacían llamar «Territorialistas», buscaban cualquier tierra disponible para el asentamiento judío. Theodor Herzl, el fundador del congreso y su presidente, apoyaba esta última. Cuando llegó la llamada oferta de Uganda, Herzl la apoyó, pero la mayor parte del congreso se opuso al plan, y la eventual expedición así lo reflejó. El propio Wilbusch, aunque esto no lo explican en los libros de historia, era parte de la facción «Tierra Sagrada». Se opuso al Plan Uganda.

—¿Wilbusch? ¿Wilbusch se opuso al plan?

La profesora Falk puso una sonrisa sombría.

—Wilbusch era el arma secreta de los «Tierra Sagrada»: su hombre en África. Estaba garantizado que entregaría un veredicto negativo. Dicho de otro modo, el Plan Uganda estaba acabado antes incluso de haber empezado.

—¿Wilbusch era un saboteador? —dijo Tirosh, atónito.

La profesora Falk sonrió.

—Lo era —dijo—. Pero, por supuesto, cambió de parecer al final. O ahora ya no estaríamos aquí, ¿no?

—¿Qué le hizo cambiar de parecer? —preguntó Tirosh.

—Ya conoce la historia —dijo la profesora Falk—. Llegaron al territorio. Wilbusch se perdió. Una tribu hostil les atacó. Todo esto es parte del registro histórico.

—Sí.

—En su diario, Wilbusch hace una referencia extraña. Estaba perdido, solo, en la meseta. No tenía comida, quizá deliraba. No veía a ningún ser vivo. Debe entender que nunca había estado en África, para él aquel lugar era tan remoto como las montañas de la Luna. En el sexto día Wilbusch acabó bajo la sombra de una acacia. El árbol estaba decorado con docenas de calaveras humanas blanqueadas por el sol que colgaban de las ramas. Marcaba la presencia de un lugar sagrado. Años más tarde, en un momento irreflexivo, dijo que era una escotilla de cruce.

Tirosh se removió inquieto. La silla le resultaba incómoda, estrecha.

—¿Qué es una escotilla de cruce? —preguntó.

—Un lugar para cruzar. Un lugar donde los mundos se encuentran.

Tirosh miró por la ventana. Había empezado a llover, y los estudiantes corrieron a meterse dentro, riéndose y tapándose la cabeza con los libros. Se olvidó de Deborah, se olvidó de Menhaim muerto en el suelo de la habitación del hotel. La voz de la profesora Falk había asumido una cualidad hipnótica. Era el único sonido en la habitación. Tirosh se humedeció los labios. Los tenía secos.

—¿Dijo Wilbusch dónde estaba este lugar? —preguntó.

—No. No hace más referencias a él en su informe. La leyenda, en cambio, indica que Wilbusch encontró algo allí. Un espejo. Y que tuvo una especie de visión.

Apenas la oía. Había un lugar donde un árbol crecía en secreto, en la oscuridad, y sus frutos eran cráneos. Wilbusch, deshidratado, perdido, se había topado con ese lugar entre lugares. Siguió el sendero sombrío hacia la oscuridad. Llegó a un sitio donde había un espejo negro.

—Wilbusch miró en el espejo negro —dijo la profesora Falk. Su voz era suave y triste. Puede que llevara un rato hablando. No estaba seguro.

—¿Qué vio? —preguntó Tirosh.

Las sombras reptaban por las paredes del estudio de la profesora Falk. Eran humanos esqueléticos que marchaban por una gran llanura helada donde un fuego ardía día y noche. Ceniza negra ascendía desde las llamas que brillaban en grandes hornos, y la gente avanzaba, casi desnuda y con ojos

vacíos, hacia su calor.

—Le mostró el futuro —dijo ella—. Un futuro.

Tirosh sintió un dolor detrás de los ojos y los cerró. Las imágenes llegaban de forma involuntaria, de algún lugar que no conocía: de fuera. Trenes que cruzaban llanuras heladas, que vomitaban gente en el hielo, puertas enormes, muros de alambre de espino, torres de vigilancia, soldados. Judíos con estrellas de David amarillas en los brazos. Un gran fuego que ardía, un fuego que nunca se detenía.

—Wilbusch volvió con un informe positivo, claro —dijo la profesora—. El congreso autorizó el plan. Los judíos europeos, ampliamente perseguidos, fueron los primeros en emigrar en masa a la nueva tierra. Se decía que los barcos no dejaban de llegar: que si uno se subía a los tejados de Mombasa, podía ver tantos barcos que parecía una alfombra flotante en el océano, todos ellos repletos de judíos.

El dolor tras sus ojos cesó. Cuando parpadeó, lo hizo en el mundo que siempre había sido, que siempre sería. Fuera la lluvia había parado, y el cielo estaba despejado. Gotas de agua brillaban sobre las grandes hojas verdes de los árboles de la calle. Imaginó la llegada de los refugiados, cómo levantaban los rostros hacia el sol y sentían la luz en la piel. ¿Cómo habría sido ser el primero en llegar? A un nuevo mundo, a un nuevo futuro.

—Como he dicho, es solo una leyenda —concluyó la profesora Falk.

—¿Una leyenda que Deborah estaba estudiando? ¿Está estudiando?

Una nota de preocupación auténtica se coló por primera vez en la voz de la profesora Falk.

—¿De verdad cree que ha desaparecido? Ni siquiera sabría cómo buscarla. Siempre está en alguna región remota. Quiero decir, es una mujer adulta, al fin y al cabo. Su vida es suya. No, estoy segura de que está bien. Se pondrá en contacto en algún momento. No hay motivos para ponerse nerviosos.

—Eso espero —dijo Tirosh.

—Debería haberle ofrecido una taza de té. Qué maleducada. ¿Quiere un té, señor Tirosh? Tiene mala cara, que lo sepa.

—Lo sé —dijo él—. Y no, gracias. Aunque es muy amable por su parte.

Se levantó para macharse.

—¿Sabe a dónde fue la última vez? ¿Le dio alguna indicación?

—Kisumu, creo —dijo la profesora Falk—. Dijo algo sobre una reliquia de la primera expedición.

—¿Kisumu? ¿Se fue al lago?

—Eso me parece.

—¿Recuerda qué estaba buscando exactamente?

—No, lo siento. No dio más detalles.

—Gracias, profesora Falk.

La profesora se levantó. Extendió una mano para estrecharle la suya, tenía la piel seca y un agarre firme.

—Buena suerte, señor Tirosh —dijo—. Espero que encuentre lo que está buscando.

Tirosh asintió. Un árbol de calaveras brotó en su mente. Pensó en Isaac, mirándole con ojos febriles, diciendo: «¡Papapa, Papapa!». Un pozo sin fondo de desesperación, un espejo negro en el que no había reflejo alguno, el roce del agua fría, el sonido de llantos ahogados que vienen de otra habitación. No quería afrontar sus recuerdos. No era más que un hombre, ni bueno ni malo. Esperaba que Falk estuviera equivocada y que no lo encontrara: otra vez no.

9.

Mis hombres observaron a Tirosh salir del edificio principal de la universidad. No era muy alto pero tenía las piernas largas, y el andar dudoso de un hombre que nunca ha estado cómodo en su propia piel. Vestía tejanos desgastados y una camiseta de una banda de rock alemana disuelta hace mucho. Tenía una expresión constreñida, una que a veces veo en mi propio reflejo en el espejo. Es una especie de angustia existencial, un desgarro en la mente entre dos recuerdos incompatibles. Imagina que eres una cosa y, al mismo tiempo, otra completamente distinta, ambas intentando coexistir al mismo tiempo. A veces pienso que es la condición de ser judío, siempre ser una cosa y otra, nunca encajar del todo. Somos granos de arena que erosionan la concha de la ostra del mundo.

O quizá soy, en mis momentos tranquilos, simplemente fantasioso. Tirosh recordaba aquello que no era real. Esto no le convertía en loco, ya que la memoria humana es falible, y está manipulada a muchos niveles por la imaginación. Yo mismo, durante un largo período, me sentí inseguro sobre la realidad de mi situación. Durante un tiempo incluso creí que deliraba, y aún así recordaba Altneuland con una claridad dolorosa en mi mente: el repiqueteo de las campanas, claro y rápido, propagándose por las ciudades blancas de la planicie costera, el vuelo de una paloma sobre la torre de David

en Jerusalén, la vista aérea del río Jordán serpenteando entre campos fértiles, el zumbido perezoso de las abejas en el aire limpio y puro. Mi hogar había sido un paraíso que tras la liberación abarcaba desde Beirut hasta Baghdad: una tierra de judíos libres, una tierra antigua y nueva.

Allí fui un shomer, un vigilante, miembro de aquella ilustre organización de guardias. Aquí, en mi nueva tierra, ascendí rápido de rango en mi profesión, hasta que esculpí para mi mismo un rol importante en los servicios de seguridad. Y a pesar de todo, mis recuerdos de ese otro lugar eran vagos, y era fácil, demasiado fácil quizá, acomodarse en un solo grupo de recuerdos, creer que las otras sefirot no eran reales. Era contra esos deslices contra los que luchaba, permanecía vigilante frente a los intrusos. Creía en Palestina. No dejaría que la dañaran.

Cuando Tirosh salió por la puerta un hombre lo persiguió a la carrera: joven, rechoncho, con pantalones cortos, un estudiante universitario, tan evidente como que la lluvia es cálida y el cielo es azul. Jadeaba mientras corría, llamándole: «Señor Tirosh, señor Tirosh», con la precisión mecánica de un gallo al atardecer. Tirosh se detuvo. Se giró con la expresión de sorpresa de un hombre que oye su nombre cuando no espera que nadie le llame: la sensación de que ha debido haber un error, y que uno de los dos está a punto de descubrirlo.

—¿Sí? —dijo, confuso.

El joven se detuvo resollando para recuperar el aliento. Tenía en la cara una enorme sonrisa de deleite.

—¿Señor Tirosh? ¿Lior Tirosh? ¿El autor?

—Yo… ¿sí? —dijo Tirosh. Seguía aturdido. En realidad no era un autor conocido. Escribía novelas entretenidas, escapismo barato. Cuando le forzaban a contar su ocupación, los funcionarios con buenas intenciones siempre le soltaban palabras de ánimo del tipo de «Bueno, espero que te publiquen algo algún día», o «Quizá cuando te vuelvas famoso podré decir que te conozco».

No había logrado hacerse famoso, pero lo cierto es que la fama no le atraía. Su padre, el general, era famoso en Palestina, si por fama se entiende una mezcla de admiración y miedo, incluso adoración. De niño, su padre le parecía como el monte Elgon: distante y terrible, un monumento que todos ven y reconocen en apariencia, sin embargo desconocido por completo.

—¿Te conozco de algo? —preguntó.

—Señor Tirosh, soy Leonid Rozman.

—¿Sí?

—¿Del *club de lectura*?

—¿Sí? —repitió Tirosh. No tenía ni idea de lo que hablaba Leonid.

—Lo siento —dijo Leonid, fijándose por fin en la cara de confusión de Tirosh. Su propia expresión pasó a ser de incomodidad y vergüenza—. Habíamos organizado… pero no le informaron… creí que estaba aquí para la clase.

—¿La clase? —Un recuerdo lejano despertó en la mente de Tirosh.

—¿*Eres* Lior Tirosh? ¿Autor de *La muerte pasea por el cementerio* y *El cadáver no tenía rostro*?

—Sí —dijo Tirosh—. ¿Los has leído?

Sintió una mezcla de orgullo y terror que solo sentía en las raras ocasiones en que se encontraba por sorpresa con alguien que había leído uno de sus libros.

—¡Me *encantaron*! —dijo Leonid, con un entusiasmo sincero—. Esperábamos que pudieras dar una charla. Tenemos un grupo de lectura aquí en el Instituto ¿sabes? ¿de dónde sacas las ideas?

—No lo sé —contestó Tirosh. Se quedó mirando a Leonid. Parecía inofensivo, apenas un chaval. Pero, igual que Tirosh a su edad, ya habría completado el servicio militar en los territorios disputados o en la frontera con Uganda, habría detenido civiles con el poder de un arma de fuego, habría pasado miedo pensando en los terroristas suicidas o en una emboscada en un callejón de algún pueblo sin nombre, o en un niño sonriente que corre hacia ti con una granada oculta en la mano. Tirosh no recordaba con claridad su vida fuera de Palestina. Sabía que había vivido en Berlín, recordaba a Isaac, una máquina de escribir hecha polvo y una ventana por la que se filtraba la luz del sol. Recordaba estar sentado junto a aquella ventana tecleando, y que las palabras surgían de la nada, un arte oscuro que no era capaz de entender ni de explicar, las letras se hincaban con fuerza en la dúctil página en blanco y el ruido de las teclas parecía el de los casquillos al salir despedidos de una pistola.

En su trabajo buscaba huir de sí mismo, las palabras brotaban con espontaneidad: el asesinato quedaba estilizado sobre el papel, la brutalidad como entretenimiento, un orden impuesto sobre la violencia aleatoria de la vida. La gente que leía sus libros no buscaba la verdad, ni una epifanía nebulosa. Sus vidas ya eran lo bastante duras, compuestas de indignidades pequeñas, tragedias personales, muertes de parientes y amigos que se sucedían

y carecían de sentido; no morían en una batalla, pero estaban muertos de todos modos. En las novelas de Tirosh solo buscaban una especie de refugio, unas pocas horas lejos de sus problemas, del piso pequeño y lóbrego, del llanto de los niños, del marido borracho o de la mujer de la que uno ha dejado de estar enamorado sin darse cuenta: como esas parejas que llevan años viviendo juntas y un día se despiertan y se han convertido en extraños.

Dijo:

—Claro, supongo que puedo. Dime, Leonid, ¿conoces a Deborah Glass?

—¿Deborah? —dijo Leonid. Arrugó el ceño, y esa arruga perfecta parecía la raya de un pantalón planchado—. Claro, ¿por qué?

—Es mi sobrina —dijo Tirosh—. Mira, ¿sabes algo de lo que ha estado haciendo últimamente? ¿Algún amigo con quien pueda hablar? ¿Qué aficiones tiene?

—¿Aficiones? —Leonid torció la sonrisa—. Ir a manifestaciones, si lo consideras una afición.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre está protestando por algo. Lo que sea. Por los derechos de los desplazados, contra la construcción del muro, por la paz con Uganda, por devolver la tierra a los nandi. Cualquiera diría que es uno de ellos, de lo mucho que les aprecia. Si me preguntas a mí, la gente así son traidores, señor Tirosh, sin ánimo de ofender. Pero esta es nuestra tierra, nos fue otorgada en el pacto con los británicos. Es nuestro Nachtasyl, nuestro refugio nocturno. Nadie puede quitárnoslo, ¡nadie!

—¿La conoces bien?

La pregunta de Tirosh dio en la diana. El chico se sonrojó.

—No tan bien como quisiera —murmuró, de mal humor. Tirosh sonrió. Aquí al menos había una motivación que entendía.

—¿Te gusta?

—¡Te lo acabo de decir, está *equivocada*! —dijo Leonid—. En todo.

—No te he preguntado eso.

—Claro que me gusta —dijo Leonid, e intentó sonreír—. ¿Cómo no me iba a gustar?

Tirosh rio. Eran como dos amigos hablando sobre una chica.

—¿Alguna idea de a dónde pudo ir?

—Siempre está por ahí —dijo él—. Seguramente la encuentres en alguna aldea kalenjin, aprendiendo a coser pieles de vaca.

La opinión de Tirosh sobre Leonid se iba desplomando como el mercurio

en un termómetro durante el invierno berlinés. Y aún así la verdad era que afirmaciones como aquellas no eran raras; se oían en la peluquería, o en la cola del supermercado, o durante una cena familiar o con amigos. Era solo hablar por no callar, cosas de relleno entre palabras más importantes. «Ya sabes como son», o «¿Qué esperas de, ya sabes?», y luego alguien soltaría un chascarrillo sobre caníbales.

—¿Es el tipo de cosa que ella haría? —dijo Tirosh, y Leonid, quizá percibiendo la nota de advertencia en su voz, se contuvo al instante.

—No, claro que no, quiero decir, siempre está tan interesada en, ya sabes, las culturas nativas y…

—Entonces, ¿la conoces bien?

—No, quiero decir, la conozco de saludarla, ya sabes, no es que hayamos…

—Lo que quiero saber, Leonid, es dónde puedo encontrarla, ¿entiendes?

—Sí, lo entiendo, es que yo no…

—¿Estaba en contra de la construcción del muro de separación?

—¿Deborah?

—Sí.

—Claro. Estaba en contra. Dijo que era una farsa, cómo encerrábamos a gente en… ella los llamaba *guetos*, señor Tirosh. ¡Guetos! ¿Cómo puede comparar la angustia de nuestros ancestros en Europa y en otros lugares con las… condiciones de los nativos? No tengo ni idea. Tienen una buena vida allí. Ni siquiera necesitaríamos un muro de no ser por los ataques. ¡Atentados suicidas, señor Tirosh! ¿Quién si no un salvaje haría tal cosa?

—Alguien desesperado —dijo Tirosh—. Alguien sin nada que perder.

Empezó a alejarse de Leonid. El chico no podía decirle nada. Había algo que le molestaba. Cuando preguntó a la profesora Falk sobre el muro ella había negado que Deborah tuviera ningún interés en él. Leonid seguía hablando. No se callaba. Tirosh asintió, y se dio cuenta demasiado tarde de que había aceptado dar una charla en la universidad aquella misma noche.

—Dime, Leonid, ¿dónde puedo encontrar a los amigos de Deborah? Ya sabes, sus amigos manifestantes.

Leonid se encogió de hombros.

—Prueba en el Hare & Coconut, en la calle Chamberlain.

—¿El Hare & Coconut?

—Es un pub en el casco antiguo. De esos que sirven cerveza caliente y tienen ejemplares de *The Guardian* de hace dos semanas.

—¿Has estado alguna vez en Londres? —preguntó Tirosh.

—He estado dos veces en Zimbabue, para ver las cataratas Victoria —contestó él—. Y en Zanzíbar una vez, para una conferencia juvenil.

Cuando al fin se marchó, Tirosh se asombró al darse cuenta de lo mucho que, de un modo extraño, envidiaba a Leonid. Tener convicciones; creer tanto en unos valores, en un punto de vista… no albergar *dudas*. A Tirosh le parecía que aquello debía ser algo maravilloso. Él no era así, no podía serlo. Tirosh dudaba constantemente. Se angustiaba ante todas las elecciones; donde otros estaban seguros, él siempre era dubitativo, inseguro de cual era el camino correcto: inseguro incluso de si había uno.

Al salir del campus se subió a un autobús. Dudó antes de entrar, pero al final lo hizo. Desconocía que mis hombres todavía le seguían. Nosotros desconocíamos que no éramos sus únicas sombras.

10.

El autobús circuló sin prisa. Llevaba el ritmo pausado de una vieja bestia de carga, de un burro o mula con años de servicio a sus espaldas y resignado a su tarea, tan familiarizado con su ruta como si estuviera empujando la misma rueda neumática en círculos infinitos, como en las antiguas fotos de los principios del asentamiento. Sus pasajeros eran la sangre de la ciudad: ancianas que volvían del mercado con las cestas de bambú repletas de la compra; un pollo atado que balanceaba la cabeza de un lado a otro de forma indigna; estudiantes del Instituto en su propio grupito, los más ruidosos; un hombre que sudaba en su traje oscuro; una pareja que se abrazaba en el último asiento, mientras el hombre ortodoxo sentado lejos de la ventana y del calor del sol les miraba con expresión de disgusto. Tirosh recordó otros autobuses, otros días: en los que viajaba con su madre al casco viejo de la ciudad, donde abundaban las librerías de segunda mano y podía perderse entre sus estanterías, el olor a humedad, el murmullo de las ancianitas que compraban su cuota diaria de novelas románticas. Mientras, su madre pasaba el rato fuera echando un vistazo a las tiendas que vendían ropa casi nueva y extrañas baratijas europeas traídas Dios sabía cuando y por qué.

Las tiendas de curiosidades también proliferaban entre los numerosos puestos ugali y tiendas de té antiguas, donde mujeres y hombres pacientes pasaban todo el día sentados, a veces tras mostradores, otras en el suelo sobre

finos colchones, y ofrecían tallas de animales salvajes, máscaras y figuritas humanas. En Ararat todo el mundo tenía un bibelot africano en casa (una máscara en la pared, una talla de una jirafa en una esquina), y velas de sabbat en la repisa de la ventana.

Y mezuzot en todas las puertas, claro. Los talladores anónimos de los pueblos pronto identificaron una moda: durante un tiempo una de cada dos mezuzot estaba tallada a mano en ébano o en esteatita, en una ocasión llegó a ver una de marfil. Los pergaminos que se guardaban en su interior los hacían uno a uno los sofer, eruditos escribas judíos cuyo trabajo era transcribir los textos sagrados. De niño, Tirosh se había preguntado a menudo qué habría escrito en aquellas pieles misteriosas, enrolladas con delicadeza dentro de las mezuzot, qué palabras secretas, qué nombres terribles contenían.

El autobús se detenía y avanzaba a trompicones; en cada parada los pasajeros subían y bajaban como gotas de lluvia. Al otro lado de la ventana la ciudad se sumía en la calma, el tráfico empezó a escasear, y al remontar una colina a Tirosh se le perdió la vista muy lejos, más allá de la ciudad, donde los edificios blancos daban paso a la vegetación, resplandeciente en contraste con el azul profundo del cielo. Entonces el autobus descendió y fue dejando atrás barrios anodinos donde, en los años cincuenta, el gobierno había construido casas baratas para el flujo de inmigrantes que abandonaban la *Reichsland* en la lejana Europa.

La ciudad volvió a cambiar. Se acercaban a su zona más antigua, el casco viejo donde se habían instalado los primeros colonos. Allí fue donde Wilbush montó su primer campamento y lo llamó la Tierra Prometida. Había sido un lugar verde y apacible, cerca de un riachuelo, con buenas vistas al lejano monte Sergoit. Después llegaron los inmigrantes, en tren desde Mombasa hasta Nakuru, y por fin la larga marcha sobre la meseta, hombres, mujeres y niños que nunca habían visto tal vegetación salvaje, que nunca habían sentido un sol así.

Los mosquitos se cebaron con ellos. Aquel primer año muchos sucumbieron a la malaria, y en los años siguientes, hasta que plantaron los eucaliptos y los pantanos se secaron; aunque todavía era posible contraer la enfermedad, y en la larga temporada de lluvias, más allá de la ciudad, uno podía despertarse frío y caliente al mismo tiempo, temblando de forma descontrolada. Tirosh había enfermado una vez, en la granja de su padre, y lo recordaba con nitidez: durante tres días vomitó sin parar, no podía comer nada, solo conseguía beber

agua de coco gracias a su alto contenido en sal. Pero mejoró. Aquellas noches todos sus sueños habían sido pesadillas, y había visto el monte Elgon como debió haber sido, fuego volcánico que brotaba de la cima, llamas que iluminaban el cielo y ocultaban las estrellas. Su madre le dijo que se había pasado la noche balbuceando, medio dormido, y hablaba de cosas imposibles: aviones que se estrellaban en edificios altos, niños arrojados a hornos, un hombre con casco que caminaba sobre la Luna. Le abrazó con fuerza cuando despertó: le había bajado la fiebre y el sol se elevaba en el horizonte, y las acacias resplandecían con la lluvia nueva.

—¡No vuelvas a *hacer* algo así! —dijo su madre.

Pero de aquello hacía mucho tiempo. Aquellos días a Tirosh no le gustaba revisitar el pasado. Había cosas que era mejor dejar como estaban. El pasado ya no existía, del mismo modo que el futuro todavía no estaba formado. Todo lo que existía era un único punto de referencia, un presente eterno, y él lo llevaba a cuestas: era más seguro así.

Miró por la ventana a medida que los edificios se tornaban blancos y deteriorados y las calles se volvían cada vez más estrechas: serpenteaban y confluían aquí, construidas mucho tiempo atrás, improvisadas, sin ningún plan. Por aquel entonces los colonos usaban caballos y carros si es que llegaban a usar algo, y en estas calles apenas cabían los vehículos. En los ochenta, el ayuntamiento había llevado a cabo un ambicioso programa de recuperación en la zona, y ahora Tirosh veía que en lugar de los antiguos tenderetes ugali, ahora había modernas tiendas de té, y las galerías de arte habían reemplazado a los vendedores de curiosidades. Muchos de los edificios estaban restaurados, y la torre del reloj, construida para conmemorar la coronación de la Reina, dominaba la plaza, en perfecto estado de conservación.

Algo sonó en su bolsillo.

Tirosh ignoró el extraño ruido. El sonido seguía. Percibió con gran incomodidad cómo los otros pasajeros se giraban para mirarle y apartó el rostro, atribulado. No sabía qué era lo que emitía un sonido así. Metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil, que, por un instante, le había parecido una simple funda de gafas.

—¿Diga?

—Tirosh, ¿dónde carajo estás?

La voz al otro se oía mal, distorsionada, como si saliera de algún lugar demasiado lejano.

—¿Elsa? —preguntó Tirosh—. Elsa, ¿eres tú?

—¿Quién creías que era? En serio, no te entenderé nunca. ¿Dónde *estás*?

—Aquí —dijo, confuso—. Ya sabes que venía a casa.

—¿Qué tal por allí? —preguntó—. Desde aquí, ya sabes, todo lo que vemos son los atentados y los misiles, y los muertos tirados en la calle.

—No es así —dijo—, no es así para nada.

La gente le miraba con mala cara. Pensó que había algo extraño en lo que hacía: nadie más hablaba por el móvil. Era como si nunca hubieran visto uno.

El autobús se detuvo y Tirosh bajó. Escuchó el ruido en la línea. Se oía una especie de chirrido, parecía casual, y aún así creía discernir formas en el sonido, un patrón que conocía.

—¿Hola? —dijo—. ¿Elsa? ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí, pero no entiendo dónde estás, Tirosh. No contestas al teléfono y el personal de la universidad dice que no sabe nada de ti.

—¿La universidad?

—¡La conferencia! —dijo Elsa—. Organicé una charla para ti, se suponía que ibas a dar una conferencia sobre realidades alternativas o la muerte de la novela, o algo igual de fascinante.

—Pero ya he hablado con ellos —contestó Tirosh, más tranquilo—. Acabo de hacerlo justo ahora. La charla, claro. Ya está solucionado, te lo prometo.

De nuevo aquel silencio cargado de ruido.

—Bueno, si tú lo dices —dijo Elsa por fin. No sonaba convencida—. Hablaré otra vez con ellos. ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien.

—¿Has visitado ya a tu padre?

—Aún no. Me he distraído… surgieron temas familiares de los que tenía que ocuparme.

—En serio, Tirosh, suenas muy raro.

—Estoy perfectamente bien, Elsa. Lo veo todo mucho más claro ahora.

No oyó su suspiró, pero supo que estaba ahí.

—Por cierto —dijo—, Ada me llamó el otro día.

—¿Ada?

—Tu exmujer, Tirosh.

—Sí, ya sé. Quiero decir, ¿qué quería?

Elsa dudó. La gente le miraba por la calle, los otros transeúntes. Un niño tiró de la mano de su madre y señaló a Tirosh, la mujer le apartó evitándole con descaro. ¿Creían que estaba loco? Una rabia irracional le hizo aferrar con

fuerza el teléfono. ¿Es que nunca habían visto…?

—Preguntaba si tú tenías el patito amarillo de Isaac. Dijo que te lo pidiera. Está mejor, en serio, ¿sabes? Creo que estaba en el trabajo cuando me llamó.

—Me alegro. Trabajar es bueno.

—Dice que es el primero que le comprasteis. Juntos. ¿Lo recuerdas?

—Claro que sí. Se lo compramos cuando era pequeñito. No sabía qué hacer con él. Lo usábamos para bañarle en la bañera roja que tenía un saliente donde podía sentarse. El patito se quedaba flotando ahí. Cuando creció un poco más jugaba con él durante horas. Era un pato amarillo sin más, Elsa. ¿Puedes decirle eso? ¡Solo era un puto pato amarillo!

—Estás gritando. Quizá debería llamar en otro momento.

—¡Díselo, Elsa!

—Lior, tienes que calmarte. Por favor.

—Estoy bien. Tengo un caso, Elsa.

—¿Un caso, Tirosh?

—El caso de una chica desaparecida.

—No eres detective, Lior.

—¿Qué? No te oigo bien. Se corta.

—He dicho que no eres un puto det…

El ruido, como el zumbido en el aire justo antes de una tormenta, cesó de inmediato. Tirosh se quedó mirando la funda de gafas que tenía en la mano. Tras un rato se la metió en el bolsillo. Se sentía mucho mejor, mucho más despierto.

Acabó en la calle Chamberlain. En la época del asentamiento, esta había sido la Judea Británica, una provincia lejana de un gran imperio, y las calles tenían los nombres de aquellos benefactores de antaño: calle Chamberlain, avenida Eduardo VII, Balfour Boulevard. Los pubs de estilo británico y las salas de té atestaban las calles, y Tirosh vio incluso una tienda de pescado frito y patatas fritas, aunque el pescado lo debían traer en avión de Dar es Salaam o de Mombasa. Un poco más adelante en Chamberlain divisó el Hare & Coconut.

Por dentro era de madera oscura y fría, tenía una larga barra con grifos para la cerveza local Bar Kokhba y cervezas de importación, olía a puro y a tabaco de pipa: y a pesar de todo el pub estaba casi vacío a aquella hora del día excepto por un grupo de estudiantes sentados en una mesa cerca de la ventana que charlaban con intensidad pero en voz baja, y una figura encorvada sobre un taburete, un hombre que llevaba un sombrero de fieltro chillón con una

pluma en la cinta. Tirosh se deslizó en el taburete contiguo con un gesto muy ensayado. Entendía de bares igual que otros hombres sabían de bolsa o de jardinería.

El camarero era joven, un estudiante, pensó Tirosh. Llevaba una camiseta desgastada y vaqueros.

—¿Qué te pongo? —preguntó.

—Waragi —dijo Tirosh.

—No servimos bebidas africanas —dijo el camarero, disculpándose.

—Matarratas —dijo el hombre encorvado sobre el otro taburete. Se giró y la luz iluminó su cara: viejo, con pómulos sin afeitar y una mirada profunda —. No sirven bebidas africanas —dijo con una risita—. Así es, así es.

—Pero tengo algo a lo que invita la casa —dijo el camarero, mientras sacaba una botella sin etiqueta con un líquido claro de debajo del mostrador. Sonrió a Tirosh y le sirvió una generosa cantidad.

—Hecho justo al otro lado de la frontera —dijo en tono confidencial.

El anciano junto a Tirosh le miró furibundo, pero este se bebió el vaso de un trago y sintió el ardor del alcohol: era como si un borracho te golpeara en la cara.

—¿Otro?

—Solo una cerveza. Gracias.

—Nada.

El camarero le sirvió un vaso. Él miró alrededor. Se preguntó si alguno de los estudiantes junto a la ventana sería amigo de Deborah. El viejo que tenía al lado le dijo:

—¿Qué te trae por aquí?

Bebía un gintonic con un chile en conserva en el fondo de la copa en vez de una rodaja de limón: era una antigua costumbre de la gente que se autodenominaba «viejas manos africanas».

—¿Qué más te da? —dijo Tirosh, y el viejo sonrió, mostrando una hilera de largos dientes leoninos.

—Hay que tener ojos en la nuca, ¿no te parece? —dijo el viejo.

—Es un infiltrado de los servicios de inteligencia nacionales —añadió el camarero. Soltó una risotada al ver la cara de estupor de Tirosh, luego se encogió de hombros—. Vino haciendo preguntas hace unos seis meses. Muchos estudiantes vienen por aquí. Ahora está tranquilo, pero por la noche se pone hasta arriba.

—¿Tú también eres estudiante?

—Claro. Tengo que trabajar.

—¿No ahorras para viajar? —preguntó Tirosh, dejando a un lado por ahora el curioso caso del viejo.

—¿A dónde? ¿A Europa? ¿A Palestina? A la antigua Palestina, quiero decir. ¿Qué queda allí? Rocas y camellos.

—Jerusalén —dijo el viejo—. Yo fui una vez a Jerusalén. Hicimos el tour de la Tierra Sagrada. El mar de Galilea, Safed, Acre, donde las cruzadas. El Mar Muerto. Podías flotar sobre la espalda con la vista puesta en un cielo infinito. Recuerdo que el aire tenía un aroma peculiar.

—Bromuro de potasio —dijo Tirosh, y ambos le miraron sorprendidos—. Se supone que tiene un efecto relajante.

—En cualquier caso, fuimos a Jerusalén —dijo el viejo, como queriendo zanjar el asunto—. Piedras antiguas y nada más que mezquitas e iglesias, y la mitad de las chicas tenían el rostro cubierto. Yo las prefiero con menos ropa.

—Tú las prefieres desnudas —dijo el camarero, y el viejo sonrió de nuevo y dio un sonoro sorbo a su bebida. Los cubitos de hielo ya casi se habían derretido.

Tirosh los miró a ambos. Su relación parecía amistosa, nada forzada, fruto de una larga familiaridad.

—¿Eres de los servicios de inteligencia? —le preguntó al viejo, que hinchó el pecho como respuesta.

—Lo fui —respondió—. Estoy retirado. Aún les echo una mano. Amos Barashi, exsargento.

—Como he dicho, vino haciendo preguntas —dijo el camarero—. Escuchando. Cree que todos conspiramos contra el gobierno. ¿Como era? ¿Una especie de terroristas desde dentro? —Aunque lo dijo sin malicia.

—No se puede confiar en gente así —dijo el viejo—. Te lo digo yo, que he oído cosas.

—Ahora hay una, cómo lo llamáis —dijo el camarero—, ¿relajación de las tensiones? Nos vigila, y al menos sabemos quién nos espía. Por cierto, me llamo Nir.

—Tirosh.

—Sé quién eres —dijo el viejo, señalándole con un dedo regordete de forma acusadora—. Eres el hijo del antiguo general. Le conocí, sabes. Serví con él contra los Mau Mau. Tu hermano fue un héroe en Entebbe.

El camarero miró a Tirosh con renovado interés.

—¿*Ese* Tirosh? —preguntó.

Incómodo con su popularidad, negó con la cabeza en silencio. Estar sentado allí era algo surrealista, en aquel falso pub inglés en medio de África continental, donde seguramente en otros tiempos se habían sentado los oficiales británicos, apoyados sobre la barra de madera oscura, charlando sobre lugares lejanos que habían visitado. Jerusalén. ¿Existía siquiera? ¿Era acaso real?

El viejo, el tal Barashi, dijo:

—No has estado por aquí en mucho tiempo, ¿verdad, Tirosh? Has estado fuera.

—Fuera, fuera —dijo el camarero, Nir—. Siempre habla de fuera.

—Estuve con el viejo general en el bosque Mau —explicó Barashi—. Sé lo que vi. Los jóvenes creéis que ya lo sabéis todo. Queréis derribar el muro, ¿para qué? ¿Por los nandi? No tienen derecho sobre esta tierra. Es nuestra. Concedida y pagada por completo.

—Pagada con sangre —dijo Nir.

—¡Pagada con sangre! —replicó el viejo, con voz atronadora, y los estudiantes que estaban junto a la ventana se giraron para mirar, entretenidos. Debían estar acostumbrados a los arranques de rabia de Barashi —. Pagada con sangre, nuestra sangre. Vi a hombres morir en el barro. Amigos. Hermanos. Vi el lago Nakuru tornarse rojo con su sangre y la de los flamencos asesinados a balazos y quemados por el fuego. Esta es *nuestra* tierra. Esta siempre será nuestra tierra. —Volvió sus ojos pequeños e iracundos hacia Tirosh, y este se dio cuenta de lo ebrio que debía estar el viejo, incluso a esas horas tan tempranas—. *Él* ha mostrado *interés* por ti —dijo. Su voz era como un siseo reptiliano. Tirosh se apartó, y de forma medio instintiva se llevó la mano a un costado, aunque claro, ya no llevaba la pistola.

—¿Quién? —preguntó, inquieto. Un nombre brotó en su mente y lo mencionó sin pensar—. ¿Bloom?

—¡Bloom! —El simple hecho de pronunciar su nombre pareció despejarle —. Observo. Escucho. En una ocasión maté a cuatro hombres en una emboscada. Fue en el bosque, durante la rebelión Mau Mau. Salieron de los árboles, como fantasmas. Eran cuatro. No sabía si eran hombres o espíritus. Aparecieron de la nada en un instante. Los maté. —Respiraba agitado—. Disparé en todas las direcciones. Las balas los destrozaron. Entonces sí que fueron reales. Salieron de la nada. De la nada.

—Se acabó —dijo Nir—. Creo que ya has bebido suficiente, Barashi.

—De la nada —susurró el viejo. Había perdido toda la fuerza—. Lo sabes —le dijo a Tirosh—. Estuviste allí.

—Suficiente —cortó Nir. El viejo hizo un gesto con la mano. Se bajó del taburete y se alejó tambaleante hacia una puerta discreta con un hombre con sombrero pintada en ella.

—¿Siempre es así?

—Es inofensivo. Le digo lo que quiere oír y escribe informes que nadie lee. No es perfecto pero funciona.

Tirosh intentó sonreír, pero se había quedado inquieto. Alargó la mano hacia la cerveza, la vació de un trago y dejó el vaso en la barra. La espuma del fondo del vaso dibujaba nubes lejanas y sucias. Fuera, fuera, pensó. Intentó recordar Berlín, pero solo acertaba a ver calles y personas indistintas: podría haber sido cualquier lugar, o ninguno.

(Isaac gateando por la cama, un despertador humano inmisericorde, manos regordetas que tiran del cabello de Tirosh con deleite. «¿Papapa? ¡Papapa!», y Tirosh se hunde más en las sábanas. «Shh, Isaac, papi intenta dormir, por favor…», seguido por un gemido, se gira y ve la cara sonriente de Isaac, esa anticipación en su mirada cuando le ve, y no puede evitar devolverle la sonrisa a su hijo, tan perfecto en tantos sentidos.)

La puerta del pub se abrió y se cerró tras él, y creció el grupo junto a la ventana. Nir le sirvió un segundo chupito de waragi, sin que lo pidiera, y lo dejó en la barra junto a un bol de cacahuetes.

—Se va a llenar pronto —dijo.

Tirosh vació el vaso de un trago.

—Has dicho que le dices lo que quiere oír —dijo—. ¿Qué dices cuando no está escuchando?

Nir negó con la cabeza.

—Si no se lo digo a él, ¿por qué iba a decírtelo a ti? —respondió—. Sin ánimo de ofender.

—No te preocupes —dijo Tirosh—. Pero siempre hay alguien escuchando. Esto es Palestina.

—No estamos completamente fuera de la ley —dijo Nir—. Todavía no.

Tirosh se encogió de hombros.

—Busco a mi sobrina —dijo—. Deborah Glass. Me dijeron que solía venir aquí.

—Pues parece que ahora no está.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla? No me importa en lo que estés metido, solo quiero asegurarme de que está a salvo.

—No sé qué te crees que hacemos aquí —dijo Nir—. La gente habla, normal. De política. ¿De qué sino? Acuden a manifestaciones, imprimen panfletos. Esas cosas. Desobediencia civil, tío. Creo que al viejo Barashi le gusta la compañía y ya. Su mujer murió el año pasado y tiene un hijo que vive en Sudáfrica que nunca le visita.

—Bueno, ¿la has visto recientemente? —insistió Tirosh.

—¿A Deborah? Ahora que lo dices, no. Pero siempre viene y va.

Tirosh echó el taburete para atrás y se levantó. Necesitaba aire. Dejó un puñado de monedas en la barra. No había tocado los cacahuetes.

***

Fuera, el ruido de la calle y el aire cálido y húmedo le anclaron a la realidad. Deambuló por calles que recordaba de su niñez. Se maravilló de que todavía existieran, de que tuvieran el mismo olor. Los coches eran más nuevos, y el antiguo cine ahora era una tienda de moda, pero todo lo demás estaba igual, como si no hubiera pasado el tiempo, como si el mundo se hubiera quedado suspendido a la espera de su regreso.

Entonces lo vio.

Waxman: un tugurio destartalado y sucio repleto de viejos libros de bolsillo y revistas de prensa amarilla. Tirosh se quedó parado frente a la ventana. No podía creer que siguiera allí. Cuando su madre se había ido de la granja, Gideon y él se habían mudado con ella a Ararat, y las cosas no habían sido fáciles. Tirosh había encontrado consuelo en el refugio que le ofrecía Waxman. Pasaba horas en el oscuro laberinto de la tienda, leyendo el último número de *Emoción Yiddish Trimestral* o de *Cuentos apasionantes hebreos*. Siguió las aventuras del sheriff Zeidelman, cuando perseguía al famoso ladrón de bancos Birnbaum, o cuando se enfrentaba a los malvados secuestradores Shlemiel y Shleimazal. Contuvo el aliento cuando Abe *Space Ace* Haisikowits acabó atrapado dentro de la *Estrella de Sión* después de que los motores atómicos de la nave se apagaran en algún punto de la nebulosa Cangrejo. Pero sobre todo disfrutaba de las historias de Avrom Tarzan, el chico judeo de la jungla, de sus batallas contra los cazadores furtivos de Uganda, o la vez que buceó hasta lo más hondo del lago Victoria para encontrar los diamantes perdidos de la Reina de Saba, o cuando buscó las ciudades de oro perdidas en

las profundidades del Congo, todo con la ayuda de su fiel compañero Efraín el elefante.

Se adentró en la tienda como un explorador que se interna en lo desconocido. Los olores de su juventud le llegaron de golpe, el aroma de libros viejos, de papel desgastado y piel mohosa y cálida. Waxman estaba sentado en el taburete de siempre, frente a la caja registradora y comiéndose un bocadillo. Estaba algo más viejo y tenía el pelo algo más blanco, pero por lo demás era prácticamente idéntico a como Tirosh lo recordaba.

El hombre levantó la mirada al notar la presencia de Tirosh. Asintió con la boca llena.

—¿Te ayudo, jovencito? —dijo.

—Solo estoy echando un vistazo —respondió él, y casi sonrió; cuando era un niño, esa era siempre su respuesta a la pregunta de Waxman.

—Siempre con los vistazos —dijo el hombre. Se limpió los labios con un pañuelo de tela sucio—. Ya nadie compra libros.

—Señor Waxman, ¿se acuerda de mí? —preguntó Tirosh—. Soy Lior Tirosh, solía venir a su librería muy a menudo cuando era un chaval.

—Tirosh, Tirosh —repitió Waxman—. No te voy a decir que sí. Los niños de hoy en día no van a librerías, tienen cosas mejores en las que invertir su tiempo.

—Ahora soy escritor —dijo Tirosh. El motivo por el que sentía la necesidad de justificarse ante Waxman, un hombre desaliñado y descuidado, cuya actitud hacia sus clientes era de indiferencia en los días buenos y de pura hostilidad en los malos, se le escapaba por completo.

—Pufff —respondió Waxman, e hizo ese gesto con la mano, el del unterlander del avión; desestimando a Tirosh y a sus aspiraciones como si echara a un niño travieso de la tienda.

—Y quién no es escritor, ya me dirás —continuó Waxman—. Ayer mismo tuve aquí a ese Amos Klausner, en busca de documentos relacionados con la expedición Wilbusch. Dice que quiere escribir una novela sobre los primeros años del asentamiento. Todo el mundo está escribiendo una novela hoy en día. Pues yo no. Solo son palabras. Lo que necesitamos, Tirosh, no son escritores. Necesitamos soldados, granjeros. ¿Vas a comprar un libro o no?

—Ya le he dicho que solo echaba un vistazo.

—Voy a cerrar pronto —dijo Waxman—. Así que date prisa hagas lo que hagas.

Le pareció vagamente irreal estar dentro de la librería. Los libros en las

estanterías oscuras le susurraban, cada uno era una promesa, cada uno era un mundo. Pasó los dedos por los lomos polvorientos; la suciedad le hizo cosquillas en la nariz y contuvo un estornudo. Pensó en aquella antigua expedición: cómo los tres hombres, el judío, Wilbusch; el suizo, Kaiser; y el explorador británico, el sargento Hill Gibbons, se conocieron en Mombasa en aquel lejano mes de enero, y desde allí partieron en tren hacia la llanura de Uasin Gishu, una región remota y desconocida de poco interés para nadie excepto para los desesperados judíos…

Su primera parada fue Nakuru, en la frontera del asentamiento.

Ahora Nakuru estaba más allá de la Línea Verde, como la llamaban allí. Había un gran campamento militar para mantener la paz, y nuevos asentamientos levantados en la tierra fértil que rodeaba el lago Nakuru. Tirosh tenía el recuerdo de haber viajado hasta allí con la escuela, de los miles de flamencos rosados que salpicaban las aguas serenas como los invitados a una fiesta en la orilla, y los rinocerontes inmóviles con los cuernos levantados, observando perplejos la cacofonía de las aves.

En su viaje desde Nairobi, la expedición atravesó las tierras fértiles de Kikuyu. En Nakuru se demoraron un tiempo, les resultó complicado encontrar porteadores. Al final comenzaron su travesía por el territorio. No sabían qué esperar o qué iban a encontrar. Recorrieron un espeso bosque primigenio, el terreno cada vez más elevado a medida que se internaban en la región. Varios días después llegaron a la meseta.

—¿Y bien? —dijo Waxman, asustando a Tirosh—. *¿Nu?* Voy a cerrar.

Tirosh emitió unos ruiditos conciliatorios. Buscó a toda prisa y se topó con un volumen pequeño y delgado: La *Guía de la Judea Británica y sus alrededores* de Baedeker, de 1951. Le enseñó el libro a Waxman, que se lo quitó de las manos con un leve resoplido nasal y dijo:

—Supongo que a Klausner se le pasó este.

Pasó las páginas con el pulgar hasta llegar a la primera y apretó los labios, concentrado en estudiar el precio escrito a lápiz, que consideró insuficiente.

—Veinte chelines —dijo al fin, a regañadientes. Tirosh se metió la mano en el bolsillo. No recordaba haber cambiado dinero pero se llevó una agradable sorpresa al descubrir que llevaba encima suficiente moneda local. Pagó y aceptó el libro que Waxman le tendía, sintiéndose extrañamente protector de su compra.

Salió de la tienda y volvió a la calle.

El agente encargado de seguir a Tirosh estaba comiendo un rollito chapati en un puesto, y no prestó atención.

Tirosh giró, a la izquierda o a la derecha, daba igual.

Dos hombres se acercaron a él. Chocaron con él al pasar.

Tirosh comenzó a disculparse:

—Perdón…

Algo duro y pesado le golpeó en la nuca.

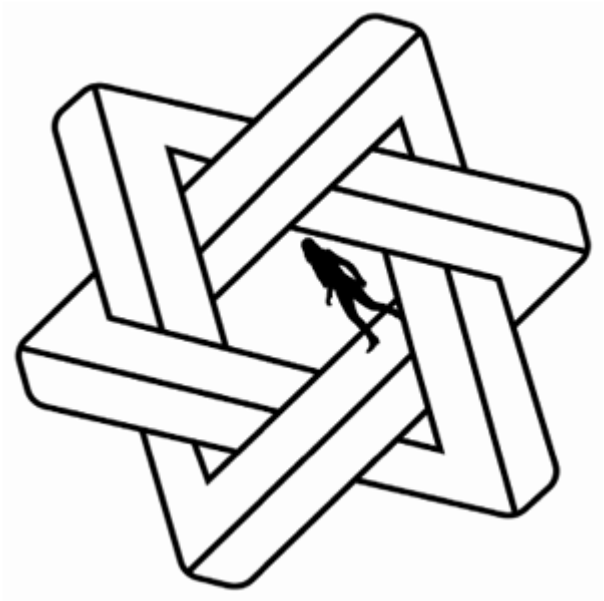
Era una porra, de las reglamentarias que se usan en los servicios de inteligencia nacionales, aunque aquellos tipos no trabajaban para nosotros.

Uno le golpeó en la nuca. El otro le agarró mientras caía. Si alguien hubiera estado mirando le hubiera parecido que no hacían más que ayudar a un amigo que se había desmayado de pronto. Tirosh contrajo el rostro por el dolor. Intentó hablar pero no pudo. El hombre, con el ceño fruncido, le golpeó otra vez con la porra, y Tirosh se desplomó inconsciente. Fueron muy eficientes.

Para cuando mi agente, con la grasa de la carne del rollito chapati resbalándole por la barbilla, se giró, los dos tipos y Tirosh ya habían desaparecido. Su coche, un modelo importado de marca alemana, de color negro y con las ventanas tintadas, los esperaba parado en la acera. Los hombres arrastraron a Tirosh hasta el coche, que arrancó de inmediato. Mi agente no vio nada. Era la segunda vez que le perdíamos.

Tirosh tenía esa mala costumbre: sin importar lo mucho que le vigilaras, tarde o temprano acababa desapareciendo.

PARTE TRES:
VIAJES



11.

Al caer la tarde, los minaretes de Damasco proyectan sombras alargadas, como los mástiles de los barcos, por toda la ciudad. Caminas de sombra en sombra, sobre baldosas abrasadoras, refugiándote bajo los arcos y los frescos muros de piedra. La ciudad se despierta de la siesta y se sacude el calor poco a poco. En la distancia, el almuédano llama a los fieles a la oración, y las luces verdes iluminan los tejados. El aire acarrea el aroma de los guisantes de olor en flor, el olor distante del mar, junto al rechinar de las semillas tostadas de cardamomo, el café negro, el aftershave de los hombres y los perfumes de las mujeres. Caminas sin prisa, con movimientos precisos, balanceando los brazos. Tarareas una canción antigua de Umm Kulthum. Llevas un vestido verde de verano.

Los eruditos se reúnen en los frescos patios de piedra para debatir oscuros significados teológicos del Corán y el Zohar. En los zocos que salpican la ciudad, los comerciantes exhiben sus mercancías como han venido haciendo desde hace miles de años: bolsas de cúrcuma dorada por el sol, pimentón de cenizas volcánicas, exóticas vainas de vainilla, o hebras de azafrán con aspecto de cabellos delicados. Has extrañado Damasco, las montañas, el zumbido de mil conversaciones; los paneles solares que se extienden como alas sobre los tejados. Los coches eléctricos circulan sin emitir ningún sonido. Bajo los toldos, los cafés que ofrecen narguiles están abiertos, y el olor a tabaco y a cereza, junto al siseo de las brasas, te transporta a un tiempo anterior y más sencillo.

Caminas en silencio y pasas desapercibida. Tus reflejos te devuelven la mirada desde los escaparates, inclinan la cabeza, perplejos. ¿Quién eres hoy, Nur?

Soy cualquiera, y no soy nadie, les respondes en silencio. Sonríes a tus reflejos y ellos te devuelven el gesto, pero cada uno es un poquito diferente, cada sonrisa es distinta. Puedo ser cualquiera, quien yo elija.

Dejas atrás la grandiosa estación de al-Hijaz y recuerdas la primera vez que llegaste a esta ciudad, en tren desde Haifa; cómo recorristeis Galilea, cruzasteis el puente sobre el río Jordán, y llegaste aquí, recuerdas a una joven reservada que se bajó del tren con la maleta en la mano para adentrarse en

aquella multitud de gente y de idiomas. ¡Había sido fascinante descubrir Damasco por primera vez! Es una ciudad que no se olvida, no importa el tiempo que uno lleve lejos.

Recuerdas a aquella chica recién salida del tren, aquella joven pueblerina de Hebrón que había crecido bajo la oscura sombra de Urusalim. Hubo un tiempo en que fuiste ella, aunque ahora parece muy lejano. Cruzas las vías del tren, bordeas la facultad donde obtuviste tu primer título, y caminas entre los edificios bajos y modestos de la calle Anwar Sadat.

El edificio, igual que tú, es engañoso. Parece de lo más vulgar. No hay ningún cartel en el exterior. Podría ser cualquier cosa: la oficina de una empresa de transportes, por ejemplo.

En cierto sentido, lo es.

Subes las escaleras hasta la puerta, que se abre para ti. Dentro está fresco, el aire acondicionado está encendido. El aire es seco. El edificio reverbera con el sonido suave y ajetreado de una biblioteca. Huele a papel. Aquí es donde se cartografían y se mantienen las fronteras. Ves a un par de personas a las que reconoces. Te saludan con cautos asentimientos de cabeza cuando os cruzáis por los pasillos. Sigues el camino sinuoso que conduce a la sala de interrogatorios.

—Pasa, por favor.

—¿Puedes cerrar la puerta?

Tus ojos son del verde de las hojas de menta cuando acaban de brotar. Poseen una frialdad que solo se manifiesta en momentos muy concretos, que mantienes oculta del mundo. Observas la habitación, no tiene ventanas. Conoces bien al primer hombre que ha hablado: el profesor Abdullah Hashimi, el director de la agencia. El otro es su segundo, Bar-Hillel. Bar-Hillel cierra la puerta tras de ti, y se encoge de hombros como disculpándose. El profesor Hashimi le da una calada a un cigarrillo electrónico con aire irritado.

—Bueno, siéntate, siéntate —dice.

Le observas. Te quedas de pie. Hay alguien más en la habitación, una tercera persona, pero tardas un momento en verla. Está entre las sombras, y posee la misma calma que tú.

Una agente.

Se fusiona con su alrededor con tal perfección que es difícil verla. ¿Qué fue lo que te llamó un día tu ex-marido, en medio de su frustración y su enfado? Un camaleón. Se fue aquella noche, y dijo que nunca había llegado a conocerte.

Cuando se fue, te dijiste a ti misma que había sido lo mejor. Te quedaste sentada hasta el amanecer en vuestro apartamento, en aquel momento vivías en Berlín. En un Berlín, en cualquier caso, uno de muchos. El sol salió con indolencia, oculto tras la niebla. Habías pasado toda la noche despierta viendo las películas antiguas que ponían por la tele mientras dabas pequeños sorbos a una única copa de vino. *Lo que el viento se llevó*, con Errol Flynn y Paulette Goddard, y después Jean Harlow en *King Kong*, el simio gigante cayendo desde la torre enorme al encuentro de su muerte, y luego *M*, y Lugosi comprándole un globo a un vendedor callejero ciego sin dejar de silbar. Apenas los veías. A veces te preguntas qué habrá sido de él, de aquel hombre, tu marido, quién era, si hay una versión de él ahí fuera todavía. Había sido un estudiante de doctorado, igual que tú.

—¿Y bien? —exige Hashimi. Vuelves a mirarlo. Tus ojos son espejos de jade. Él desvía la mirada.

—¿Quién es? —dices, refiriéndote a ella.

Se oye una risita, seca como papel viejo. La otra mujer se adelanta. Es vieja, mayor que tú, pero su rostro resulta extrañamente atemporal, sin arrugas, como un papel amarillento estirado hasta quedar tirante y fino. Podrías ser tú dentro de unas décadas. A pesar de su mirada divertida, sientes su frialdad.

—Madame Méduse —dices, sobresaltada, aunque lo ocultas con rapidez. Su sonrisa descubre unos dientes como colmillos.

—Hablan tan bien de ti —responde.

—Pensé que estabas muerta. —dices tú.

Bar-Hillel se revuelve incómodo. No se siente a gusto en esta habitación, con gente como tú. Es un civil (aunque te recuerdas a ti misma que es el segundo de Hashimi, y que las apariencias engañan... lo sabes mejor que nadie).

A la Méduse, por su parte, no parece ofenderle tu brusquedad.

—Puede que lo estuviera —te responde—. Sí, puede que lo esté. Llega un momento en que ya es difícil no perder la cuenta.

Su tono de voz busca tu complicidad. Te resistes. Hashimi lanza pequeños resoplidos enfadados.

—Sientate, sientate —dice—. Ya llegamos tarde.

—Como siempre —dice la Méduse—. Tenemos tan poco tiempo, y hay tanto...

—No estoy de servicio —contestas, ignorándola. Vejestorio decrépito,

piensas, aunque no lo dices—. Estoy de excedencia.

—Hasta que se requieran tus servicios —apunta Bar-Hillel, en ese mismo tono de disculpa—. Y han sido requeridos, como ahora sabes. Por eso estás aquí.

—Estaba perfectamente —respondes— donde estaba.

—¿En Haifa?

—Sí.

Una ciudad a la vera del mar, tan antigua como la montaña sobre la que se asienta, o eso dicen. Monte Carmelo, siempre verde, y el mar azul que centellea en el horizonte... Y las librerías de segunda mano de la calle Wilbusch en la parte baja de la ciudad, en las que has pasado todo tu tiempo estos últimos meses, inmersa en tu investigación sobre escritores judíos de novelas pulp que nunca vas a publicar...

Bar-Hillel toma asiento. Hay una gruesa carpeta sobre la mesa, delante de él. Hashimi se acerca a la pared, como si estuviera interesado en una ventana, una imaginaria. La Méduse vuelve a fundirse con sus alrededores. Bar-Hillel se humedece el dedo y pasa una página. La mira muy concentrado.

—Nur Al-Hussaini —empieza.

Te das cuenta, demasiado tarde, de la trampa que te han preparado. Pensaste que era una visita rutinaria, y tenías la esperanza de coger el tren nocturno de vuelta a Haifa, solo querías aclarar la confusión.

Pero no hay confusión alguna.

Estás aquí para recibir órdenes.

—Nacida en Hebrón, en el año treinta y cinco tras el Pequeño Holocausto —continúa.

—Sí.

—Graduada de la Universidad de Damasco en el 55, licenciada en literatura hebrea...

—Sí.

Levanta la vista hacia ti.

—¿Por qué hebrea?

—¿Por qué no?

Se encoge de hombros.

—Especializada en... ¿qué es eso?¿ciencia ficción?

—Era una manera de imaginar futuros —respondes, quizás un poco a la defensiva—. Múltiples futuros.

—De acuerdo con mi experiencia —interviene el profesor Hashimi—, el

futuro llega sin importar lo que hayas imaginado.

—Si tú lo dices.

No se lo puedes explicar. A ninguno de ellos. Lo que había sido crecer en Hebrón a la sombra de la Ausencia, mucho después de que el mundo hubiera cambiado. Lo que había sido leer aquellas extrañas historias antiguas, de los desaparecidos autores de Antes. Lo distinto que habían visto el mundo por aquel entonces.

—Dime —pregunta Bar-Hillel, con aparente inocencia—. ¿Alguna vez hubo alguno... que *predijera* lo que iba a ocurrir?

Sí, piensas. Sí, uno. Pero no eran más que historias inventadas; se habían inventado mil futuros diferentes y ninguno se había hecho realidad. A veces las historias servían de advertencia. Otras eran un entretenimiento. Reflexiones, ejercicios mentales. Nada más.

Aún así, en la biblioteca, alejada de tu entorno (de aquella era más difícil fingir que formabas parte de aquello, era más complicado mimetizarte) despertaron algo en ti que ni siquiera sabías que te faltaba.

Una necesidad desesperada de preguntarte *¿Y si...?*

Una pregunta que, en última instancia, te había traído hasta aquí, hasta este edificio, esta habitación, esta ciudad, o una muy parecida.

Pero Bar-Hillel no pregunta nada más. Toma tu silencio por una especie de respuesta. Se humedece un dedo y pasa la página.

—Estudios de posgrado en Berlín, y después en Bagdad. ¿Te formaste para ser historiadora?

—Sí.

Para la prisa que dicen tener, piensas, se están tomando todo el tiempo del mundo.

—¿Y después qué? —pregunta.

—Ya lo sabes —contestas, a regañadientes. En Haifa estabas bien. Con el viento cálido del Mediterráneo, la quietud de las librerías, la mezcla de hebreo y árabe. Haifa es tu refugio, un oasis alejado del mundo más grande de Urusalim, y de los mundos más allá.

—Fue identificada como posible candidata por uno de nuestros observadores —dice Hashimi, parece que sin dirigirse a nadie en concreto—. Exámenes psicológicos, lo típico. ¿No tienes padres, verdad? —dice, dirigiéndose a ti de pronto.

—Todo el mundo tiene padres —respondes con suavidad.

—Quiero decir que murieron cuando eras pequeña.

—Sí.

—Te crio una tía.

La tía Aisha, una mujer con la voluntad y la voz de un elefante.

—Sí —contestas con una sonrisa. La tía Aisha se zamparía al director de aperitivo, piensas. Los hombres la veneraban y ella los usaba como si fueran esponjas. No le habría dedicado ni un segundo al director, a este entrometido con su cigarrillo eléctrico y sus modales impacientes. Luego recuerdas que no hay que fiarse de las apariencias; y también que el director en su día fue agente de campo, igual que tú. Para sobrevivir a las sefirot hay que ser más de una cosa a la vez. Las cruzamos como hormigas, arrastrándonos en el filo de la navaja. Una cita de una película que debías haber visto en algún momento, supones.

—¿Qué les pasó a tus padres?

—Me dijeron que habían muerto.

Entonces ves que la Méduse se inclina hacia delante. Su rostro es una máscara idólatra.

—¿Te dijeron?

Nunca llegaste a conocer a tus padres. Lo que recuerdas de tu madre es una presencia cálida que te envolvía por completo, de tu padre solo un olor, sus brazos que te levantan en el aire, un chillido de felicidad. Nunca has tenido hijos. ¿Qué era lo que decía el poeta? ¿Las puertas de los muertos están abiertas, y nosotros las cruzamos?

—Desaparecieron en la Zona Maldita —dice Bar-Hillel. Se humedece el dedo, pasa la página. Empiezas a aborrecer a ese hombre—. ¿Correcto?

—Eso fue lo que me dijeron. Después.

Urusalim. Jerusalén. Yerushalaim. La ciudad de la paz. A su manera ese nombre acabó por ser apropiado. Piensas en ello, en el agujero negro de devastación inexplicable en el altiplano, enclavado entre las montañas. Un lugar de desolación absoluta donde en su día hubo una ciudad, donde en su día la gente vivía y luchaba. Y ahora la nada. Una grieta entre los mundos.

—Habían perdido a su familia en el Pequeño Holocausto —dices, para llenar el silencio—. Estaban obsesionados con lo que había ocurrido, con quién había sido el responsable, a dónde había ido la gente. Volvían una y otra vez a los bordes, a la frontera. Puede que un día fueran demasiado lejos, y cayeran por el confín.

—Eso fue lo que nos atrajo de ti —interviene Bar-Hillel—. Tú ya vivías en la frontera, solo que no lo sabías.

Te encoges de hombros. Desde el aire, Urusalim es un espejo negro de vidrio volcánico impecable. Nadie sabía qué (o quién) había provocado el ataque. Los vuelos evitan la zona. Se supone que el perímetro esta custodiado pero ¿cómo? ¿y por qué? Solo los más desesperados se acercan al confín, y de estos, demasiados no regresan jamás.

Ahora hay paz en toda la región, el último regalo de la ciudad.

Todos sus lugares sagrados han desaparecido.

—¿Quién realizó el primer contacto? —pregunta Bar-Hillel, como si no estuviera escrito en tu expediente. Pero le sigues la corriente, claro. Es el protocolo. Siempre hay protocolos, y siempre hay que seguirlos.

—Fui yo, de hecho —dije Hashimi, sobresaltado, sacado de improviso de su ensimismamiento. Fulmina a Bar-Hillel con la mirada, como diciendo ¿podemos acelerar esto?

Pero Bar-Hillel se sigue tomando su tiempo. Se humedece un dedo, pasa la página.

—Ah, sí —responde—. Aquí lo dice, eso es. ¿El director en persona?

—De aquella no era el director —respondes.

—Una joven promesa —dice Bar-Hillel, crees percibir un deje de amargura en su voz—. Era una joven promesa.

Te parece recordar que Bar-Hillel había sido jefe de Hashimi en algún momento. Pero Hashimi tenía buenos contactos; al fin y al cabo era hachemita. Todo el mundo sabía que acabaría siendo el director tarde o temprano.

Y recuerdas cuando te contactó, aquel día en la biblioteca de la facultad. Escrutabas antiguas revistas pulp que se caían a pedazos, llevabas finos guantes de vinilo y tenías la mirada fija en ilustraciones desvaídas de cohetes que aterrizaban en otros planetas, en las palabras escritas en aquel curioso alfabeto hebreo cuadrado con un tipo de letra obsoleto. Sus pisadas suaves, el olor a aftershave francés y cigarrillos, la tos, hasta que levantaste el rostro para encontrarte con su mirada curiosa fija en ti.

—¿Nur Al-Hussaini? —preguntó.

—¿Sí?

—¿Podría acompañarme, por favor?

Su identificación vista y no vista; un movimiento que aprendiste después. La identificación no significaba nada. Lo importante era el gesto en sí mismo.

Cerraste la revista con cuidado. La dejaste en su sitio. Te quitaste los guantes. Y, por fin, te pusiste de pie. Lo miraste de arriba abajo, y no

encontraste nada que llamara la atención. Encajaba bien. De alguna manera, era como mirarse en un espejo extraño.

Lo seguiste por curiosidad. Te condujo a una sala de lectura silenciosa y cerró la puerta.

—¿De qué va esto? —dijiste.

Te ignoró. Te hizo preguntas sobre tu vida. Las contestaste. Tenías la sensación de que ya conocía las respuestas, aunque no usaba carpetas como Bar-Hillel.

Entonces te preguntó si creías que el mundo era real.

12.

Desde aquel día has presenciado muchas cosas imposibles. Has visto las torres blancas de Kang Diz Huxt elevarse hacia un cielo amarillo coronado por una luna rota, y has recorrido, armada y enmascarada, las ciénagas verdes y gaseosas de Samaria, donde viven los Horrendos. Tienes una cicatriz en el brazo de una puñalada obra de un cruzado borracho en una posada en Outremer. Has escuchado la llamada inquieta de los muertos en la noche de Canaán, envuelta en su mortaja de niebla, con voces que sonaban como ruiseñores perdidos.

—¿Qué quieres decir? —le preguntaste a Hashimi.

Lo miraste con expresión inocente, aunque sentías hormigas en el estómago que reptaban y roían sus paredes delicadas. Viste u oíste en él algo desconocido pero que casi podías recordar, como un sueño que habías tenido una vez que se disipó al llegar la mañana. ¿Cómo podía no ser real el mundo? Habías nacido en él, tus ojos se abrieron a su luz con tu primera mirada. El mundo es real, sellado herméticamente sobre sí mismo. Imaginar otra cosa es entregarse a una fantasía, querer escapar.

Aún así nunca te lo creíste. No del todo. Te quedabas mirando fijamente las paredes e imaginabas que eran transparentes, te veías cruzándolas como si no fueran más que líneas invisibles. ¿Qué había más allá de las paredes? Cualquier cosa. Todas las cosas.

Y el profesor Hashimi te respondió:

—No puedo decírtelo, pero puedo enseñártelo.

¿Podía haber una frase más manida? ¿Le creíste? Le miraste a los ojos y no viste nada en ellos.

La Méduse se revuelve.

—¿Que hizo qué? —dice.

—Me rechazó —contestó el profesor Hashimi desde la ventana, con aspecto resentido.

—¿Por qué, niña? —te pregunta la Méduse.

La miras con cierta hostilidad. Quién es ella para hablarte así a ti, tú que has cruzado las sefirot, que has nadado en las cálidas profundidades del Mar Medio y has oído los gritos de los nefilim, encerrados en sus chimeneas volcánicas, tú que has atravesado las grandes marismas salinas del Antiguo Egipto, en la otrora magnífica Retenu.

¿Por qué? Reflexionas. Pero no es una reacción inusual. Tú también te has encargado de unos cuantos primeros contactos. Te acercaste a un candidato prometedor, le miraste con esos mismos ojos claros e inocentes, y les ofreciste la pregunta como si se tratase de un sacrificio.

«¿Crees que el mundo es real?»

El mero hecho de hacer la pregunta, de admitirla, implica aceptar que sea una posibilidad. No es fácil convivir con esa idea. Es mejor levantar muros. Dibujar fronteras. Muros para no dejar entrar. Muros para no dejar salir. Para *contener*.

—No es raro —dice Bar-Hillel, como si confirmase tus pensamientos.

Pasa de página, levanta la vista y te dedica el esbozo de una sonrisa que intenta ser reconfortante.

—Pero insistimos —dice el profesor Hashimi.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar la Méduse, con aspereza. Te da la sensación de que no te da su aprobación por completo.

—Desaparecí —le dices. Tu voz es suave y tranquila. No deja ningún rastro de ti—. Cuando iba camino del zoco, a al-Hamidiyah, el mundo se inclinó y cambió de repente. La calle estaba destrozada, los cadáveres se amontonaban sobre ella. El cielo se volvió rojo y había mucho humo, era difícil ver nada. Oí sirenas en la distancia, el sonido de los cazas que volaban bajo sobre mi cabeza. Un niño pequeño corrió hacia mí. Le faltaba un brazo. Me miró sin palabras, como asombrado «Mi hermana, mi hermana» repetía sin parar. «Uchti, uchti». Solo duró un momento. Luego se difuminó y desapareció.

—Lo confirmaron seis testigos independientes —dice el profesor Hashimi. En su voz se percibe el más leve tono de satisfacción—. Desapareció poco más de diez segundos. Tenía un talento innato. Lo dije desde el

principio, cuando quisieron quitarla de las listas de candidatos lo dije ¿a que sí? Tenía un talento innato.

—Lo dijiste —contesta Bar-Hillel, con paciencia—. Está en el expediente.

—Tenía tu tarjeta —dices, y te sobresaltas al recordarlo.

Ya casi se te había olvidado. Tu primera vez. Ese desliz descuidado, como una mujer que pisa hielo al ir por la calle. El momento de perder el equilibrio, la conmoción al caer. Esto no debería ocurrir. Lo recuerdas, el olor de aquel mundo: un olor que acabaste por asociar con la guerra. Un olor que te resultaba tan ajeno por aquel entonces. Miraste en derredor sumida en una perplejidad silenciosa. ¿Qué sitio era ese? El avión que volaba sobre tu cabeza; por un instante vislumbraste la bandera sobre el motor: roja, azul y blanca, una estrella de cinco puntas dentro de un círculo, adornada con rayas. ¿Por qué atacaban? ¿Qué había ocurrido para transformar Damasco en este campo de batalla, esta visión apocalíptica? Después el niño, salido de ninguna parte, balanceando el muñón, con la cara pálida y el pelo oscuro manchado de polvo rojo, y esos ojos terribles que te vieron y a la vez puede que no: todo junto parecía imponer sobre ti a una persona distinta, alguna residente de este inframundo que tú... ¿era una alucinación?

¿Qué había ocurrido? ¿Te habías caído por la calle? ¿Te habías dado un golpe en la cabeza? Porque esto no puede ser real, esta visión de Damasco, este niño que te mira fijamente con sus ojos verdes, extraños y alarmantes, ojos como los tuyos, y sus labios se mueven «mi hermana, mi hermana» y tú, tú intentas alejarlo, con la mano levantada «no, no» y se te queda mirando, y tras él se levanta un polvo que perfila las siluetas fantasmagóricas de unos hombres enmascarados que salen de los edificios derruidos fusiles en ristre, y el niño...

Se desvaneció en silencio y el mundo volvió de repente, el sonido de los pájaros y la antigua canción de Diana Haddad que salía de una radio en alguna parte, cerca, y el zumbido de los coches en la carretera.

¿Pensaste que te habías vuelto loca?

—¿Perdona?

—¿Pensaste que te habías vuelto loca? —dice Bar-Hillel, con parsimonia.

—No.

—¿No?

—No.

Le miras con frialdad. El profesor Hashimi se ríe por lo bajo. Hasta la Méduse esboza una sonrisa, aunque resulta una visión inquietante, como una

grieta que aparece en un muro de cemento. Bar-Hillel frunce el ceño. Pasa la página con un crujido seco.

Tu vida, contenida en un solo expediente.

—El director me había dado...

—Claro que no era el director de aquella...

—Sí, sí —le corta Hashimi, impaciente. Le da una calada al cigarrillo electrónico y le lanza una mirada de desaprobación a su segundo—. Ese punto ya está aclarado, Bar-Hillel.

—Por supuesto, señor.

—El profesor Hashimi me había dado su tarjeta —dices—. No, no pensé que estuviera loca. Creí en lo que había ocurrido. Había sido real. De alguna forma, me había tropezado con otro mundo. Uno paralelo al nuestro. Uno alternativo. Era la misma ciudad, pero diferente.

—Así que viniste aquí.

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—Esta vez —contestas con una pequeña sonrisa— escuché.

Sonríes, pero empiezas a impacientarte. ¿Qué es lo que quieren? Ojalá fueran al grano.

—¿Y después? —continúa Bar-Hillel.

—¡Todo esto ya lo sabes! Está todo ahí, en ese... en tu *archivo* —dices.

—Dame el gusto —responde.

—¿Qué es esto, una sesión de nostalgia compartida?

Pero lo recuerdas, por supuesto. Lo recuerdas hasta cuando estás tratando de olvidarlo.

13.

Lo primero el entrenamiento. La Agencia Fronteriza tiene sus instalaciones cerca de Sidón, en Líbano. Aquí no te dieron más respuestas, solo herramientas. Armas, objetos para los que tu gente tenía poco uso: cómo disparar una pistola, cómo disparar un rifle de largo alcance, cómo ensamblarlo y desensamblarlo. Pasas horas en el campo de tiro, tú y esos otros agentes anónimos, tan vulgares y ordinarios como tú. Descubriste que eras buena tiradora, que no te molestaba el peso del arma en las manos, que te gustaba la sensación del retroceso, el silbido del cartucho desechado, el olor de

la pólvora. Sabías, por pura lógica, que se te podría requerir utilizar un arma, que el ejercicio tenía un sentido. Contemplaste la idea de herir o matar a otra persona. Debería haberte resultado repulsivo, o eso creías. La violencia, las armas, estaban prohibidas tras el Pequeño Holocausto, y te habían enseñado a contemplarlas con horror, con una aversión especial como la reservada para la carroña. Y aún así, cuando te lo imaginabas, cuando te imaginabas apuntando con una pistola, no sentías nada, o al menos eso te decías a ti misma.

En aquella época también estabas sometida a valoraciones psicológicas constantes. Los otros lo iban dejando, desaparecían día tras día: cada mañana quedabais menos en los dormitorios. Las mañanas eran frescas y luminosas y las noches largas y cálidas: aprendiste judo, kárate, Krav Magá, lucha libre persa, esgrima con palos egipcia. Aprendiste a usar un cuchillo, a construir una bomba, a abrir cerraduras, a utilizar códigos. Aprendiste idiomas, aunque algunos eran desconocidos y otros mutaciones extrañas: diferentes formas de hebreo o árabe pasados por filtros extranjeros, con palabras desconocidas y construcciones gramaticales bizarras.

Aprendiste a leer mapas, aunque te dijeron una y otra vez que los mapas no eran de fiar. Aprendiste a abrir cerraduras, para que luego te dijeran que algunas puertas no deben ser abiertas. Aprendiste a pelear, para que luego te dijeran que luchar era, al fin y al cabo, fútil.

—¿Para qué sirve todo esto? —le preguntaste a una de las entrenadoras, una mujer con velo y ropa de seda negra y fina.

—Solo intentamos que sigas con vida —te respondió—. Ahora, concéntrate por favor. Con la derecha, con la izquierda, garra de águila, y patada, y repite...

Aquel año pasaste el invierno en Líbano, las hojas cayeron de los árboles y los días se hicieron más cortos. La luz era blanca sobre las colinas. Empezaste a ver dobles en aquella luz; en la pacífica ciudad de Sidón aparecían aviones de guerra; en la zona vieja, cuando paseabas, un coche bomba sacudió las antiguas baldosas y los gritos cortaron el día como un cuchillo. Cuando parpadeabas desaparecía cualquier rastro de aquella violencia, se borraba, bajo la luz del sol los mismos niños que hacía un momento yacían ensangrentados e inmóviles sobre las baldosas, ahora corrían y reían. Un joven pasó a tu lado y te sonrió, cuando momentos antes llevaba un chaleco de explosivos. En el cielo volaban y gritaban las gaviotas, rayitas blancas contra el azul.

—La historia no es solo una —te dijo un instructor.

Era primavera, y el aire estaba cargado del zumbido de las abejas. Se te

daba mejor mantener las visiones a raya, controlarlas, así que a veces te parecía que podías simplemente deslizarte de una realidad a otra, casi sin esfuerzo.

—Es un tapiz, como una antigua alfombra persa, con múltiples hilos de historias entrecruzados. Algunos son fuertes, centrales. Otros se deshilachan por las esquinas, o se deshacen por completo. A los lugares en los que se encuentran los llamamos escotillas de cruce y están poblados por sombras y dobles. No se debe confiar en esos lugares. Las historias se embrollan con facilidad allí.

—No lo entiendo —dijiste.

—Tendrás que ir tú misma —te contestó el instructor.

Al escucharlo una especie de horror se apoderó de tu corazón, pero también cierta emoción. En aquel momento ya solo quedabais dos.

***

El viaje tuvo lugar en verano. Cogiste el tren lento de Beirut a Jaffa, el del interior, pasaste las cumbres nevadas del Monte Hermón y cruzaste pinares y robledales hasta descender a la costa mediterránea y su neblina resplandeciente. Aquí volvía a predominar el hebreo en el aire, y en el puerto de Jaffa te sentaste en un restaurante especializado en pescado regentado por un sirio donde se reunían los turistas en una nube de perfumes desconocidos y multitud de idiomas. Para entonces solo quedabas tú.

—Se lo dije ¿a que sí? —insiste el profesor Hashimi.

—Que sí, que sí —contesta Bar-Hillel, en tono desagradable, y pasa la página.

A la mañana siguiente proseguiste el camino, la llanura dio paso a las colinas, y después a las montañas. Llegaste a Bab al-Wad, La Puerta del Valle, una escarpada carretera que asciende hasta las montañas de Jerusalén. Allí había un puesto de guardia, y una puerta que impedía el paso.

Te bajaste del tren. Los soldados eran jóvenes y parecían aburridos. Llegaba poco tráfico a aquella zona, y al que llegaba se le ordenaba dar la vuelta con educación pero también con firmeza. Esperaste, a la sombra de un pino cuyas agujas caían con la suavidad de las plumas en el suelo.

—Pero salió mal ¿verdad? —interviene la Méduse.

Su voz te pone la piel de gallina. Esa voz tan suave como las agujas de los

pinos. Esa voz que exige tus recuerdos, todo aquello que querías olvidar, que querías borrar.

Y piensas: todos hemos perdido gente en los deslices.

—Sí —contestas—. Salió mal.

Pero no piensas en lo que vino después: los soldados. El cuerpo de Anwar que se estremece cuando las balas le muerden la piel, voraces como perros hambrientos; no piensas en la sangre oscura que se desliza por las calles de piedra blanca. Y no piensas en su sombra, proyectada contra el muro en la puesta de sol, su sombra que cae.

Piensas en el olor de la resina de pino, y en un cielo teñido de blanco por las nubes, con puntos azules, un cielo que parece una cómoda manta. De pronto estaba ahí delante, como si siempre hubiera estado ahí, se movía con tanta soltura de un estado a otro que te quedaste sin aliento.

—Soy Anwar —dijo—. Tú debes ser Nur.

Tenía el pelo corto y los ojos verde oscuro. Te recordó a un joven olivo, un árbol recién plantado. Te cogió la mano y la sostuvo. Su mano era cálida, como la corteza. Te preguntó si estabas lista y asentiste, con más confianza de la que sentías en realidad.

Os escabullisteis como dos sombras. Los soldados ya no estaban ahí, el puesto de guardia tampoco, como si nunca hubiera existido. Ya te estabas resbalando por un lateral, desplazándote a través de mundos fragmentados, sombras astilladas, liminalidades. Era una sensación como de atravesar una neblina fría. Subisteis a pie por el escarpado camino de montaña. De pronto os rodeó un enjambre de coches de marcas extranjeras, los conductores tocaban el claxon con furia, pero desaparecieron acto seguido, y en su lugar no había nada, un silencio único que se extendía sobre montañas que ningún pie humano había pisado jamás, el sol brillaba con fuerza sobre peonías de color coral, retamas de olor e iris mesopotámicas, hasta que se ocultó de pronto y cayó la noche, y en el cielo colgaron fugazmente dos lunas que desaparecieron cuando la carretera se convirtió en una autopista de ocho carriles por la que circulaban elegantes coches con antenas de aleta de tiburón, a tal velocidad que el estruendo de las explosiones sónicas sacudía el lugar...

Anwar seguía y seguía, y tú tras él, atravesabais un mundo tras otro que podría haber sido, hasta que empezaron a aparecer chasis en descomposición de antiguos coches blindados a ambos lados de la carretera, y el aire se llenó del humo de los tubos de escape, los conductores se encaramaban a las ventanillas maldiciendo y apareció un fuerte en ruinas en lo alto de la colina,

y viste cómo se detenía una caravana de la que salió un grupo de judíos avreichim vestidos de negro que colocaron altavoces enormes en mitad de la carretera y empezaron a bailar al ritmo de música electrónica, bailaban, aplaudían y corrían entre los coches atascados, y su alegría fervorosa era contagiosa...

Hasta que también ellos desaparecieron de pronto. Un pequeño sol rojo salió por el este y volvió a ponerse, demasiado rápido, y por un momento viste Urusalim como una ciudad de piedra blanca y delicada, una ciudad del futuro con sus minaretes y sus rascacielos que rozaban el cielo, los dirigibles flotaban majestuosos entre los edificios como moscas orondas... pero no reconociste la bandera que llevaban: no la habías visto nunca antes ni volviste a verla después.

De nuevo desapareció todo, y llegasteis a la cima de la colina y mirasteis para abajo, hacia Urusalim: una terrible planicie de obsidiana negra, lisa como un espejo, en la que nada vivía y nada se movía, un mar negro que había engullido el que había sido el hogar de incontables generaciones. Jerusalén, la ciudad que trataban de imitar todas las otras ciudades: una ciudad en la que se cuentan historias. Las suyas son historias de matanzas y de guerras, de amor, de fe...

Todas ellas borradas en este mundo por un solo acto horrible, convertidas en piedra, una historia interrumpida.

—¿Quién lo hizo? —susurraste. Seguías aferrada a su mano.

Anwar se volvió y se encogió de hombros.

—Nosotros. Ellos. ¿Acaso importa?

—No —respondiste. O a lo mejor solo lo pensaste.

La visión de aquella planicie estéril te había dejado sin palabras. Volvisteis a bajar hacia la ciudad despacio, y al descender volvió a comenzar el deslizamiento de nuevo: esta vez mucho más intenso.

—Se suponía que solo teníais que desplazaros a nivel local — dice la Méduse, con lo que te parece un interés malsano—. ¿Qué pasó?

Bar-Hillel tose y pasa de página. Nadie dice nada. Hashimi mira por la ventana.

Quieres explicarles que no fue cosa de Anwar. Fuiste tú. Fue culpa tuya.

Al principio él era el que lideraba a través de las fronteras entre las sefirot: una sensación de hormigueo frío, hielo seco, resistencia. Después fuiste tú quien

tomó el mando. Para esto era para lo que habías entrenado tanto. Tú dirigías, y Anwar te seguía, y te sujetaba la mano como un niño. Atravesaste la membrana entre los mundos, lo único que querías era escapar de la piedra negra: se derritió y en su lugar se formó un pueblo tosco, había camellos que dormitaban bajo la sombra de una palmera; luego llegaron los muros de piedra blanca, las torres, la llamada del almuédano a la oración. Un cielo verde y una luna pajiza.

—Frena —dijo Anwar—, frena.

Pero seguiste empujando, explorando, embriagada por tu poder, por esta habilidad de moverte entre mundos.

Lo deseabas y ocurría: las cosas se movían de otra manera, el tiempo se bifurcaba, y pasabais rápidamente a un Jerusalén en el que el *homo sapiens palestinus* construía refugios en las cuevas de la montaña, un grupo de ellos surgía de pronto entre la nieve, el granizo y la niebla, arrancándote una exclamación, Anwar desenfundó el arma, pero no erais vosotros quienes les interesaban, sino los neandertales que teníais detrás, pequeños y rechonchos, envueltos en pieles y con cuchillos de piedra en alto cuando las dos especies humanas se encontraron; este es un momento histórico, pensaste, es real, no es una fantasía: hubo en tiempo en que convivieron diferentes especies humanas, pero todas perecieron; aunque en otros mundos todavía existían.

Seguiste atravesando, una y otra y *otra vez*, hasta que, por un momento, vislumbraste por el rabillo del ojo el Ein sof: el mundo más allá de los mundos, donde se halla la última puerta.

Pero Anwar gritó:

—¡Para!

Y caíste de lado con una sacudida sobre una calle de la ciudad; el tiempo se paró, y empezó a moverse de nuevo...

—Ah, *ese* lugar —dice la Méduse—. ¿Donde nunca dejaron de luchar?

—¿Cuál de ellos? —dice el profesor Hashimi, y suelta una risita inesperada sin pizca de alegría ante su propia bromita intelectual.

Y te das cuenta de que sí saben qué mundo era, que hay un propósito tras todo esto...

Jerusalén, a media tarde, delante la Puerta del Estiércol. Los coches pasaban de largo, y la gente clavaba en ti miradas cargadas de sospecha. Anwar miró a la izquierda y a la derecha: su semblante preocupado te transmitió más que cualquier palabra.

—¿Qué pasa? —dijiste, pero entonces viste a los soldados.

Llevaban uniformes verde oliva y cargaban con los fusiles de asalto con soltura, registraban a la gente que entraba por aquella puerta a la zona vieja.

No a todos. Te fijaste en que era más bien a los que tenían tu mismo aspecto. Les viste dar el alto a un anciano que llevaba dos bolsas de la compra. La discusión terminó con el hombre tirado de bruces contra el suelo y la cara aplastada contra la tierra. Se le cayeron las bolsas y una naranja salió rodando, rodó hasta pararse a tus pies. Lo esposaron y se lo llevaron: se le empezaba a amoratar la herida de la mejilla y estaba llorando.

Anwar te tiró de la mano.

—Tenemos que irnos, ya —dijo.

Pero era demasiado tarde. Los soldados os vieron. Notaste el desprecio y el aburrimiento que emanaban sus ojos, y te preguntaste qué pensaban de vosotros. Eran jóvenes, parecían de tu edad.

—Deslízate —dijo Anwar—. Corre.

—¡Alto! —gritó uno de los soldados—. ¡Arriba las manos!

No podías moverte. Estabas fascinada por la naranja. Querías cogerla. Estabas hechizada por todo lo que ocurría a tu alrededor, este Jerusalén real y vivo en lugar de la espantosa roca negra que conocías. Y el soldado te habló en hebreo.

—La cagaste —dice la Méduse.

—No fue culpa suya —objeta el profesor Hashimi, pero lo hace sin convicción—. Era una novata, Anwar era un agente experimentado. Debería haber lidiado con la situación.

—Caemos una y otra vez en el error de creer que las sefirot son reales —dice la Méduse con un rastro de desdén en la voz—. Dejamos que nos atrapen.

¿Cómo podrías haberlo explicado entonces?

En ese mismo momento tus recuerdos estaban cambiando.

Eras Nur, de Hebrón, sí: una estudiante de segundo curso en la universidad de Al-Quds, que estudiaba historia y literatura; en los viajes por Hebrón estabas acostumbrada a los controles de policía, a los puestos de control del ejército, a las humillaciones de viajar. Estabas acostumbrada a sentir miedo por el aspecto que tenías, a esquivar multitudes, a ocultar tu rostro. Tu hermano había muerto en la Intifada; tu padre estaba en casa, había

sufrido un infarto y tu madre lo cuidaba.

¿Cuál era ese otro sitio, ese mundo fantástico con el que soñabas a veces? Urusalim, donde la otra Nur podía viajar sin miedo en tren de Haifa a Damasco, donde era libre.

No era más que una fantasía, una forma de evadirte de un mundo en el que eras una refugiada perpetua.

Viste que Anwar también estaba afectado. Conocía este mundo. Después leíste su expediente.

Descubriste que había pasado tiempo aquí, que tenía una identidad y un pasado.

Intentó deslizarte. Pero te resististe.

Llegaron los soldados, y el aburrimiento había dado paso a una sospecha hostil. Anwar te apartó y sacó el arma.

—Le entró el pánico —dice el profesor Hashimi—. Esas cosas pasan.

—Era un fugitivo ¿no? —dice la Méduse—. En ese otro mundo era un fugitivo.

—Está en la lista prohibida —dice Bar-Hillel con tono remilgado.

—Pero tenemos agentes allí —contesta ella.

—Para observar. Para informar. Nada más.

—Se *implicó*.

—Antes o después —interviene el profesor Hashimi— todos tenemos que implicarnos.

Recuerdas el ladrido de las balas. La sangre oscura contra la piedra blanca. El olor de una naranja.

Apenas conocías a Anwar.

Pero su innecesaria muerte te marcó, no fue más que la primera de muchas.

14.

—Necesitamos que vuelvas —dijo el profesor Hashimi—. Al mismo lugar. Por un breve período de tiempo, por lo menos.

Fijas la mirada en cada uno de ellos, uno a uno, en silencio, esperando. La Méduse suelta una carcajada.

—A Jerusalén no —especifica—. A Berlín.

—¿Por qué?

—Hay un hombre al que queremos que investigues.

—¿Quién es?

—Un hombre que cayó entre las sefirot; ahora va a volver a su mundo, aunque él todavía no lo sabe.

Por fuera estás tranquila. Pero piensas en aquel otro mundo, en cómo apesta a odio. Claro que ya has estado en otras sefirot, y has visto que los hombres y las mujeres son iguales en cualquier realidad paralela a la que vayas.

—¿Por qué iba a aceptar hacer eso? —dices.

Te ignoran. Bar-Hillel se humedece un dedo, pasa la página, frunce el ceño.

—Se llama Tirosh —dice—. Lior Tirosh.

—¿Y? —contestas—. Solo es un nombre.

—Tu tesis —dice Bar-Hillel—. La que abandonaste. Sobre los escritores de ciencia ficción.

—¿Sí?

—Te pregunté si alguno de ellos predijo el Pequeño Holocausto. No me contestaste.

Sueltas una carcajada seca.

—¿Y eso qué importa? Solo eran historias. Ya te lo dije. Imaginaron mil futuros distintos, todos ellos improbables. Eran escritores de pacotilla, trabajaban por dinero y nunca salieron de pobres. Cualquier persona sensata lo habría dejado y se habría buscado un trabajo. Ellos siguieron soñando, y cobrando por página, o a lo mejor por palabra.

Hashimi se ríe entre dientes con educación. Bar-Hillel frunce el ceño.

—No predijeron el futuro —continúas—. Escribieron advertencias sobre lo que podría llegar a ser el futuro.

Y te preguntas si, de no haber ocurrido el Pequeño Holocausto, habría sido tu mundo igual que aquel otro.

—Y sin embargo —dice Bar-Hillel.

—¿Qué?

—Todavía no has contestado a mi pregunta.

—Sí —reconoces a regañadientes. Sabes que te han tendido una trampa—. Uno de ellos. Escribió un relato titulado «Tierra profana». Se publicó en el número trece de una revista hebrea de ciencia ficción llamada *Grotesqa*.

—¿Se publicó *Antes*? —pregunta la Méduse con brusquedad.

—Sí.

Te da la impresión de que ya lo saben. De que han tenido que saberlo desde el principio.

—¿Qué le ocurrió Después?

—Nadie lo sabe. Desapareció. Como tantos otros, Después.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta la Méduse. Todos te miran. Esperan. Te juzgan.

Contestas de mala gana en su silencio:

—Se llamaba Tirosh.

—¿Tirosh? —dice la Méduse.

—Lior Tirosh —confirma Bar-Hillel, pasa la página y solo le falta chasquear la lengua.

El profesor Hashimi se gira hacia la pared con gran intensidad, como si siguiera esperando que hubiese una ventana.

Y te acuerdas de Haifa, de las librerías de segunda mano, del apartamento del señor Katz en la colina sobre el puerto antiguo. El apartamento del señor Katz era un templo de libros. Había antiguos libros de bolsillo guardados en armarios de cristal, apilados en el suelo por todas partes, en cajas, tapados por macetas, apoyados en el alféizar. Las paredes estaban cubiertas de pósteres amarillentos de monstruos y naves espaciales, djinn y amazonas bronceadas, criaturas grotescas y panorámicas de otros mundos extraños...

Te quedaste allí sentada durante horas, mientras el sol perseguía las nubes por encima de los libros, hasta que se hundió en el mar. Hasta que lo encontraste.

El relato que había aparecido en el número trece de *Grotesqa*.

En la historia aparece una mujer que vaga por Oriente Medio, inquieta, en busca de alguna verdad. Vuelve a Palestina, o a Israel, su lugar de nacimiento, que lleva muchos años sin visitar. Ha ocurrido algún tipo de holocausto en el pasado: Tirosh evitó describirlo en detalle, pero apuntó que Jerusalén ya no existía, y que la naturaleza de su destrucción y la cantidad de dolor que había conllevado impulsó unos años después una paz nacida del dolor compartido, y creó así un nuevo Oriente Medio que lloraba unido la muerte de Jerusalén. La mujer encuentra una antigua revista pulp en una librería de Haifa. En la revista hay una historia titulada «Tierra profana». Empieza a leerla, pero se da cuenta de que su búsqueda ha sido en vano, que el cuento del autor nunca existió, que la fantasía no ofrece ninguna vía de escape, así que deja que la revista le resbale de las manos, sin leerla, y se marcha.

—¿Cómo se llamaba la mujer de la historia? —pregunta la Méduse.

—¿Cuál de ellas? —dices— ¿La primera o la segunda?

—Cualquiera. Las dos.

—Nur —respondes. La Méduse sonríe como el gato que ha cazado al ratón —. Se llamaba Nur.

—Necesitamos que vayas a ese otro lugar, a Berlín —dice el profesor Hashimi, volviendo en sí con celeridad—. Será por poco tiempo. Creemos que es resbaladizo. Que su propio mundo lo está llamando. Creemos.

—Creemos —respondes, imitándolo—. Creemos. ¿Qué es lo que *sabéis*?

—Las sefirot están en peligro —dice Hashimi—. Las fronteras se están desmoronando. Se están volviendo *porosas*. Creemos que es provocado. Hay alguien que lo está provocando. Necesitamos que lo encuentres.

—¿De dónde es, Tirosh? —preguntas—. ¿Cuál es su mundo?

Hashimi hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Uno que nunca existió —dice—. Un lugar en el que los judíos se montaron un país en África.

Bar-Hillel levanta la cabeza. Tiene una mirada vulnerable, herida. La Méduse suelta una tosecilla. Hashimi murmura algo. Una disculpa, a lo mejor.

—*¿África?* —dices.

—Serán como unas vacaciones —responde Hashimi para alentarte—. Buen tiempo, aire puro... Te vendrá bien volver a trabajar, Nur. Llevas demasiado tiempo fuera de circulación.

—Lo de Esmirna no fue culpa tuya —interviene Bar-Hillel. La Méduse se limita a fijar en ti su mirada vetusta. Te recuerda a la esfinge, la de aquel otro lugar.

—¿Qué es lo que traman? —preguntas. Sean *quienes* sean.

—Muerte. Sangre. Tratan de crear una llave, para abrir una puerta.

—¿Por qué Tirosh?

—No lo sabemos, pero es parte del patrón. Si sigues a Tirosh, encontrarás al instigador.

—No es el mismo Tirosh que vivía aquí —respondes—. Como mucho es un doppelgänger. Una sombra.

—Este también escribe.

No estás segura de quién habla. La Méduse se revuelve.

—Leí uno de sus libros —dice—, era de misterio. ¡El misterio es que me lo acabara!

Se echa a reír, y su risa es tan seca como la pintura que se cae de las

paredes.

—Tirosh no es la clave —dice Hashimi dándose importancia. Se repite—. Sigue a Tirosh. Encuentra al instigador.

—¿Y después? —preguntas.

Pero sabes que estás perdida. Sabes que ya te tienen, que volverás a trabajar sobre el terreno, aunque sea para demostrarles que lo de Esmirna no tuvo importancia, que todo el mundo comete errores, incluso tú.

Te miran, los tres. Jueces y jurado.

—Encuéntralo —dice Hashimi, y añade con sencillez—: y después mátalo.

—Lo de siempre, ¿no? —dice la Méduse.

Bar-Hillel no dice nada. Escribe algo, arranca la página y te la da. La coges sin mirar.

—Para Contabilidad —explica, con un ligero aire de disculpa—. Asegúrate de quedarte con los recibos. Ya sabes cómo se ponen ahí arriba.

Te guardas la nota en el bolsillo. Los tres te miran expectantes. Buscas una ventana pero no encuentras ninguna. Siempre debe haber una muerte, piensas. Antes o después, a todos nos llega nuestro momento.

—Más vale que te vayas —dice el profesor Hashimi—, vas a perder el vuelo.

15.

El mundo cambia cuando te sientas en el avión. Viajas de Damasco a Berlín en un vuelo de Lufthansa mientras el cielo se tiñe de rojo al oeste; desde arriba, el mundo parece inalterado. Te deslizas de una historia a otra como si te cambiaras de pijama. Los pasajeros mutan, se transforman, los asientos se vuelven un poco más cómodos, las azafatas se mantienen más o menos igual. Es una faceta curiosa de viajar entre realidades paralelas, la intercambiabilidad del personal de vuelo. Te recuestas en el asiento y miras por la ventanilla hacia aquel mundo, una de las esferas prohibidas, donde la historia de alguna manera cogió el desvío equivocado. El sistema de entretenimiento a bordo es más primitivo que los de tu mundo original. Pones las noticias, y en el canal RTL un presentador rubio habla con animación sobre la guerra de Siria, un ataque con coche bomba en Iraq y aviones estadounidenses que bombardean objetivos cerca de Mosul. Cuando aterrizas, el personal de seguridad del aeropuerto te interroga con minuciosidad, también escanean tu cuerpo y tus

posesiones en busca de armas y contrabando, pero al fin se te permite marcharte. Berlín, que has visto en muchas iteraciones, la ciudad en la que estudiaste, te casaste, te enamoraste. Una vez te deslizaste mientras caminabas por Friedrichstrasse y viste la calle en ruinas y los tanques rusos patrullando una escena de devastación apocalíptica. Berlín se rompe en pedazos cada vez que atraviesas sus calles: al llegar a la Puerta de Brandeburgo un paso lateral en un mundo fragmentado te trae visiones del sitio vivamente iluminado: de la cornisa de la Puerta cuelgan banderas rojas con esvásticas, y a ambos lados de la calle grupos de hombres corpulentos con rostros enrojecidos jalean el desfile de vehículos que pasa de largo. Has aprendido a controlar la mayoría de los deslizamientos, aunque en Berlín es más difícil, allí muchos de los sin techo que ves al pasar, temblando en las puertas de los establecimientos, tienen esa mirada perdida y vacía de los que han caído entre las grietas, de los que se han despertado una mañana en un mundo tan parecido, y al mismo tiempo tan diferente, del suyo propio, en el que todo lo que un día resultaba familiar es ahora ajeno y extraño.

Tu contacto en el Berlín de este mundo es Ahmed. Un joven estudiante de arte que okupa una casa medio en ruinas en Kreuzberg convertida en una comuna en expansión. Fuera hay cafeterías, bares y galerías de arte, dentro de la casa siempre parece haber una fiesta en marcha. En la cocina toca una banda punk británica en acústico, el salón se ha convertido en una instalación de arte moderno de un artista búlgaro, en los baños hay cuadros pop art y el olor a hachís es sofocante.

Encuentras refugio en una habitación en la que solo hay maniquís. En su desnudez, tienen pieles de plástico perfectas. Te miran fijamente. Le pides una sesión informativa a Ahmed.

—Oí lo de Esmirna —te dice en tono compasivo, e intentas no estrangularlo—. No fue culpa tuya.

—Háblame de Tirosh —dices, y asiente.

—Lleva unos años viviendo en Berlín. Es oriundo de Israel. Está bien asentado aquí. Es escritor, suele escribir novelas de detectives. Hace unos años le concedieron un premio menor por una novela policíaca rara: *Osama*. Ya sabes, por Osama bin Laden.

—¿Quién? —respondes con cara de póker.

—Ya sabes, Al-Qaeda y tal.

—¿Es una banda de música?

—Da igual —responde Ahmed, resignado—. Total, no sé mucho más de

él. Aunque conseguí su plan de viaje. No fue difícil, sale para Tel Aviv mañana, o eso me ha dicho mi contacto en el aeropuerto. Y esta noche da una charla en una librería de aquí al lado, en Bergmannstrasse. La librería Otherland. Está especializada en ciencia ficción y fantasía, esas cosas. Tengo dos entradas, por si quieres ir. Son gratis.

Lo único que quieres hacer ahora mismo es darte una ducha, cambiarte de ropa y echarte a dormir un año entero, o mil. Ahmed es un agente durmiente: lleva demasiado tiempo en esta realidad y ha empezado a considerarlo como su mundo primario. Aunque la Agencia Fronteriza ha decretado que es un mundo prohibido, el término puede resultar engañoso. Significa que no está permitido ningún viaje sin autorizar, pero estos lugares están sometidos a una estrecha vigilancia, y para eso existe una pequeña red de agentes establecidos aquí a largo plazo (agentes durmientes o topos) que puedan vigilar, informar y dar soporte a agentes en activo como tú cuando surja la necesidad. Estudias con desgana este mundo: el 11-S y los bombardeos en Gaza, las invasiones de Afganistán y el movimiento *Occupy*, los vuelos espaciales privados y las primas de los banqueros, los vertidos de petróleo, las guerras de Crimea, los ciclistas dopados, los desarrolladores de software multimillonarios, los cristianos radicales y las epidemias globales, y los tsunamis y los robots en Marte: en resumen, un mundo como cualquier otro.

Enciendes la televisión. En todas las realidades hay televisión, y siempre es igual: una manera de explicarle el mundo a la gente. Ves bombardeos y destrucción, pero ocurren lejos y los ves en una pantalla: reducidos, a distancia; y un rato después haces lo mismo que todos los demás, y la apagas.

Por la tarde te das un paseo por Bergmannstrasse. Es un pequeño habitat próspero de rojos y amarillos brillantes, clientes que salen de las cafeterías, jazz en el aire, el olor del hachís... te recuerda mucho a tu propia estancia en el otro Berlín, en el que los nazis nunca llegaron al poder. Aquí sí llegaron, durante un tiempo. Esa es la naturaleza de las sefirot, un descuidado paso en falso puede conducir a una realidad alternativa fragmentada que revelaría un lugar desolado allí donde, un instante antes, había una calle llena de vida. Hay lugares en los que los dinosaurios todavía caminan sobre la Tierra...

No hay cola en el exterior de la librería. En el interior, las estanterías están abarrotadas del libros de bolsillo de colores brillantes en alemán y en inglés, en sus cubiertas sensacionalistas aparecen sirenas, soles que explotan, naves espaciales y dragones. Un hombre en un planeta alienígena bajo tres soles, con la cara cubierta por un sombrero de ala ancha y una futurista pistola de

rayos en la mano. Los libros de Tirosh, apilados en una mesa a la entrada, tienen el aspecto cutre del vagabundo que se esfuerza demasiado por parecer un caballero, como si los propios diseñadores no hubieran sido capaces de decidir si los libros en los que trabajaban eran alta literatura o una basura. Supones que la verdad estará en algún punto intermedio, no tan literarios como le gustaría creer a Tirosh, pero tampoco lo bastante entretenidos como para concederle el éxito comercial del que disfrutan quienes se entregan sin reservas al escapismo.

Los asistentes son escasos. Las sillas están colocadas en filas en la parte trasera de la librería, y en ellas se encaraman, solas o en parejas, las personas que uno esperaría encontrar en un evento así, es decir, los inadaptados, los del montón, aquellos para los que la vida por sí misma no es lo bastante satisfactoria, los que buscan realizarse de alguna forma en la fantasía, en los libros.

Te sientas al fondo, preparada para huir. Observas a la gente que ha venido a la charla, reconoces en algunos de ellos, en su aspecto perdido y desconcertado, la marca de los que se deslizaron una vez. Son gente que no encaja, que perdió su mundo.

En la esquina hay un hombre que te resulta vagamente familiar. Tiene el pelo negro, con entradas. El rostro alargado y serio. La mirada inestable, enloquecida. Pero debería llevar bigote, piensas con un repentino escalofrío. Debería tener un extraño bigotito, pero este hombre está afeitado. No es más que un alma perdida, otro hombre fuera de su historia.

—Hace años —dice Tirosh—, soñé que estaba en casa de mi padre.

Tiene una forma de hablar vacilante. No termina de mirar a la audiencia y mueve los dedos constantemente, como si estuviera desatando notas imaginarias.

—Me desperté y todo estaba justo como lo recordaba. Habían pasado años desde la última vez que había pisado la casa, y sin embargo conocía cada baldosa, cada alféizar, cada chirrido y crujido en las paredes y en las tuberías. Me desperté en mi propia cama. La luna brillaba por la ventana, y bañaba la habitación con una pátina plateada. Y yo tenía miedo.

Tirosh bebe un sorbo de agua.

—Era todo igual —dice—. Pero a la vez completamente distinto. Conocía la casa pero no era la misma casa. Estaba convencido. Me levanté de la cama a pesar del miedo. No sabía porqué estaba asustado. Abrí la puerta de mi habitación y salí al pasillo. La tabla de siempre crujió donde crujía siempre.

De niño la pisaba con cuidado, así que empecé a hacerlo igual por instinto, pero cambié de opinión. Escuché a la casa, el murmullo de las tuberías, los crujidos en las paredes. Parecían hablar un idioma, eso me pareció. Era un idioma que conocía tan bien como el mío propio, pero al mismo tiempo nunca lo había escuchado antes. La casa que conocía hablaba en un idioma extranjero. Recorrí sus pasillos, abrí y cerré las puertas de habitaciones familiares y que aún así me resultaban desconocidas por completo. Esta no era mi casa. Sus ocupantes se habían marchado, y ella estaba tranquila, aguardaba, como si esperase que volvieran, aunque habían pasado muchos años desde su exilio. ¿Cómo puede ser? Pensé. ¿Cómo puede haber una casa, y, a la vez, dos casas? ¿Cómo puede haber una casa, y en ella dos memorias, dos idiomas, nombres diferentes para cada cosa en su interior?

Tirosh bebe otro sorbo. Alguien se tira un pedo silencioso en la tercera fila y se despierta a sí mismo del susto. A tu lado, Ahmed está inquieto.

—Busqué a mi padre, pero la casa era grande, y las habitaciones, aunque parecían vacías, resonaban con los sonidos de idas y venidas anteriores. Quería preguntarle a mi padre: ¿Cómo es que has venido aquí? ¿Cuánto pagaste por esta casa? Pero no me contestó.

Una mujer rubia en la primera fila levanta la mano. Lleva grandes pulseras en el brazo que se sacuden y repiquetean al deslizarse cuando lo levanta.

—Estás hablando del conflicto palestino-israelí, por supuesto —dice en tono autoritario.

Tirosh lanza una mirada de soslayo, como si buscara la puerta.

—No estoy seguro de que «conflicto» sea la palabra adecuada en este contexto —responde, pero lo hace con delicadeza —, conflicto sugiere dos lados iguales, y no estoy seguro de que sea el caso... Pero, en respuesta a tu pregunta, estoy hablando metafóricamente. O, más bien, estoy tratando de explicar qué es lo que hacemos cuando construimos historias de realidades paralelas. Lo que hacemos es revestir la metáfora de literatura, por así decirlo. Construimos un mundo de fantasía para poder comprender cómo está construido nuestro mundo, cómo se cuenta. ¿Entiendes?

—Creo que eres un judío que se odia a sí mismo —responde la mujer, y el tintineo de sus enormes pendientes suena como una reprimenda cuando sacude la cabeza en gesto de desaprobación.

Tirosh no contesta: bebe un sorbo de agua, se encoge de hombros.

—¿Alguna otra pregunta? —dice.

Te parece que su mirada emana cierta tristeza. Algo privado, que no tiene

relación ni con la literatura ni con la política, pero que está ahí en cada uno de sus gestos, en sus ojos: dolor, una pérdida.

—¿Qué te motiva a escribir? —pregunta un hombre que parece un erizo, se inclina hacia delante, tiene las manos plegadas sobre el regazo.

Tirosh duda.

—Solía ser la ira —responde, por fin.

—¿Y ahora?

—El dinero —dice Tirosh, con una risita desalentada—. Y también que ha pasado demasiado tiempo desde que tuve un trabajo de verdad.

El erizo se recuesta en la silla, decepcionado. Después, esperas en la pequeña cola mientras Tirosh firma sus libros. Coges un par: *La novia llevaba sudario* y *La muerte se transforma en verdugo*, y los sujetas con las manos. Están impresos en papel barato y las cubiertas estridentes te hacen daño a la vista, la novia que es un cadáver en descomposición y el verdugo esquelético, ambos sonriendo con una especie de desesperación feroz.

—¿Para...? —pregunta Tirosh sin levantar la vista. El bolígrafo planea entre sus dedos.

—Nur —respondes.

Escribe: «Para Nur, con mis mejores deseos» y estampa una firma legible.

—¿Alguna vez —empiezas, dudas por un momento, terminas de carrerilla —: has escrito un relato titulado «Tierra profana»?

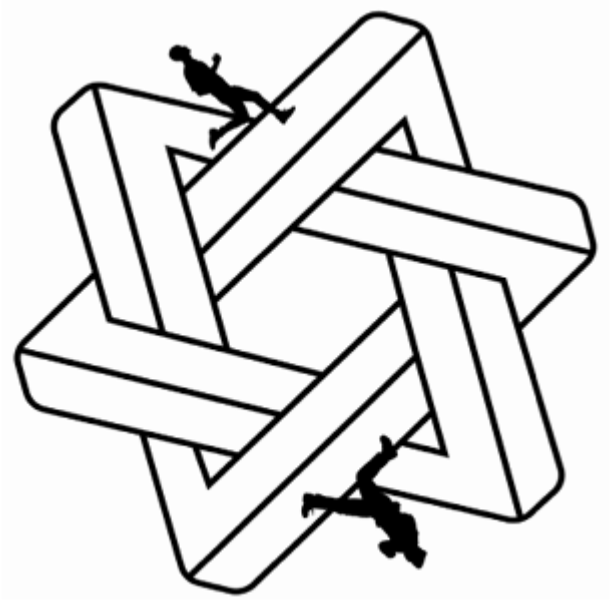
—Puede que lo hubiera hecho, una vez —responde—. Pero no, me temo que nunca lo escribí. Me debes estar confundiendo con otra persona. ¿Para...?

Y te percatas de que ya está hablando con la siguiente persona de la fila.

Te vas, con Ahmed refunfuñando a tu lado. Por la mañana coges un taxi al aeropuerto. Cuando vuelves a ver a Tirosh, en la cola para el vuelo, es evidente que no tiene la menor idea de quién eres.

PARTE CUATRO

INTERROGATORIOS



16.

Para cuando encontré a Barashi, el viejo llevaba una buena merluza encima. Palestina, sin salida al mar, no es una nación náutica, y sus habitantes no son conocidos por ser grandes bebedores. Barashi estaba encaramado a la barra del Hare & Coconut; en algún momento se le había caído la dentadura postiza, que yacía en un charco repugnante en el suelo, y movía las encías sin cesar, masticando mientras se tragaba la mitad de las palabras.

El pub en sí era un sórdido cuchitril de los que suelen frecuentar los revolucionarios de taburete y los objetores de conciencia de pacotilla, es decir, que a esas horas de la noche estaba lleno de estudiantes. No me sorprendió ver entre ellos algunos rostros conocidos de la población local. Aunque la sedición adopta múltiples formas, siempre he creído que lo mejor es darle en poco de espacio, para poder contenerla allí donde se puede tener controlada.

El Hare & Coconut era uno de esos sitios, aunque hacía tiempo que había dejado de ser útil. Ellos sabían que los vigilábamos y nosotros sabíamos que ellos lo sabían, así que el círculo se había estrechado hasta tal punto que en el pub ya no ocurría nada relevante, y el único vigilante que quedaba era el tipo, actualmente borracho, que respondía al nombre de ex sargento Amos Barashi.

Sin mediar palabra, me agaché, recogí sus dientes y se los entregué. Él me sonrió con una horrible boca rosada llena de encías y volvió a colocarse la dentadura de cualquier manera. El camarero miró en nuestra dirección, nos vio a mí y a mis hombres y, con buen criterio, se esfumó. La hostilidad de los clientes habituales era más que patente.

En su mayoría eran buenos chicos, de buenas familias. Habían hecho el servicio militar antes de entrar en la universidad y por desgracia ahora se dedicaban a buscar su camino explorando ideas políticas radicales. La mayoría no tardarían en olvidarse de todo eso: se graduarían, conseguirían un trabajo, se cortarían el pelo, cumplirían el servicio anual en la reserva del ejército y formarían una familia.

Con el tiempo, todos los recuerdos de su pequeño interludio de falsa rebeldía se desvanecerían, y ellos se convertirían en ciudadanos productivos que pagarían impuestos, se irían de escapada familiar el fin de semana a pequeños hotelitos en el lago, engañarían a sus maridos o a sus esposas con

otros ciudadanos de mediana edad igual de descontentos en hoteles de las afueras ni demasiado baratos ni demasiado caros, y los fines de semana llevarían a sus hijos al fútbol, a ver al Ararat City contra el Kisumu Lions FC por ejemplo.

A Barashi no le interesaba nada de eso. Era un borracho empedernido que se había divorciado dos veces, una vergüenza para el cuerpo. Su hijo era contable en Johannesburgo. Su hija vivía en los asentamientos de Nakuru, más allá de la Línea Verde. Nunca lo visitaba y él, hasta donde yo sabía, no solía salir de la ciudad. Sentía un miedo fundado por el bosque de Mau, allí había vislumbrado lo que mora en la frontera y se había llevado un susto de muerte.

Me miró fijamente con ojos apagados y gimió mi nombre:

—Bloom... Bloom, viejo amigo. ¿Qué estás... qué estás... haciendo aquí?

—¿Dónde está? —le pregunté— ¿Dónde está Tirosh?

—Tirosh, Tirosh, se ha... —Tuvo un ataque de hipo y la vaharada que me llegó fue nauseabunda—. Se ha... ido.

—¿De qué hablasteis?

—Dijo que buscaba a su... su sobrina —dijo Barashi. Dejó caer los hombros con resignación y me miró con la tristeza del borracho—. Bloom, no... no me dijiste que lo *siguiera*.

—¿Qué has hecho? —dije, indignado— ¿Le hablaste de los Mau Mau, Barashi? ¿Le hablaste de los fantasmas de la selva?

—Los *vi*, Bloom —repuso él—. ¡Salieron de la nada! El bosque estaba vacío y, de repente, tres hombres y una mujer salieron de él vestidos con uniformes caqui y armados. Los maté, Bloom. ¡Los maté a todos!

—Lo sé, Barashi —dije—. Ya me lo has contado.

—Después —prosiguió—, me acerqué a ver los cuerpos. Lo que quedaba de ellos. Encontré una cinta de tela, intacta. Un brazalete, Bloom. Un brazalete manchado de sangre. Una esvástica negra dentro de un círculo blanco, sobre una tela roja. ¿Quiénes eran, Bloom?

—Nazis, Barashi —le dije.

Él me miró y se echó a reír.

—Pero ya no hay nazis —dijo—. No los ha habido desde que asesinaron a Hitler, y eso fue en el 48.

—Eran nazis —repetí con pesar—. Solo que no eran de por aquí.

Me miró con los ojos inundados de tristeza. Aunque su semblante decía que no entendía de lo que le estaba hablando, sus ojos le delataban. Existe un

conocimiento que no se puede borrar: lo imposible no puede ignorarse una vez visto.

—El viejo general estaba enfadado —susurró—. Me dijo que enterrara los cuerpos donde nadie pudiera encontrarlos. Y que quemara la tela, que quemara cualquier cosa que pudiera indicar que habían estado allí.

—Pero tú no lo hiciste.

—Me lo quedé, Bloom. Me quedé el brazalete. ¿Qué importancia tienen los nazis, de todos modos, Bloom? No participamos en la guerra europea. Los nazis nunca nos han hecho nada.

—No —dije—. Es verdad, no nos hicieron nada. —Le di una palmadita en el hombro. No era un mal hombre; el problema era que nunca debería haber entrado en el bosque y, una vez que lo hizo, nunca deberían haberlo dejado salir—. Al menos aquí no. No en este tiempo y este lugar.

—No lo entiendo, Bloom.

—Tal vez sea mejor así. Volviendo a Tirosh, ¿a dónde ha ido?

—Lo vi entrar en la librería del otro lado de la calle —dijo—. Waxman's. Una vez me tiré a su hermana. Waxman's. —Soltó una risotada ronca y satisfecha—. ¡Ja! Tenía un buen culo, Bloom. Un culo de la hostia.

Esperé mientras él trazaba líneas de humedad sobre la barra con la cerveza derramada.

—Lo último que supe de ella es que murió de cáncer.

Le hice un gesto al camarero, que estaba de pie al final de la barra respondiendo preguntas con voz cansada y paciente, como si fuera una tarea desagradable pero rutinaria para él. Sin decir nada, se acercó y le trajo a Barashi otra copa. Enarcó las cejas y yo negué con la cabeza. Se encogió de hombros. Dejé un billete en el mostrador y lo hizo desaparecer. No suelo beber, pero admiro a los hombres que saben llevar sus negocios en silencio.

—¿Dónde *está* Deborah Glass? —le pregunté.

—¿Disculpe?

—Te llamas Nir Clore —dije—. ¿Serviste con la Unidad Pelícano en la zona fronteriza de Masái Mara? ¿Y más tarde en las Zonas en Disputa?

Me miró con desdén.

—Todas las zonas están en disputa.

—Fuiste un buen soldado —dije.

—Todos somos buenos soldados —repuso él—. Es lo que somos los judíos ahora. En eso nos hemos convertido, en *soldados.* —Lo dijo con desprecio.

—¿Y ahora sirves cerveza a los borrachos? —le dije— ¿Es así como

quieres ganarte la vida?

—Es una forma honesta de ganarse la vida —dijo—. Mejor que otras.

Pasé el comentario por alto. Estaba acostumbrado a su desprecio.

—¿Conoces a Deborah?

—Ya le hablé de ella a tu hombre antes. A veces viene a tomar algo.

—No es mi hombre.

—¿No? ¿Entonces qué relación os une?

—Es un sospechoso —respondí.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo con fervor.

—Me gustaría dar con ella —dije.

El camarero se encogió de hombros.

—Pregúntele a los árboles —sugirió—. Igual ellos lo saben. O tal vez el viento. Yo solo trabajo aquí.

—Pero ambos sabemos que eso no es cierto, ¿no? —le dije— Eres simpatizante de los nandi, Clore. Organizas pequeñas reuniones políticas en tu piso, cuando crees que nadie se da cuenta. Está en Golda Heights, ¿verdad? Una zona bonita. En las afueras de la ciudad, un lugar verde, con muchos árboles, con una hermosa vista de la puesta de sol. A veces se ven jirafas y rinocerontes a lo lejos.

No dijo nada. Eso me gustó.

—Yo no podría permitírmelo —continué—. No con mi sueldo de funcionario. ¿Tus padres son ricos?

—Eso no es de su incumbencia —me dijo, tenso.

—No —repuse—. Pero sentía curiosidad, así que lo he investigado. Tienes un piso de tres habitaciones en Golda Heights, ¿verdad, Nir?

Sus dedos apretaron la barra con más fuerza y las puntas de los dedos se le quedaron blancas por la falta de riego sanguíneo.

—Es un buen lugar para formar una familia —dije en voz baja. Entonces levantó la vista. Tenía su atención; toda su atención—. Muchos parques, columpios para que los niños jueguen —añadí—. Buenas escuelas.

—Supongo —contestó él—. La verdad es que no he pensado mucho en ello.

—Tu novia —dije—. ¿Rose?

Se apartó de la barra. Buscó una botella con la mano y yo no la perdí de vista.

—Últimamente está radiante —dije sin levantar la voz.

Cuando levantó la botella, yo estaba preparado. La estrelló contra la barra

y un intenso olor a alcohol impregnó el aire. Los cristales rotos llovieron sobre Barashi, que soltó un grito y se cayó del taburete.

Nir Clore levantó la botella y me apuntó a la garganta con los bordes dentados. Se abalanzó con las peores intenciones, pero yo lo estaba esperando. Le di un puñetazo en el cuello y bajé la mano con fuerza, aplastándole el brazo contra el mostrador y partiéndole la muñeca.

La botella se le escurrió de entre los dedos, rodó por el suelo y se hizo añicos. Agarrándolo por la nuca, le golpeé la cara con fuerza contra la barra. Cuando se incorporó, la barra estaba llena de cristales rotos y sangre fresca. Se quedó un momento de pie, tambaleándose, sin aliento, y luego se desplomó.

Todo el mundo tiene su límite.

Mis hombres dieron la vuelta al mostrador y lo levantaron del suelo. Ya no servía para mucho.

—Limpiadlo y llevadlo al calabozo. Barashi, conmigo.

Giré sobre mis talones. Detrás de mí oí los gemidos de Nir Clore, muy débiles, y el suspiro resignado de Barashi mientras se levantaba del suelo.

—Pero me caía bien, Bloom —dijo con tristeza mientras salía cojeando detrás de mí—. Era un buen chico.

—Los buenos chicos no ayudan a terroristas —dije.

Barashi carraspeó.

—Podrías haberlo evitado —dijo.

Por alguna razón, la reprimenda implícita me dolió.

¡En mi país no había gente tan insolente ni criminalidad de ningún tipo!

Nuestra tierra era un lugar limpio y ordenado.

17.

Mis hombres se llevaron al chico, Clore. Pasaría una noche en el calabozo. No tardé mucho en sacármelo de la cabeza.

A continuación interrogamos a Waxman, un anciano adusto que se negó a admitir que supiera o hubiera visto algo, a pesar de que Tirosh fue secuestrado justo delante de su tienda. Para colmo, después trató de vendernos un libro. Le di mi opinión sobre él y la gente como él en pocas palabras. El hombre se enfadó e hizo un comentario respecto al hecho de que los judíos fueran conocidos, en vano, como «el pueblo del libro». Lo ignoré, pero no pude evitar ver cómo Barashi se guardaba a toda prisa en el bolsillo

un número viejo y manoseado de *Zaftig*, una revista en cuya portada aparecían mujeres grandes desnudas.

El sargento Katz estaba en el edificio del Congreso, donde acababa de dar comienzo la primera ronda de conversaciones de paz. A veces sospechaba que, a pesar de su actitud servil, mis superiores lo habían enviado para observarme en secreto. Había probado con creces mi lealtad hacia Palestina, pero algunos seguían viéndome como un intruso, aunque eran pocos los que sabían lo que eso significaba realmente. Era eficaz, y tolerado, pero no apreciado.

Aunque eso tampoco me molestaba en exceso. No me importaban las simpatías o antipatías personales, lo único que me importaba era mi trabajo y mantener la seguridad de este pequeño refugio para los judíos. Algunos lo llamábamos Nachtasyl: un refugio nocturno, un lugar de acogida para el pueblo judío. Mi deber y privilegio eran protegerlo. Con Katz ocupado, me tocaba cargar con Barashi. Nos detuvimos en una choza que estaba abierta toda la noche, pedí un café solo bien cargado y obligué a Barashi a bebérselo hasta que le empezaron a llorar los ojos. Por fin, se levantó y dijo:

—¡Basta, basta!

—Ve a adecentarte —le contesté—. Nos espera una noche ajetreada.

—Era feliz donde estaba —dijo él—. En el bar, observando y escuchando a escondidas a los estudiantes.

—Te conozco, Amos Barashi —repuse—. Y sé que oyes más de lo que incluyes en los informes. Venga, aséate. La noche es joven y tenemos trabajo que hacer.

—Vale, vale, agente especial Bloom —dijo. Le vi dirigirse a los baños, la revista enrollada asomaba por el bolsillo de su chaqueta. Me volví hacia la barra y le hice un gesto a Beiga para que me sirviera otro café. En Palestina se cultiva buen café; el clima es ideal. El barón Rothschild financió las primeras plantaciones allá por los años veinte. El Rothschild inglés, no el francés, quien invirtió inútilmente sus esfuerzos en la Palestina otomana.

Este, Lionel Rothschild, era un zoólogo entusiasta. Tanto el zoológico Rothschild de Ararat como la Reserva de Caza Rothschild llevan su nombre, al igual que nuestra especie local de jirafa, la *Giraffa camelopardis rothschildi* de cinco cuernos o jirafa Rothschild. En una ocasión llegó al Palacio de Buckingham en un carruaje tirado por seis cebras, tanto para demostrar que los animales podían ser domesticados como para dar a conocer los esfuerzos de los colonos en la recién creada Judea Británica. El barón Rothschild está enterrado cerca del lago Nakuru, muy cerca de sus queridas jirafas.

—¿Piensa trasnochar? —me preguntó Beiga. Era un hombre corpulento, con brazos peludos y una tripa prominente que estiraba la tela de su camisa de cuadros. Asentí sin demasiado entusiasmo.

La Cabaña del Té, el nombre informal del local, rara vez servía té, pero sí servía a una dispar caterva de noctámbulos: camioneros, taxistas, chóferes, agentes de policía y personal de seguridad, así como a rezagados de las discotecas y bares de la ciudad. Estaba en las afueras, en la ronda de circunvalación Tchernichovsky, cerca del antiguo distrito de empaquetado de té, un laberinto de viejos almacenes que, en la actualidad, se había convertido en la principal zona de ocio nocturno para los jóvenes. A aquella hora todavía no había mucha gente.

Un camionero ugandés estaba sentado en un rincón tomando despacio una Coca-Cola; en una mesa dos policías, un hombre y una mujer, fumaban sendos cigarrillos de clavo en silencio; en la barra frente a la ventana, tres empleados de Limusinas Lansky hablaban animadamente moviendo mucho las manos, y me puse a escucharles.

La Cabaña del Té era un buen lugar para escuchar conversaciones. Entre sus paredes regía una tregua que ni siquiera yo me atrevía a perturbar.

—Y no dan ni una maldita propina —dijo uno de los conductores. Eran tres, sentados en fila, dos con kipá y uno sin ella—. No dan propina y se empeñan en hablarte en inglés, o peor aún, solo hablan a través del intérprete.

—Formamos a la mitad de estos chicos y la otra mitad vino a la universidad aquí —dijo otro conductor, la kipá asentada de forma precaria sobre el poco pelo que le quedaba—. Y ahora, de repente, no hablan judeo.

—Es orgullo, ¿verdad? —intervino el tercero—. Pura fachada. Todo es cuestión de fachada con ellos.

—Fachada —dijo el primero, e hizo un gesto grosero—. Deberían venir como mendigos, con la gorra en la mano, dándonos las gracias. No exigiendo. Como si *ellos* quisieran a los nandi y a los de su calaña en sus países. Mira los kenianos. Podrían haber acogido a los refugiados. O los tanzanos. No son *nuestro* problema. Es solo que nadie más los quiere, así que tenemos que cargar con ellos.

—Y los británicos metiendo las narices como si fueran los dueños del lugar —continuó el tercero. Se estaba poniendo bastante nervioso; estaban hablando de la última ronda de conversaciones de paz, por supuesto—. Que los envíen a Uganda, a Amin y su banda. A fin de cuentas es quien está financiando la mitad de las organizaciones terroristas al otro lado de la Línea.

—Amin no *los* quiere aquí, solo quiere crearnos problemas a nosotros. ¿Y *quién* lo entrenó? Nosotros. Consiguió la insignia de paracaidista con la FDP. Capullo desagradecido.

—Por eso necesitamos el muro —dijo el segundo—. ¿Viste lo de la bomba en el autobús del otro día? Tenemos que pararles los pies. No más idas y venidas, no más ilegales cruzando la Línea.

—¿Y qué hacemos con los trabajadores? —profirió el tercero— Ya sabes que cobran poco y trabajan mucho. Los palestinos ya no quieren hacer los trabajos duros. Ya no vivimos en la época del asentamiento.

—¿Que nos faltan trabajadores extranjeros? —dijo el primero— Pues los traemos de... —agitó una mano—... Egipto o Angola. Incluso de Asia. Tiene que haber mucha gente buscando trabajo en Asia. También cobran poco. Y trabajan bien.

—Aun así —dijo el tercero, dubitativo—, hay que tener cuidado de que no se queden.

—Este es un país judío para judíos —afirmó el primero.

—Aun así.

—Solo me gustaría que dieran mejores propinas —se lamentó el segundo.

En ese momento Barashi regresó del baño. La revista había desaparecido y caminaba con más firmeza. Se sentó en un taburete y Beiga le sirvió café sin mediar palabra. Barashi se lo tomó de un trago y se volvió hacia mí.

—¿Y bien, *boychik*? —dijo.

—Vuelve a llamarme así y te enseñaré cómo es el auténtico infierno —le dije. El viejo verde se limitó a sonreír—. Vamos. —Dejé unas monedas en la barra y me puse de pie—. Nos espera una larga noche.

—Señor, sí, señor —dijo Barashi.

Beiga nos observó salir de la Cabaña del Té con tristeza. Su mujer era ugandesa, del otro lado de la Línea; una ilegal. Sabía lo que nos traíamos entre manos, pero no quiso decir nada. A mí no.

Volvimos a subir al coche.

—Espero que te acuerdes de cómo se usa una porra, Barashi —le dije mientras se ponía el cinturón—. Esta noche asaltamos el Gólgota.

Palideció al oírlo, pero no dijo nada; y una nueva expresión de determinación se instaló en su rostro. Puse el coche en marcha y me adentré en la noche para dirigirnos más allá de la Línea Verde: hacia los campamentos.

18.

Durante un buen rato Tirosh no supo dónde estaba.

Se despertó sumido en la oscuridad. Por culpa del dolor, su campo visual estaba lleno de puntitos luminosos; de hecho, era lo único que podía ver. Al cabo de un rato comprendió que estaba atado a una silla y que tenía la cabeza cubierta con un saco de tela negra. La tela olía a detergente. No era desagradable. Tenía las manos y las piernas atadas, pero no estaba demasiado incómodo. Las cuerdas no le cortaban la circulación a menos que intentara moverse, así que permaneció inmóvil, inundado por el olor a ropa limpia mientras trataba de imaginarse en otro lugar.

No le resultó difícil, para Tirosh la vida era un largo empeño por escapar a otras tierras, mejores y ficticias. Se imaginó a sí mismo en una playa de Zanzíbar, en algún punto de la costa oriental de la isla. La arena era blanca, de grano fino, como huesos de ballena pulverizados. Una línea de cocoteros separaba la playa de la tierra propiamente dicha. El mar era de un azul sosegado, y en la orilla la arena estaba cubierta de conchas de colores brillantes. No hay conchas marinas tan hermosas como las que uno puede encontrar en las costas de Zanzíbar, y Tirosh, en su imaginación, paseó tranquilamente por la playa mientras el sol se ocultaba poco a poco en el horizonte. Recogió cada una de las conchas, admirándolas a la luz del sol menguante. A veces estaban vacías y se las guardaba en el bolsillo. Otras estaban aún habitadas por moluscos y, cuando se daba el caso, observaba a las pequeñas criaturas luchar y retorcerse en el interior de sus hogares antes de arrojarlas con cuidado de vuelta al mar.

El sol nunca parecía ponerse del todo y la playa parecía no tener fin. Cuando se imaginaba sediento, recogía cocos caídos y retiraba la cáscara verde, partiendo la dura nuez de su interior contra una roca hasta que se rompía. Entonces bebía el agua, aunque nunca quedaba satisfecho del todo; de hecho, cada vez tenía más sed. También sentía una gran presión en la vejiga, y se imaginaba a sí mismo orinando, con gran placer y durante mucho rato, en el tronco de un árbol o el mar. Pero ese alivio también le resultaba ilusorio; además, cada vez se sentía más cerca del horizonte, hasta que echó la vista atrás y vio a Isaac detrás de él.

El niño acababa de conseguir su primer par de zapatos, y caminaba casi como un cangrejo (aunque Tirosh no tenía claro cómo caminaban los cangrejos). Es decir, no se movía para nada como un cangrejo, sino que lo

hacía con paso vacilante, la parte superior del cuerpo tirando hacia delante más rápido que sus pequeñas piernas, por lo que estaba siempre en peligro inminente de caer al suelo. Pero Isaac mantenía el equilibrio mientras seguía caminando, decidido, y solo su mano extendida hacia delante, hacia su padre, indicaba lo desesperadamente que deseaba que lo cogieran en brazos. Tirosh apretó el paso, pero Isaac le siguió el ritmo, hasta que al fin Tirosh se vio obligado a darse la vuelta y extender los brazos hacia el pequeño. El niño se aferró a él como si se estuviera ahogando y, de hecho, el agua debía de haber subido de nivel porque Tirosh dejó de ver las huellas del pequeño en la arena. Sostuvo a Isaac abrazado durante un rato. El calor de su hijo lo abrumó, y acarició su cabello rubio y delicado con suavidad, notando las pequeñas e irregulares protuberancias en el cráneo del niño.

—Papapá —dijo el pequeño. Aunque todavía no sabía hablar, solía balbucear animadamente cuando le apetecía, señalando todo con su dedito regordete y hablando un lenguaje comprensible solo para él.

—Calla, Isaac —dijo Tirosh—. Pronto estaremos en casa.

Apenas sentía el peso del niño. Caminó con él en brazos sobre la cálida arena mientras el sol se ponía y el mundo se oscurecía, y se intensificaba la presión en su cabeza.

—Papapá, Papapá —repitió el niño.

Entonces la oscuridad desapareció de pronto, y con ella el mar, la arena y el niño. La luz hirió sus ojos y Tirosh parpadeó para contener las lágrimas. Tosió. Tenía mucha sed.

—Tengo que orinar —dijo.

—Pues hazlo —dijo alguien, y se rio con una risa cruel.

—No somos animales, Mushon. Ayúdalo a levantarse.

Un gruñido. Tirosh parpadeó, vio sombras de pie delante de él, pero no pudo distinguir los rostros. Alguien cortó las cuerdas que lo maniataban. Sintió un estallido de dolor cuando la sangre volvió a circular por sus extremidades. Un hombre le ayudó a ponerse de pie, aunque sin demasiada delicadeza. Tirosh estuvo a punto de caer. Se sentía como un niño que estuviera aprendiendo a caminar. El hombre lo acompañó al baño, una suerte de cubículo, y esperó con la puerta abierta mientras Tirosh se desabrochaba los pantalones y orinaba. El alivio fue abrumador. ¿Cuánto tiempo lo habían retenido allí? Estaba profundamente agradecido de no haberse orinado en los pantalones. De algún modo, la idea de mearse encima le resultó humillante, impropia.

—¿Has acabado?

—Sí, gracias.

Cuando se dio la vuelta, vio el rostro del otro con mayor claridad. Era una cara tosca encima de un cuerpo tosco mucho más alto que él. El hombre tenía orejas de boxeador. Orejas de coliflor, pensó Tirosh. Era una expresión que había utilizado a menudo en sus libros.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó el hombre.

—Nada.

—Vamos.

Agarró a Tirosh por el brazo y tiró de él. Tirosh se percató de que estaban en una especie de almacén. Era un espacio enorme, lleno de sacos de cemento, máquinas mezcladoras, tractores y excavadoras. Había otra figura, rechoncha y pequeña, sumida en la sombra. Mushon condujo a Tirosh a través de las máquinas silenciosas hasta las puertas del almacén. Salieron al exterior.

A la luz de la luna, Tirosh contempló la tierra donde había pasado su juventud.

El monte Elgon se alzaba a lo lejos, aunque no era tan alto como lo recordaba de niño. El terreno circundante era verde y agradable, pero de una tonalidad oscura a la luz de la luna; el verde brillante parecía oxidado, como sangre vieja. En algún lugar del sureste estaba la granja de su padre, la granja donde creció, aunque no podía verla desde allí arriba. Estaba en una colina, una colina ocupada por completo por una enorme zona de construcción. Había almacenes levantados a toda prisa, y junto a ellos tractores y excavadoras, sacos de cemento y hornos. También vio a muchos lugareños moviéndose de un lado a otro, aunque ninguno de ellos le prestó la más mínima atención; todos parecían ocupados con sus tareas. Debía de haber cientos de personas en aquel campamento. Había postes de luz por todas partes. Una carretera descendía por la colina, cruzando la vegetación y la noche, y se dirigía al Elgon. Sin embargo, al aproximarse a la montaña, la sorteaba bifurcándose en dos ramales, como si tuviera miedo del volcán. Tirosh vio fogatas a lo lejos, y cientos de hombres más al pie de la montaña, pequeños como hormigas.

Una línea blanca atravesaba la vegetación. Su forma era limpia y ordenada, como un corte quirúrgico practicado en la propia tierra.

El muro.

Mientras observaba, oyó el gruñido lejano de las grandes máquinas que removían la tierra, y los gritos de los capataces en el idioma de los nandi y de

otros kalenjin. Apenas se oía judeo más allá de donde se encontraba, junto al hombretón, Mushon, y el otro hombre.

Tirosh se volvió y miró a este último con renovado interés, era la primera oportunidad que tenía de examinar a su captor.

Era bajo y con tendencia a la obesidad. Llevaba unas gafas de sol en la frente y una camisa a cuadros con el cuello desabrochado bajo la cual asomaba con orgullo un pecho peludo. Tenía brazos anchos y llevaba un reloj caro: importado de Europa, de la lejana Suiza. Observó a Tirosh con la mirada irritada de un hombre ocupado que se enfrenta a un obstáculo no deseado.

—Has estado haciendo *preguntas* —dijo; una acusación que a Tirosh le costó negar.

—Creo que no tengo el placer —dijo—, señor...

—Gross. Me llamo Gross, maldito *ku fartzer* —dijo el hombre. Movió una mano para abarcar la zona de obras y Tirosh se fijó entonces en un letrero perfectamente visible en el que podía leerse: CONSTRUCCIONES GROSS S.A. ¡NINGÚN PROYECTO ES DEMASIADO GRANDE!

—Lo siento —dijo Tirosh—. No lo entiendo. —Se llevó con cuidado una mano a la parte posterior de la cabeza. Aún le dolía cuando se la tocaba—. ¿Ha ordenado secuestrarme?

—Sí, he pensado que debíamos tener una pequeña charla —dijo Gross. Parecía estar incómodo, como resentido por una aflicción secreta. Tirosh se fijó en que ninguno de los trabajadores se atrevía a mirarles directamente; bien podrían haber sido invisibles. Y de repente tuvo miedo de aquel hombre.

—¿De qué quiere hablar?

—¡Otra vez! —dijo Gross, agitado— Siempre haciendo preguntas.

—¿Quieres que le dé otro golpecito? —dijo el hombretón, Mushon— Solo uno pequeño, para enseñarle modales.

—Escúchame —dijo Gross clavándole un dedo en el pecho a Tirosh—. ¿Por qué vas por ahí haciendo preguntas sobre Deborah Glass? ¿Le hiciste *algo?*

—¿Que si le hice algo? —Tirosh por un momento se quedó desconcertado — Pero si ha desaparecido —añadió.

—¡*Eso* ya lo sé! —dijo Gross. Tirosh dio un paso atrás. De repente se dio cuenta de que el comportamiento del hombre parecía menos intimidante que profundamente preocupado. Algo no cuadraba.

—Deborah estaba investigando la construcción del muro cuando desapareció —dijo Tirosh. La cabeza le latía con fuerza y tenía la boca seca; le

costaba tragar. Dio un paso adelante, complacido al darse cuenta de que era más alto que Gross—. Estaba en contra de la construcción del muro, era una activista.

Tirosh miró fijamente a Gross.

—Quien lo está *construyendo* es usted, por el amor de Dios. Es el primer interesado en hacerla desaparecer —dijo—. Le juro que si le ha hecho algo a mi sobrina le...

—¿Tu *sobrina*? —Los ojos de Gross se tiñeron de confusión— ¿Quién eres *tú* exactamente?

—¡Tirosh! ¡Lior Tirosh! Soy escritor. Vivo en Berlín pero he vuelto, mi padre...

—¿Tirosh? —La confusión en sus ojos se intensificó— ¿Eres su *tío*? —Hundió los hombros— Menuda *fakakta* —añadió—. Pensaba que estabas ... —No terminó la frase.

A Tirosh le costaba respirar. A su alrededor los obreros seguían trabajando, transportaban sacos de cemento, piedras de cantera, herramientas de excavación. A lo lejos, el muro era blanco, muy blanco.

—¿De qué va todo esto? —dijo, más tranquilo— ¿Por qué me ha secuestrado y cómo conoce a mi sobrina?

Gross sacudió un brazo peludo.

—Esto no es en absoluto lo que esperaba —dijo—. Creo que deberíamos charlar un rato. Es decir, una conversación normal. ¿Puedo ofrecerte una taza de té?

Tirosh se frotó la nuca con gesto cansado.

—Supongo que sí —dijo.

Siguió a Gross hasta una tienda de campaña de grandes dimensiones, una especie de centro de mando, situada cerca del límite del campamento. Este puso agua a hervir en una estufa de gas portátil, colocó unas cuantas hojas de té en un colador y dispuso unas galletas en una bandeja de plata. Tirosh observó a aquel hombre extraño y poderoso, y volvió a pensar en lo poco que comprendía a la gente de su propia tierra y las cosas de las que eran capaces.

Gross no se parecía en nada a lo que Tirosh había esperado. Parecía preocupado, como si hubiera cometido un error pero fuera el tipo de hombre que nunca se equivoca, o al menos eso creyera de sí mismo. Mientras preparaba el té, le contó a Tirosh algunos detalles de su vida. Había empezado a trabajar como recadero para comerciantes en el mercado de Nakuru. Se había hecho amigo de los comerciantes swahilis y había aprendido su idioma.

Le acusaron de contrabando, de tener sus propias rutas en el territorio:

—Pero nunca pudieron demostrar nada. Nunca.

Al final, llegó a la conclusión de que había más dinero y menos dolores de cabeza en el negocio de la construcción.

—En esta tierra nos pasamos el día construyendo, construyendo, construyendo —dijo. Tirosh asintió con educación.

Gross sirvió el té. Tirosh se dio cuenta de que primero vertía la leche, señal de que Gross era un nuevo rico. Mushon se quedó en la entrada, contemplando la noche. La obra no se detenía nunca. Los camiones iban y venían sin descanso, igual que los hombres; parecía una operación militar.

—Les está haciendo construir los muros de su propia prisión —comentó Tirosh.

Gross pareció dolido por el comentario.

—Les pago bien —dijo—. Estas personas son amigas mías.

—Amigos —dudó Tirosh.

—¡Oye, tú! —gritó Gross— ¡Moisés Tanui! ¿Somos amigos o no? —Un hombre, uno de los trabajadores, giró la cabeza al oír que lo llamaban por su nombre.

—Sí, jefe —respondió antes de volver a su tarea.

—¿Lo ves? —dijo Gross—. Fui a su boda.

—¿Por qué me secuestró? —le preguntó de nuevo Tirosh— ¿Qué relación le unía a Deborah?

—No sabía quién eras —dijo Gross—. Lo único que sabía era que había un *schmutznik* por ahí metiendo las narices en mis asuntos. Pensé que tenías algo que ver con su desaparición.

—¿Ha desaparecido? ¿Cómo lo sabe? —dijo Tirosh— Su tutora dijo...

—¡Su tutora! —resopló Gross, y golpeó con su enorme mano la desvencijada mesita. El servicio de té se sacudió peligrosamente y Tirosh tuvo que actuar con rapidez para salvar su taza—. Escúchame, Tirosh. Deborah Glassner trabajaba para *mí*.

—No lo entiendo.

—¡Qué hay que entender! —Sus ojos se suavizaron. El mismo semblante indiscreto, la misma aflicción secreta, abrumó su rostro durante un instante —. Es una chica hermosa. Quizá no sea una belleza convencional, pero es una persona hermosa, por dentro. La gente suele juzgarme, ¿sabes, Tirosh? No soy uno de esos *nogid*s nacidos en el seno de una familia rica y poderosa, de los que van a estudiar a París o Londres, las viejas familias. Soy un hombre hecho

a sí mismo. Nací y me crie en Nakuru. Estos trabajadores me *conocen*, Tirosh. Si no fuera por el color de mi piel, sería uno de ellos. Así que, por favor, no me juzgues tú también. Deborah no lo hizo nunca.

Tirosh dio un sorbito a su té. Pensó en el hombre que tenía delante, en su forma de hablar, salpicada de demasiadas palabras en yiddish, como si las hubiera aprendido en una de esas novelas de amor baratas que vendían en los quioscos cuando era joven. Sabía a qué se refería Gross. Gracias a su padre, él también había tenido la oportunidad de conocer a gente de las altas esferas, de las viejas familias de banqueros y comerciantes que veraneaban en Suiza o en la isla de Pemba, que hablaban francés y alemán con un sutil acento judeo, que criaban caballos en granjas privadas lejos de la meseta. También ellos habían respetado a su padre, pero solo porque al viejo no se le podía sobornar. Aquellas personas habrían despreciado a un hombre como Gross, con su voz potente y su yiddish impostado, con sus modales de comerciante. Nunca lo habrían aceptado en su club.

—¿Cómo conociste a Deborah? —preguntó Tirosh.

—Fue ella quien acudió a mí —dijo Gross—. Al principio, por supuesto, sospeché de ella. No me gustan los activistas, Tirosh. Revolucionarios de sofá que nunca han hablado con un kalenjin pero que se indignan en su nombre. ¡El muro, el muro! Déjame decirte algo, Tirosh. Los muros no significan nada para mí. ¿Está bien? ¿Está mal? Que lo decidan otros. Yo solo los construyo. Me pagan por hacerlo. ¿Quién dice que no habrá paz si construimos el muro? Mis abuelos vivieron y murieron en Europa detrás de muros. Quizá los muros les protegían del mundo exterior. A fin de cuentas, debes elegir quién es tu gente. No puedes ser de un lugar y de otro, solo puedes ser una cosa. Nosotros somos judíos. Los kalenjin son mis amigos, sí, pero ellos son ellos, y así es como debe ser. Deben hacer lo que es correcto para ellos, y nosotros debemos hacer lo que es correcto para nosotros. ¿Lo entiendes?

Tirosh asintió. En el exterior, las luces eléctricas trazaban líneas rectas e iluminaban a los trabajadores que iban y venían con su carga.

Tirosh miró a Gross. Parecía un hombre que había conseguido todo lo que se había propuesto y, aun así, se veía a sí mismo como un fraude. Como si tuviera que justificarse ante sí mismo, ante Tirosh, ante cualquiera que le estuviera escuchando. Y pensó que, al final, eso debió de ser Deborah para él. Su muro de las lamentaciones. Alguien que sabía escucharle.

—Ella acudió a ti —le dijo a Gross—. ¿Por qué?

—Estaba curioseando cerca de mis obras —dijo Gross, y una sonrisa

inesperada le iluminó el rostro con algo muy parecido a la ternura—. Al principio venía con esos grupos de manifestantes, ya sabes lo que hacen, se acercan mucho y se dedican a cantar, a agitar pancartas y toda esa *basura.* Sobre todo lo hacen por las cámaras, aunque los medios de comunicación ya no se interesan por ellos. Mis hombres se limitaban a decirles que mantuvieran las distancias. Al fin y al cabo, este es un país libre. —Miró a Tirosh y se puso a la defensiva—. No digo que nadie haya resultado herido alguna vez si se ha pasado de la raya y no había cámaras cerca... pero las acciones tienen consecuencias, ¿no?

—Claro —dijo Tirosh—. Claro.

—Deborah no era como los demás —continuó Gross—. Empezó a venir por su cuenta. Se hizo amiga de los trabajadores. Habla kalenjin, ¿lo sabías? No hay muchos palestinos que lo hablen.

—Mi padre lo habla —dijo Tirosh en tono evocador. Pensó en su padre, en cómo caminaba por las aldeas nandi como si fuera su líder, con los niños pegados a sus talones dondequiera que fuera.

Siempre parecía tener más tiempo para los hijos de los demás que para los suyos, pensó Tirosh, y tuvo que contener el ataque de amargura.

—Tu padre, por supuesto —dijo Gross—. El general. Siempre respetó esta tierra, lo reconozco. ¿Cómo está el viejo?

—Muriéndose —dijo Tirosh.

—Lo lamento.

Tirosh se encogió de hombros.

—¿Tienes hijos? —le preguntó Gross.

—¿Yo? —dijo Tirosh, confundido— No.

Gross lo miró con curiosidad por un momento. Luego dijo:

—Bueno, poco a poco fui conociéndola mejor. Era muy persistente. No aceptaba un no por respuesta. Me gustaba, Tirosh. Era inteligente y divertida. Aunque casi nunca estábamos de acuerdo en nada, nos caíamos bien. ¿Es tan difícil de creer?

Tirosh miró al otro hombre. Había algo suave, algo vulnerable bajo el duro exterior de Gross. Tirosh no estaba seguro de creerle del todo, pero no le parecía ridículo que pudiera ser así, que aquel hombre y su sobrina hubieran podido entablar algún tipo de relación. Entonces pensó que no conocía a Deborah en absoluto; apenas recordaba la niña que había sido. Últimamente su memoria le había estado jugando malas pasadas. Recordaba cosas fuera de su contexto, y otras que nunca habían ocurrido.

—No, no creo que sea tan difícil de creer —dijo por fin.

Le pareció que Gross le miraba con algo parecido a la gratitud.

—Pensé que podíamos ayudarnos el uno al otro. ¿Lo entiendes?

—¿De qué modo? —preguntó Tirosh. Le incomodaba la permanente visión del monte Elgon en la lejanía. De niño había sido una constante, todo el tiempo ahí hasta que su madre lo desarraigó de su vida y se lo llevó a la ciudad con ella. A la montaña no le importaba si Tirosh se había ido o había vuelto. La montaña simplemente era. Había visto a los humanos ir y venir, vidas tan breves como las de los elefantes o las hormigas. En el pasado había sido un conducto de fuego para la tierra. Ahora yacía inactiva, sus llamas se habían extinguido, pero algo de aquel poder primitivo permanecía en el suelo.

—Deborah estaba investigando el folclore de la zona. Viejas historias. Cosas sin importancia, pero ya sabes cómo son los nativos. —Gross se rascó la nariz—. Quiero decir, a veces, ya sabes, te preguntas cosas. ¿Tú creciste por aquí?

—Claro.

—Uno se pregunta cosas. El viejo volcán, las cuevas y todo eso... A veces se ven luces extrañas por la noche. Oyes sonidos que tal vez no deberías oír. No lo sé. Las historias a veces tienen un poso de verdad, ¿no crees?

—Claro —repitió Tirosh. Le pareció que lo más fácil era darle la razón, fuera cual fuese la línea de pensamiento que Gross había tomado—. Claro.

—Quizá no lo sepas, pero hemos estado teniendo problemas con los trabajadores —continuó Gross—. Son buena gente. Buenos trabajadores. Normalmente. Pero se niegan a trabajar cerca del Elgon. Toda esa zona es un maldito *dolor de cabeza*, Tirosh.

—¿Por qué no quieren trabajar allí?

—Dicen que hay algo malo. Nunca había oído hablar de ello. Nunca lo ha habido. Dicen que es algo que trajimos los judíos, durante el asentamiento. O algo que ha despertado por culpa de las obras. A decir verdad, no le encuentro ningún sentido. No lo sé. Los gastos son altos y los trabajadores se amotinan, Tirosh. No puedo permitirme dejar el trabajo inacabado.

Ambos se habían acabado el té hacía rato. Tirosh observó la carretera iluminada que subía por la montaña, cómo se bifurcaba, cómo bordeaba la oscuridad del viejo volcán. Era una isla de sombra en mitad de toda aquella luz, algo más antiguo y real que las carreteras improvisadas o el efímero muro. Gross hablaba como un hombre que necesitara hablar, desahogarse. En Tirosh había encontrado un confesor dispuesto.

El otro hombre, Mushon, permanecía quieto a la entrada de la tienda, tan inmóvil y oscuro como la propia montaña.

—¿No entiendo de qué modo podía ayudarle Deborah? — dijo Tirosh finalmente.

Gross se removió en su silla.

—Pensé que podría encontrar a alguien que los convenciera —dijo—. Ya lo había intentado con dinero, con amenazas... tal vez necesitaba un enfoque diferente. ¿Qué podía perder? ¡Mira! —dijo señalando con el dedo, obligando a los ojos de Tirosh a seguir de nuevo aquellos oscuros contornos que le atraían y repelían a partes iguales—. ¡Mira esa maldita cosa!

—¿Por qué no rodearla? —dijo Tirosh— Ni siquiera está en la Línea Verde, al otro lado solo está Uganda.

—No serviría de nada, se extiende por todas partes —dijo Gross—. Los bombardeos, la destrucción. No ha salido en las noticias, pero hemos tenido varios ataques e intentos de sabotaje. Ha muerto gente. Hay problemas en toda la Línea, Tirosh. A lo largo del muro, en todas partes. —Volvió a señalar la montaña—. Pero esa es la fuente de los problemas.

—No es más que una montaña —dijo Tirosh.

—¡Ya lo sé!

—¿Qué estaba haciendo Deborah? —preguntó Tirosh. Era difícil obtener una respuesta directa de Gross. Tirosh sospechaba que, a pesar de todas sus protestas, no le preocupaban mucho los trabajadores, y que su diatriba no era más que una especie de pantalla protectora que había erigido a su alrededor; lo que deseaba ocultar era menos evidente, aunque es posible que fueran sus sentimientos por la chica, que parecían ser lo suficientemente profundos como para haber ordenado que lo secuestraran y lo llevaran hasta allí. Lo que también significaba que Gross era capaz de incumplir la ley; que podía recurrir, y de hecho lo hacía, al uso de la violencia, y que, por tanto, podía considerarlo sospechoso de la desaparición de Deborah, siempre y cuando esta hubiese sido planeada con malas intenciones. Aunque Tirosh sabía que debía actuar con cautela, sintió la necesidad de seguir presionándole para arrancarle la verdad.

—¿Qué le pidió que hiciera?

—Necesitaba que se inventara una historia —dijo Gross—. Algo que apaciguara a los kalenjin y a los demás. Pensaba que lo tenía. Y entonces se marchó al lago.

—Eso dijo la profesora —dijo Tirosh—. Estaba buscando algo, pero ella

no sabía qué era.

—Un objeto de la primera expedición —dijo Gross con una sonrisa inesperada. Su estado de ánimo cambiaba como las nubes sobre la meseta, rápidamente y sin previo aviso—. El teodolito de Wilbusch.

—¿Qué coño es un teodolito? —preguntó Tirosh.

—Una herramienta topográfica —dijo Gross—. Estaban topografiando el terreno, ¿no es así?

—¿Por qué estaba buscando eso Deborah?

Gross se encogió de hombros. Parecía incómodo. La noche era calurosa y un mosquito se posó en su grueso cuello. Gross lo mató de un manotazo sin pestañear y luego se deshizo del pequeño cadáver ensangrentado.

—Era como un... ¿cómo se llama? —dijo— ¿Un tótem? No, cómo lo llamó ella... Un *fetiche*. Un objeto que se cree que tiene un poder sobrenatural. Había encontrado retazos de información, no sé dónde. Siempre estaba rondando por viejas bibliotecas. Según la leyenda, estaba conectado con el lugar maligno. Se perdió, pero luego volvió a aparecer al otro lado de la frontera. Maldita Uganda. Deborah pensaba que si podía traerlo de vuelta sería lo que necesitaba para convencer a los trabajadores de que estaban a salvo. O al menos eso creía ella.

—¿Lo que ella pensaba o lo que usted quería? —dijo Tirosh.

— No lo sé —dijo Gross. Se puso de pie—. Lo único que sé es que nunca regresó, o si lo hizo, nunca vino a verme. Estoy preocupado por ella. Solo quiero asegurarme de que está a salvo.

—Claro —dijo Tirosh. Él también se levantó.

—Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro.

—Escucha —dijo Gross—. Tú la estás buscando. Yo puedo ayudarte. Tengo dinero, recursos. ¿Cuánto cobras al día?

—¿Cobrar? No soy un detective. Ya le dije que soy novelista.

—Sí, claro, pero ese no es tu *trabajo*, ¿verdad? —dijo Gross—. *Arbet iz keyn shand*, ya sabes.

—¿Cómo?

—El trabajo no es una vergüenza. Solo digo eso, Tirosh.

—Doscientas —dijo Tirosh. Era lo que siempre cobraban los personajes de sus novelas.

Gross le miró sin comprender.

—¿Doscientas qué?

—Doscientas libras palestinas, al día. Más los gastos.

—Te daré una semana por adelantado, ¿te parece bien?

Tirosh se encogió de hombros. Gross se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes grande y sucio, separó unos cuantos y se los entregó a Tirosh. Este no contó el dinero. No estaba del todo seguro de lo que acababa de ocurrir.

—Mushon puede llevarte a Kisumu —dijo Gross—. Es donde Deborah me dijo que iba. Puedes marcharte ahora mismo.

—Pero he de dar una conferencia —dijo Tirosh.

—¿Una qué?

—En la universidad. Elsa...

El nombre detuvo por un momento el flujo de sus pensamientos. Conocía a Elsa, ¿verdad? De algún modo sus recuerdos de Berlín, de la vida en el exterior, se estaban desvaneciendo.

—Mi agente —dijo con dificultad—. Ella la concertó.

—Olvídate de la conferencia —dijo Gross—. Esto es mucho más importante que cualquier idea prestada que puedas tener acerca de literatura, Tirosh. ¡Tú! ¡Kipngeny! —gritó. Abajo, en la ladera, un hombre se giró y sonrió tímidamente tras haberse detenido a liar un cigarrillo con un saco de cemento en precario equilibrio sobre la cabeza— ¡Cuidado con lo que haces, cabroncete!

—Sí, jefe, señor Gross —dijo Kipngeny, aunque no parecía demasiado preocupado. Terminó de liar el cigarrillo y luego lo encendió con una cerilla antes de seguir con su tarea. Cuando Gross se volvió hacia Tirosh, parecía como si ya se hubiera olvidado de su presencia. Una mirada de sorpresa se reflejó fugazmente en su rostro. A continuación, le apoyó una mano en el hombro, se inclinó sobre él y le dijo—: La encontrarás, ¿verdad? Solo quiero saber que está a salvo.

—Claro —dijo Tirosh. Mushon lo acompañó hasta un vehículo que estaba aparcado un poco más abajo de la colina.

—Te llevaré a Kisumu —dijo Mushon.

—Claro —dijo Tirosh, aturdido—. Claro. —Cuando echó la vista atrás, vio la silueta de Gross bajo la luna y pensó que en ningún otro lugar se ve la luna tan cerca y tan grande como en Palestina. Eso también lo había olvidado. Había olvidado muchas cosas.

19.

Existen pocos lugares tan hermosos como el lago Nakuru al atardecer, con el cielo impregnado de tonos carmesí, amaranto y bermellón. Más abajo, los flamencos rosados se reúnen como una antigua tribu de gente sabia, sumidos en una discusión comunitaria. Pero cuando llegamos ya era tarde y no pude disfrutar de las vistas.

Cuando llegué al muro, me alegré de ver que el nuevo paso fronterizo de Eretz ya estaba en funcionamiento. Lo llamábamos Eretz, *tierra*, pero en realidad no lo era, sino un simple punto fronterizo entre un mundo y otro: entre el nuestro y el suyo.

Bloques de hormigón bloqueaban el paso a los vehículos, impidiendo la posibilidad de un ataque con coche bomba. Aparqué y bajé del coche. Barashi roncaba en el asiento del copiloto. Los soldados sabían que venía. Incluso a aquella hora los trabajadores y las familias nandi hacían cola a ambos lados de la barrera, esperando con la cabeza gacha para entrar o salir de Palestina. No los odiaba. Simplemente no eran mi gente.

Intercambié unas palabras con el capitán Blau del Mando de Administración Civil del Protectorado de Nakuru. El capitán Blau era un honrado patriota palestino y un hombre con el que había trabajado antes. Tenía el pelo corto y encanecido por los lados, unos ojos color avellana muy despiertos y modales un tanto hostiles.

—No será fácil —dijo—. Escuche, Bloom. Entramos rápido y les damos duro. Es la única manera. ¿Qué estamos buscando exactamente?

—Un Orkoiyot —dije.

—¿Su líder espiritual? Pero...

—No es un cargo oficial —le aseguré con odio—. Tú reúnelos, Blau. Será un hombre mayor, pero no podemos arriesgarnos.

—A los nandi no les gustará, señor.

—Si a los nandi no les gusta algo pueden enviar una protesta por escrito a las Naciones Unidas —le dije, y puso una mueca, una expresión momentánea de desagrado que desapareció con tal rapidez que dudé de si la habría imaginado.

—¿Algún problema, capitán Blau?

—No, señor. Es solo que...

—¿Solo *qué*, capitán Blau?

—Tendremos que entrar rápido y con contundencia — dijo—, es la única

manera.

—Entonces lo haremos así —dije sonriéndole plácidamente hasta que captó el mensaje y se alejó.

No me gustaban los campamentos al otro lado de la Línea Verde. No me gustaba Nakuru, ni los suburbios, ni las calles siempre abarrotadas, ni las carreteras agrietadas, ni los edificios de hormigón donde las familias se apiñaban de diez en diez en una habitación y los terroristas acechaban, escondiéndose entre la población civil. Estas personas se denominaban a sí mismas refugiados, pero la realidad era que habían vivido y morirían en esos campos, que esos eran sus hogares, que la tierra que reclamaban era la que el pacto nos había entregado a nosotros. Kenia debería haberlos acogido, pero no lo hizo. Tanzania se negó. Y se quedaron ahí, siempre a las puertas, cada año más desesperados. Y la gente desesperada es peligrosa. Puede que no tuvieran intención de convertirse en lo que son, pero los procesos históricos los han convertido en armas, en un enemigo del Estado.

¡Yo solo hacía mi trabajo!

Cruzar el muro era como entrar en otro mundo. En lo alto, las estrellas dominaban el cielo, la galaxia extendía sus brazos de un horizonte al otro. Me encantaban las estrellas en el cielo de Palestina, su belleza pura y fría.

Los campamentos se apretujaban contra el muro. En nuestro lado estaba prístino, intacto. En el suyo, el muro estaba sucio, cubierto de grafitis, de lemas pintados con spray en la pared. Una ilusión grotesca: el estarcido de un hombre descorriendo una cortina, revelando otro mundo, uno de cielos azules, nubes blancas, inocencia. Una carretera atravesaba el campamento desde la puerta. Bajamos por ella en un convoy de cinco camiones blindados, y nos adentramos en el laberinto de caminos de tierra que recorría el campamento como una infección.

Ellos sabían que veníamos. Siempre lo sabían. Vi correr a unos cuantos chicos por delante; iban a alertar a los suyos. Las mujeres nos miraban desde detrás de las cortinas mientras pasábamos. Avanzábamos lentamente, sorteando escombros, trastos viejos, una hoguera encendida en un bidón de aceite en desuso. Había tantos, ocultos en las sombras, en las esquinas, observando. La primera piedra salió de la nada, y luego otra, y otra más.

—¡No disparéis! —ordenó Blau. Yo permanecí mudo. Las piedras golpearon los laterales de nuestros vehículos con un ruido sordo. Aquí no había justicia, ni policía, ni orden civil. Solo estábamos nosotros.

Nos detuvimos en el corazón del campamento y Blau gritó:

—¡Vamos, vamos, vamos!

Los soldados se desplegaron rápidamente. Eran veteranos de esta guerra, una guerra en la que el enemigo se movía sin ser visto. Podía ser un niño pequeño, una amable abuela, un anciano que fumaba en pipa. No podías confiar en nadie porque nadie era inocente. Nos odiaban y querían hacernos daño.

Mi trabajo era impedirlo.

Yo sabía más que ellos, más que Blau, más que la mayoría de la gente. La gente piensa que la realidad es inmutable: sólida y tranquilizadora, que es cierta simplemente porque está *ahí*.

Pero yo sabía la verdad. Incluso Tirosh, ese escritorzuelo, tenía cierta intuición de la auténtica verdad, a pesar de todas sus salvajes invenciones y tórridas ficciones. El mundo es la suma de lo que podría ser, lo que podría haber sido y cómo podría haber sido.

Yo *sabía* lo frágiles que son las fronteras entre distintos mundos, lo rápido que se instala la locura y cómo la ficción se convierte en realidad. Al fin y al cabo, el mundo es siempre más extraño de lo que imaginamos. Puedes llamarlo mecánica cuántica, o Cábala, pero, en cualquier caso, mi trabajo consistía en impedir que ocurriera. La gente *necesita* creer que el mundo es sólido y real, y aquí, en este tiempo y en este lugar, habíamos establecido algo auténtico y valioso: un refugio nocturno para los judíos.

Yo no odiaba a los prisioneros de los campos; los compadecía. Pero se me había encomendado la tarea de proteger esta tierra, y la protegería.

Salimos, pues, en tropel de los vehículos. Los soldados se movieron rápidamente, al unísono. Llevaban las armas desenfundadas, cargadas con munición real. Yo solo llevaba la pistola reglamentaria, que siempre iba conmigo.

—Echad abajo las puertas.

—Señor...

—¡Y no vuelva a desafiar mis órdenes, Blau! —dije. Tomé nota mental en ese momento de hablar con su oficial al mando. En el pasado tenía grandes esperanzas puestas en Blau, pero su servicio aquí lo había cambiado, lo había hecho más débil, como si incluso él, un buen soldado palestino, de alguna manera se hubiera vuelto comprensivo con la situación de las personas contra las que se veía obligado a actuar.

Él no era como yo. Mis intenciones eran puras, siempre lo habían sido. En el lugar del que vengo no existe la disidencia.

Oí gritos mientras las puertas eran derribadas y mis soldados entraban en las viviendas, sacando a rastras a sus ocupantes. Varios soldados tenían nociones de su idioma. Hacían preguntas a gritos, amenazaban con meterlos en el calabozo, con confiscarles los bienes, con destruir sus pertenencias.

—Hacédselo entender —dije con calma—. Hacédselo entender.

—Señor.

Me acerqué a una casa grande.

—¿Asegurada?

—Asegurada, señor.

Entré en ella. Una familia estaba acurrucada en un rincón junto a un gran televisor. Los soldados se movían metódicamente por la casa, registrándola con rapidez. Golpeaban las paredes y abrían cajones, arrancaban alfombras, iban de habitación en habitación, buscando material de contrabando. Vi que era la casa de una familia relativamente rica. Un niño de diez años me miró desafiante desde detrás de la túnica de su padre. Le apunté con el dedo, imitando una pistola, como en las películas, y dije:

—¡Pum!

El niño palideció y se escondió, como tiene que ser.

—¿Dónde está? —le dije a su padre.

—¿Señor?

—¿Dónde está el viejo? El Orkoiyot.

—Señor, no sabemos...

—¿No sabemos qué?

—¡No sabemos nada! —intervino la mujer, su esposa— ¡Somos inocentes, no hemos hecho nada malo!

—¡Cierra la boca! —grité. Saqué la pistola y apunté a la frente de la mujer — ¿Dónde está?

—Yo no... Yo no... —Empezó a llorar.

No disfruté humillándola. Solo cumplía con mi deber. Era un *profesional*.

—Por favor. No sabemos nada, señor —dijo el marido.

Los soldados volvieron y el sargento negó con la cabeza.

—Nada, señor.

Hice un gesto en dirección a la familia.

—Llevadlos fuera.

—Señor. Sí, señor.

Salí de la casa y recorrí la calle de arriba abajo. En todas las casas con electricidad, las luces estaban encendidas. Las familias estaban siendo reunidas

a la fuerza, los estaban sacando a la calle, todos confundidos, asustados, en pijama. Los soldados montaban guardia, pero parecían nerviosos. En los campamentos, un ataque podía llegar de repente, de la nada.

El primer disparo vino de los tejados.

Una soldado se desplomó. Llevaban chalecos antibalas, pero el francotirador oculto había apuntado a la cabeza, y la soldado se desplomó con una flor roja en el centro de la frente. A nuestro alrededor se desató el infierno, todos los soldados empezaron a disparar. Blau me agarró y tiró de mí hacia el suelo.

—¡Señor, tiene que ponerse a cubierto!

—¡Quítame las manos de encima, Blau!

Corrí agachado, pegado a las paredes, con la pistola en alto. La gente, asustada, se alejaba de mí.

—Sé que estás ahí, viejo —dije—. Lo sé, puedo sentirlo.

Sonaron más disparos. Otro soldado se desplomó en el suelo, herido en una pierna.

—¡Cogedlos y traédmelos! —grité— ¡Los quiero vivos!

Los soldados se dividieron en unidades más pequeñas y se dispersaron. Me puse de pie en medio del camino, resollando. Agité el arma en el aire.

—¿Es esto lo que quieres? —grité— ¡Dispara si crees que puedes darme!

Miré a mi alrededor. Vi al niño que me había mirado con desprecio. Una mancha oscura de orina mancillaba sus pantalones. Me acerqué a él. Lo azoté con la pistola. Le di en la mejilla y gritó de dolor. La madre intentó atacarme, le propiné una patada brutal y cayó al suelo entre sollozos. Cogí un puñado de tierra y se lo metí al niño en la boca.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Esta tierra? ¡Esta tierra!

—Por favor... por favor...

—Entonces dime. Dime dónde está. El que quiere hacerle daño a mi pueblo. El hombre que puede ver más allá de este mundo, el que ve el otro. ¿Dónde está?

—¡Aquí no! ¡Aquí no! ¡Están escondidos en el bosque de Mau!

Ni siquiera supe quién lo había dicho. El grito salió de uno de ellos; no importaba quién. Siempre había alguien que hablaba.

Me quedé quieto, sin decir nada.

La selva no, pensé. Otra vez no.

Pero por supuesto que estaba allí. Tendría que haberlo imaginado; en el fondo creo que siempre lo supe.

—¿Bloom? ¡Bloom!

—Asegurad la zona —dije. Me acerqué al niño pero él se alejó como un animal herido. Aún así, le cogí la mano. Lo ayudé a ponerse en pie y le di una palmadita en la cabeza.

—Buen chico —dije—. Buen chico.

La madre seguía llorando, pero yo ya no la oía.

—Asegurad la zona. Traedme a los tiradores. No me falles, Blau.

Me volví hacia el padre del niño.

—Su casa —dije.

—¿Señor?

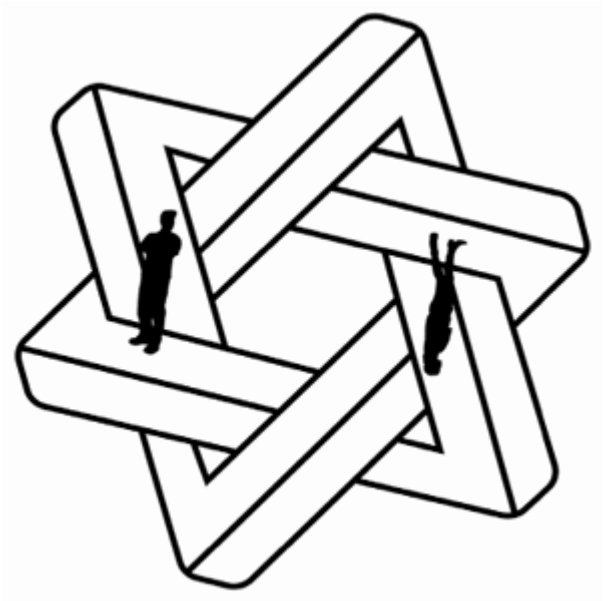
—Establece un puesto de mando en la casa de este hombre —le dije a Blau, que asintió con los labios apretados.

—Señor —dijo el padre—. Por favor, usen mi casa, pero por favor, no destruyan mi propiedad.

—Estará en manos de la Fuerza de Defensa Palestina —le contesté con rigidez—. No habrá una casa más segura en todo Nakuru.

El hombre asintió con bastante docilidad, aunque no me pareció que estuviera muy convencido.

PARTE CINCO
FRONTERAS



20.

Las fronteras de lo que una vez fue la Judea Británica y ahora es la República de Palestina se han dibujado y redibujado varias veces. Las observas en la pantalla del avión, las líneas de puntos fronterizos, el movimiento lento e incesante del avión en su trayectoria de vuelo.

La transición de un mundo al otro es sutil cuando estás en el aire. El cielo sigue siendo el mismo cielo. Las nubes siguen reflejando tus preocupaciones, como una serie de test de Rorschach. Solo cuando aterrizas el mundo recupera sus pequeñas diferencias, la llegada a una orilla nueva y desconocida magnificada por pequeñas incorrecciones: los mundos son muy parecidos, pero los detalles difieren.

Aterrizas y el sol calcina el asfalto. Agradeces el fresco interior del aeropuerto. Ves a Tirosh. ¿Te habrá visto? Tu mente se nubla rápidamente con nuevos recuerdos falsos. Es una experiencia confusa, como si fueras dos personas a la vez y te costara separarlas, saber quién es quién.

Pasas los controles de seguridad, y esto, al menos, es como en cualquier otro lugar. Siempre hay fronteras, y siempre hay quien las vigila para que no se desintegren. Una vez en el exterior, llamas a un taxi. Tirosh está allí, mirando. Pero tienes gente en esta ciudad, ellos seguirán sus movimientos. Para ti, es importante familiarizarte primero. Eres una buena agente de campo con experiencia. Has sobrevivido a Esmirna. Has visto a los guerreros mecánicos bajo el estandarte del Emperador Carmesí en Jund Filastin. Has visto a los abominables hombres rana-pez de Ash-Sham.

Aprendes a topografiar. Aprendes a estudiar la disposición del terreno. Josué envió espías a Jericó en tiempos bíblicos, y tú, es decir, tus superiores en la Agencia Fronteriza de Urusalim, han hecho lo mismo. Te refugias en una pensión barata de la calle Adaf, cerca del mercado, y exploras la ciudad. Es un lugar curioso, esta ciudad judía trasplantada al corazón de África, y te pilla desprevenida cuando, de repente, oyes en el mercado palabras árabes que salpican el swahili. Ves unterlanders vestidos de negro caminando por las aceras junto a trabajadores nandi, chicas judías con frescos vestidos veraniegos importados de París y Roma, soldados con uniformes gris verdoso y armas negras. Pruebas el ugali. Te interesan los habitantes ocultos de esta

ciudad, de este mundo. Este es un lugar donde los judíos ganaron.

Pero también observas por todas partes las señales de la ocupación. En un parque de la ciudad ves a las mujeres nandi que cuidan de los ancianos; van vestidas con colores brillantes y se ríen, congregadas a la sombra de amplias palmeras, mientras hablan en voz baja en su lengua materna y los ancianos dormitan al sol en sus sillas de ruedas. Un barrendero retira los desechos del día y su cabeza calva brilla bajo el sol. Las niñeras negras empujan en sus cochecitos a los bebés de pelo rizado adornado con peyets. Los conductores con visera esperan pacientemente en las puertas.

Sin embargo, piensas, en todas partes es lo mismo, incluso en tu mundo. En todas partes hay sirvientes y personas que son servidas.

Te limitas a observar estas cosas. A veces te molestan. Observas a todas las personas invisibles y te preguntas a dónde van cuando cae la noche. Más tarde, en tu pensión, te quedas dormida con la radio puesta. Dan la noticia de una explosión en un autobús; aquí es otro atentado terrorista más.

Al día siguiente ves a Tirosh, por casualidad, al bajar del autobús en la avenida Herzl. Él va en una dirección. Tú vas en otra, a paso ligero. Bajas por una calle lateral, Der Nister, que significa «lo oculto» y lleva el nombre del autor yiddish enterrado en un cementerio próximo.

Apartada del tráfico y el ajetreo de las tiendas en Herzl, Der Nister es una avenida bordeada de palmeras que dan sombra a modestos edificios de mediados de siglo. Hay mercerías, barberías donde los peluqueros son pulcros ancianitos con batas blancas que manejan las tijeras con una destreza propia del viejo mundo, y también tiendas baratas donde retumba el último éxito afropop de Nairobi o Ciudad del Cabo y donde pueden comprarse juguetes de plástico baratos, cañas de pescar de imitación o neumáticos de segunda mano. Te diriges, con cautela, al Emporio & Gran Bazar Abu Ramzi, que a pesar de su nombre no ocupa más que un pequeño y discreto local. El bazar hace esquina con una tienda de bicicletas por un lado y por el otro con una pequeña plaza pública con jardines de hierba marchita y una estatua de mármol de Isaac Luria en el centro, el célebre cabalista de Safed.

Globos, campanas, abanicos, pelotas, cojines, cuadernos, bolígrafos, paquetes de semillas, tabaco para pipa, sombreros, bufandas, caramelos, jabón, botellas misteriosas y una plétora de otros objetos manufacturados e importados llenan todos los espacios disponibles. En el interior pequeño y oscuro las estanterías están a rebosar. Un ventilador gira lentamente, agitando

el aire y empujando a las moscas adormiladas de un lado a otro con la corriente. Un largo mostrador se extiende delante de una de las paredes, con estantes de dulces y cigarrillos a sus espaldas, y también tarros de té y especias. Sobre el mostrador hay una balanza y una caja registradora, ambas viejas pero dignas, y detrás un hombre joven de aspecto serio lee el *Palestina Times* con concentración. Te acercas al mostrador y te quitas el pañuelo que llevas al cuello.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarla en algo? —dice el joven.

—Soy tu prima, Nur. De Al-Quds.

Abre los ojos de par en par. Mira por la ventana como si esperara ver gente esperando fuera. No ve a nadie, solo a un hombre que pasea a su perro.

—Soy Ramzi —dice.

—Sí —dices tú.

—Mi padre te esperaba ayer.

—Sí —dices; y nada más.

La verdad es que necesitas tiempo; tiempo para aclimatarte, tiempo para recordar quién eres.

Piensas que para Tirosh será diferente. Para él es como volver a algo conocido aunque olvidado, empujado al fondo de su mente y recordado con facilidad; él encaja aquí.

Para ti es distinto. Ahora recuerdas el tiempo anterior a tu llegada, pero está borroso, nebuloso. Tus recuerdos entran en conflicto. Llegaste el día anterior en un vuelo procedente de Berlín. Era un vuelo con escala. Habías salido de Jerusalén por la mañana temprano, cuando la llamada del almuédano resonaba de forma inquietante a través de la niebla, y habías conducido hasta Jaffa para ir al aeropuerto. Tu plan era visitar a tus primos lejanos, Abu Ramzi y su familia, que se habían establecido primero en Tanganica y, más tarde, en la ciudad de Ararat, en Palestina. Eres historiadora. Te interesa... ¿qué exactamente? Las palabras atraviesan tu mente (*escritores hebreos pulp, mundos alternativos*), pero no tienen ningún sentido para ti.

No *encajas*. El mundo se empeña en introducirte con calzador, en construir una cáscara protectora alrededor de una irritante incrustación sobre el cuerpo del huésped. Recuerdas tu infancia en Jerusalén, tanto entonces como ahora parte de la Siria otomana; tus estudios primero en Estambul y después en Heidelberg, donde te doctoraste; tu regreso a Jerusalén, donde enseñaste alemán a los hijos de familias ricas, mientras intentabas, sin éxito, escribir un gran libro de crítica literaria. Por último, la muerte de una tía que, de forma

inesperada, te dejó una modesta suma de dinero, y la decisión, igual de inesperada, de emprender este viaje a este remoto remanso del mundo para visitar a unos parientes que no veías desde hacía muchos años.

Estos recuerdos son como un libro abandonado demasiado tiempo en la playa, con las páginas pegadas por culpa del agua salada y la arena. A pesar de todo, tienen coherencia, y adquieren más sentido cuanto más tiempo pasas aquí, cuanto más tiempo vives como si fueran reales. Pensar se convierte en un gran esfuerzo. A lo largo del día has ido acumulando un dolor detrás de los ojos, y cada vez es peor. No estás aquí, no eres la mujer que crees ser. Eres otra persona, de un lugar inimaginablemente lejano.

—¿Estás bien? —pregunta el hombre, Ramzi—: ¿Prima? — añade vacilante.

—Me duele la cabeza —dices—. Llevo mucho tiempo viajando.

—Por supuesto, por supuesto. —Sale de detrás del mostrador—. Por favor. Mi madre está arriba. Quiere saberlo todo sobre cómo van las cosas en el viejo país.

—¿Tienes el... equipo que pedí?

Ramzi levanta las manos.

—Yo no sé nada —dice—. Tienes que hablar con mi padre.

—Lo haré.

Le sigues al piso de arriba con docilidad. Ya habrá tiempo para reagruparse y planificar. Tienes un trabajo que hacer y tienes la intención de llevarlo a cabo.

Más tarde, esperas la llegada de Abu Ramzi. Estás sentada en el amplio salón de la familia en el piso de arriba. Están viendo la televisión. Una presentadora con chaqueta entallada habla de la terrible tragedia ocurrida la noche anterior: el atentado suicida. En las imágenes aparecen soldados de la Fuerza de Defensa Palestina yendo de puerta en puerta, gritando órdenes, despertando a las asustadas familias de los, según la presentadora, elementos subversivos. Umm Ramzi emite un chasquido de desaprobación y dirige sus ojos redondos a la sobrina extranjera de su marido.

—¿Pastel de almendras? —te ofrece.

—No, gracias —respondes. Das un trago al café, muy dulce por culpa de la leche condensada, y la idea de otra porción de pastel de almendras te provoca un horror silencioso. En la pantalla, la presentadora da paso a una nueva sección y aparece en pantalla un reportero sobre el terreno. El hombre está

frente a un grandioso edificio más o menos circular de color blanco cuyas alas este y oeste se extienden como las páginas abiertas de un libro. Unas amplias escaleras de piedra conducen a un patio elevado donde la gente se arremolina como pollos antes de comer.

—Mientras tiene lugar la primera sesión del Congreso — dice el reportero —, los delegados de las vecinas Uganda, Tanzania y Kenia, así como los representantes de los *oreet*, los clanes kalenjin de los Territorios en Disputa, se han reunido hoy aquí también para el comienzo de la Cumbre Regional de Paz. Como pueden ver detrás de mí, todo el mundo está esperando a que se abran las puertas, lo que ocurrirá en breve, y hay muchísima seguridad.

La cámara recorre a los dignatarios reunidos, una mezcla de trajes, túnicas, ropajes ortodoxos y alguna que otra camisa a cuadros de manga corta. Cada uno dispone de su propio equipo de seguridad, armado discretamente y con cables que salen de detrás de las orejas y serpentean hasta el interior de las chaquetas.

—También están presentes los delegados del gobierno de Su Majestad, para facilitar las conversaciones, y observadores del Reich alemán, el Sultanato de Zanzíbar y el Reino de Suazilandia. Ah, las puertas acaban de abrirse y, como pueden ver, todo el mundo está avanzando. Hoy están aquí representantes de toda Palestina para asistir a la asamblea del Congreso, fundado por Theodor Herzl en Basilea en 1897. Ahora volvemos al estudio, donde hablaremos con el Jefe Kirongo del Consejo de Ancianos Nandi sobre las próximas conversaciones...

Las palabras te resbalan. La pantalla del televisor parpadea, la familia aún embelesada por su cautivadora luz. Con una sensación de profundo alivio, te levantas al ver entrar por la puerta a un hombre bajo y calvo. Le ha crecido la barriga desde que vive aquí; la última vez que le viste era más joven y estaba más delgado. Sus gruesos brazos están cubiertos con un pelo muy negro y rizado. Te envuelve en un cálido abrazo y te levanta del suelo.

—¡Sobrina Nur!

—Abu Ramzi.

—Has conocido a mi hijo, ¿no?

—Debes de estar muy orgulloso.

—Así es, Nur. Así es.

Te suelta bruscamente. Cuando examina tu rostro, reconoces la astucia que esperabas encontrar, esa frialdad calculadora que es la marca de un agente veterano. Este hombre no siempre se ha hecho llamar Abu Ramzi. Pertenece a

la legendaria generación de La Méduse, la generación que participó en escaramuzas a las que nadie pensó en poner nombre, en los tiempos en que las fronteras eran más porosas y en el que cada desliz o transición podía ser el último. Abu Ramzi luchó en la nefasta batalla del Muhraka, contra el poderío combinado de los sacerdotes mutantes de Baal y los djinn de Solimán.

—Salgamos fuera —sugiere Abu Ramzi. Le sigues, agradecida de poder salir de la casa, de poder dejar atrás el zumbido del televisor y los pasteles empalagosos. Una vez fuera, se vuelve hacia ti y te dice—: Tarde o temprano, un hombre debe formar un hogar.

Abu Ramzi es un agente durmiente medio jubilado. En realidad, lo enviaron aquí en una especie de vacaciones prolongadas. A este remanso de paz, como lo consideraba la Agencia, donde nunca pasa gran cosa. Un buen lugar para echar raíces, formar una familia, empezar a recordar cómo olvidar. Crees que está disculpándose.

—¿Te sientes en casa? —preguntas— ¿Aquí?

—Mi hijo vive aquí. Y mi mujer.

—Abu Ramzi, tendero.

Él sonríe con complacencia.

—Siempre he sido tendero —dice—. Todo el mundo habla con los vendedores.

—Te he visto —dices—. En Ultramar. En Antioquía, bajo los arcos de piedra, donde los cruzados construyeron su Reino de los Cielos...

—Estuve allí —reconoce él—. Estuve allí mucho tiempo.

—¿Cómo lo consigues? —preguntas— ¿Cómo *recuerdas*?

—Te cuesta, ¿verdad? —dice— Eres joven. Para mí, es como ponerse o quitarse un traje, nada más. ¿Quién soy? Yo soy yo. Todo lo demás es solo... — Duda.

—¿Camuflaje?

—Escenario. —Vuelve a sonreír y te coge del brazo. Camináis juntos por Der Nister, más allá de la estatua de Isaac Luria, el cabalista.

—Aquí le recuerdan —dices sorprendida.

—Aquí —dice él— viajar entre las sefirot no es una ciencia como lo es en...

—¿En casa?

—En Urusalim —termina—. Pero eso no quiere decir que no haya peligros, ni tampoco que el conocimiento sea totalmente desconocido. Debes tener cuidado, Nur. Hay fuerzas en juego que aún desconozco. Las fronteras

se están desdibujando. Fui yo quien dio la alarma.

—Entonces dime qué debo buscar —dices, y añades—: El hombre, Tirosh.

Él suspira.

—Mis hombres le seguían pero le perdieron la pista hace un par de horas.

—¿Le perdieron la pista? ¿Cómo?

—Creen que pueden haberlo secuestrado. Pero aún no sabemos quién puede haberlo hecho.

—Si muere...

—El patrón se expande. Lo sé. Pero soy incapaz de discernir este patrón, Nur. Desconozco la secuencia. Alguien está coordinando las muertes como un medio para abrir un portal entre los mundos. Recuerda el reglamento: debemos reparar la fuente. No te distraigas con meros síntomas.

—Hablas con frialdad —dices. Vuelves a mirarlo, a aquel hombre tan agradable y de modales templados—. Estamos hablando de la muerte de un hombre.

—Un hombre. Una muerte. —Se encoge de hombros—. Puede que reaparezca. O tal vez sea el siguiente eslabón de la cadena, y nos ayude a entender algo más de aquel que está creando la llave. Tu camino está en otra parte.

—¿Dónde?

—Más allá del muro.

—¿Qué es ese muro? —preguntas.

Él se limita a encogerse de hombros otra vez.

—Otro síntoma.

—No me parece correcto dividir una tierra —dices.

—A la gente le gustan los muros. Les hacen sentirse seguros.

Piensas en otros muros, en Berlín, Pakistán, México, Corea. Tanto en este como en otros mundos. Siempre ha habido muros, para mantener a la gente dentro o fuera. Te encoges de hombros. Esta no es tu lucha, ni tu hogar. Solo estás aquí para hacer un trabajo.

—¿Qué hay más allá del muro?

—Conocimiento. O eso espero. Te he arreglado los papeles. Hay una mujer, una alemana del Reich. Ha fundado una clínica gratuita para los refugiados. Ve a visitarla. No es una de los nuestros, por supuesto, pero te recibirá con hospitalidad. Para ella no eres más que una turista de Al-Quds. —Se ríe—. La otra Palestina. El resto debes descubrirlo por tu cuenta. También hay un hombre: Bloom. Está en las altas esferas del aparato de seguridad

interna del país, pero no es de aquí. ¿Entiendes?

—Sí.

—Forastero atrae a forastero. Ten cuidado.

—El equipo que pedí...

—No podrás pasar ningún arma por el puesto de control.

—¿Entonces qué hago?

Él sonríe débilmente.

—Improvisa —dice.

21.

El paso fronterizo de Eretz es un espectáculo dantesco. Haces cola durante horas, en fila india, arrastrando los pies por un pasillo de alambradas y acero, mientras los aburridos soldados te observan con sus armas siempre preparadas. En el centro de la instalación hay una sala de reconocimiento, un espacio en el que entras sola y las máquinas te escanean mientras oficiales de seguridad que no puedes ver te examinan de arriba abajo. Si llevas encima un artefacto explosivo, no existe la posibilidad de hacerlo detonar aquí. Las losas de hormigón te rodean por todas partes. En esta sala ya han estallado bombas antes.

Te dicen que puedes seguir. Estás limpia. Recorres más pasillos metálicos que serpentean hasta que, por fin, sales al otro lado, donde te permiten recoger tus pertenencias y te devuelven tu pasaporte otomano. Cruzas una última puerta, sales del perímetro, y entras en un mundo completamente distinto.

Ves un montón de puestos, las mesas de madera desvencijadas cubiertas de plátanos y piñas, pollo frito, huevos duros y maíz cocido. Hay un adolescente en cuclillas en el suelo junto a una hoguera, cocina brochetas de carne sobre las llamas con el ceño fruncido por la concentración. Aquí los soldados están más relajados, incluso compran algo de comida, y las personas que regresan de Palestina descargan sus paquetes, los abren, los revisan, y la carga es distribuida y revendida sobre las mismas mesas.

Los niños te miran fijamente. Para ellos, eres una extranjera, ni de aquí ni de allá. Pasas por delante de un puesto de batiks, máscaras y estatuas talladas a mano, y las voces te suplican: compra, compra, compra. Llevas un montón de libras palestinas en el bolsillo. Ves pistolas talladas en madera, otra talla de un

autobús de dos pisos, una palangana para lavarse la cara. Le compras una brocheta de carne al chico y la masticas mientras caminas. Este es un mundo como cualquier otro. El campo de refugiados está hasta la bandera. Los vehículos recorren la carretera principal, convoyes del ejército que escoltan a los colonos a sus tierras, coches locales que emiten silbidos asmáticos, sus matrículas grises por el polvo, marcadas con una N de Nakuru o Nandi, o algo totalmente distinto, no lo sabes.

Esta no es tu tierra. Esta no es tu gente. Y piensas en otros mercados, en otras fronteras: las bulliciosas ciudades de Antioquía y Trípoli en la época de las cruzadas, el ladrido de los perros enloquecidos bajo la luna desgarrada de Kang Diz Huxt, el regateo entre susurros en las aldeas de los pantanos verdes de Samaria, donde viven los Horrendos. Ya no estás segura de dónde estás, como si te hubieras perdido entre las sefirot y te hubieras desvinculado de la realidad. Entonces una voz te llama diciendo:

—¿Nur? ¿Nur Al-Hussaini?

Y te giras y el mundo vuelve a estar completo.

—¿Sí?

Es una mujer joven y rubia, alta y de piernas largas, vestida de blanco, con una discreta esvástica en el bolsillo del pecho de lo que debe de ser un uniforme de enfermera. Y entonces recuerdas que en este mundo las cosas son distintas.

—Me llamo Astrid. Astrid Bormann. —Sonríe con sinceridad—. Sin ninguna relación —añade.

—¿Sin relación con qué?

—Quiero decir... Oh, no importa. —Te coge de la mano. Tiene un carácter amistoso y extrovertido, tan diferente del nuestro—. Abu Ramzi me ha llamado para avisarme de que venías. Qué hombre tan maravilloso. Nos ha ayudado *tanto* con nuestro trabajo aquí.

Te lleva a un jeep aparcado junto a la pared inclinada de una casa, en un sendero de tierra. El jeep parece nuevo y está impecablemente limpio, en marcado contraste con los vehículos locales. Astrid parece no darse cuenta. En el lateral del vehículo hay una esvástica roja.

—Te llevaré a la clínica —dice.

Sube al vehículo y tú haces lo mismo, aunque con mayor precaución. Astrid pone en marcha el jeep y empieza a circular con confianza por los estrechos y tortuosos caminos de tierra. La opresión del campamento se apodera de ti: el modo en que los edificios desvencijados parecen inclinarse

hacia ti, la forma en que oscurecen el cielo, donde solo brilla la siniestra luna, cuya luz proyecta sombras dondequiera que mires. Los niños gritan y saludan, las ancianas sonríen, algunos hombres te miran de reojo, otros parecen desafiantes, y Astrid habla sin cesar mientras conduce, en un flujo interminable de palabras.

—Nos instalamos hace unos dos años —dice—. Al principio teníamos mucha financiación, pero cada vez es más difícil conseguir dinero, el ministerio está redirigiendo los fondos a las colonias chinas, ya sabes lo que está pasando actualmente en Tsingtau... Es terrible, la verdad, pero los donantes han dado por perdidos los Territorios en Disputa. Hacemos lo que podemos, pero estoy preocupada. En realidad, solo quedamos Dirk, Hans y yo, y hay mucha gente necesitada, cada día parece haber más...

Dejas que siga hablando. Estáis circulando por el campamento cuando oís el sonido de unos disparos.

Ha estallado una refriega en una calle cercana. Oyes las órdenes de los soldados de la Fuerza de Defensa Palestina, puertas golpeando, perros que ladran... En todos los mundos, piensas de repente, siempre hay un perro que ladra. La boca de Astrid se transforma en una línea muy fina; aprieta con fuerza los labios y sus ojos se centran en la carretera. Al cabo de un rato, una vez os habéis alejado un poco, los sonidos disminuyen, aunque notas la repentina tensión en las calles, las puertas cerradas, las luces apagadas, el sonido de pies fugaces fuera de tu campo visual, el aumento de un silencio apremiante. Resulta espeluznante conducir a través de estos hábitats interminables, y te preguntas si los niños que nacen junto a estas carreteras conocerán algún día el aroma de la hierba, la caricia de un sol desinhibido, la alegría cristalina que llega con la salpicadura inesperada de la espuma y el agua de mar. Piensas, con tristeza, que nunca serán libres.

El jeep se detiene ante un edificio bajo prefabricado rodeado por una valla. Las gallinas cacarean cerca. El edificio está pintado de blanco y en la puerta hay una esvástica roja. Dos hombres somnolientos —los indiferentes guardias de seguridad de la clínica— te miran de arriba abajo sin demasiado interés y después se apartan mientras sigues a Astrid al interior del edificio. La clínica está tranquila, un poco sucia, y te llega el olor a pañales usados, alcohol, amoníaco y yodoformo mezclados con olores a comida, ajo y grasa, y un ligero tufo a cigarrillo. Astrid parece un poco avergonzada, pero te lleva hasta su despacho de todas formas y se pone a preparar dos tazas de té. Sientes admiración por esta mujer; parece tan segura de sí misma, de su lugar en el

mundo, del *mundo* en general, de sus principios, de sus cimientos inamovibles. Te gustaría decirle que todo puede desaparecer de la noche a la mañana.

—Dime —dice Astrid—, ¿qué estás buscando? Abu Ramzi me dijo que eras una académica. Del Califato.

Tardas un momento en comprender que en este mundo algunas personas usan ese nombre para referirse al dominio otomano, y que *tú*, tu otro tú, de hecho vive allí. Abu Ramzi tenía razón, piensas. Con el tiempo, es más fácil recordar cómo olvidar.

—En realidad, investigo viejas leyendas —explicas—, sistemas mágicos, costumbres extrañas, historias alternativas de lo que podría haber sido...

—Me dijo que querías hablar con un... uno de los... ¿cómo se llaman?... *¿Nachtvolk?*

Reflexionas unos instantes sobre aquella palabra.

—El pueblo de la noche —dices con curiosidad.

—Sí.

—No conocía el término —le aseguras.

Astrid se encoge de hombros, repentinamente incómoda.

—Se me ha venido a la cabeza de repente.

—Tú trabajas con la comunidad local. Debes de conocer a mucha gente, y oír muchas historias.

—Historias. ¿Qué tipo de historias?

—Es solo curiosidad.

—Mira —dice ella—. No me dedico a la política. Estoy aquí para ayudar a la gente en la clínica, no para luchar en esta guerra contra los palestinos.

—Aun así, debes oír cosas.

—Me encuentro en una posición bastante precaria. La clínica existe solo porque las autoridades del Protectorado lo permiten.

—Astrid —dices con suavidad—. No soy militar ni policía. No tengo ningún interés en esto. Si sabes algo, puedes contármelo.

Durante unos instantes parece abatida. Entonces dice:

—Hay varias facciones, ya sabes que están luchando por la independencia. Aparte de las habituales, últimamente se oye hablar mucho de los *nachtvolk*, el pueblo de la noche. Una nueva facción, con una financiación importante y un campo de entrenamiento en el bosque de Mau. Oí que estaban detrás del ataque al autobús, y también algunos de los otros. Es extraño, porque normalmente alguien suele reivindicar los ataques, pero esta vez no lo

hicieron. Nadie sabe quiénes son. La única razón por la que pensé en ellos es que, bueno, dicen que son, ya sabes. —Se ríe, algo cohibida—. Que tienen poderes sobrenaturales.

—Entiendo.

Y es verdad. Te yergues en la silla y prestas atención porque, de hecho, estás allí precisamente por eso. Hay algo que no funciona bien con las sefirot, una especie de *adelgazamiento*.

—¿Y no conoces a nadie? —preguntas, y ella se sonroja.

—Hay un hombre... —dice.

Claro que lo hay, piensas, pero no lo dices. Y ella accede a llevarte hasta él, un tal Efraín Keino, un albañil de la zona.

Volvéis al jeep y circuláis, desde la silenciosa clínica, por calles nocturnas sin tráfico. Sin motivo aparente, Astrid elige la carretera de circunvalación que recorre el muro y, por un momento, vislumbras el otro Nakuru, el de debajo: el lago, reluciente a la tenue luz de la luna, los rosados flamencos dormidos a aquellas horas y a lo largo de la orilla los asentamientos, prósperos, verdes, las ventanas iluminadas por luces eléctricas. Tan cerca y a la vez tan lejos, un mundo dormido y el otro despierto, pero ¿cuál es uno y cuál el otro?

—Vive justo por aquí —dice Astrid señalando un callejón oscuro. Aunque lo dice con cariño, te sientes incómoda. Hay un silencio aquí que no es natural, que ya has escuchado antes, si es que el silencio es algo que puede escucharse. Es más bien una ausencia; ni siquiera hay un perro ladrando. Intentas advertirla, pero no te escucha, y las ruedas crujen contra la tierra cuando aparca el jeep.

Te bajas con cautela. Todos tus sentidos te susurran que salgas corriendo.

Astrid, mientras tanto, no se da cuenta de nada. ¿Dónde están los perros?, piensas. Te conduce a una casa destartalada, un cobertizo con una puerta de chapa ondulada.

—¿Efraín? —llama—. ¡Efraín, soy yo!

Empuja la puerta. No está cerrada con llave. Astrid frunce el ceño.

—Qué raro —dice.

Desaparece en el oscuro interior.

Tú la sigues.

—Tiene que haber una linterna por aquí —dice. La oyes moverse, golpeando cosas—. Ah, aquí está. Espera.

Enciende una cerilla.

El resplandor ilumina la habitación durante un instante y ves un árbol de la vida cabalístico pintado con carboncillo en una de las paredes, un mapa de Palestina con el muro marcado en rojo, y un rostro.

El rostro te mira fijamente; los ojos son brillantes y salvajes. Entonces la linterna cae al suelo y se apaga con un ruido de cristales rotos. Astrid grita.

De repente, la habitación se llena de luz. Parpadeas para contener las lágrimas. Estás en mitad de una habitación, rodeada de soldados de la FDP, los rostros ennegrecidos, todos con los ojos clavados en ti.

Te apuntan al pecho con sus armas.

—¿Qué significa esto? ¿Qué habéis *hecho*? —dice Astrid. Los soldados te giran, te esposan y te conducen al exterior.

Pero recuerdas lo que has visto en la habitación.

Las señales de la *incursión*.

Todo forma parte del mismo patrón, piensas.

Te sacan de allí. No sabes qué le han hecho a Astrid.

Te llevan a la casa de un hombre rico y te dejan en la habitación de un niño.

Cierran la puerta con llave.

Esperas.

22.

En el judaísmo existe el concepto de Tikún Olam, o reparación del mundo. La Cábala enseña que existen muchos mundos, u olamot, emanaciones de luz del infinito, lo que en hebreo llamamos el Ein Sof.

Yo he estado allí. Hay un lugar donde las arenas llanas y solitarias se extienden a lo lejos...

Mientras tanto, yo ya estaba de vuelta en la carretera. Los hombres que nos atacaron habían escapado, salvo uno que, al ser interrogado con la suficiente fuerza persuasiva, reveló un nombre: Efraín Keino.

Aunque el tal Efraín Keino no estaba en su casa, lo que encontré en ella me perturbó. El Árbol de la Vida, y los libros de Luria, Cordovero, Isaac el Ciego, de León y del Baal Shem de Worms. También había objetos, artefactos históricos anteriores a la época del asentamiento: un viejo casco colonial oxidado y sucio que debió de pertenecer a Alfred St. Hill Gibbons, el explorador; el resguardo de un billete de tren de Mombasa, oxidado y

manchado de agua, que de algún modo había sobrevivido todos aquellos años y una olla de latón que debió de pertenecer a los porteadores de los exploradores.

Era preocupante que alguien hubiera reunido todos esos objetos sin mi conocimiento. Algo así no debería ser posible.

Me invadió una furia renovada. Dejé a los soldados allí y regresé al paso fronterizo de Eretz, donde encontré a Barashi despierto, quejándose, y casi sobrio. Quería saber por qué le había dejado allí. Le dije que un borracho no me servía de nada, pero que sí necesitaba un exsoldado. Cuando se enteró de que tenía intención de volver al bosque de Mau reaccionó con un horror comprensible, pero se serenó pronto al ver que no tenía otra opción. Esta vez dejé que condujera él. En cuanto a mí, me quedé pensativo en el asiento del copiloto.

Hoy en día hay senderos despejados que llegan hasta el bosque, e incluso algunos se adentran en él. Hay hasta zonas de picnic frecuentadas por los palestinos en los días festivos, cuando el aire se llena del humo del carbón y del olor a carne asada. Aunque el trayecto desde Nakuru no es largo, al cabo de unos kilómetros la carretera se acaba y uno debe adentrarse en el bosque a pie. Dejamos el coche aparcado junto a un árbol, un parasol chino, y nos adentramos en la oscuridad.

Ninguno de los dos quería estar allí.

Ambos íbamos armados. Yo odiaba el bosque, la oscuridad, el canto de los cistícolas de Hunter desde los árboles. Unas nubes densas nos impedían ver el cielo. Empezó a llover, siempre llovía en aquella maldita selva, y el agua se deslizaba por los troncos de los árboles y encharcaba el suelo. Caminábamos en un ambiente sofocante, húmedo y apestoso. Los árboles dificultaban nuestro avance y las hojas húmedas y podridas hacían que cada paso fuera una aventura. No sabía a dónde nos dirigíamos exactamente, solo que teníamos que adentrarnos en el bosque. Es uno de esos extraños lugares que parecen más grandes una vez estás dentro; según he oído hay un bosque en Inglaterra muy parecido, aunque debo confesar que nunca he sentido el más mínimo interés por indagar más sobre el tema.

Caminamos sobre la tierra húmeda, bajo la lluvia y a través de las nubes de mosquitos durante lo que me parecieron horas. Barashi temblaba a mi lado pero no hablaba. Era un buen soldado y conocía aquel bosque, había visto algunos de sus misterios.

Notamos por primera vez el desplazamiento de la frontera al oír un ruido

más adelante. Ambos nos quedamos inmóviles.

Barashi hizo ademán de desenfundar su arma, pero le detuve con un gesto.

Volvimos a oír el mismo ruido. Era un gruñido.

Nos arrastramos despacio, muy despacio. Era una tontería, pero tenía que *verlo*. Las nubes se abrieron y la luz plateada de la luna iluminó el claro. Eché un vistazo entre las ramas de una ponciana enana.

La criatura parecía un cruce de hiena y oso. Tenía los hombros altos y el lomo inclinado. El cráneo era alargado, y giraba la cabeza hacia un lado y otro con lentitud mientras olfateaba el aire. Entonces abrió las fauces y gruñó de nuevo. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo.

¡Cómo odiaba aquel horrible lugar!

Una vez, hace ya mucho tiempo y en otro sitio, visité un museo de ciencias naturales y allí, detrás de un cristal, observé los restos esqueléticos de una criatura prehistórica denominada calicoterio, la cual, por supuesto, hacía mucho tiempo que se había extinguido. La criatura que tenía ante mí aparentaba ser de una especie similar, aunque esta, lo sabía muy bien, era carnívora y letal.

Los lugareños la llamaban *kerit*, popularmente conocida como oso Nandi.

La criatura avanzó con paso lento. Su extraño andar inclinado era, sin embargo, poderoso, dominaba todo el espacio a su alrededor. Detrás de la primera, apareció otra, y otra más.

Aunque solo fue un momento, se me hizo eterno. Las criaturas atravesaron el claro bañado por la luz de la luna, un espectáculo que no se había visto en aquella Tierra desde hacía millones de años. Había algo salvaje, majestuoso y libre en ellas, y por mucho que odiara el espectáculo, no pude evitar conmoverme. Entonces regresaron las nubes y la luz desapareció, y con ella lo hicieron también aquellos seres.

Esperamos un largo rato. Cuando volvimos a avanzar, cautelosos, en el claro no quedaba ni una sola criatura. ¿Habrían percibido nuestra presencia? De ser así, fueron lo suficientemente sabias como para dejarnos en paz.

Supe entonces que nos habíamos adentrado en lo más profundo del bosque. Aquella era la frontera, más allá de ella las cosas se transformaban, y yo tenía miedo. Había amado este lugar, mi hogar adoptivo. No quería perderlo.

Sin embargo, los rebeldes deben de estar ahí, pensé. Para encontrar lo que buscaba, debía hacerlo aquí, en el corazón del bosque de Mau, donde se cruzan las sefirot.

Seguimos avanzando tan silenciosamente como pudimos. Adentrándonos cada vez más en el bosque.

***

Fueron ellos los que nos encontraron.

No habíamos percibido nada.

Nos arrastrábamos entre los árboles, sobre la tierra húmeda, cansados y sin fuerzas, y cayeron sobre nosotros sin previo aviso.

Caras en la maleza, sus ojos brillantes fueron la única pista de su presencia. Nos agarraron, nos pusieron las manos a la espalda y nos ataron antes de que pudiéramos mediar palabra. Barashi forcejeó a mi lado y lo silenciaron con un golpe en la cabeza. Se desplomó en el suelo. Yo me quedé quieto. Lo levantaron y lo arrastraron con facilidad. Me empujaron hacia delante. Nadie habló.

Habíamos visto otras cosas en el bosque, esa noche. Antes, habíamos pasado por delante de una patrulla de soldados de la Wehrmacht, de otra línea temporal. Hubo un sitio en el que encontramos los huesos de un explorador británico bajo un árbol, con el uniforme podrido y un casco para el sol todavía calado en el cráneo blanquecino. Aún agarraba un diario entre los dedos huesudos. Cuando lo hojeé, vi detallados dibujos anatómicos de criaturas imposibles, y un mapa que mostraba la entrada a una cueva, en las profundidades de un mundo oculto en el centro de la tierra. El papel se deshizo en mi mano. Más tarde, vi un objeto brillante en el suelo y, al agacharme para recogerlo, descubrí una moneda con el perfil de un rey zulú en una cara y la imagen de un cohete brillante en la otra. Tenía fecha contemporánea. La observé durante mucho rato antes de dejarla caer de nuevo al suelo.

Nuestros captores nos empujaron por estrechos senderos forestales que jamás habría encontrado solo. Formaban una compleja red entre la espesa vegetación, y parecían bastante transitados. Poco después, llegamos a un campamento oculto. Había estructuras semipermanentes escondidas con astucia entre los árboles. Varios guardias vigilaban el perímetro, hombres jóvenes con rifles colgados al hombro. Cuando pasamos, nos miraron atentamente, inexpresivos.

El campamento se expandía a nuestro alrededor. Era más grande de lo que me había parecido. Había muchas casas, almacenes, un campo de tiro, cocinas,

letrinas. Estaba bien organizado. Nos llevaron a una casa redonda en el centro del campamento y nos hicieron entrar en ella. Barashi, tirado en el suelo, empezó a revolverse. Gimió y luego vomitó sobre el suelo limpio. El olor de su bilis apestaba, y sentí una alegría vengativa por el hecho de que hubiera ensuciado aquel lugar.

El interior estaba oscuro. Aunque mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, tardé mucho en empezar a distinguir nada. Oí el sonido de una cerilla un momento antes de que ardiera, cegándome. Luego alguien la aplicó a la mecha de una lámpara de queroseno y una llama blanca y constante comenzó a arder.

Vi las paredes adornadas con mapas que mostraban el territorio de Palestina y las Zonas en Disputa; un Árbol de la Vida y un mapa de carácter fantástico, en el que muchas figuras geométricas se cruzaban, debía de ser un intento de trazar las fronteras amorfas de las sefirot, las figuras emanaban de un punto central del bosque de Mau.

—Agente especial Bloom —dijo una voz. Me sobresalté, pues no le había visto.

Un hombre se levantó del suelo, donde había estado sentado con las piernas cruzadas, observándonos. No era ni alto ni bajo, ni viejo ni joven. Era solo un hombre, y pensé que, como todos los hombres, podía morir.

—Soy el Orkoiyot.

—Usted lo que es, señor, es un terrorista —dije, con frialdad.

Él sonrió.

—Me temo que nunca serás un buen diplomático, Bloom.

—Ese no es mi trabajo.

—No —aceptó el hombre con lo que se me antojó un deje de tristeza—. Eres un arma, diseñada para un propósito diferente. En muchos sentidos, admiro tu franqueza. Eres como la espada que Alejandro utilizó para cortar el nudo gordiano. Pero tú no eres el que maneja la espada, Bloom. Tú *eres* la espada.

Sus palabras, su sereno aplomo, me incomodaron. Se acercó a Barashi y lo ayudó a sentarse con amabilidad. Limpió el suelo con un paño, que empapó el vómito de Barashi. Luego se deshizo del paño, limpiamente, y le ofreció al anciano un vaso de agua, que Barashi aceptó sin decir nada. Entonces el Orkoiyot volvió a dirigirse a mí.

—El problema no es que hayas convertido a mi gente en refugiados —dijo —. El problema es que lo niegas. No bastaba con cometer una acción

reprobable, sino que además has reconstruido la historia para que, al contarla, parezca que nunca ha sucedido. Os presentáis a vosotros mismos como la parte perjudicada, y así nunca podremos progresar, solo nos queda luchar. Vosotros tenéis vuestras victorias y nosotros las nuestras, pero... no vemos lo que tenemos delante, solo lo que está oculto.

—Podemos aceptar nuestras diferencias —dije, con rigidez.

—Estás en mis manos —señaló con el mismo tono paciente y amable—. Por ahora, al menos, soy yo quien tiene ventaja.

Le miré.

—Desátame —dije.

—No —dijo negando con la cabeza.

—Si soy un arma es solo porque me han convertido en eso —dije. Me odié a mí mismo por sonar quejumbroso. Por tratar de explicarme ante aquel hombre, ante mi enemigo.

—Lo sé.

—Hago lo que hay que hacer.

—Lo sé —repitió—. Cuento con ello, agente especial.

Pronunció mi cargo como si se tratara de una burla.

—Ya sabes por qué he venido —dije.

—¿Por qué no me lo dices tú?

—Por los ataques —dije—. Sabes quién soy. Sabes cuál es mi papel. No hace falta que sigamos fingiendo. No entre nosotros.

—No —reconoció él.

—La bomba del autobús, el asesinato en el hotel Reina de Saba. Cada uno de ellos, por sí solo, no es más que un acto físico de muerte. Pero sumados, tú y yo sabemos que forman un patrón. Una clave.

—Sí.

—Para destruir la frontera.

—Eso parece.

—¿Por qué? —exigí— ¿Por qué lo haces?

—Dime una cosa —me dijo—. El hombre que capturaste, Joseph, trabajaba en el hotel Reina de Saba.

—Sí.

—¿Qué le pasó?

Me miró mansamente. Era un tipo bastante manso. No respondí.

—Eres un idiota, Bloom.

Barashi gimió en el suelo. Ambos lo ignoramos.

Clavé la mirada en el Orkoiyot.

—Eres tú quién está detrás de los ataques...

—Eres un idiota, Bloom.

Entonces me invadió la sensación de haber cometido un terrible error en algún momento.

—El hombre que murió en el hotel, ¿cómo se llamaba?

—Menhaim —dije.

—¿Y por qué lo mataron? ¿Cuál era el propósito?

—No lo sé.

—Eres un idiota —dijo por tercera vez—. Menhaim no era el objetivo, sino el otro, el forastero.

—Tirosh —dije. El nombre se me atragantó en la garganta.

—No fue la muerte de Menhaim la que extendió el patrón —dijo él. Me miró casi con amabilidad—. Fue el asesinato de Joseph.

—No —dije—. No.

—*Está* muerto, ¿verdad, Bloom? ¿Qué pasó, exactamente? —Fingió consultar un informe imaginario— ¿El sujeto mostró una respuesta fatal a las técnicas de investigación rutinarias? Así *es* como lo llaman hoy en día, ¿no?

—No —dije—, no puede ser.

—Todo lo que *haces* —continuó el Orkoiyot sin piedad— parece diseñado para extender el patrón. El asesinato de Joseph. El salvaje ataque no provocado al campamento de esta noche con el pretexto de buscarme a mí, o a alguien como yo. —Se fue y regresó. Llevaba una pistola en la mano. Me la puso en la frente y me miró fijamente—. Dame una razón para no dispararte, agente especial.

—¡Estoy tratando de *detener* el patrón! —grité— Eres tú, siempre has sido *tú*, tú...

Me hundí bajo su mirada.

—Adelante, dispara —dije.

—Queremos recuperar nuestra tierra —dijo él—. Queremos nuestro hogar. Queremos que nuestros hijos crezcan libres, en un mundo donde puedan caminar con orgullo, un mundo sin soldados que les apunten con sus armas, Bloom. No es mucho lo que queremos y, sin embargo, es todo un mundo. —Suspiró y pareció empequeñecerse—. Pero queremos *este* mundo, *nuestro* mundo, Bloom. No deseo romper los muros de la creación. ¿Y tú?

Sacudí la cabeza. El miedo y la rabia se desvanecieron. Me sentí vacío y perdido.

Había cometido un error.

—Hay que *detener* la secuencia —dijo el Orkoiyot—. Alguien está manipulando nuestras acciones, tanto las tuyas como las mías. ¿Lo entiendes?

—Sí —susurré.

—¿Estás de acuerdo?

—¡Sí, maldita sea!

Apartó la pistola de mi frente. La presión disminuyó y enfundó el arma.

—Desátales —dijo.

Unas manos me agarraron y, un momento después, volvía a ser libre. A mi lado, Barashi se enderezó poco a poco.

—No sé de qué estabais hablando —dijo—, pero no le diría que no a una copa.

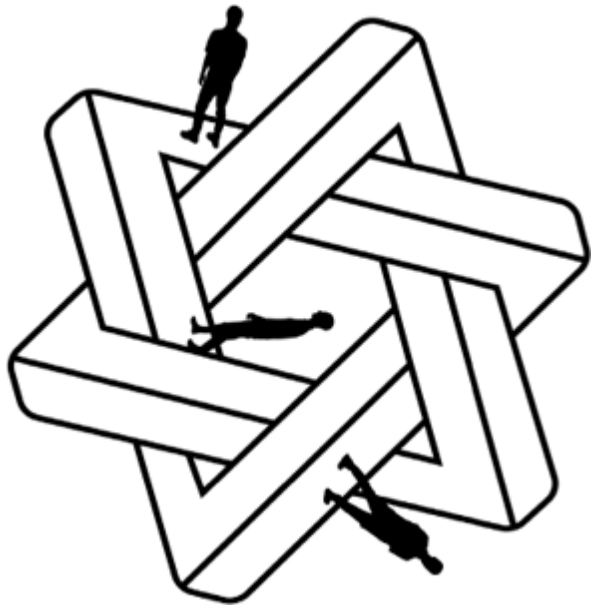
El Orkoiyot sonrió, sin demasiado humor. Se volvió hacia mí.

—El hombre que buscas no está aquí, agente especial. Quienquiera que esté detrás de los ataques ha regresado a Palestina. Debes buscar entre tu propia gente, no entre la nuestra. Encuéntralo y detén la secuencia. Detenlo antes de que destruya los mundos.

Se dio la vuelta. Era un hombre delgado y de voz suave, además de un terrorista y mi enemigo. Sabía que si intentaba regresar para buscarlo, el campamento habría desaparecido, y no encontraría rastro de él. Los hombres nos llevaron de vuelta a través de la maleza, por estrechos senderos que serpenteaban y giraban de forma imposible. Poco después estábamos otra vez junto al coche. Había amanecido y el cielo despejado parecía lleno de fragmentos de vidrio de colores. Me encantaban los cielos de Palestina.

PARTE SEIS

DISTRACCIONES



23.

—La gente miente —dijo Tirosh.

En la universidad, los estudiantes debían de seguir esperando en vano a que apareciese. Mushon, que conducía a su lado, gruñó su falta de interés. Pero Tirosh tenía una charla preparada, y vaya si iba a darla.

—Las personas se mienten unas a otras y a sí mismas — prosiguió—. O, dicho de otro modo, las personas se cuentan historias.

Contempló el asfalto oscuro y las ondulantes colinas al otro lado de la ventanilla. Se alejaban de la meseta en dirección al lago aún lejano.

—Igual que un historiador, un detective debe hacer preguntas, llamar a puertas, interrogar testigos reacios. Debe montar una historia a partir de retazos que se contradicen entre sí, a partir de pistas. Hay elementos indiscutibles: el cuchillo ensangrentado que se encuentra junto al cadáver, una batalla que ya ha sucedido… y aun así, ¿qué significado tienen estos elementos? Puede que la pared de la cocina esté manchada de sangre con las huellas dactilares de *alguien*, pero, ¿quién ha sido? ¿Y por qué?

—¿Cómo que sangre? —preguntó Mushon. Miraba la carretera al otro lado del parabrisas, con los dedos apretados sobre el volante—. ¿De qué cojones hablas, Tirosh?

Pero Tirosh no le prestaba atención. Su mente desgranaba la idea, nebulosa. ¿Qué era una historia, se preguntó, sino un intento humano de imponer orden en el caos, de otorgar un sentido a lo que, en esencia, no era más que una serie de eventos carentes de eso mismo? La causalidad lo esquivaba. En una ficción detectivesca, al igual que en la interpretación de la historia, había que imponer un orden: filtrar las pistas, interrogar a los testigos, desenmascarar a los conspiradores, llevar a los asesinos ante la justicia. El problema era que cada persona tenía su propia historia. El mismo lugar podía tener múltiples nombres: Jerusalén, Jerusalem, Urusalim, Yerushalaim. Cada nombre acarreaba una historia diferente en liza con las demás. ¿Y qué sucedía, se preguntó Tirosh, cuando personas diferentes se veían obligadas a compartir una misma tierra? Los mismos lugares con nombres diferentes, las mismas batallas con resultados distintos. Las implicaciones lo esquivaban. Apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla y lo

invadió un recuerdo: Isaac, alargando aquellos deditos regordetes para tocarle la oreja, chillando de alegría. Otro recuerdo: el propio Tirosh sacando a Isaac de la bañera y colocándolo con cuidado en el cambiador; momento en el que su hijo, de improviso, alargó los brazos hacia Tirosh, lo agarró de la camisa y tiró de él para acercárselo. Tirosh, abrumado, se inclinó sobre su hijo y lo abrazó. El pequeño acurrucó la cara contra el cuello de Tirosh, que sintió el aliento de su hijo en la piel, su suspiro aliviado. Se mantuvo en esa postura durante un largo instante. El niño no quería soltarlo y Tirosh bien podría haberse quedado así eternamente, como si pudiese proteger de ese modo a su hijo del mundo para siempre, como si así fuese a mantenerlo a salvo.

—Papá está aquí —murmuró. Su aliento empañó el cristal de la ventanilla del coche—. Tranquilo, Isaac, papá está aquí.

Así se quedó dormido, apoyado contra la ventanilla. Mushon siguió conduciendo. La charla de Tirosh quedó olvidada. No era un gran escritor, ni de historias detectivescas ni de ningún otro tipo. Fuera del coche, el alba se expandió por el cielo, pero Tirosh se la perdió. Estaba medio dormido, sumido en ese oscuro abismo que preludia lo que nos espera a todos.

Cuando se despertó, el mundo había vuelto a cambiar. Se olvidó por completo de Berlín, del niño y de todo lo sucedido antes. En cambio, Tirosh se despertó frente a un cielo de un profundo tono azulado en el que un sol brillante iluminaba agradables nubes blancas que flotaban en la lejanía sobre la orilla del lago. Al momento supo dónde estaba, nadie olvida jamás la visión del Lago Victoria. El coche se deslizaba tranquilamente sobre el asfalto y descendía desde las tierras altas en dirección al puerto. Tirosh contempló embelesado los reflejos de la luz del sol sobre las pacíficas aguas de aquel mar interior. Entonces, la ciudad apareció ante él.

Su nombre oficial era Puerto Florencia; lo era desde que los británicos fundaron la ciudad actual. Sin embargo, todo el mundo la llamaba por su nombre original: Kisumu, que significa solo «mercado».

No era una ciudad bonita. En lugar de reemplazar la vieja arquitectura colonial se habían añadido a ella edificios feos y funcionales. Los muelles se adentraban en el lago, con varias naves de mercancías atracadas en ellos. Hileras de almacenes ocupaban la orilla, y junto a ellos había grúas, camiones, carretillas elevadoras y los trabajadores que las manejaban. El puerto jamás se hallaba en completo silencio. En todo momento llegaban y zarpaban naves que conectaban Kisumu con Mwanza, Entebbe, Port Bell y Jinja. Junto al

puerto se alzaba la enorme estación de tren de Kisumu, las vías llegaban hasta las tierras altas, cruzaban Palestina y conectaban la ciudad con el puerto marino de Mombasa, en Kenya.

No era una ciudad bonita, pero a Tirosh le gustaba de todas formas. En las afueras, en las playas de arena más prístinas, se alzaban las mansiones de veraneo de los palestinos más acaudalados. En la ciudad propiamente dicha, más allá de aquel puerto que era su razón de ser, se encontraban los típicos hoteles y restaurantes, sumidos en el denso trasiego de viajeros, así como pequeñas tiendas, clubs nocturnos, urbanizaciones, bares y shebeens, antros ilegales. No, no era una ciudad bonita. No era más que un sitio de paso, un lugar para hacer negocios y nada más; a menos que uno tuviera la desgracia de vivir allí.

Cruzaron la ciudad en coche. Pasaron junto a un pequeño zoco árabe que llevaba generaciones en el mismo sitio, vestigio de los tiempos en los que los árabes comerciaban allí con marfil y especias, y también con otras mercancías menos agradables. Se detuvieron frente al Arnold Rothstein, un mugriento hotel de dos plantas del centro de Kisumu, situado entre el casco antiguo británico y el puerto.

Al bajarse del coche, Tirosh notó la humedad en el aire. Se oían en la lejanía los chillidos de gaviotas y garzas, mientras que, en los árboles que ribeteaban aquellas viejas calles inglesas, loros verdes y martines pescadores parloteaban entre ellos.

—¿Por dónde vas a empezar? —preguntó Mushon.

Tirosh le clavó la mirada. Se le ocurrió que todo aquello no era más que un juego, que lo único que hacía era evitar lo inevitable: la visita que debía hacerle a su padre.

—Voy a preguntar por ahí —dijo—. A ver qué encuentro.

—Eso podría hacerlo cualquier idiota —dijo Mushon.

Tirosh se limitó a encogerse de hombros. Ojalá le gustase fumar; parecía apropiado hacerle una mueca a aquel tiparraco grandote con un cigarrillo colgando del labio. Fuera como fuese, a Mushon todo aquello no podría importarle menos.

—Cualquier idiota —repitió Mushon.

Se metió en el coche, cerró de un portazo y pisó el acelerador. Se largó de allí, al encuentro de su jefe.

Tirosh entró en el hotel, oscuro y polvoriento. Una campanita de latón descansaba sobre el mostrador de la entrada. Al no ver a nadie por allí, Tirosh

la hizo sonar.

—Voy, voy —respondió una voz irritada.

Una mujer voluminosa se asomó por una puerta con un letrero que decía DESPACHO. Le lanzó una mirada acusadora.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Quería una habitación.

—Y yo querría casarme de blanco otra vez —dijo la mujer—, pero no siempre se tiene lo que se desea.

—¿No tiene habitaciones?

—Yo no he dicho eso. ¿Siempre se lo toma todo tan en serio? Aquí tiene. —Se acercó a la hilera de ganchos que había en la pared y sacó una llave de uno de ellos—. ¿Contento?

Tirosh la miró, confundido.

—No sé —dijo en tono de impotencia.

Ella soltó un suspiro bien audible y le tendió un formulario desde su lado del mostrador.

—Hágame el favor de rellenar esto. Se paga por adelantado, si no le importa.

Tirosh rellenó el formulario de registro, le tendió el dinero y agarró la llave. Lo único que quería era darse una ducha. Para su alivio, no había ningún cadáver cuando entró en la habitación. Ya había cumplido la cuota de muertos en habitaciones de hotel. No estaba muy seguro de lo que hacía en Kisumu, como tampoco sabía en qué andaba metida Deborah ni el motivo de que sus recuerdos estuvieran tan borrosos. Era como si fuese dos personas incompletas en una. Se quitó la ropa y se metió en la ducha. Al cabo de un rato salió un chorro de agua fría de color óxido. Tirosh se estremeció y empezó a restregarse la mugre del viaje.

No se echó a dormir. El agua fría lo había despertado hasta cierto punto. Se vistió y salió del hotel. Por la calle pasaban varios coches, minis de marca Susita o Sabra y grandes camiones que dejaban una nube de polvo en el aire. Atravesó la pulcra cuadrícula ribeteada de árboles perfectamente podados del casco antiguo. Se dirigía al lago, pero cambió de opinión y se internó en el laberinto del viejo mercado árabe. Allí, entre los puestos de recuerdos, las tiendas que vendían baratijas para turistas y los hombres que molían a máquina caña de azúcar importada sin corteza, había otras tiendas más especializadas.

En aquella modesta encrucijada comercial entre Palestina y el resto de

África, se alzaban las tiendas del viejo mundo cuya clientela consistía únicamente en coleccionistas de cosas extrañas. La primera tienda en la que entró Tirosh estaba especializada en sellos y monedas. En el interior había una luz tenue y el aire estaba muy quieto. En el mostrador de madera oscura se apilaban álbumes de sellos, jarros repletos de monedas pulcramente etiquetadas y otros objetos de arte más difíciles de identificar. Aquello era un casco antiguo en el casco antiguo del mundo; el lago junto al que se enclavaba había albergado numerosas guerras y tratados. Allí había cascos alemanes de la Primera Guerra Mundial, viejos souvenirs árabes, antiguos mapas británicos, estatuas talladas a mano de una docena de tribus y naciones, amuletos, tableros para jugar al bao, pendientes de oro, bayonetas, pistolas viejas. Para algunos, todo aquello era historia; para otros, nada más que basura de siglos pasados.

Tirosh se distrajo. Pasó la mano por los lomos de los libros. Un enorme Nyami Nyami tallado en la lejana Zambezi atrajo su atención, que luego pasó a una pipa de ébano con el interior forrado en marfil, y de ahí a una pitillera que tenía grabada el águila prusiana, y de ahí a un Sobre Primer Día con el primer sello palestino, en el que aparecía un sonriente Albert Einstein y que, al parecer, estaba firmado…

—¡No lo toque! —dijo de pronto una voz.

Tirosh alzó la cabeza y vio a un tipo con pinta de tokoloshe detrás del mostrador en el que debía de haber estado dormido hacía un momento. Dos ojos protuberantes le lanzaron una mirada quejumbrosa.

—Solo estaba echando un vistazo —dijo Tirosh, a la defensiva.

—Pues para echar un vistazo no hacen falta manos, ¿verdad? —dijo el hombre—. ¿Qué quiere? ¿Tiene cita? Aquí no tenemos tiempo para quien viene a perder el tiempo.

El hombre tenía el pelo descompuesto por la siesta que se había echado. Parpadeó y le lanzó a Tirosh una mirada miope antes de echar mano a un par de anteojos que le colgaban de un cordelito del cuello. Se los puso y miró a Tirosh con más atención.

—¿Y bien?

Tirosh no estaba muy seguro de cómo debía proceder. Dijo:

—Tengo interés en la primera expedición.

—¿En cuál, *yungerman*? ¿Burton y Speke? ¿Livingstone? ¿Shaka Zulu? ¿Ernst Schäfer?

—Eh…, no —dijo Tirosh—. Me refería a la primera expedición zionista al

Territorio. Lo siento, no he captado su nombre. Me llamo Tirosh, Lior Tirosh.

El hombre parpadeó.

—Fledermaus —dijo, algo más calmado—. Soy el señor Fledermaus. Ha dicho la primera expedición, ¿verdad? Tengo una maravillosa colección de sellos conmemorativos que se imprimieron justo después de la Independencia. Seguro que está al alcance de su bolsi…

La mirada que le dedicó a Tirosh dejaba claro lo que pensaba de su poder adquisitivo.

—El dinero no es un problema —dijo Tirosh, pensando en la cantidad que le había dado Gross. Además, siempre había querido decir esa frase.

El señor Fledermaus lo contempló con algo más de interés.

—Hmmm, bien, sí —dijo, y carraspeó—. Para coleccionista más *exigentes* tengo aquí mismo un artículo casi único: el Sello Amarillo Invertido Wilbush de cinco peniques del 34. Le costará quinientas libras… palestinas, señor Tirosh, no ugandesas.

Se echó a reír ante su propia broma.

Tirosh le dedicó una mirada fría.

—No vengo buscando sellos —dijo.

—¿No?

—Lo que me interesa son los… artefactos.

—Ah —dijo el anciano. Se restregó las manos como si se las estuviese secando tras lavárselas. Sus ojos parpadearon a toda velocidad tras las gruesas lentes—. ¿Y qué *tipo* de artefactos exactamente?

A Tirosh no se le escapó la nota de cautela en su voz.

—Dígamelo usted

—Bueno, bueno —dijo el señor Fledermaus en tono nervioso—. Creo que se ha equivocado usted de tienda, sí, ahora que lo pienso, no, yo no vendo *artefactos*, no, no, souvenirs, sí, sellos, monedas, pero no… —dejó morir la frase con aire impotente.

—Pero no, ¿qué?

—Ese *tipo* de cosas —susurró Fledermaus, consternado.

Tirosh esbozó una sonrisa desagradable. Le gustaba aquel nuevo papel, sentía que le sentaba bien. Interpretaba un personaje que conocía de sobra y que siempre había querido ser.

—Hablemos claro, abuelo —dijo, y dio un paso adelante con cierto aire amenazante, acercándose al mostrador de madera y los álbumes de sellos en

precario equilibrio—. Si usted no vende esas cosas, ¿quién las vende?

—Eso, *boychik*, hablemos claro —dijo el señor Fledermaus, que reunió fuerzas y le clavó a Tirosh una mirada inquietante—. Yo luché en la guerra de Uganda cuando usted aún se meaba en los pañales, así que ni se le ocurra que puede intimidarme. Le he dicho que no vendo esos… artefactos —escupió la palabra—, y no quiero tener nada que ver en ese tipo de negocios.

—¿A qué tipo de negocio se refiere?

—*Muti* —dijo el señor Fledermaus, una palabra sureña que luego repitió en hebreo—. *Kishef*.

—¿Brujería? Pero si no son más que… trastos viejos —dijo Tirosh. Intentó soltar una risotada, aunque el anciano lo había puesto nervioso—. No creerá de verdad que…

El viejo le miró con aire triste.

—Escúcheme, *boychik*. No sé en qué se habrá metido pero está claro que no tiene ni idea de lo que está haciendo. ¿Acaso ha leído usted el *Zohar*? ¿*El Libro de la Creación*? ¿*El Libro de los Secretos*? ¿*La Iluminación*?

—No —dijo Tirosh—. Leo sobre todo novela negra. —Pues entonces —dijo el señor Fledermaus—, no meta las narices donde no debe. Ese es el consejo que le voy a dar.

—¿Y qué pasa si necesito meterlas? —preguntó Tirosh—. ¿Adónde puedo ir?

—Puede irse lejos de aquí —respondió el anciano.

Tirosh sacó la cartera y extrajo dos billetes de cincuenta libras. Los dejó sobre el mostrador.

—Lo único que necesito es información —dijo.

El señor Fledermaus miró el dinero. Luego paseó la vista por la tienda vacía. Pareció tomar una decisión. Se inclinó hacia adelante y habló en tono quedo:

—Hay un tipo —dijo—. Ugandés. Solo pasa por aquí de vez en cuando. Ya sabe cómo están las cosas entre nosotros y los ugandeses. Pero bueno, es comerciante. Un especialista. Se llama Cohen. Es un gran judeófilo, ¿entiende?

—¿Sabe dónde puedo dar con él?

El señor Fledermaus negó con la cabeza.

—Podría probar en el casino —dijo.

—¿El Pelícano Rosa?

—¿Acaso conoce otro?

Tirosh negó con la cabeza. Tenía un recuerdo lejano de haber ido allí con su padre una vez. Aquella atmósfera ilícita los emocionó tanto a Gideon como a él: el sonido de las máquinas tragaperras, los tipos que fumaban puros, el repiqueteo del hielo en los vasos. Habían pasado el rato en la piscina del hotel mientras su padre se repantigaba en una serie de reuniones con los demás generales y sus contrapartidas ugandesas. En aquel momento, aquello parecía a un mundo de distancia de la granja y su rutina, un lugar en el que las gruesas alfombras se tragaban los sonidos y donde siempre estaba anocheciendo: parecía sacado de una novela europea, un ambiente glamuroso cargado de promesas imposibles.

Tirosh salió de la tienda del señor Fledermaus. Fuera hacía más calor y la humedad empezaba a empaparle la ropa. Probó en dos tiendas más, con el mismo resultado. Así pues, con la sensación de que no tenía nada que perder, paró un taxi y recorrió la corta distancia que lo separaba del Pelícano Rosa.

—¿Qué le parece lo de las conversaciones de paz? —preguntó el taxista. Era de los luo, la tribu que vivía mayormente a orillas del lago. Conducía con displicencia por las calles atestadas. De vez en cuando tocaba el claxon para espantar a algún transeúnte que se interponía indiferente en su camino—. ¿Cree que conseguirán algo esta vez?

—¿Qué conversaciones de paz? —preguntó Tirosh, que no había prestado mucha atención.

El taxista sonrió y dijo:

—Exacto.

El tráfico estaba muy congestionado y tardaron más de lo normal en llegar al casino. La radio estaba encendida. Tras un tema de Hamlet Zhou, el músico judío-zimbabuense, empezaron las noticias. Las daba una mujer de voz nítida que pronunciaba las vocales con la claridad propia del judeo formal. Cada sílaba salía de la radio tan límpida como una lluvia de esquirlas de cristal.

Es la una de la tarde y están escuchando las noticias palestinas desde Ararat. Las tensiones en la frontera siguen al alza. La Fuerza de Defensa Palestina continúa llevando a cabo una extensa búsqueda para encontrar a los supuestos terroristas tras el reciente ataque bomba contra un autobús, que se ha cobrado más de veinte vidas. En Ararat prosiguen las conversaciones entre los representantes del pueblo kalenjin y el congreso zionista.

—¡Ja! —dijo el taxista.

... el sultán Al-Said de Zanzíbar ha instado a ambas partes a encontrar una solución permanente al largo debate sobre la independencia del Protectorado Nakuru

y el llamado Derecho de Regreso. Hoy se esperan de nuevo temperaturas altas con ciertos chubascos. En noticias internacionales: continúa la tensión en la República Central Africana después de que un número de mercenarios franceses...

El taxista bajó el volumen y abrió la ventana. Una ráfaga de aire caliente golpeó en la cara a Tirosh, y con ella llegó el olor del lago, el pescado frito, los tubos de escape y la basura sin recoger. Cerró los ojos y recordó viejas excursiones a la playa con sus padres, cuando aún seguían juntos: bajaban de las tierras altas en el baqueteado Susita de su padre, con el maletero lleno de los enseres para acampar. Su madre encendía la radio, en la que sonaba una música que ahora apenas se oía ya. Canciones de la Hermosa Palestina de antaño, melodiosas y sinceras. Su padre abría la ventanilla y fumaba un cigarrillo con un brazo asomando por fuera. Tirosh y Gideon se peleaban en el asiento de atrás. Luego atisbaban el lago y atravesaban la ciudad hasta llegar a la playa ribeteada de palmeras junto a la orilla, donde acampaban. En aquellas excursiones siempre había algo que hacer. Gideon y Tirosh improvisaban cañas con ramitas y sedal y se pasaban horas intentando pescar algo, aunque rara vez lo conseguían. Tirosh se preguntó adónde habrían ido a parar aquellos días. En su momento parecía que fueran a durar para siempre y, sin embargo, se habían desvanecido con muchísima rapidez. Se preguntó por qué de pronto sentía un dolor sordo en el pecho al recordarlo. Algunos recuerdos se habían vuelto muy nítidos en su cabeza, mientras que otros seguían perdidos, como un rollo de película expuesto demasiado tiempo al sol. Presentía vagamente que seguían en su interior, pero no era capaz de recuperarlos del fondo de su mente.

El casino descansaba en el confín de la ciudad, lejos de los muelles. Contaba con su propia playa privada de arena, y el servicio recorría los pasillos, embutido en uniformes con librea. La mayoría de los empleados eran negros. El taxi dejó a Tirosh delante de la puerta. Era un viejo edificio colonial. Las palmeras circundaban la calle y los aspersores emitían un suave siseo al regar el pulcro y cuidado césped.

Una ráfaga de aire frío golpeó a Tirosh al entrar en el Casino y Complejo Hotelero Pelícano Rosa. Se quedó quieto un instante, transportado mentalmente a su lejana infancia, a cuando recorrió aquellos pasillos con Gideon y se colaron en las salas de juego para jugar a las tragaperras cuando los de seguridad no miraban. Por aquel entonces les había parecido una suerte de país de las maravillas. Sin embargo, al avanzar ahora por las entrañas del casino, Tirosh no pudo evitar sentir una creciente decepción. Había

quemaduras de cigarrillo en las alfombras antaño lujosas y manchas oscuras en las paredes, todo estaba polvoriento. Una de las lámparas del techo estaba rota, mientras que otra no dejaba de parpadear y distrajo la atención de Tirosh. En el viejo casino imperaba un aire de afectada decadencia. Los escasos jugadores parecían cautivos del brillo de las máquinas tragaperras; se limitaban a sentarse frente a ellas en sillas altas como si de testigos en un juicio se tratase. Un letrero destartalado le indicó a Tirosh dónde se encontraba la recepción del hotel, y allí esperó a que se registrase un grupo de sacerdotes tanzanos. Cuando por fin acabaron se acercó al mostrador. Un empleado de aspecto estresado le dio la bienvenida con cautela. Tirosh dijo:

—Estoy buscando a un tal señor Cohen. Es ugandés.

El rostro del empleado se iluminó y asintió dos veces antes de decir:

—El señor Cohen, sí, por supuesto. ¿Quién lo busca?

Tirosh dudó y dijo:

—Dígale que es por el teodolito.

Al parecer, el empleado estaba acostumbrado a aquel tipo de mensajes. Alzó el auricular, marcó un número y esperó. Dos breves timbrazos.

—¿Señor Cohen? Hay un hombre en recepción que desearía hablar con usted. Sí. Sí. Por supuesto. Dice que se trata del teodolito, señor. Sí, ya veo. Muy amable, señor. Sí, por supuesto. Se lo digo.

Colgó el auricular.

—El señor Cohen le pide disculpas, pero no podrá bajar en persona en este momento —dijo el empleado—. Sin embargo, le sugiere que regrese esta noche. ¿Le vendría bien a las ocho? El señor Cohen tiene una mesa privada reservada en el Restaurante Lake View siempre que se aloja con nosotros. Ha tenido suerte de pillarlo aquí, suele ausentarse a menudo por sus viajes.

—Pensaba que vivía en Uganda y solo venía de visita —dijo Tirosh.

El empleado le dedicó una mirada compasiva.

—Nosotros preferimos pensar que este hotel es la residencia principal del señor Cohen. Es uno de nuestros huéspedes más preciados. ¿Necesita algo más, señor?

—No —dijo Tirosh—. Gracias.

—No hay de qué, señor. Disfrute de nuestro casino, ofrecemos el último grito en servicios de juego. La sala de póker abre en un par de horas, pero si el señor desea reservar un asiento en la mesa, puedo…

—No —dijo Tirosh—. Gracias. No me van las apuestas.

—Por supuesto. En ese caso, que tenga un buen día, señor.

—Igualmente.

Mientras Tirosh se alejaba, un hombre salió del ascensor y se acercó al mostrador de recepción. El empleado señaló a Tirosh con un gesto de la cabeza. El tipo del ascensor asintió y empezó a seguir a Tirosh con paso tranquilo. Él no se dio cuenta. Se detuvo una única vez y echó una moneda en una de las máquinas. Tiró de la palanca y la máquina soltó un zumbido. Los coloridos símbolos de la pantalla empezaron a girar, primero muy rápido y luego más lento, en un remolino de cocos, guindas, melones y papayas. Al detenerse aparecieron alineados tres melones idénticos. Sonó una campanita, *ding-ding-ding*, y un puñado de monedas de una libra repiquetearon con estruendo al caer en la bandeja de la máquina. Tirosh las sacó y las contempló en la palma de la mano, como si fueran artefactos arqueológicos que acabase de desenterrar, pero cuyo significado se le escapase por más que se esforzarse.

Se guardó las monedas y salió del casino.

No se dio cuenta de que alguien lo seguía.

24.

El móvil de Tirosh sonó cuando estaba fuera. Al contestar oyó un siseo de electricidad estática, y a continuación a una mujer que decía:

—¿Tirosh? Tirosh, ¿dónde demonios estás?

—¿Elsa? —contestó, aunque el nombre no le resultaba familiar. Se preguntó por qué le habría venido a la cabeza.

—Tirosh, no sé dónde estás. No has venido a la universidad y el hotel dice que no te has registrado. ¿Dónde te has metido?

Sonaba muy alterada.

—Pero si estoy aquí —dijo en tono perplejo.

—¡Aquí dónde!

—En casa —dijo, como si fuese la respuesta más obvia del mundo—. Estoy cada vez más cerca, Elsa. Empiezo a comprenderlo todo. Verás, ha desaparecido una chica —dijo con toda seriedad—. De alguna manera, todo tiene que ver con un muro. Cada vez estoy más cerca. Le estoy siguiendo la pista… —dijo en tono presuntuoso.

—Tirosh, ¿has perdido la cabeza? ¿Sigues en Tel Aviv?

—¿Tel Aviv? —dijo, paladeando aquel nombre desconocido. Y luego—: Perdona, ¿quién has dicho que eres?

La mujer le gritaba al otro lado de la línea, desde muy lejos. Fuera quien fuese, a todas luces estaba preocupada. Tirosh sintió una punzada de compasión. Fue entonces, mientras cruzaba la calle en dirección a su hotel, cuando se cruzó con Melody Rosenberg.

—¿Lior? —oyó que pronunciaban su nombre y, antes de que pudiera reaccionar, la mujer se abalanzó sobre él—. Lior Tirosh, ¿eres tú?

Cerró el teléfono como si de una funda de gafas se tratase y se lo metió en el bolsillo; aquella desconocida que no dejaba de lanzar gritos desesperados quedó olvidada. Por la acera se le acercaba una mujer de su misma edad, aunque de aspecto algo más joven. Iba vestida a la última moda parisina, con un vestido y un chal que le cubría los delgados hombros. Llevaba elegantes bolsas llenas de compras del *duty-free*. Al acercarse, Tirosh percibió el perfume caro que llevaba, Rosa de Judea, de Dior. Le pareció muy guapa y pensó que estaba igual que la última vez que la vio, que parecía haber sido hacía una eternidad.

—¿Melody? —dijo—. ¿Eres *tú*?

Ella le dio un abrazo de los que se dan entre adultos.

—¡No me lo *creo*! —dijo—. Pensaba que vivías en París.

—En Berlín —dijo—. Ahora me dedico a escribir.

—Siempre has sido experto en soñar despierto —dijo ella con una sonrisa.

Tenía unos dientes perfectos, agradables a la vista y muy blancos. Tirosh pensó que parecían caros. Siempre había estado un poco colado por Melody Rosenberg, de la dinastía de los Rosenberg, los magnates de los diamantes. Así había sido desde el primer día de colegio, cuando se mudaron de la granja a Ararat. Los Rosenberg eran lo más parecido a la aristocracia que podía encontrarse en Palestina. La familia tenía lazos comerciales con los De Beer, de Sudáfrica, y con los comerciantes de diamantes jasídicos de Amberes. También estaban emparentados remotamente con la rama francesa de los Rotschild, aunque solo como familia política. Durante una época, el hermano de Tirosh, Gideon, había salido con Tamara, la hermana de Melody.

—¡*Cuánto* tiempo! —exclamó Melody—. Yo acabo de volver de las minas de Tanzania. —Sonrió un poco avergonzada—. Acabé estudiando tres años en la Sorbona, pero ahora he entrado en el negocio familiar. Mi hermana se casó y se mudó a América. ¡De todos los sitios donde podría haber ido, se muda a ese páramo! Y mi padre lleva tiempo enfermo, así que… — Se encogió de hombros—. Resulta que se me da bastante bien.

—Siento lo de tu padre —dijo Tirosh.

—No está mal, dentro de lo que cabe —dijo Melody—. ¡Qué *alegría* verte, Lior! Oye, llevo prisa, tengo una reunión con unos comerciantes de diamantes congoleños…, pero me encantaría que nos pusiéramos al día. ¡Hace *mucho* tiempo! —Lo dijo con la leve vacilación de quien no quiere admitir cuánto ha pasado desde su infancia—. ¿Qué te parece si te acercas esta noche a nuestra casa? Vamos a dar una pequeña fiesta, poco más que una reunión de amigos. Te acuerdas de dónde es, ¿verdad?

Tirosh se acordaba. Había estado una sola vez; Gideon iba con Tamara y a Tirosh lo habían obligado a ir a pasar el fin de semana. Los Rosenberg tenían playa privada… De pronto se acordó, con repentino azoramiento, de que aquel fin de semana había intentado besar a Melody. Ella se había apartado y le había dicho con delicadeza que no lo veía de *esa* forma, que prefería que fueran solo amigos. El recuerdo le hizo sonrojarse. Melody siempre había sido muy adulta, mientras que él parecía no haber alcanzado la adultez por completo. Tirosh nunca se había sentido cómodo del todo en su propia piel. Quizá por eso se había convertido en escritor, y se olvidaba de las cosas de un modo tan natural. Siempre había sido el tipo de persona que se perdía sin esfuerzo en ensoñaciones.

—Me encantaría —dijo con cierta timidez.

Melody le dio otro abrazo y su perfume lo envolvió.

—Te veo esta noche —dijo y, con un repiqueteo de tacones, se alejó por la calle hasta perderse de vista.

Tirosh la siguió con una mirada anhelante. Al girarse vio que un hombre lo contemplaba desde el otro lado de la calle, pero en aquel momento no le dio mayor importancia. Volvió al hotel y entró en su habitación, donde se quitó la ropa y se dio otra ducha antes de tirarse en la cama.

Se quedó dormido y soñó. En el sueño estaba casado. Vivían en un pequeño apartamento en Berlín, cerca del Parque Görlitzer. Durante un tiempo fueron felices. Era un apartamento pequeño, frío en invierno. Tirosh tenía un escritorio que daba a la ventana. En él escribía. En el sueño, su esposa estaba sentada en el váter, Tirosh de pie en la puerta del baño. Su esposa sostenía en la mano un test de embarazo. Era azul. Alzó la vista hacia él y sonrió. En el sueño estaba radiante, tanto que Tirosh tuvo que apartar la vista y parpadear para que no se le cayeran las lágrimas.

—Oh, Lior —dijo ella—. Vamos a ser muy felices.

Despertó empapado en sudor y enredado entre las sábanas. La ventana estaba abierta; un viento caliente y húmedo agitaba las cortinas sucias. Se lavó

la cara en el lavabo y se miró a sí mismo en el espejo. No conocía a la persona que le devolvió la mirada. Se preguntó si aquella persona sería feliz.

La noche había caído para cuando volvió a salir a la calle y las farolas eléctricas destellaban con un alegre resplandor amarillo. Fue a pie hasta el Pelícano Rosa, disfrutando del frescor del aire, los gritos de los vendedores de caña de azúcar y el olor de la ternera a la brasa. En los altavoces de la plaza Sir Andrew Cohen retumbaba el reggae de Judea. Por la explanada paseaban parejitas tomadas del brazo.

Debía de haber sido una persona feliz, pensó.

—Papi, papi —dijo una voz, pero al girar la vista, sobresaltado, vio que se trataba de un niño pequeño que corría detrás de su padre, que lo alzó en brazos con aparente facilidad y se lo llevó en volandas. El niño parecía satisfecho.

Cuando llegó, el Restaurante Lake View ya estaba lleno de turistas. Sin embargo, bastó mencionar el nombre del señor Cohen para que lo llevasen adentro casi de inmediato. Lo acompañaron por la zona pública hasta un pasillo alfombrado que desembocaba en una sala privada, la sala tenía ventanas de cristal del suelo al techo con vistas al lago. La estancia estaba a oscuras; por un instante, la mirada de Tirosh se vio atraída por el muelle lejano, las naves que atracaban y el resplandor de los focos del puerto. El empleado que lo había acompañado salió en silencio y cerró la puerta. Había una mesa redonda de gran tamaño en el centro de la sala, así como tres sombras; dos de ellas de pie y otra sentada.

—Luz, Marcel, por favor.

Una de las grandes sombras que estaba de pie encendió una cerilla y le dio lumbre a una vela que descansaba sobre la mesa. Bajo aquel nuevo resplandor, Tirosh vio al señor Cohen. Era un hombre menudo y delgado, bastante viejo pero con ojos grandes y vivaces. Cohen se puso de pie para estrecharle la mano y Tirosh comprobó que se movía con bastante agilidad. La piel de la mano se le antojó seca y cálida al estrechar la suya.

—Ha despertado usted mi curiosidad, señor…

—Tirosh. Lior Tirosh.

—Ah. Me preguntaba cómo se llamaba el hombre misterioso que había venido esta mañana. Sea como sea, mi puerta siempre está abierta, ¿eh, Marcel? ¿Eh?

—Sí, señor Cohen —dijo el grandullón.

Se colocó junto a la puerta, de pie y con los brazos cruzados. Le dedicó a

Tirosh una mirada de indiferencia que parecía sugerir que el señor Cohen recibía muchos visitantes dudosos, que Tirosh no era más que uno de ellos y que pronto lo echarían de una patada como a los demás.

Había una botella de vino sobre la mesa, en la que habían puesto cubiertos para una persona. El señor Cohen le hizo un gesto a Tirosh para que tomase asiento, cosa que él también hizo. Se echó vino en la copa pero no le ofreció. Dio un sorbito, asintió aparentemente satisfecho y lo examinó de arriba abajo.

—Tirosh, Tirosh…, he oído ese apellido no hace mucho —dijo.

—Es un apellido bastante común —dijo Tirosh con cautela.

—¿De qué quería hablar conmigo, señor Tirosh?

—Me han dicho que se especializa usted en antigüedades —dijo Tirosh—. Objetos curiosos. En especial, artículos que tienen que ver con la primera expedición.

—Ah… —dijo el señor Cohen—. Sí, sí, así es. A ver, no soy ningún experto. Poco más que un amateur muy entregado. Crecí en Entebbe, bajo el gobierno de los británicos, ¿sabe? Desde muy joven me metí a aprendiz con un viejo comerciante, un tal señor Simpson. Por aquella época enviábamos tallas y objetos similares a coleccionistas de Europa, pero de vez en cuando, el señor Simpson tenía que cruzar a Judea y yo lo acompañaba. El relato de aquella primera expedición me fascina, ¿sabe? Lo fácilmente que podrían haber salido de otro modo las cosas, si el señor Wilbush hubiese entregado un informe negativo al congreso sionista en Europa. Debió de sentirse como un profeta con una visión de esta tierra transformada, un hogar para los judíos…, no exactamente tierra santa, pero como si lo fuera.

—No santa, pues. Tierra profana —dijo Tirosh, y el señor Cohen soltó una risita apreciativa.

—Sí. Sí, señor Tirosh. Algo así.

—No sabía que hubieran dejado mucho tras su paso —dijo Tirosh.

—¡Muchísimo! —dijo el señor Cohen—. No se olvide de que los tres exploradores viajaban con mucho equipo, muchos porteadores. Muchísimos porteadores. Y luego está lo del ataque, claro.

—¿El ataque?

—Los indígenas nandi persiguieron al señor Wilbusch — dijo el señor Cohen, y volvió a soltar aquella risita—. Muy clarividente por su parte, ¿no cree?

—Oí que Wilbusch trabajaba para los *Tierra Sagrada* —dijo Tirosh—. Que

desde el principio habían apalabrado que volvería con un informe negativo.

—Quizás, quizás.

—Pero luego, algo hizo que cambiase de idea. Algo que vio en un lugar sagrado.

—No sé nada al respecto, señor Tirosh. No, le aseguro que no. No soy supersticioso, solo tengo curiosidad. Adoro el pasado, y el pasado me permite llevar una vida modesta. Sí, así es. Bueno, ¿y cómo puedo ayudarle exactamente?

—Me dijeron que podría usted tener en su poder un objeto de Wilbusch —dijo Tirosch. El señor Cohen le dedicó una mirada grave, los dedos entrelazados sobre el pie de la copa de vino—. Su teodolito.

—Ah, sí —dijo el señor Cohen—. El teodolito. Creo…

Alguien llamó a la puerta. El señor Cohen giró la cabeza.

—¿Marcel?

El grandullón abrió la puerta. Entro un camarero blanco que empujaba un carrito con comida. Un mantel de almidón cubría el carrito.

—Su cena, señor.

—¡Ah, excelente! —dijo el señor Cohen.

Por desgracia, fueron sus últimas palabras.

El camarero llevaba chaqueta blanca y pantalones negros. Parecía palestino, igual que Tirosh.

Sacó una pistola automática con silenciador de debajo del mantel.

Marcel se acercó a él, pero el asesino le disparó con total frialdad. Dos tiros a quemarropa. El hombretón cayó al suelo. Tirosh se agachó en cuanto el asesino se giró y disparó en la frente al otro guardaespaldas.

El señor Cohen abrió la boca, quizá para protestar o quizá para suplicar. Tirosh jamás llegó a saberlo. El asesino disparó dos ráfagas cortas y parte de la cabeza del señor Cohen desapareció en un estallido de sangre y hueso. Y así, todo acabó: tres hombres yacían muertos en la habitación.

Tirosh se volvió hacia el asesino. No era más que un chico joven, con el pelo corto y un rostro bastante agradable. Podría haber sido camarero o soldado. Podría haber sido cualquiera.

Tirosh alzó las manos en gesto protector. El asesino no pronunció palabra alguna. Alargó la mano hacia él con gesto casi despreocupado. Tirosh vio que la mano de la pistola se alzaba y luego descendía con fuerza sobre él.

El dolor le explotó en el lateral de la cabeza. Cayó redondo.

A través del dolor vio que el asesino hacía algo extraño. Con la sangre de

uno de los caídos dibujó un símbolo en la pared, algo parecido a un árbol o a un mapa. Y, quizá fue un efecto de la imaginación de Tirosh, pero la sangre del dibujo pareció arder, apenas un segundo, como si le hubiesen prendido fuego.

Intentó arrastrarse. Oyó los pasos amortiguados del asesino, que se arrodilló a su lado. Tomó con delicadeza los dedos de Tirosh y le colocó en la mano la pistola que llevaba. Le puso el dedo en el gatillo y disparó una vez más. La bala penetró en la pared al otro lado de la mesa del señor Cohen.

—Sssh —dijo el asesino—. Tranquilo.

Tirosh intentó mover la pistola, apuntar al asesino. Él la apartó con la bota.

Tirosh vio que sostenía otra pistola.

El brazo del asesino bajó por segunda vez, y por segunda vez Tirosh sintió un golpe en la cabeza.

En aquella ocasión, por suerte, perdió la conciencia.

25.

Oscuro. Así es el lugar al que la mente escapa cuando se enfrenta al trauma. Un lugar que Tirosh conocía bien, pues tendía a pasar mucho tiempo perdido en sus propios pensamientos. Su mente era una celda cálida y oscura.

Entre la consciencia y el sueño, Tirosh empezó a distinguir retales de luz. Un adolescente que tenía su misma cara ascendía una montaña. La montaña era Elgon y el chico era el propio Tirosh. Conocía bien aquella montaña. Eran las vacaciones de verano y Tirosh las pasaba con su padre en la granja, lejos de la ciudad. Los Rosenberg se habían ido al lago y Gideon los había acompañado. En la granja solo estaban Tirosh y su padre.

Aquel chico que era Tirosh se aficionó a caminar solo por el campo durante la mayor parte del día. Se dedicaba sobre todo a perderse en sus ensoñaciones, en las historias que escribiría algún día (aunque aún no estaba seguro de cómo se escribían las historias) y en las aventuras de Avrom Tarzan, el chico de Judea que vivía en la jungla: sus luchas contra los cazadores furtivos ugandeses o los mercenarios sudafricanos y su expedición al interior de la Tierra Hueca.

Aquella última historia, que Tirosh había devorado con avidez hacía apenas un mes, lo impulsó a explorar las cuevas de Elgon, a pesar de las

advertencias de su padre. En aquel momento trepaba con manos y pies por la ladera. Cuando por fin llegó arriba y pudo ponerse de pie, miró hacia abajo a ver cuánto había avanzado y vio la ciudad de Ararat en la lejanía, con sus casitas blancas recortadas contra el cielo azul. También vio la granja, las aldeas y, por allí, una jirafa que estiraba el cuello para alcanzar las hojas de las ramas más altas de un árbol.

Sin embargo, aquella vista dejaba indiferente al joven Tirosh. La entrada de la caverna se abría frente a él. Avanzó entre los matorrales y vio pequeños insectos que se apartaban alarmados a su paso. Dentro de aquel hueco en la montaña el aire estaba húmedo y muy quieto; olía algún caudal de agua lejano, líquenes y cierta cualidad fétida en el aire que llegaba hasta él y volvía a esfumarse sin previo aviso.

Su padre le había dicho muchas veces que no se acercase a las cuevas. Por allí campaban los elefantes, así como otras criaturas: podría haber serpientes, pero también saqueadores ugandeses. Pululaban rumores de que, en los inicios de las refriegas contra los británicos para alcanzar la independencia, algunos luchadores por la libertad de Palestina habían ocultado armas y munición en las cuevas de Elgon.

Tirosh iba bien pertrechado para aquel viaje de exploración: llevaba una linterna y un termo, una bolsita con sándwiches y una brújula. Marcó el camino que iba recorriendo por las cuevas para saber por dónde regresar, y al hacerlo se fijó en que había otros símbolos parecidos ya grabados en la piedra.

Estaba claro que otras personas habían pasado por allí antes que él, encontró señales de su paso, algunas más recientes que otras. Al entrar en una caverna más amplia encontró restos de una pequeña hoguera rodeada de piedras. Más adelante vio una corteza de caña de azúcar tirada. Y más adelante aún, el casquillo de una bala.

Agarró el casquillo, con el corazón acelerado. ¿Habrían disparado a alguien en las cuevas? Llevaba avanzando un rato y había perdido la noción del tiempo, no sabía qué hora sería ahí fuera. Las cavernas parecían extenderse sin fin, no dejaban de ramificarse y describir círculos que acababan inesperadamente en las estancias anteriores. En más de una ocasión se había cruzado con algún símbolo en la pared que estaba seguro de haber dibujado él mismo, aunque no recordaba haber pasado por allí.

A pesar de que el camino que recorría ascendía y volvía a descender para luego girar o dar una vuelta completa, Tirosh empezó a tener la sensación de que se iba adentrando cada vez más en el interior de la montaña. Lo que no

sabía era qué lo impulsaba a avanzar.

Empezó a imaginar que oía voces, algo que le susurraba al oído y que le instaba a continuar. El sonido del agua se hizo más fuerte. Las paredes de la cueva se expandían a su alrededor; se encontró atravesando una serie de estancias cuyas paredes estaban cubiertas de dibujos fantásticos que representaban animales extintos largo tiempo atrás junto con gráciles cazadores, así como símbolos que no llegó a comprender del todo pero que despertaron en él cierta inquietud cuando se detuvo a examinarlos.

Vio varios árboles grabados en las paredes de la cueva, algunos se le antojaron grotescos y casi vivos. Entonces, el murmullo del agua aumentó y toda la claridad desapareció; el haz de su linterna brillaba débilmente en la oscuridad. Tirosh avanzó despacio, con cautela, y se preguntó si moriría allí dentro o si llegaría a encontrar el camino de regreso, si su padre se preguntaría dónde estaba y vendría a buscarlo. Aun así, nada de eso impidió que siguiese avanzando. Le pareció que nada podría detenerlo.

Cuando por fin llegó estuvo a punto de resbalar sobre la piedra húmeda del suelo. Presa del pánico, alargó las manos y se sujetó a las paredes. Se le cayó la linterna, que rebotó y se alejó de él. El haz de luz giró en la oscuridad hasta que aterrizó, no en el suelo, sino en el agua, y desapareció.

Tirosh descendió a cuatro patas. En un primer momento no vio nada y no se atrevió a moverse mucho. Sin embargo, en cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad empezó a atisbar débiles rayos de luz que venían de algún lugar sobre su cabeza. Alzó el rostro y vio que se encontraba en una enorme caverna, una oquedad que debía de llegar hasta la cima del Monte Elgon. Algunos rayos de sol se colaban entre resquicios ocultos del techo. Poco a poco consiguió ver.

Se quedó inmóvil. El corazón le latía al ritmo del caudal de agua que pasaba cerca. Al mirar a su alrededor, todo le pareció cubierto de un halo fantasmal. Vio el río negro y siguió la resbaladiza rivera, que desembocaba en un enorme estanque negro. Se arrodilló junto al estanque y metió la mano en las aguas oscuras. Se le escapó todo el aire de los pulmones: estaba gélida. Tenía sed, así que hizo un cuenco con las manos y bebió solo un poco. Tenía un sabor puro y limpio, pero en realidad era una temeridad beber de allí. No se debe beber a la ligera de las aguas negras del Sambatyon.

A partir de aquel momento, los recuerdos del sueño de Tirosh se volvieron confusos. No estaba seguro de qué sucedía luego ni de cómo había salido de aquellas profundidades subterráneas. Recordaba haber atravesado

una serie de túneles estrechos y haber salido de pronto a la brillante luz del sol, como si en el exterior no hubiese pasado el tiempo. Tenía el escalofriante recuerdo de un árbol oscuro, resguardado en un lugar aislado, que se recortaba contra la montaña y de cuyas ramas no colgaban frutos sino docenas de antiguos cráneos humanos. Pero debía de tratarse de su imaginación.

Ahora, en su estado medio aturdido, Tirosh recordó algo más. Había olvidado aquel episodio hacía mucho, al igual que tantas otras cosas. Sin embargo, en aquel momento recordó que había regresado en otra ocasión a las cuevas. Y con aquella certeza incómoda se despertó.

Sentía un dolor atroz en la cabeza. Parpadeó y miró en derredor. El señor Cohen, a quien le faltaba la mitad del cráneo, yacía en el suelo detrás de la mesa. Sus guardaespaldas estaban despatarrados contra la pared. Tirosh bajó la vista y se vio la mano.

Tenía una pistola en la mano.

Por desgracia, la puerta se abrió en aquel mismo momento. Entró una mujer con el uniforme del servicio.

—Señor Cohen, hay un… —estaba diciendo, cuando de pronto se interrumpió al ver la habitación.

Se llevó una mano a la boca y ahogó un grito. Miró a Tirosh a los ojos.

—Por favor —dijo—. Por favor, no…

—No, no —dijo Tirosh con toda sinceridad—. No es lo que piensa.

Aún tenía la pistola en la mano. Sus huellas dactilares estaban por todo el arma. Contempló a la mujer, confuso, hasta que esta giró sobre sus talones y echó a correr. Tirosh se puso en pie. Empezaba a darse cuenta del brete en el que se había metido. Había tres cadáveres en la habitación y él era el único sospechoso. Poca duda cabía.

Pensó que debería quedarse allí hasta que viniera alguien, para poder explicarse. La policía llegaría pronto.

Se le ocurrió que iba a ser la segunda vez que lo acusaban de asesinato en apenas unos días.

Debería haber dejado la pistola y quedarse donde estaba.

En cambio, lo que hizo fue guardarse el arma y echar a correr.

26.

Tirosh huyó. Por suerte, no había dado su nombre, aunque tampoco es que

fuera un gran consuelo. Salió del restaurante sin correr. Una vez se encontró fuera empezó a caminar rápido pero no tanto como para atraer la atención. Se compró un traje de camino en un quiosco baratucho que seguía abierto a aquella hora. Nadie le interrogó sobre su aspecto. Volvió al hotel, se lavó y se cambió lo más deprisa que pudo. Luego se marchó. No tenía equipaje. Todo lo que había traído consigo, que no era mucho, se había quedado en Ararat.

Lo siguiente que hizo fue bastante inteligente, diría yo. Paró un taxi y le dio al conductor la dirección de la casa de los Rosenberg.

Para entonces, la policía ya había llegado al Restaurante Lake View y ya me habían avisado, pero yo no estaba en mi despacho.

A nadie se le habría ocurrido buscar al asesino en una de las calles más adineradas de Palestina.

No estaba lejos. El taxi recorrió la carretera de la costa hasta dejar atrás el puerto y la ciudad. La noche se volvió más oscura. Tirosh vio las estrellas al asomarse por la ventanilla.

Mientras se alejaban de la ciudad, el silencio los envolvió, y con él llegó el tranquilizador sonido de las olas que acariciaban la orilla del lago, el canto de los pájaros y el zumbido de los insectos. Las casas eran cada vez más grandes y estaban más separadas entre ellas, cada una en su pequeña parcela de terreno. En ese momento, Tirosh oyó una música lejana que subía de volumen al tiempo que el taxi aminoraba la marcha hasta detenerse frente a unas enormes puertas abiertas. Tirosh pagó y el coche se alejó. Él se quedó ahí plantado.

Inspiró una bocanada de aire fresco.

Hileras de árboles conducían hasta la entrada. Había coches aparcados por doquier. El tipo de coches sobre los que escritores como Tirosh solían escribir pero que jamás podrían permitirse: Ferraris y Maseratis italianos, Rolls-Royces de Inglaterra, Mercedes del Reich…, todos destellaban bajo la luz que se derramaba de las ventanas de aquella mansión en la playa.

Tirosh se acercó a la casa. Un sirviente muy callado le dio la bienvenida con un gesto de la cabeza cuando le dio su nombre.

Melody había hablado de una pequeña reunión, pero lo que se encontró Tirosh fue una fiesta con todas las de la ley. La clase alta palestina al completo parecía estar allí. Tirosh recordaba a algunos de los presentes del colegio, a otros los reconoció de la televisión o los periódicos.

Había miembros de la familia Arison y Adelson, de los Salomon y los Abramovich. Los Ephrussi, los Blavatnik, los Sorose y los Brin. Eran como pececitos nadando en una pecera: hombres trajeados y mujeres con pieles y vestidos, niños muy guays con vaqueros y camisetas que debían de costar más que el salario anual de un trabajador normal. No había ningún miembro de la familia Gross; Tirosh sintió una punzada de compasión por el magnate de la construcción, que no pertenecía a aquel mundo de viejos ricos a pesar de todo el dinero que tenía. Vio miembros de la vieja nobleza europea: algunos Von Oppenheim y Von Löwenthal, así como Morpurgo, Rothschild y Auerbach. Varios de ellos habían crecido en Palestina, pero otros tenían doble nacionalidad y mantenían sus viejas bases en Europa, desde donde llevaban a cabo sus negocios. No había por allí apellidos de nuevo cuño como «Tirosh».

En cualquier caso, no era momento de resentimientos. Melody se lo encontró ahí de pie y su aroma lo envolvió.

—¡Lior, vaya pintas que traes! —dijo después de dedicarle una mirada.

—Perdón —dijo Tirosh—. He tenido un día muy duro.

—Vamos a buscarte algo para que te cambies. No puedes pasearte por aquí así. —Se prendó de su brazo y lo acompañó por la fiesta—. Puede que la ropa de mi hermano te siente bien.

Lo llevó a una habitación con vestidor anexo. Era más grande que todo el apartamento de Tirosh en Berlín.

—Bueno, ¿qué?

—¿Qué?

—Pues que te quites la ropa.

Melody hizo una mueca. Tirosh obedeció a regañadientes. Se sintió muy desnudo y vulnerable allí en medio, bajo su mirada. Se desabrochó la camisa barata y la dejó caer al suelo.

—Quítatelo todo —dijo Melody.

Se le acercó y le quitó la camiseta interior, sacándosela a tirones por la cabeza. Tirosh pensó que estaba muy cerca.

—Lior.

—¿Sí, Melody?

Ella le pasó los dedos suavemente por el estómago.

—Has cambiado —dijo con cierto tono maravillado.

—Hacía mucho que no nos veíamos.

—Me acuerdo de cuando te fuiste. Todos pensamos que habías desaparecido. Creo que incluso mandaron equipos de búsqueda a por ti, pero

tu padre dijo que estabas bien, que te habías ido al extranjero a estudiar.

Seguía acariciándole el cuerpo con la mano. A Tirosh le costaba tragar saliva.

—¿De qué hablas? —preguntó—. ¿Cómo que equipos de búsqueda?

Recordaba haberse marchado. Recordaba a su madre y a su padre, juntos por una vez, en el aeropuerto. El abrazo de su madre y el fuerte apretón de manos de su padre. Recordaba haber subido al avión, que despegó y atravesó las nubes…

—Cuando desapareciste —dijo ella, como si comentase algo obvio—, todo el mundo se preocupó mucho. Pensamos que te habías caído y te habías roto una pierna cerca de las cuevas o algo así. Al parecer siempre te metías en las cuevas aunque sabías de sobra que no eran un lugar seguro.

—Pero si yo no… —protestó él—. Yo nunca…

Le costaba pensar. Sentía un calor en el cuerpo, una sensación que casi había olvidado. Las manos de Melody le recorrían el torso.

—Melody…

—Entra aquí —dijo con una suerte de hambre urgente en la voz.

Lo metió en el vestidor de un empujón, entró tras él y cerró la puerta. Soltó una risita suave, un sonido que a Tirosh le provocó un escalofrío por toda la columna.

—Hueles distinto —dijo ella—. Hueles a pólvora y a sangre. Eso que tenías en la camiseta era sangre, ¿verdad?

—No…

—Es curioso lo mucho que cambia la gente —dijo Melody.

De pronto se lanzó a sus brazos, dispuesta, cálida. Lo empujó contra los trajes hechos a medida en Savile Row y en Milán, contra las telas de cachemir y lino, contra la lana y el *tweed*. Posó los labios, suaves y esponjosos, sobre los de él. Tirosh se acordó, con una sensación de soledad anhelante, de aquel verano hacía tanto tiempo, cuando había intentado besarla y al final habían acordado ser solo amigos.

Pero ya no eran niños. Eran adultos, habían cambiado mucho.

—Oh, Lior…

—Pero es que yo no… —dijo—, yo no desaparecí. Nunca hubo…

Melody lo acalló con los labios. Sus manos lo tocaron y Tirosh dejó de hablar. No había más que añadir. La agarró. Era como estar en un sueño, en una fantasía. La besó, escondidos ambos entre la ropa, como un par de adolescentes en el bosque. Ella se quitó el vestido y Tirosh aguantó la

respiración. Melody se echó a reír, una risa despreocupada y jovial. Todo aquello parecía tan simple para ella mientras que a Tirosh se le antojaba tan extraño. Jamás había vivido la vida que llevaban sus héroes de ficción. Hasta aquel momento.

Se movieron al compás el uno de la otra. Tirosh recordó el caudal de aguas negras. ¿Por qué pensaba en eso en aquel momento? No quería pensar en eso. Se aferró a Melody con desesperación, enterró la cara en el hueco de su cuello. Notó un sabor a sal en los labios, un dulce aroma. Recordó la sensación de caer.

El agua había estado muy fría.

Se ahogaba.

Melody pronunció su nombre. Le recorrió un escalofrío. Se agarró a ella a la desesperada. Ella soltó todo el aire de los pulmones y tiró de él hacia las profundidades. Los aspavientos de Tirosh eran frenéticos, tenía frío y también calor, se aferró a ella mientras Melody pronunciaba su nombre, mientras gemía, mientras le arañaba la espalda con las uñas. Luego aquellas espantosas aguas negras se apartaron de él. Se dejó caer.

Caía, atravesando el aire cálido, hacia otro lugar.

Los dos se quedaron ahí, tumbados, aún entrelazados, entre los trajes y abrigos. Los sonidos de la fiesta entraron poco a poco en aquel mundo privado que habían creado. Al final, Melody se separó y esbozó una sonrisa soñadora.

—Ha estado bien —dijo.

—Sí —contestó Tirosh. Había salido de las aguas negras, pensó. Estaba a salvo, allí había aire, había luz. Sonrió con aire tímido—. Siempre había querido…

—Ya lo sé —dijo ella. Le acarició la mejilla—. Te has metido en algún tipo de lío, ¿verdad, Lior?

—Sí. Sí, creo que sí.

—Qué delicia —dijo ella.

Se puso en pie y volvió a colocarse el vestido. Le tendió la mano. Él la aceptó y se levantó.

—Debería volver a la fiesta —comentó ella.

—Melody…

—Eres muy mono —le dijo en tono distraído.

Tirosh se irguió y se puso la camisa cara que le tendía. El tacto de la seda contra la piel se le antojó frío. Vestido con la ropa de otra persona, Tirosh

siguió a Melody y juntos volvieron a la fiesta. Ella le dio un último apretó afectuoso en la mano y se alejó. Le pareció que lo que acababa de pasar no debía de haber significado nada para ella. Se paseó entre los invitados con una copa de vino en la mano. Salió por la parte trasera de la casa, que daba a la playa privada de los Rosenberg.

Fue entonces, de pie en medio de aquel césped perfecto, contemplando el lago bajo la luna, cuando vio algo imposible.

Una mujer se materializó en el aire sobre el lago.

Por un momento permaneció flotando ahí. A continuación cayó en picado y se zambulló en el agua con un chapoteo.

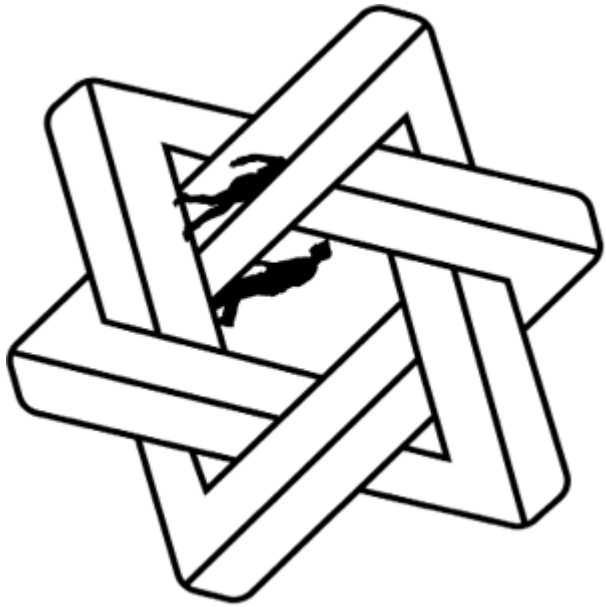
Luego salió del agua y se quedó ahí, de pie en medio de la playa. Alzó el rostro y sus miradas se cruzaron. Era delgada, poco corpulenta. Tenía el pelo oscuro pegado a la cara.

Tirosh la conocía.

Era la mujer del avión.

PARTE SIETE

VIAJES



27.

Te despiertas al alba. Debe de ser el alba. Sigues presa de los soldados de la FDP, en la casa que confiscaron temporalmente al comerciante nandi. Oyes llegar a un coche. No sabes por qué te retienen, o al menos no la razón concreta. Tus captores son rudos, este mundo en el que estás ahora no conoce las leyes físicas fundamentales que son la base de los viajes entre las sefirot. Aquí apenas hay un atisbo o un vago recuerdo de esas leyes. Sí existen algunos crípticos textos cabalistas, pero caen más en el misticismo que en la ciencia.

En tu mundo es muy diferente.

Y sin embargo, por tosco que sea este mundo, no está exento de cierto conocimiento. Es más, existen algunos solapamientos. En otras palabras: ya esperas lo que está a punto de suceder, esperas la llegada del hombre desaliñado y su desastrado ayudante que están a punto de entrar por la puerta.

Lo reconoces de un modo vago. Lo has visto en el aeropuerto, un oficial sin rango identificable. Había detenido a Tirosh. Te han entrenado para fijarte en ese tipo de detalles.

¿Acaso no te había advertido Abu Ramzi?

«Hay un hombre. Bloom».

—Barashi, tráenos un poco de café —dijo el hombre.

No es que tenga un aspecto impresionante. Tiene el mismo tipo de anonimidad que poseéis tanto Tirosh como tú. Podríais pasar por nativos de media docena de mundos, y disfrutar de privilegios en otra docena distinta. El ayudante se encoge de hombros mirándote, como si pidiera disculpas, y se retira. Te quedas sola con este tipo.

Te mira. Escruta tu rostro, aunque no sabes qué busca. Le devuelves la mirada con cautela. Dice:

—Me llamo Bloom.

Asientes. Crees que es alguien importante. Lo quiera o no forma parte del patrón que se teje aquí, el patrón que debes interrumpir. Es de fuera. Tienes curiosidad, mucha, por saber cómo ha llegado hasta aquí, de qué historia improbable ha venido.

—Y usted —dice este hombre, el tal Bloom—, según sus documentos, es Nur. Nur Al-Hussaini.

Asientes. Sí.

—Pasaporte otomano, empadronada en Jerusalén, en Tierra Santa.

Asientes de nuevo.

—Ha venido a Palestina a visitar a unos familiares.

Asientes por tercera vez.

—¿Y bien? —pregunta Bloom de forma inesperada. Sonríe—. ¿Qué le parece nuestro pequeño país?

—Es muy interesante —dices.

—¿Interesante? —Parece decepcionado ante tu respuesta.

—Muy hermoso —dices.

—Eso sí.

—Parece un accidente histórico —dices, incapaz de contenerte, o quizá por el impulso de ponerlo a prueba. Le lanzas la caña, el cebo, a ver cómo reacciona.

—¿A qué se refiere? —pregunta.

El tono de voz sigue siendo razonable, hospitalario, como si no te retuvieran en contra de tu voluntad, como si no estuvierais en una casa ocupada dentro de territorio ocupado. Como si no llevase pistola.

—Judíos —dices—. En África.

—Los judíos estamos por todas partes —dice él.

Asientes, reconociendo que es verdad. Tus recuerdos de este mundo (que pueden ser falsos, pero contienen un mínimo de verdad) suben a la superficie de tu mente. Los usas.

—También hay judíos entre los otomanos —dices—. En Jerusalén, en Jaffa. Son solo una minoría, pero para ellos no hay otro lugar en el que vivir que no sea Tierra Santa. ¿Por qué vive usted aquí, tan lejos de su hogar, en una tierra extranjera?

Crees que las palabras le hacen daño, que acarrea una pena privada, pero aun así contesta con educación.

—No necesitamos ninguna tierra santa —dice. Crees que se trata de una cita, correcta o incorrecta, de otra persona—. Lo único que necesitamos es tierra propia. Una tierra en la que ser libres.

Asientes. ¿Saben la suerte que tienen en este mundo? ¿Saben que la expedición regresó con un informe positivo y que la gran migración judía a África empezó en las primeras décadas del siglo XX? En este mundo también existió Hitler, pero el pueblo judío había escapado a la solución final.

Te preguntas cómo será el pueblo judío sin estar definido por el gran

Holocausto que marcó a sus supervivientes, que los convirtió en seres tan poderosos como avergonzados por sobrevivir. Quizá eran de maneras más sencillas, quizá estaban más cómodos en su propia piel, o quizá no eran más que una nación como cualquier otra, con el mismo impulso de reafirmarse, de dominar sus reinos. Basta pensar en el muro que están construyendo, en los desplazados, para comprender la lección que se ha aprendido por las malas en tus misiones para la Agencia Fronteriza: da igual lo que hagamos, la historia siempre tiende a repetirse.

—Me pregunto —dice este tipo, el tal Bloom—, por qué iban mis hombres a capturar a alguien como usted, alguien que aparentemente está de paso pero a quien pillan en casa de un conocido terrorista.

—Astrid… —dices, pero él hace un gesto con la mano.

—No ha sufrido daño alguno. No nos preocupa. Usted, sin embargo…

—Yo estoy de paso. Quería ver los campos de refugiados, el trabajo que se hace en ellos. Mi documentación está en regla…

—O casi —dice.

—No le entiendo.

—¿No? —dice—. Yo creo que sí.

La puerta se abre. Su ayudante, Barashi, entra con una bandeja cargada de café. Te tiende una taza con una mirada compasiva. Es café solo, amargo. Das un sorbo con gratitud e intentas pensar.

¿De qué lado está este tipo? ¿Podría ser el responsable de las rupturas en el muro, de la formación del patrón? Era de esperar que te capturaran en algún momento, o eso crees, puesto que estás formando tu propio patrón. Sin embargo, eso él no lo sabe. Aún.

—En las paredes de esa casa había cosas extrañas —dices. Le pones otro cebo.

—¿Ah, sí?

—¿No le parece?

Agita la mano en gesto despectivo.

—Magia negra. *Mumbo jumbo.*

—En ese caso, no hace daño a nadie.

Habéis llegado a un callejón sin salida temporal. Bloom se bebe el café de un trago. Tú das sorbitos al tuyo. Bloom dice:

—Barashi, déjanos solos.

—Señor, sí, señor.

Se acabaron las medias tintas. Sin previo aviso, Bloom estrella la taza

contra la pared. Se hace añicos. Tú das un respingo a tu pesar. La porcelana rota se desparrama por el suelo. Bloom se inclina hacia ti con gesto agresivo, las venas protuberantes. Ves la rabia que está, que siempre debe de haber estado, alojada bajo su piel. Piensas: «cuánto daño le han hecho». Te contempla con ojos inyectados en sangre.

—¿De dónde viene usted? ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¡No me mienta!

Das un sorbo al café. Bloom tiene el control. Está cerca. Muy cerca. Solo hay un modo rápido de hacer esto, pero va a doler. Siempre duele.

—He venido a arreglar una brecha —dices.

Antes de que pueda reaccionar te abalanzas sobre él sin que se lo espere. Lo agarras de los hombros y lo sujetas con fuerza. La silla de Bloom se vuelca y ambos

…

caéis...

…

desde las alturas, los grandes lagos africanos resplandecen con mil millares de destellos. Jamás tendréis la oportunidad de descubrir qué gran civilización tecnológica se ha desarrollado aquí a lo largo de milenios, pero sus brillantes artefactos, sus intrincadas ciudades, sus grandes monumentos, sus bibliotecas y sus vehículos voladores os rodean mientras Bloom y tú

…

caéis...

…

en un mundo en el que jamás ha habido *homo sapiens*. Campamentos de *homo erectus* ocupan las orillas del lago, columnas de humo suben hacia el cielo azul, y ves un niño pequeño que dibuja estrellas en la tierra, que alza el rostro y os ve, asombrado, que os ve a ti y a Bloom, a dos alienígenas surgidos de otro tiempo y otro lugar, que pasan por donde no hay camino alguno y que

…

os deslizais, de lado, por el tiempo...

…

hasta un mundo en guerra en el que los tanques de la *Wehrmacht* arrasan las aldeas de todo el lago y las hogueras arden día y noche y los soldados pastorean a incontables seres humanos y los guían hacia campos de concentración improvisados…

Un soldado os ve y grita, Bloom y tú os *agacháis* al tiempo que una ráfaga de balas os sobrevuela y…

…

os alejáis

…

de allí, os alejáis de esas palabras fácilmente comprensibles hasta llegar a los reinos de lo que pudo haber sido y de lo que nunca fue, a mundos fragmentados y posibilidades fraccionarias:

Aquí la luna se ha partido en dos, las dos mitades separadas flotan en el cielo nocturno, vosotros atravesáis una miríada de estrellas brillantes hasta llegar a un mundo en el que la humanidad jamás ha evolucionado, en el que nunca impactó el meteorito, en el que un rebaño de brontosaurios pasta tranquilamente bajo las lunas gemelas…

Seguís cambiando de mundo y llegáis a uno en el que los dioses dominan la Tierra, en el que pequeños tokoloshe corretean entre vuestros pies y os sobresaltan, en el que se alza el Nyami Nyami, inmenso, en la distancia, en el reino del Humo Atronador, en el que el jóven y viril Eshu cabalga cerca de vosotros mientras Mawu da a luz en el cielo…

…

hasta llegar a un mundo en tinieblas, en el que el sol ha desaparecido, en el que tenéis que avanzar en medio de un frío helado y un aire apenas respirable, qué es lo que habita este mundo, qué horrible catástrofe se ha desatado sobre él, jamás lo sabréis porque seguís avanzando, avanzando, y tengo miedo, Nur, tengo miedo. Ya he caído antes por el borde del mundo y tengo miedo de volver a caer, y sin embargo seguimos avanzando, por la oscuridad, el suelo no es más que una esquirla de cristal negro contra el que nuestros pies no emiten sonido alguno, no sé si durante horas o días, pues el tiempo ha perdido su significado en ese lugar, aunque sí que *moran* criaturas en él, entes horribles pero conscientes, fríos y hambrientos, que alargan sus tentáculos anhelantes a través de la noche eterna, susurrando: «Leng»…

…

y *cambiamos*

…

Hay una pequeña cabaña de piedra en el borde de un mar estrellado. No hay Tierra, no hay terreno, solo las estrellas nos rodean y, en la orilla, esa cabaña de piedra que lleva ahí toda la eternidad y ahí seguirá durante toda la eternidad. Ahí te arrodillas, tú y el hombre que es Bloom, el hombre que soy yo. En ese diminuto mar de realidad al borde de las estrellas, ahí hay un suelo de tierra y un altar. El altar está desprovisto de deidades. Desnudo. En este

altar ofreces tu silencio.

¿Quién construyó este lugar, esta burbuja fuera del espacio y del tiempo? Lo desconozco. Otros seres más antiguos que nosotros han viajado entre las sefirot. Hay misterios que ni siquiera tú conoces.

En ese lugar nos refugiamos de la noche. En ese lugar te das cuenta de lo pequeña que es la humanidad, de la insignificancia de sus guerras, de sus victorias y sus derrotas. No somos más que un parpadeo en el ojo de quien nos crea.

Es un lugar terrible, aquí, al borde de las estrellas. Y sin embargo, aquí también hay vida. Un musgo de un vívido color verde crece en las grietas de las paredes. En un rincón hay un círculo de piedra en el que hace poco ha ardido carbón. Las piedras siguen calientes al tacto. Creo que quizá sea esta la morada de Dios, que ha salido un momento, un pescador en medio de un mar de estrellas, y que pronto regresará… y tengo miedo, porque no quiero encontrármelo.

Por qué me has traído aquí, pregunto. Las palabras no cobran forma en este lugar. Las palabras no se forman de aire y vibración. En todo este tiempo no hemos emitido sonido alguno. ¿Por qué me has traído aquí, a este páramo entre las estrellas?

Pero si tú has estado aquí antes, dices, y yo digo No, no. Tomas mi mano entre las tuyas. Tienes la mano fría y yo tengo frío, y me estremezco. Y entonces te conozco, te conozco y tú me conoces, pues en ese lugar no hay fronteras y la mente de uno no es más que parte de un todo, todo se conoce y todo es luz.

Tomas mi mano con delicadeza y con delicadeza me llevas fuera de la cabaña de piedra que lleva aquí toda la eternidad, y creo distinguir en el mar de estrellas, apenas un momento, la canoa de un pescador, su silueta oscura recortada contra el mar, que destella en nuestra dirección, y el rostro de su ocupante está ensombrecido. No quiero ver su rostro. Con delicadeza tomas mi mano en la tuya y con delicadeza me llevas hasta la orilla de esta diminuta isla de realidad, y los dos contemplamos el mar, miramos hacia abajo tú y yo, miramos al cielo repleto de estrellas y

…

saltamos.

28.

Lo primero que llama la atención son las patas. Las patas del colosal león de arenisca que se alza sobre ti, porque la criatura, si eso es lo que es, desde luego es enorme. Y se yergue sola allí donde se extienden las interminables arenas, monótonas y solitarias. Shelley sabía de aquel león, debía de haberlo visto, ya fuese en una ensoñación diurna o en una pesadilla y los grandes cabalistas conocían bien aquel lugar. El sol brilla sin piedad y no permite sombra alguna, aunque no se trata del sol de la Tierra, sino de algo mucho más ajeno, un ojo, una radiación que es la primera luz, que es la luz de Dios, cuyas emanaciones laten y forman los mundos inferiores de las sefirot. Todo lo que hay bajo esa luz se conoce, pues se trata del penúltimo mundo, el Ein Sof, la vieja palabra hebrea para describir el infinito.

Lo primero en lo que me fijo son las patas. Luego, a regañadientes, alzo la mirada y veo el resto de la criatura, si es que es una criatura, el cuerpo de león, las alas de águila y la cola de serpiente. Es entonces, por fin, cuando contemplo la cabeza, que es humana, regia, viva: me mira, con una cierta diversión fría y alienígena en esos ojos dorados y profundos cuya mirada me atrapa hasta que me pierdo en la eternidad…

—Haz el favor de centrarte, Bloom —dices.

Parpadeo y me aparto de esa monstruosa mirada.

Las arenas se extienden hasta el horizonte. No se ve nada más, todo es una planicie carente de rasgos distintivos, excepto por un detalle tan pequeño que es fácil pasarlo por alto bajo la mirada de la esfinge.

En mitad de la arena hay una puerta sin pared alguna. Cerrada.

Una puerta pequeña y anodina.

Los ojos se apartan de ella, la mente la esquiva, porque lleva más allá.

—Ahora entiendo tu mente —digo.

—Y yo entiendo la tuya.

—En ese caso comprenderás que compartimos el mismo propósito.

Tú me miras con una leve expresión de disgusto.

—Mismo propósito, distinta metodología.

—¡Hago lo que hago por un propósito más elevado!

Te miro. Digo:

—Tú y yo no somos tan diferentes.

—Déjate de retóricas.

—Deberíamos trabajar juntos.

Ante eso te encoges de hombros. Todo este tiempo seguimos bajo la mirada de la esfinge y de la puerta que custodia. Me pareces cansada. Un viaje

como este debe de exigir mucho. Yo solo he estado aquí en una ocasión anterior.

Que seas capaz de hacer algo así me impresiona y me amedrenta a partes iguales, aunque intento que no se me note.

—El tal Tirosh —dices, y yo casi suelto un suspiro de alivio. Parece que sí que trabajaremos juntos—, es la clave de todo, ¿verdad?

—Ciertamente así lo parece.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué tiene de especial? —dices, y suenas confundida.

—Puede que sea por las sombras que proyecta —digo—. Hay reflejos imperfectos de Tirosh por todas las sefirot, lo he visto en tu mente. En tu propia realidad también ha habido un Tirosh. ¿Acaso no es esa la razón por la que aceptaste esta misión?

Tú, sin embargo, frunces el ceño.

—No, no es por eso —dices—. No…

Guardas silencio. No sé qué ibas a decir.

—Pregúntale a la esfinge —digo.

Tú me lanzas una mirada de soslayo.

—Eso —dices—, sería muy mala idea.

Algo retumba sobre nuestras cabezas. La cabeza gigante sobre el cuerpo de león se mueve. Partes de la mampostería caen sobre nosotros. Tenemos que agacharnos y retroceder para que no nos aplasten.

—¿Quién osa pertur…? —empieza a decir con una voz terrible, pero entonces la cabeza desciende un poco más y esos ojos imposibles parpadean. La esfinge dice—: Ah, eres tú, Nur.

—Hola, esfinge.

—Qué aburrida estoy —se queja la esfinge—. ¿Cómo va la cosa por los mundos inferiores? Noto como se estremecen los hilos de luz que mantienen juntas las sefirot. Los asuntos de hombres y mujeres en esos mundos me llenan de curiosidad. ¿Quién se atreve a juguetear con la Creación?

—¿Quién no se atreve? —respondes. La esfinge se echa a reír.

—Ay, humanos —dice, aunque con tono amable—. Qué maravillosas mentiras os inventáis, qué relatos del mundo. Cada frase que pronunciáis es pura fantasía. Os esforzáis tanto por creer que sois el libro que rige el mundo, las palabras que cuentan su historia. Y al mismo tiempo, sabéis en lo más profundo de vuestro corazón que no sois nada más que recuerdos.

Mis ojos se ven atraídos hacia la puerta. Esa puerta, esa terrible puerta que se alza en medio de las desoladas arenas.

Es una puerta que ni siquiera tú te atreves a abrir.

Aparto la vista y te miro a ti. Bajo la mirada de la esfinge nos situamos frente a frente, como dos pistoleros en una vieja película del oeste. Las arenas solitarias se extienden en la lejanía. Comprendo tu mente y tú comprendes la mía. No hay secretos entre nosotros.

—¿Y bien?

Asientes a regañadientes. Yo sonrío. La luz resplandece. La cabeza de la esfinge desciende.

Su aliento, cálido, cargado de aroma a semillas de cardamomo, nos envuelve.

La luz resplandece. Nos separamos. Tú entras en la luz y

…

caes...

…

mientras que yo me veo lanzado con violencia hacia un lado y choco contra una pared. Vuelvo a estar en la casa requisada, en los campamentos de Nakuru. Barashi está en la habitación. Me contempla con expresión indescifrable. No hay nadie más, te has ido. Tú

…

caes, a través de infinitos mundos, desde Kéter a Yetzirah, desde la Corona a la Creación...

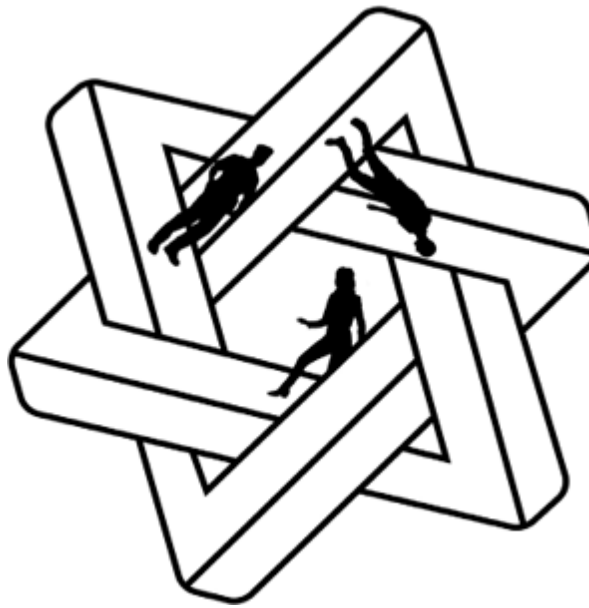
…

en las aguas templadas del Lago Victoria. El cielo en las alturas está oscuro, las estrellas ya han salido. Frente a ti hay una casa que no conoces en la que se celebra una fiesta. Sales del agua, goteando. Entonces lo ves. Ves a Tirosh, tu presa. Os miráis a los ojos. Él se sobresalta, da un paso en tu dirección, y luego otro. Ves sombras que se ponen en movimiento, que se acercan, el destello de la luz de la luna en un objeto metálico…

—¡Agáchate! —gritas.

La prosaica detonación de un disparo.

PARTE OCHO
HUIDAS



29.

Me resulta difícil retomar el hilo de la historia a partir de este punto. Todo se convierte en una maraña confusa. Para cuando llegué a la escena del ataque, tanto los atacantes como sus objetivos se habían ido hacía mucho. Barashi y yo tardamos más de dos horas en llegar a la mansión de los Rosenberg, conduciendo frenéticos por caminos mal iluminados. Los testimonios de quienes allí se encontraban eran confusos. Mencionaron a hombres vestidos de negro con aspecto militar que salieron de las sombras pistola en mano. Había una mujer en el lago, y aunque nadie supo precisar cómo llegó hasta allí, yo sí lo sabía, claro. También estaba Tirosh, vestido con la ropa de otra persona y envuelto en un aroma a sangre y sexo, el aroma de las novelas *pulp*, el aroma de las tramas baratas. Tirosh se agachó cuando empezaron a disparar. La mujer del lago llegó a tierra y, de algún modo, se las arregló para desarmar a uno de los atacantes.

Al parecer venían a por Tirosh.

Hubo una refriega breve y, en su mayor parte, silenciosa. La mujer huyó y se llevó a Tirosh con ella. Los atacantes se retiraron; volvieron a confundirse con las sombras de las que habían salido. Mis hombres encontraron su coche abandonado no muy lejos, por la carretera del lago. No había más que un cadáver tirado en medio del césped recién cortado, un hombre que no llevaba identificación, y sin embargo fue Barashi, entre todos los presentes, quien pudo identificarlo. Se llamaba Misha Gomel. Se había licenciado con honores tras formar parte de una de las unidades de élite de la FDP. Desde entonces había emprendido una carrera como mercenario, tal y como hacían muchos jóvenes, y vendía sus habilidades al mejor postor por toda África.

—Lo último que oí de él —dijo Barashi mientras le daba unos golpecitos al cadáver con el pie—, fue que estaba luchando en una guerra en Guinea Ecuatorial. Algún rico baronet británico que intentaba dar un golpe de estado financiado por la CIA. Lo que no sé es qué hacía aquí.

—Conseguir que lo maten —dije yo.

Barashi se encogió de hombros.

—Eso *son* gajes del oficio —dijo.

A mí aquello no me hacía ninguna gracia. No sabía dónde se había metido

Tirosh ni quién había intentado acabar con su vida. Alguien había ejecutado a tres personas en Kisumu aquella misma noche, y lo habían hecho con la misma ligereza con la que se mata a un puñado de pollos. Todos esos sucesos estaban conectados, todos formaban parte de un patrón que no hacía más que crecer. Tenía que encontrar a Tirosh.

—¿Quién *eres*? —quiso saber Tirosh.

Habían escapado a toda prisa de la mansión. La mujer había hecho un puente en un biplaza descapotable Susita con una eficiencia alarmante. Antes de que Tirosh pudiera reaccionar ya avanzaban a toda velocidad por la carretera en dirección a Kisumu. Tirosh tenía la respiración alterada de tanta adrenalina y tanta carrera. La verdad era que no estaba para nada en forma.

—Me llamo Nur. Ya nos habíamos visto antes, en Berlín.

—¿En Berlín? Pero…

—¿Qué es lo que recuerdas? —preguntó. Lo dijo casi con dulzura.

Tirosh se agarró las rodillas. Se acordó de Isaac, en el columpio del parque. Las mejillas arreboladas de puro gozo del niño.

—¡Más alto! ¡Más alto! —gritaba—. ¡Gusta!

Pronunciaba palabras que casi eran frases, dándole forma al mundo a su voluntad a medida que el lenguaje se formaba en su interior. Era un momento feliz congelado en el tiempo.

Pero entonces, ¿por qué asomaban las lágrimas a los ojos de Tirosh? ¿Por qué sentía aquella tristeza abrumadora?

Intentó pensar en Berlín, pero le costaba conjurar una imagen clara. Era como si hubiese dos Berlines, uno que seguía bajo el yugo del Reich alemán y otro que no; uno en el que Tirosh era de Palestina, como siempre había sido, y uno en el que era de otro lugar improbable. Las dos imágenes se solapaban y él se sentía incapaz de discernir en qué partes eran idénticas y en qué partes divergían. ¿Quién *era* él?, se preguntó. ¿Era siquiera real? Echaba de menos a Isaac, lo echaba muchísimo de menos. Quería volver a aquel recuerdo, levantar al niño en brazos, abrazarlo como si jamás fuera a soltarlo, como si pudiese mantenerlo a salvo, protegido, para siempre.

Quizá la mujer lo vio en su rostro. Aceleró y rodeó la ciudad, siempre adelante, evitando que los siguieran. Tirosh no sabía quién había intentado matarlo, ni si era a él a quien querían matar.

—Recuerdo… —dijo.

Recordaba una cueva. Aire húmedo, estancado. Un árbol de cráneos.

Recordaba caer en una negrura helada, caer tanto tiempo que pensó que iba a ahogarse.

Recordaba…

Recordaba no saber dónde estaba al despertar. El miedo que sintió, el equipo de búsqueda que gritaba «¡Lior!». Estaba…

—Estábamos de vacaciones en Kenia —dijo—. Un viaje después del servicio militar con algunos de los otros chicos. Dijeron que me había apartado de los demás, que me pasé horas perdido. Todos me estaban buscando. Cuando me encontraron estaban más aliviados que enfadados. Pasamos unos días más en Kenia antes de regresar a casa… a… a… Israel.

Pronunció aquel nombre en tono perplejo.

—Israel —prosiguió—. ¿Es un lugar real? Me parece un sueño que tengo desde hace tiempo, aunque no sé qué partes son reales. Al principio les dije que estaban equivocados. Que no quería ir allí. He nacido aquí, este es el lugar al que pertenezco. No dejaba de buscar Palestina, pero me decían que ese sitio no existía. Todo había desaparecido, como si nunca hubiese existido. Todo estaba tan… *emborronado*, dentro de mi cabeza. Como un cuadro que pierde color. Poco después dejé de preguntar y luego lo olvidé todo. Aún no… —Negó con la cabeza—. Ahora lo que se emborrona es el otro lado. ¿Entiendes lo que digo?

La miró.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Te lo he dicho. Me llamo Nur.

—Pero eres… ¿eres de allí?

—No —dijo—. Soy de otro lugar.

Había un agujero negro en todos los recuerdos de Tirosh, un vacío del que se apartaba, amedrentado. Así pues, lo que intentaba era volver a unir los fragmentos que sí conocía.

La muerte de Menhaim. La sobrina perdida. El teodolito. El lugar malo del que Gross le había hablado. El asesinato del señor Cohen. Se lo contó todo a Nur.

No esperaba que le creyera, pero lo hizo. Entonces, ella le contó otra historia a cambio; le habló del lugar del que provenía y de lo que esperaba evitar.

—Tenemos que llegar a Elgon —dijo Nur al acabar.

Tirosh dijo:

—Tengo que ir a ver a mi padre. Está enfermo.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

Ella asintió.

—Me estarán buscando —dijo Tirosh—. Puede que también te busquen a ti, después de lo que ha pasado en la mansión. Pobre Melody, debo de haber echado a perder la fiesta.

—Dudo que… —empezó a decir Nur, pero entonces los iluminó el resplandor de unos focos desde más adelante en la carretera.

Por un momento, Nur quedó cegada. Cualquier otro conductor habría frenado, pero ella pisó el acelerador y condujo sin ver. Tirosh se agachó bajo el salpicadero en el momento en que empezaron a sonar disparos a su alrededor. El coche chocó contra al menos una persona. Las ventanillas explotaron en una lluvia de esquirlas. Nur atravesó la emboscada. Los cristales los cortaron a ambos, pero ni una sola bala les acertó.

Me cuesta explicar lo que sucedió a continuación.

30.

Para cuando Barashi y yo llegamos a aquella última escena, yo ya empezaba a sentir que todo se escapaba de mi control. Los acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez; quien orquestaba aquella secuencia de ataques nos manipulaba a todos.

Había sido una emboscada montada aprisa y corriendo. Encontramos un cadáver en el suelo, abandonado como el de la mansión de los Rosenberg. Barashi también identificó al nuevo cadáver; era un mercenario palestino. Yo sospechaba que como mínimo otro debía de haber sido atropellado, pero quizá sus colegas se lo habían llevado con ellos. Vi las señales del impacto y la sangre, pero no había ningún otro cadáver. Había casquillos de bala en el suelo y huellas de neumáticos que se internaban en un camino rural.

—No intentaron perseguirlos —dijo Barashi—. Les debió de pillar por sorpresa que no parase.

—Diles a los polis que limpien la escena, ¿quieres? —le dije.

En aquel momento, habría querido enviar helicópteros en busca de los dos fugitivos, avisar a todas las patrullas de policía, pero no estaba seguro de en quién podía confiar.

Podía sentir cómo empezaba: una suerte de *levedad* que empezaba a percibirse en el aire, en el suelo, que hacía que la luna pareciese hueca y los coches traslúcidos. El cadáver en la carretera parecía desvanecerse entre parpadeos; existía y no existía, una y otra vez. Ya estaba sucediendo, estaba *funcionando*. Aquel hechizo empezaba a extenderse sobre mi amado país, sobre Palestina, mi precioso refugio nocturno. Sentí miedo. Ya había experimentado algo así una vez.

***

A partir de ese punto, los acontecimientos se precipitaron. Lo que ahora sé solo pude reconstruirlo a posteriori, y aun así, algunos detalles siguen extrañamente en sombras. Por ejemplo, sé que Tirosh y tú os separasteis durante un breve lapso de tiempo, pero no sé por qué. Todo lo que ocurrió entre aquel ataque y los acontecimientos posteriores es un misterio para mí. Creo saber que estabas herida; quizá incluso sufrías alucinaciones. Entrabas y salías de las sombras o, dicho con otras palabras: no caminabas siempre en este mundo, pasabas a través de mundos adyacentes, atajos, posibilidades que no existieron y lugares que jamás fueron. Lugares que podías atravesar libremente.

Tirosh se encargaba de una tarea más prosaica: conducir. Recorrió caminos rurales y carreteras secundarias, sendas que usaban los granjeros y algún que otro cazador ocasional. Solo la luna fue testigo de su paso. Tirosh, a pesar de que su mente estaba dividida, conocía aquella tierra.

Aquella tierra era verde y rica. La luna brillaba sobre las colinas ondulantes. Pronto apareció el Monte Elgon en la lejanía. Tirosh condujo por caminos silenciosos que desembocaban en el hogar de su infancia.

No tardó en ver la granja solitaria. Una única luz brillaba en el porche. Redujo la marcha antes de detenerse por completo. El coche recorrió el último par de metros en punto muerto y se paró. Puso el freno de mano y se quedó ahí, contemplando la vieja finca. No se movió. El aire tenía un olor dulzón, saturado de recuerdos.

Un rato después escuchó que la puerta mosquitera se abría y volvía a cerrarse. Resonaron unos pasos en el porche y se detuvieron. Tirosh acabó por salir del coche. Olía el aroma del cigarrillo del anciano. Volvió a sentirse como un niño que volvía a casa.

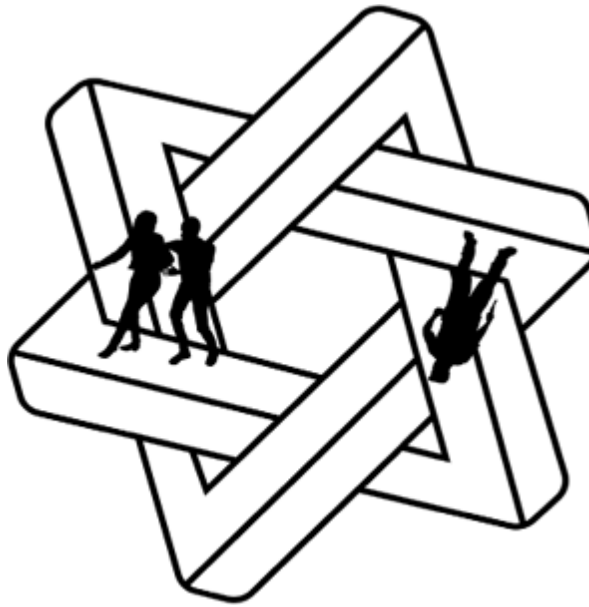
Abrió la puerta, entró y la cerró tras de sí, como siempre le habían dicho

que había que hacer.

Oyó una tos. Dio un paso y luego otro. La luz del porche bañó el rostro desgastado y orgulloso del anciano. Irónicamente, Tirosh pensó en una esfinge.

—Hola, papá —dijo Lior Tirosh.

PARTE NUEVE
EXPLICACIONES



31.

Lior Tirosh estudió a su padre como si jamás lo hubiese visto antes. Recordaba un hombre alto y orgulloso, no aquella figura encorvada, aquel cuerpo azotado por toses dolorosas, aquella cara arrugada como una máscara tribal. Solo los ojos seguían igual que antes, los ojos de un ave de presa; y los dedos largos y nervudos manchados de nicotina. Esos dedos que en su día le habían enseñado a enarbolar una pistola, a arar el campo, a hacer un nudo y a sostener un bolígrafo. Se dio cuenta de que hacía años que no veía al viejo, y que la mitad de sus recuerdos eran falsos.

—Lior. Así que has vuelto.

—Sí.

Se estudiaron el uno al otro con aire cansado. Había habido tiempos felices, en su juventud, antes de mudarse a Ararat. Luego llegó la enfermedad de su madre, repentina e inexplicable, y el funeral, y luego había tenido que regresar a la granja. Se le ocurrió entonces que su vida había sido una sucesión de huidas, que, en cierto modo, siempre había estado buscando aquel lugar en la montaña, aquel estanque de aguas negras.

Había intentado por todos los medios desaparecer.

Y, de alguna manera, había funcionado. Llegó a olvidarlo todo, a revivir su vida… en otra parte.

Nunca había esperado regresar allí. Al pensar en su padre lo hacía con una mezcla de rabia y vergüenza, aderezada con lo que pensaba que debía de ser amor, aunque en realidad de aquello último no estaba seguro. «Amor» no era una palabra que el viejo usase a menudo, a no ser que hablase de la tierra, de aquella tierra.

Tirosh le dio una patadita al porche, igual que hacía cuando era niño. Aquella *mierda* de tierra.

Un recuerdo:

Por la noche, en la granja, las hienas salen vacilantes bajo la luna llena. La luna sobre Palestina es un suave vientre redondo, preñado de posibilidades. Cuando la luna llena se eleva en el cielo, todo es posible. El chico, Lior, no puede dormir. Se escabulle al exterior. La granja es una gran estructura de madera y piedra; sólida, fuerte.

Pertenece a este lugar. Ha venido para quedarse. La construyó padre, con sus propias manos y sus propios albañiles. Es casi una pequeña aldea por derecho propio. Padre tiene establos para los caballos y una granja lechera en la que se ordeñan las vacas y se produce mantequilla y queso. Hay un pueblo no muy lejos; de allí vienen la mayoría de trabajadores de la granja. Padre habla su dialecto. Todos respetan a padre; es un hombre grande, ancho. Los periódicos dicen que carga con Palestina sobre los hombros.

En una noche clara, Lior puede oler el humo de leña que llega del pueblo, ver las luces de las hogueras en la lejanía, oír el llanto de un bebé, la risa de una mujer o la charla susurrada de los hombres. Sus voces son murmullos en la noche. Las hienas salen, atraídas por la luz, con los rostros tensos, hambrientos. Recortadas contra la mole del Monte Elgon, las acacias componen un contraste digno de postal. El joven Lior se sienta en el porche junto a su hermano, Gideon. Los dos se ponen a jugar al bao. Los crujidos de las semillas contra la madera llenan la noche. Las caras de los niños están contraídas de pura concentración. Gideon ya ha aprendido a disparar. Padre se lo lleva a las colinas y le enseña a sujetar el rifle, a cargarlo, a fijar la vista y disparar. Lior está celoso. Él también quiere disparar, quiere conocer el poder de un arma, pero hay algo más: quiere sentir el abrazo protector de su padre, esa voz ronca dándole instrucciones precisas, la mejilla sin afeitar de su padre contra la suya propia mientras le explica qué es el gatillo, la culata, el cerrojo, el seguro. Su padre huele a cigarrillos Matossian sin filtro y a Old Spice. Gideon barre la parte del tablero de Lior y se lleva todas las semillas a su lado. Mueve los dedos con presteza y le roba las fichas a Lior hasta que no le queda ninguna. Por último coloca la semilla que queda en una casilla vacía y emite un chillido triunfal. Los mosquitos zumban atraídos por las luces; las hienas esbozan sonrisas torcidas tras la valla... y mamá los llama para que entren.

—Así que estás enfermo.

—La tierra está enferma, Lior. Mi enfermedad es la enfermedad de la tierra.

Tirosh se enjugó el sudor de la frente. La cara camisa de seda se le pegaba a la piel. Tenía cortes en los brazos. El humo del cigarrillo de su padre le daba náuseas.

—He tenido un día muy largo —dijo.

—Escribiendo —pronunció esa palabra con tanto desdén que Tirosh retrocedió—. Ni un solo libro ha conseguido detener una bala, Lior —dijo el viejo general.

—Los libros no se hacen para detener balas —dijo Tirosh.

—La tierra está enferma, Lior. Esperaba…, esperaba que Gideon y tú la heredaseis. Que cuidaseis de esta tierra. La diseñé para vosotros. Sin embargo, los dos me abandonasteis. Gideon en la guerra y tú con tus fantasías. Ya no queda nadie.

—Quizá seas tú quien ha infectado a la tierra con tu enfermedad —dijo Tirosh—. No al revés. Este muro…

—¡Este muro! ¿De verdad crees que quiero el muro?

—Yo no sé *lo que* quieres.

El viejo general aplastó el cigarrillo con furia en el cenicero.

—Nada de muros —dijo—. Nada de fronteras. Todo esto debería ser nuestro, Lior. ¡Todavía podría *serlo*! Ven adentro, quiero enseñarte algo.

Dio media vuelta. Tirosh lo siguió. Siempre seguía a su padre. En el interior vio que la casa estaba parcamente amueblada, apenas funcional. No había fotos de familia. En la pared colgaba un mapa de gran tamaño.

El viejo general señaló hacia el mapa con un gesto de la cabeza. Tirosh se acercó. Vio Palestina en el centro, dentro de un círculo pintado con rotulador. África se extendía a su alrededor en todas direcciones. Uganda y Kenia, Tanzania y Malawi, estaban dentro de otro círculo. Más allá estaba el Congo, Etiopía, Namibia. El último círculo rodeaba Egipto, Nigeria, Sudáfrica y Mali. Una línea de puntos partía del Cabo de Buena Esperanza, pasaba por Palestina y atravesaba todo el continente hasta llegar al Cairo y acabar por fin en la costa del Mar Rojo, en Puerto Saïd. La vieja vía ferroviaria transafricana.

—Todo esto —dijo su padre—. ¿Es que no lo ves, Lior? ¡Fuera fronteras! ¡Fuera muros! Una nación judía que se extendiese hasta donde abarcase la vista, desde el Cabo hasta el Cairo. Y de ahí…

Se acercó al mapa y clavó el dedo en el último punto de la línea de tren. Desde allí lo movió hasta Tierra Santa.

—Esto sería el primer paso —dijo su padre—, pero luego podríamos alcanzar mucho más. Somos hombres de espada y pistola, Lior. Hay más muros, más fronteras que cruzar, que conquistar…

Los ojos horrorizados de Tirosh se alejaron del mapa. No quería mirar, pero ya sabía que estaba ahí, en el borde justo de su visión. Se había dado cuenta desde que entró. Un pequeño armarito de trofeos, madera vieja y manchada tras una lúgubre cristalera que contenía una colección de recuerdos, nada más. Y sin embargo…

Tirosh no sabía qué eran la mayoría de las cosas que había en el armarito.

Una brújula, un libro de bolsillo con las tapas de cuero manchadas, la punta rota de una lanza, unos anteojos doblados, un reloj de bolsillo con cadena, un oxidado y viejo dispositivo portátil de medición. Era una colección de fetiches. Tirosh reconoció el último con una suerte de callado horror: se trataba de un teodolito. Tenía que serlo.

—Deborah —dijo. Le dio la espalda al armarito de curiosidades y se giró hacia su padre—. Deborah. Tu nieta. ¡La hija de Gideon!

—Lior, por favor, no me hables en ese tono —dijo su padre.

—¿Dónde *está*? —quiso saber Tirosh.

—No tengo ni idea —dijo su padre en tono calmado.

—Has sido *tú*. Todo este tiempo eras tú.

—No seas tan melodramático, Lior, por favor —dijo su padre—. Mira. *¡Mira!*

Desenrolló otro mapa que colgaba enrollado de la pared. Aquel mapa mostraba una especie de árbol o arbusto atrofiado con todo tipo de protuberancias y ramas muertas, círculos unidos por los trazos irregulares de su padre, llenos de anotaciones y líneas.

—Mira todos estos lugares, como ese horrible sitio en el que pareces haber pasado tanto tiempo últimamente. ¡Mira! Aquí es donde los ndebele derrotaron a Cecil Rhodes en los Montes Matobo. Aquí es donde Shaka sobrevivió a los intentos de acabar con su vida y derrotó a los británicos en la batalla de Puerto Elizabeth, donde se hizo con el control de la joven Colonia del Cabo. Aquí es donde Moisés ascendió a faraón y viajó al sur con su pueblo. Aquí…

Tirosh contempló el mapa, aquel dibujo infantil de mundos imposibles, las flechas y diagramas que conectaban los puntos, las anotaciones de número de tropas, envíos de armas, códigos de informes de inteligencia. Los gimoteos de su padre sobre las muchas posibilidades que nunca ocurrieron lo envolvieron.

Pero todo le daba *igual*.

Quería volver a la realidad tangible, a su pequeño apartamento que daba al parque, al frío prístino, impersonal y europeo de Alemania. Quería volver con Isaac…

—No —dijo—. No, no.

—Lior, ha llegado la hora de que dejes de comportarte como un niño y empieces a ser un hombre —dijo su padre—. Todo está listo. De hecho fue gracias a ti que empecé a entender este destino. Aprendí todo esto al buscarte después de tu desaparición. Sí. Has servido bien a esta tierra. Y todavía la

servirás, Lior. Todo está casi listo.

—Deborah —dijo Tirosh—. ¡¿Qué le has hecho a Deborah?!

—¡Ya te lo he dicho, muchacho! No sé dónde está. Seguramente acabará por aparecer, es lo que siempre hace esa niña idiota.

—Los hombres que intentaron matarme…

Su padre soltó un resoplido.

—Intentaron —dijo—. No hay intento posible en el acto de matar, muchacho. Pensé que ya lo habrías aprendido, es lo que intenté enseñarte.

—Entonces, ¿quién…?

Su padre asintió. De pronto apareció una pistola en la mano del viejo. Disparó, una dolorosa detonación resonó en la habitación en silencio. El olor acre de la pólvora y la sangre llenó la habitación.

—Ella —dijo su padre.

Tirosh se giró, atontado. Le zumbaban los oídos tras la detonación. Nur estaba detrás de él. Ella también enarbolaba una pistola, que no había llegado a disparar. En el rostro tenía pintada una expresión de dolor confundido.

Le manaba sangre del hombro. Miró a Tirosh a los ojos con una mirada que comunicaba… ¿qué? ¿Dolor? ¿Perplejidad?

Nur se derrumbó despacio en el suelo. Tirosh dio un salto adelante y la agarró antes de que se desplomase del todo.

32.

Tirosh te quitó el arma de la mano y apuntó entre temblores a su padre. Nur soltó un débil gemido. Intentaba no perder la consciencia. Algo cayó de su mano y rodó hasta debajo de un mueble, pero ninguno de los hombres se percató. Justo como ella quería.

—No dispares —dijo Tirosh.

—Tiene que morir, Lior. Tiene que morir para completar el patrón. Mañana podríamos estar en Outremer. ¡En Canaan! ¡En Urusalim! Podríamos salir victoriosos allí donde los judíos siempre deberían haber ganado. Venceríamos en Masada, en Qargar, en Lachish. Únete a mí, Lior. ¡Sé un *hombre* por una vez en la vida!

¿Quiso Tirosh pegarle un tiro a su padre en aquel momento? ¿Podría haberle disparado de haber querido? No era el tipo de hombre propenso a sacar una pistola, mucho menos a usarla.

Apoyó el peso de Nur sobre sí y se levantó. Intentó detener la hemorragia lo mejor que pudo, más centrado.

—Lior, no te vayas.

—Tengo que irme.

—No vas a llegar muy lejos —le advirtió el viejo.

Tirosh no le hizo caso. Sin dejar de apuntar hacia su padre, retrocedió paso a paso, cargando con Nur.

—Lior…

—¡¿Qué?!

—Deberías quedarte aquí. Sería lo mejor.

—¿Mejor para qué, padre?

—¿Cuánto recuerdas del exterior?

—¡Me acuerdo de mi *vida*! ¡Recuerdo que era feliz! ¡Escribía libros, tenía mujer y un *hijo*!

La palabra se le quedó trabada en la garganta. Apoyada contra él, Nur soltó otro gemido de dolor. Tirosh apartó el rostro. Recordaba a Isaac. Recordaba su carita sonriente y confiada. El rugido del camión, salido de ninguna parte, por la carretera. El rostro del niño sobre el asfalto. El chillido de Ada. El suyo propio…

—Quédate. Aquí las cosas son diferentes, Lior. Podemos hacer que las cosas no hayan sucedido así. Aquí sigue habiendo un Isaac, tu Isaac, en Berlín. Hay una versión de ti mismo en este mundo. No tiene que ser así…

—Vi cómo moría —dijo Tirosh.

—Yo sé lo que es enterrar a tu propio hijo —dijo el viejo general.

—Ah, ¿sí? —dijo... gritó Tirosh—. ¿Ah, sí, padre? Lo que tú sabes es mandar a niños a la muerte. Sabes entrenarlos para ser soldados, para luchar, siempre luchar, para morir, siempre morir. Morir por ti, por la tierra. ¿Qué sabes tú de inocencia? ¿Qué sabes tú de dolor? Isaac no le había hecho daño a nadie. No tiene nada que ver en todo esto. Nada.

—Quédate.

—*Basta* —dijo Tirosh.

Ayudó a Nur a salir. El viejo general no hizo nada. Vio cómo se marchaban los dos. Salieron fuera. Se metieron en el coche y Tirosh encendió el motor. Estaba llorando. El cielo nocturno estaba emborronado de estrellas, como si lo hubiese pintado un niño con los dedos. Condujo tan rápido como fue capaz para alejarse de allí. Daba igual. Puede que la casa pareciera abandonada, pero

no lo estaba. Varios hombres surgieron de entre las sombras. En su día habían sido niños como Tirosh, como Isaac, pero ahora eran asesinos entrenados, la verdadera progenie del general Tirosh.

—Id a por ellos —dijo.

—¿Y su hijo?

—Es el último eslabón de la cadena —dijo apesadumbrado el viejo—. Matadlo a él también. Matadlos a los dos.

Los hombres asintieron. Se perdieron en la noche, en busca de sus presas.

33.

Vi cómo se marchaban. Había aparcado el coche en un recodo de la carretera. Me acerqué a la granja a pie. Los vi marcharse en dirección a Elgon, vi al viejo general y vi a sus hombres y lo comprendí todo. Esperé un poco. Luego me acerqué a pie a la casa y abrí la puerta y entré.

Creo que me estaba esperando.

—Bloom —dijo sin la menor sorpresa.

—General.

—Entre.

Lo seguí hasta la misma estancia que acababa de quedarse vacía. Vi los fetiches en el armarito, artefactos de una expedición realizada largo tiempo atrás. Vi los mapas en las paredes.

—Usted proviene de un lugar así —dijo el viejo general.

—Sí.

—No suele hablar usted de ese sitio.

—General, los muros se levantan por un motivo.

—No sea ingenuo, Bloom. Los muros no mantienen fuera al enemigo. Lo que hacen es encerrar dentro a quienes los levantan. Hemos de derribar los muros para tomar lo que es nuestro.

—Señor, con todo el respeto…

—Está usted conmigo o contra mí, Bloom. No hay término medio.

Sostenía un arma en las manos. La había disparado hacía poco.

—No —dije con tristeza—. No lo hay.

Vi lo que Nur había dejado caer bajo el mueble. No era nada destacable, solo un espejito de mano, una polvera. Lo agarré y se lo lancé. Creo que no se lo esperaba.

Lo abrió y contempló el espejito. Me pregunto qué fue lo que vio.

Le di la espalda y salí. Quería haberle hablado de mimetismo, de organismos que pueden fundirse con el entorno ante un peligro; como malas hierbas que aparentan ser cultivos útiles para evitar que las arranquen.

Debimos haberle perdido la pista en aduanas, pensé. Pero, claro, las cosas que provienen de fuera tienden a colarse en el interior.

La explosión me tiró al suelo al alcanzarme. Cuando me giré vi que la granja era pasto de las llamas.

Me quedé ahí, contemplando el fuego. Hice el saludo militar. Era un gran hombre, pero ahora estaba muerto.

No había nada que decir.

Me fui de allí y seguí las huellas de los neumáticos que se perdían en la oscuridad.

…

A veces pienso en la esfinge y me pregunto por qué no llegó a plantearme ningún acertijo.

Quizá pensaba que yo no tenía mucho que decir.

. . .

Al cabo de un rato me crucé con el coche, abandonado a los pies de la montaña. Había chocado contra un árbol, todo el chasis estaba abollado. Pero no había restos de sangre y los pasajeros no estaban dentro. Proseguí.

…

Había dos hombres muertos en la entrada de la cueva, y un tercero moribundo. Su sangre empapaba la tierra…

…

Otros dos dentro de una cueva con muros adornados por dibujos de antiguos asesinatos…

. . .

¡Por Dios, el árbol! ¡El árbol de cráneos!

34.

—No queda… mucho —dijo Tirosh. Le costaba cargar con el peso de Nur. Atravesaron despacio el sistema de cavernas. La sangre de Nur goteaba sobre el antiguo y tosco suelo excavado. El sudor le picaba en los ojos a Tirosh—. Ya casi… estamos.

Los asesinos los seguían y yo seguía a los asesinos. Llegaron al lugar dentro de la montaña en el que el tiempo se detiene. Aguas negras, un estanque silencioso. Pequeñas olas que lamían la orilla.

Tirosh cayó de rodillas. Nur se derrumbó ahí mismo, sentada a su lado, sujetándose la herida. Estaba muy pálida. Tenía los dedos cubiertos de sangre.

—¿Quieres…? —empezó a decirle a Tirosh.

—¿Qué?

—¿Quieres volver?

Él no te respondió.

Los últimos dos asesinos se acercaban por el túnel. Los acuchillé, uno detrás de otro. Los apuñalé en el corazón y deposité los cuerpos con delicadeza en el suelo. Allí los dejé.

Atisbé el estanque de aguas negras. Me deslicé hasta donde estaban Tirosh y Nur.

Tirosh se sobresaltó, pero Nur no pareció sorprendida. Sonrió apenas un instante.

Le hice un gesto de asentimiento con la cabeza. Lo habíamos logrado.

Ayudé a Tirosh a meterla en el estanque.

Las aguas se agitaron…

Nur bajó la cabeza, cansada. Se hundió en el agua.

Hay un sitio en el que las arenas llanas y solitarias se extienden…

Nur desapareció.

Desapareciste.

35.

Sentados allí, Tirosh y yo tuvimos una larga charla, mientras contemplábamos las aguas negras del infinito. Nur ya no estaba y su ausencia me dolía más de lo que había pensado. Yo amaba aquella tierra. Jamás me había creído capaz de amar nada más. Ni a una persona ni a otra tierra. En

algún momento hay que elegir una de las dos. Toda la historia no es más que un montón de mentiras que nos contamos a nosotros mismos, un relato. La tierra siempre está allí, indiferente a nuestro sufrimiento, a nuestras guerras, a los nombres que le ponemos. El viejo general había muerto, pero Palestina permanecía, dividida por un muro y dos relatos distintos.

Tirosh, a mi lado, penaba por su hijo.

—Entonces, ¿tú también vienes de fuera? —preguntó cuando casi habíamos acabado de hablar.

Verás, en realidad le daba igual. Solo llenaba el silencio de alguna manera. Quizá a eso se reduce la historia, al modo que tenemos de espantar el silencio de los muertos con nuestras voces fugaces.

—Sí.

—¿Y cómo es? Tu mundo, digo.

El viejo general me había preguntado lo mismo. Yo jamás se lo había contado.

—Es hermoso —le dije a Tirosh—. Altneuland. Está a orillas del Mediterráneo. Jerusalén es su capital eterna. Las naves voladoras atraviesan majestuosas los cielos azules. Los niños son felices, gorditos y despreocupados. Se dedican a correr entre chillidos por las playas de Herzlberg y a salpicar el agua cálida del mar. En el aire flota el aroma del azahar. No existe la guerra ni el miedo. Es un paraíso.

Tirosh se estremeció.

—¿Y la gente de allí? —preguntó. Una palabra de su otra vida, del exterior, brotó de sus labios—. ¿Los palestinos?

Me encogí de hombros.

—Allí no había sitio para ellos —le dije—. Tuvieron que marcharse.

Él se apartó de mí, como si estuviese enfangado, podrido. No preguntó y yo no dije nada.

—¿Vas a quedarte? —le pregunté.

—… no —dijo al fin, y luego—: ¿Y tú?

—Este es mi hogar, Tirosh.

—Pues entonces, adiós, Bloom. Me gustaría decir que ha sido un placer, pero sería mentira.

—Lo mismo digo.

Tirosh intentó sonreír. No era nada típico de él. Metió los pies en el agua y contempló el abismo negro de las profundidades. No debía de haberle resultado fácil tomar aquella decisión, pero creí entenderlo: en cierto modo

había rechazado la fantasía.

Se dejó caer al agua con torpeza y flotó ahí, estremeciéndose.

No sé lo que estaba pensando. Estaba pensando en ti. Quería verte, al menos una vez más.

… quería explicarme.

Tirosh empezaba a hundirse cuando me tiré encima de él.

—… ¡*suéltame*!

Luego empezamos a ahogarnos.

36.

Me ahogaba en un estanque negro y frío. Las estalactitas resplandecían, húmedas, en el techo de la caverna. No podía respirar. El agua estaba gélida. Tirosh forcejeaba contra mí, intentaba apartarme de sí, sin éxito. Nos hundíamos cada vez más. El estanque no tenía fondo, no tenía fin.

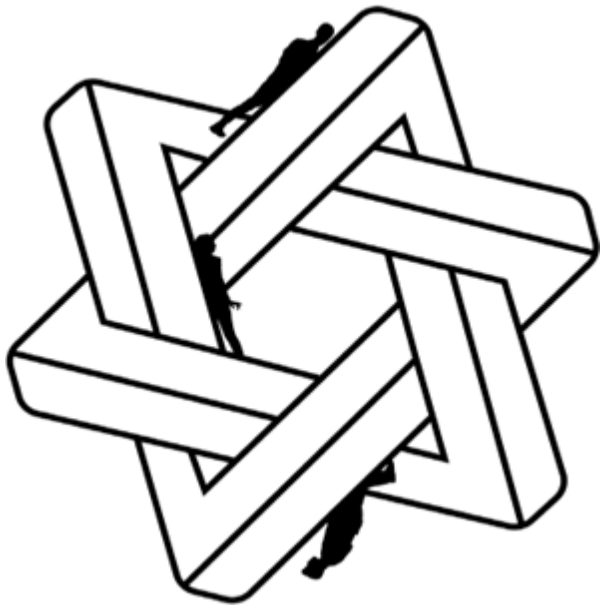
Yo también forcejeé en el agua. No quería morir. Tirosh se resistía. Era sorprendentemente fuerte. La desesperación le otorgaba fuerzas. Nos separamos durante un instante y me entró el pánico. A nuestro alrededor se arremolinaban sombras en la oscuridad. Alargué una mano, a ciegas, y le agarré la muñeca, me aferré a él. Ambos íbamos a morir. Nos hundimos. Se me emborronó la vista. ¿Por qué lo había seguido? El mundo quedó reducido a una pequeña burbuja de aire. Éramos nosotros. Tirosh me dio una patada. Casi no sentí el dolor. El mundo entero era dolor. Me ardían los pulmones. ¿Cuánto habíamos descendido? ¿Cuánto más podíamos descender? En una ocasión, Tirosh lo había atravesado. Yo tenía que creerlo. Lo único que tenía que hacer era abrir la boca y respirar para poner fin a todo aquello, pero aun así, me resistí. Una mota de luz en la lejanía, imposiblemente lejana. Yo ya no sabía dónde estaba arriba y dónde abajo. Tirosh ya no luchaba. Se hundió como una roca y yo me aferré a él.

Un rugido en mis oídos.

El estanque era una noche negra salpicada de estrellas.

Caímos por el borde del mundo.

PARTE DIEZ
PARTIDAS



37.

…y aterrizamos en medio de un tiroteo como una tormenta rabiosa.

La noche era húmeda y caliente. Yo sudaba. Nos disparaban desde ambos lados. Me di cuenta de que no era a nosotros. Se disparaban entre sí. Era de noche y las estrellas colgaban sobre nuestras cabezas como decoración barata. No tenía ni idea de dónde estábamos. Oí gritos, en árabe y en lo que sonaba como judeo.

—… Oh, no —dijo Tirosh.

Lo agarré de las solapas y lo sacudí con fuerza.

—¿Dónde estamos? —pregunté—. ¿Qué sitio *es* este?

Empezó a reírse. Furioso, lo tiré al suelo de un empujón.

—¡Maldita sea, agáchate! —me gritó.

Oí una sirena en la lejanía. Una forma oscura atravesó el aire sobre nosotros. Sentí el silbido de unos misiles casi silenciosos. Un instante después hubo una explosión frente a nosotros. Los gritos en árabe se interrumpieron de pronto. Tirosh me agarró del brazo.

—¡Corre, idiota! ¡Corre!

Balas trazadoras iluminaron el cielo. Frente a nosotros vi jeeps militares, y hombres vestidos con uniformes verde oliva que disparaban. Tras ellos había un enorme muro de cemento. El muro se extendía hasta el infinito; dividía aquella tierra. Los soldados nos disparaban a nosotros. Tirosh agitó las manos con gestos frenéticos y gritó en algún tipo de dialecto arcaico de Judea, una y otra vez:

—¡No disparen! ¡No disparen! ¡Soy israelí!

Fue la primera vez que oí aquella repugnante palabra.

Pensé que íbamos a morir. Sin embargo, los disparos cesaron de repente. Unos tipos jóvenes nos rodearon, armas en ristre. Nos tiraron al suelo y nos inmovilizaron bocabajo. En pocos segundos nos esposaron con finas tiras de plástico que se me clavaron en la piel. Manos expertas nos registraron en busca de armas. Encontraron mi revolver y pensé que me iban a disparar ahí mismo. Sin embargo, Tirosh no dejaba de bombardearlos con aquellas palabras una y otra vez, un borboteo confuso que venía a decir que nos habíamos perdido y que yo era visitante extranjero.

—¿Cómo habéis cruzado el maldito muro? —quiso saber uno de los soldados.

—¿Dónde están vuestros papeles? —preguntó otro. Alguien me dio una patada muy fuerte en las costillas—. ¿Dónde están vuestros *papeles*?

Yo cerré los ojos.

Y pensé que al menos no estábamos muertos.

Nos llevaron al otro lado del muro y nos encerraron. Tirosh intento explicarme entre susurros dónde estábamos. Aquel sitio se llamaba Israel, o quizá Palestina. Nos habían pillado en alguna parte de los territorios ocupados, en medio de una refriega entre insurgentes palestinos y una patrulla de las Fuerzas de Defensa de Israel. Dejé que sus explicaciones resbalaran sobre mí. No era allí donde yo quería ir. Aquel sitio no era más que otro lugar que pudo haber sido, igual de jodido que los demás.

Tras un rato conseguí abstraerme de él y me dormí.

Dejaron salir a Tirosh un par de días después, pero a mí me retuvieron en la cárcel varios meses, hasta que decidieron qué hacer conmigo.

Mi encierro no fue tan malo. Estaba al tanto de las noticias y llegué a aprender aquella versión del dialecto de Judea, una mezcla bárbara de hebreo e idiomas eslavos sazonados con el árabe que se hablaba en aquel lugar. Estábamos en Oriente Medio, en el mismo espacio geográfico que mi Altneuland perdida tanto tiempo atrás. Y sin embargo, no podía hallarme más lejos de ella.

Tirosh vino a verme una única vez durante mi encarcelamiento.

—Se trata de mi sobrina —dijo.

—¿Tu sobrina?

—Deborah. La que desapareció.

—Ah, recuerdo haberlo investigado —le dije—. No encontramos pruebas de que le hubiese sucedido nada, Tirosh.

—Bueno, pues la he encontrado —dijo en tono lúgubre.

—¿Cómo?

Me lo dijo.

Salió en las noticias poco después de nuestra… llegada. La vio en la televisión. Una mujer joven con un bebé sujeto al pecho. Estaban en medio de una manifestación. Un grupo de manifestantes de izquierdas se había reunido en la parte israelí del muro, cargando con pancartas. Los miembros de la policía

armada los contemplaban, aburridos. Una breve entrevista, un acento algo extraño, como extranjero. Se llamaba Deborah Glass-Bialik. Tirosh la buscó y vio que aparecía en el listín telefónico. Cierto día de otoño fue a verla.

Vivía en una casita en el extrarradio. El suelo del jardín estaba cubierto de hojas y de juguetes de bebé desparramados. Vaciló y luego llamó a la puerta. Ella abrió con el bebé en brazos. Lo miró sin mucha curiosidad.

—¿Sí?

—¿Deborah? ¿Deborah Glass?

—Ahora es Glass-Bialik —dijo ella, y le enseñó el anillo de bodas—. ¿Nos conocemos?

—Pues… —No sabía qué decir.

—¿Es usted periodista?

—No, no —dijo—. Es que la he visto en las noticias, en la manifestación, y pensé…

—Si se trata de la próxima reunión, espere —dijo ella. Se metió dentro y volvió a salir con un folleto. Se lo puso en la mano—. Aquí tiene toda la información. Espero que pueda venir.

No parecía haberle molestado que Tirosh apareciese por su casa. Más bien parecía acostumbrada a que viniese gente a llamar a su puerta. De hecho, mientras Tirosh remoloneaba en la puerta, indeciso, un tipo grandote de barba se les acercó con paso tranquilo y los saludó con un gesto de la mano. Le hizo un gesto de asentimiento a Tirosh y empezó a hablar con Deborah del Programa de Captación de Miembros y de la próxima reunión del comité. Poco después, Tirosh se excusó y se marchó, con el folleto aún en la mano como si de un salvavidas se tratase. En la cara frontal había una viñeta tosca que mostraba a dos personas a ambos lados de un muro, ambas echándolo abajo. Tirosh lo tiró en una papelera que había una calle más abajo.

—No tenía la menor idea de quién era yo —me dijo—. Y parecía feliz, Bloom. No quise remover aguas pasadas. Ni siquiera sé si se acuerda de… ese otro lugar.

—¿Y tú, te acuerdas?

—Ahora mismo todo parece un mal sueño —admitió—. ¿Crees que es real, Bloom?

—Tengo que creerlo —dije.

Él asintió despacio, pero no me pareció muy convencido. Se fue poco después. Jamás volví a verlo.

Y más o menos, esto es todo. Poco tiempo después, yo también empecé a encajar en aquel mundo. Encontraron mis papeles y me dejaron libre con apenas una advertencia. A veces pienso en ti; me pregunto dónde estarás.

Tirosh volvió a Berlín, al menos por una temporada. Publicó solo una novela más, un sórdido *pulp* en tapa blanda titulado *Tierra Profana*. Vi un ejemplar en el cajón de libros en oferta de una librería local hace tiempo, pero no llegué a comprarlo. Lo último que supe de él es que se había vuelto a casar.

En cuanto a mí, ahora vivo en Israel, en una ciudad llamada Tel Aviv. No está tan mal. La playa es bonita, aunque suele estar sucia. En verano hace tanto calor que cuesta respirar, pero así me siento un poco como en casa. Lo que sí echo de menos es la altitud y las lluvias tropicales. A veces, despierto en la cama, me imagino que oigo la llamada de los elefantes a lo lejos, aunque no sea más que un autobús que dobla la esquina.

Sin embargo, está ahí fuera, en alguna parte. Estoy seguro. El verano pasado fui de vacaciones a Kenia en busca del lugar que pudo haber sido. No encontré nada más que un remanso de aguas tranquilas donde siguen estando las colinas ondulantes que conocía en su día. En los días claros se puede ver el océano. En este lugar, en este tiempo, no es más que una nota al pie en la historia, algo que pudo haber sido, una fantasía. Sin embargo, estoy seguro de que es real y creo que puedo volver a encontrarlo. Creo que estoy muy cerca. A veces enciendo la radio y escucho las noticias; otro coche bomba, otro ataque con misiles, y vuelvo a hacer el cómputo de vivos y muertos.

A veces ni siquiera sé de qué Palestina se trata: si de la suya o de la nuestra.

EPÍLOGO HISTÓRICO

Si se va hoy en día a la ciudad de Haifa, puede encontrarse la calle Nahum Wilbush por la zona del puerto. Uno de los tres hombres que participaron en esa lejana expedición de 1904 vivió una vida muy larga y murió de viejo en la moderna Israel de 1971. Ingeniero de profesión y de vocación, está claro que no era el tipo de persona con tendencia a perder el tiempo pensando en lo que podría haber sido.

Por otro lado, Theodor Herzl, fundador del sionismo, vio el valor que tenía la capacidad de imaginar futuros imposibles. En 1902 publicó una curiosa novela utópica: *Altneuland* retrataba un idílico y próspero estado judío en Palestina. En la visión de Herzl, en aquella tierra existía una minoría árabe compuesta por ciudadanos por derecho propio en aquella tierra. Y sin embargo, incluso en esa novela hay un político que intenta (y no consigue) arrebatarles sus derechos. La novela se tradujo al hebreo bajo el título de *Tel Aviv*, y acabó por dar nombre a la zona judía establecida en Jaffa en 1909, que acabaría creciendo hasta ser el área metropolitana más grande del Estado de Israel.

El propio Herzl jamás llegó a ver su ficción convertida en realidad. Murió en 1904 tras pasar buena parte de su vida adulta buscando una patria para el pueblo judío. Otros asentamientos propuestos incluían El-Arish en Egipto, Chipre, Anatolia y Argentina, aunque ninguno llegó a fructificar. Trude, la única hija que sobrevivió a Herzl, murió en el campo de concentración de Theresienstadt en 1943. No hubo final feliz para la familia de Herzl. Quizá en la vida los finales felices son más difíciles de alcanzar que en la ficción.

Israel y Palestina son dos tierras en una, una geografía única dividida por relatos enfrentados. Yo mismo crecí en un *kibutz* de Israel junto a una aldea árabe cuyos residentes escaparon de la guerra de 1948…, o la Guerra de la Independencia, según el punto de vista: sus casas quedaron arrasadas poco después; no quedó del asentamiento más que un montón de ruinas vacías que a los niños nos encantaba visitar. Aunque me dijeron varias veces que los

residentes habían «huido», a mí jamás se me ocurrió preguntar por qué no habían vuelto.

Muchos de los refugiados palestinos de aquella época huyeron a Cisjordania o a la Franja de Gaza, así como a Líbano y Siria, donde ahora mismo hay campos permanentes de refugiados. En los albores del siglo XX, un enorme «muro de contención» de setecientos kilómetros se levantó entre Cisjordania e Israel. En hebreo se lo conoce como «barrera de seguridad», mientras que en árabe se lo denomina «muro del Apartheid». De vez en cuando se organizan conversaciones de paz, anunciadas a bombo y platillo, como las que se mencionan de pasada en esta novela. Al igual que en esta novela, dichas conversaciones no han resultado más que en un espectáculo de relaciones públicas de cara a la galería.

Sin embargo, alguien debe de haberse hecho rico construyendo ese muro, al igual que el señor Gross de este libro.

Del mismo modo que el personaje de Bloom, nadie se ve a sí mismo como villano. Y los muchos e incompetentes Tirosh que hay en este mundo no pueden hacer más que escribir pequeñas fantasías escapistas y seguir adelante con sus vidas de la mejor manera que puedan.

Yo crecí en Israel y recuerdo mucho de la euforia ante una inminente paz que nos dominó a principios de los años 90. También crecí en Sudáfrica justo después de la abolición del apartheid. Recuerdo tanto el terrorismo blanco del AWB como la emoción ante las primeras elecciones democráticas del país. Tuve la suerte de vivir y viajar durante un tiempo por África Oriental, de enamorarme de esa hermosa tierra tanto como Tirosh y Bloom en esta novela.

Al igual que Tirosh, a veces pienso que no soy más que un escritorzuelo *pulp* con ilusiones de grandeza. Al igual que Tirosh, también me siento un extraño allá donde voy. A mí también me encantaría escaparme a un mundo fantástico: me habría encantado ver las torres blancas de Kang Diz Huxt alzándose en el cielo amarillo bajo una luna rota, haber navegado los pantanos gaseosos de Samaria donde moran los Horrendos…, sean quienes sean.

Sin embargo, no existe más que este mundo en el que vivimos, por imperfecto que sea. La fantasía no supone ninguna vía de escape. Quizá esa sea la lección más dura que aprendemos de niños, aunque muchos de nosotros, al igual que Tirosh, seguimos forcejeando contra las restricciones que nos impone esta realidad.

Lavie Tidhar, 2018

GLOSARIO

Avreichim: Eruditos que se dedican a estudiar el Talmud, la Torá y la literatura rabínica a tiempo completo en instituciones conocidas como kollel. Los avreichim son hombres casados.

Bibelot: Pequeña figura o estatuilla de escaso valor.

Eshu: Divinidad de la religión yoruba, Eshu es el mensajero, intermediario entre los orishas y la humanidad. Es una deidad de naturaleza dual, aparece en las encrucijadas y representa las diferentes caras de un asunto.

Jasidismo: Rama del judaísmo ortodoxo de carácter tradicional cuyas características principales son el estudio de la Cábala y la aplicación estricta de los preceptos de la Torá, unido a la vida en comunidades cerradas.

Kalenjin: Grupo étnico oriundo de la región del valle del Rift (al oeste de Kenia y al este de Uganda) que engloba una gran cantidad de tribus unidas por el origen nilótico (idiomas originarios de Sudán, de las riberas del Alto Nilo) de sus lenguas.

Kipá: Pequeña gorra ritual que los hombres judíos deben llevar en los lugares de culto o sagrados. Algunos judíos observantes la llevan siempre. Se puede distinguir la pertenencia a diversas ramas o corrientes del judaísmo según los colores o materiales de la kipá. Simboliza la idea de que Dios está por encima de todas las cosas.

Klezmer: Música instrumental que en el pasado se interpretaba en ocasiones festivas y alegres en comunidades judías de Europa del Este, es un género musical que sigue existiendo hoy en día aunque su auge se produjo a principios del siglo XX, y está más presente en comunidades jasídicas.

Kwaito: Género musical originario de Sudáfrica de tempo lento, surgido en los años 90, que combina la música house y el hip hop con ritmos africanos locales.

Kwasa kwasa: Baile propio del Congo nacido en los años 70 en el que se mueven rítmicamente las caderas y las manos hacia delante y hacia atrás.

Mawu: Diosa suprema de la etnia Fon de Abomey, localizada en la República de Benin, parte femenina de la deidad Mawu-Lisa, se la asocia con la noche, la luna, la fertilidad y la tierra.

Mezuzot (en singular mezuzá): Pergaminos que tienen escritos dos versículos de la Torá, y se guardan en pequeñas cajitas cilíndricas que a su vez se fijan en un lateral de la puerta de todas las casas judías, cuyo objetivo es la protección de la familia. La inscripción de las oraciones en el pergamino debe hacerse a mano por un sofer, o escriba ritual.

Nachtasyl: Término de origen alemán que significa «refugio nocturno» y que en el contexto del congreso sionista hace referencia a la búsqueda de un lugar seguro diferente de Palestina en el que el pueblo judío pueda instalarse.

Nandi: Uno de los grupos étnicos más numerosos dentro de los kalenjin, con una población estimada de más de un millón de personas, que habita principalmente en Kenia y en la frontera con Uganda.

Nyami Nyami: Dios fluvial del río Zambeze, uno de los principales para el pueblo Tonga, que se localiza en Zimbabue y Zambia.

Parashá: Cada una de las 54 porciones en las que se divide la Torá, cada semana debe leerse una de ellas según un orden establecido.

Rugelach: Dulce judío muy popular en Israel con forma de medialuna, suele prepararse con una masa a base de crema agria o queso crema. Originario de Europa central y oriental.

Sefirot (en singular sefirá): Las sefirot son diez atributos o emanaciones de la Cábala, a través de las cuales se revela el Ein Sof (concepto de infinito en el judaísmo). Las sefirot son los canales de la fuerza divina, y conforman el Árbol de la Vida según la Cábala.

Shomer: De acuerdo con la ley religiosa judía, un shomer es un guardián legal al que se le confía el cuidado y la custodia de un bien de otro.

Shtreimel: Gran sombrero negro de piel llevado por hombres judíos ortodoxos casados, generalmente jasídicos, en diferentes festividades.

Sofer: Escriba judío versado en el estudio de la Torá y encargado de transcribir sus versículos a mano.

Tokoloshe: Criatura de la mitología zulú que habita en Sudáfrica, se trata de un duende acuático y se le considera un espíritu travieso o malvado.

Ugali: Plato típico de todo el Este de África, elaborado a base de harina de maíz y agua, y que suele acompañar carnes y pescados aportando carbohidratos a la comida.

Unterlander: Judío proveniente de la antigua Hungría, de la zona que actualmente comprende Eslovaquia, Transilvania y parte de Ucrania. Es un área en la que el jasidismo tuvo una influencia muy marcada.

Waragi: Término genérico que se utiliza en Uganda para referirse a cualquier licor de elaboración casera.

Yeshivá: Centros de estudios masculinos de la Torá y el Talmud cuyos alumnos son, en su gran mayoría, hombres solteros. Su equivalente femenino son las midrashot, de más reciente aparición. El termino también puede referirse a los estudiosos que acuden a estos centros.

POSFACIO
POR NIEVES MORIES

DE AEROPUERTOS, CARDAMOMO Y ÁRBOLES DE LA MUERTE

Termino de leer *Tierra Profana* y cierro los ojos.

A pesar de que me gusta trabajar con tiempo y me han encargado un posfacio sobre la novela, también me reservo el disfrute, durante unos minutos, en silencio; minutos que pueden convertirse en horas con más frecuencia de la que me gustaría, para procesar lo leído y no caer en la comodidad de resumir lo que cualquiera puede encontrar con una búsqueda perezosa en Google.

Repaso palabras y frases, me deleito en los momentos que más he disfrutado, intento descifrar (en los textos menos obvios, como este) qué han querido contarme, qué he entendido yo. Los libros que despiertan en mí cierta exaltación sensorial son mis favoritos; si puedo recrearme en sabores, sonidos, texturas y olores, me llegan más adentro que cualquier novela de florido lenguaje o elevadas aspiraciones.

Me pierdo en lo que muchos descartan por banal pero que, en el fondo, es todo lo contrario. Las lentejuelas, ese *je ne sais quoi* que convierte a un escritor en artista, a una novela en un regalo.

No hay trivialidad, sino mucho arte, en el olor de las semillas del cardamomo en el cielo de mi paladar. Si un cuentacuentos (porque eso somos, al fin y al cabo, poco más que juglares modernos) te regala sabores y aromas que perduran más allá de la lectura, es que estás ante un escritor que sabe lo que hace. Vaya, Tidhar ha vuelto a superarse.

Y así se me van las horas, a veces con los ojos cerrados, a veces con los ojos abiertos, como una zombi. Sigo dándole vueltas a esta experiencia loca que ha sido la lectura de *Tierra Profana*.

Las palabras me llaman, me gritan. Son una presencia viva en la habitación que me exige prestarles la atención debida. Como persona débil ante esas alarmas, obedezco y vuelvo a ellas, por el puro placer de la lectura.

Sí, este es *ese* tipo de novela.

Sí, ya he echado dos tardes a la basura y todavía no sé qué voy a escribir en este posfacio.

¿Debería ponerme seria y académica? ¿Sería mejor abordarlo como quien hace un comentario de texto y quiere sacar buena nota? ¿Opto por la vía cultureta y expongo mis conclusiones como si fueran dogmas de fe, dando por

hecho que mi interpretación tiene más validez que la del autor?

Es una responsabilidad esto de dejarlo todo por escrito. Cualquiera puede tirártelo a la cara. Peor aún: podría estar firmando la sentencia de mi propia ejecución si tomo al resto de lectores por idiotas, si no tengo en cuenta que, sobre todo en novelas de este calibre, habrá tantas opiniones como personas que se hayan dado un chapuzón en estas aguas.

Así que voy a optar por ser yo, con mis fallos y mis aciertos. Si quisieran a otra persona más canónica y formal lo tenían fácil; ponerle el colofón a esta obra es un caramelito. Imposible negarse.

Pero me lo pidieron a mí. Con todo lo que eso acarrea. Así que tomad asiento, que despegamos.

«El mismo lugar podía tener múltiples nombres: Jerusalén, Jerusalem, Ursalim, Yerushalaim. Cada nombre acarreaba una historia diferente en liza con las demás».

Nuestro avión toma tierra en un aeropuerto, algo nada raro en la obra de Lavie Tidhar.

Si, por un casual, has abierto este libro por la parte final, una manía que aprendí a corregir por las bravas, ciérralo y vuelve al principio. No has visto nada. No te cargues la fantasía de todo este asunto.

Bien. Empecemos a meternos en harina.

Nos asalta una avalancha de sonidos, olores y tonalidades. En pocas frases, Tidhar, el maestro de ceremonias, nos ha contado todo lo necesario, mucho mejor que otros en decenas de páginas. A lo largo de la novela lo experimentaremos con más detalle, pero aquí tenemos una de las pistas de cómo será nuestro extraño viaje.

Sensorial. Eso es. Podemos tocarlo, oírlo y, sobre todo, olerlo.

No importa el *cuándo* (eso es irrelevante, esta historia podría suceder ahora mismo, hace cuarenta años o pasado mañana), importa el *cómo* y el *dónde*. Pero, un momento… ¿dónde estamos?

«Con ellos le llegó el olor de Palestina: una mezcla de lluvia tropical y humo de los tubos de escape de los coches, frangipani y jazmín y frituras».

No, no, no, Palestina no huele así. No tiene ese sabor. Tampoco disfruta de lluvias con tanta frecuencia y calidez como para que se las denomine como tropicales. Palestina, mi Palestina, no es así. Es árida, polvorienta, sabe a dátiles y olivas, y huele a desierto y sal. La conozco, estoy segura… ¿estoy

segura?

El control de aeropuerto, esa escena tan incómoda e irritante, es la recreación correcta del trance por el que nos vemos obligados al entrar a tan complicado lugar. Parte del dialecto también, todo está en su sitio en apariencia pero, ¿qué es eso del monte Elgon? ¿A quién le importa una aerolínea ugandesa? Lavie… ¿qué estás haciendo? ¿En qué lío nos has metido?

En todas las novelas de Tidhar sucede lo mismo: hay que traspasar una barrera invisible, una membrana más o menos resistente que nos lleva a países de las maravillas en los que nada es lo que parece. Pura magia en las primeras páginas, narrada con una naturalidad que no necesita más adorno que su contenido, no su continente.

Y así se nos revela por fin el autor. Ese es Lavie Tidhar. Un mago de la narración. Con una mano te muestra lo que quiere que veas, el primer punto en el que te vas a fijar, lo desees o no, y no es otro que su fachada juguetona de amante de lo pulp y la novela negra. En la otra mano esconde un comodín. Por ahora no le hace falta, ya jugará esa carta cuando sea necesario. Cuando te confíes y creas que estás en territorio seguro, que las tienes todas contigo y controlas el ritmo y la dirección de la trama. Entonces lo pondrá todo patas arriba y los cimientos que dabas por supuestos saldrán volando por los aires.

Lo segundo que aprenderás sobre Tidhar es que es un excelente tramposo.

Si esta es la primera novela suya que ha caído en tus manos, enhorabuena. Todavía no sabes, aunque ya lo intuyes, de lo que te estoy hablando. Me das un poco de envidia porque recuerdo mi propia experiencia (en mi caso fue con *Un hombre sueña despierto*), de quedarme atónita, perpleja ante ese truco que un escritor se había sacado de la manga delante de mis ojos y no vi venir… Quería más. Necesitaba más. Tú, que me lees, probablemente te veas en mi misma situación.

Después llegó *Osama*. Ahora, esta *Tierra Profana* con la que lucho desde el principio hasta que renuncio a oponer resistencia y me dejo llevar.

Gracias, Lavie, por ser tan bueno con esto de los trucos de magia. Por saber esconder con tanta pericia las cartas marcadas y ganarnos siempre la partida.

«¿Y qué sucedía, se preguntó Tirosh, cuando personas diferentes se veían obligadas a compartir una misma tierra? Los mismos lugares con nombres diferentes, las mismas batallas con resultados distintos».

Como ya has podido comprobar, esto no es una ucronía, aunque lo parezca. Puede que, al principio, hayas encontrado muchas similitudes con ese subgénero (descripciones, alusiones, un punto Jonbar más que evidente) pero esa ficción no aguanta mucho en pie. Se levanta el telón y todos los actores y localizaciones salen a escena. En ese momento ya podemos ver que no estamos ante una novela típica del estilo a *El hombre en el castillo* (Phillip K. Dick), *La máquina diferencial* (William Gibson y Bruce Sterling) o *La conjura contra América* (Phillip Roth), por poner solo unos ejemplos. Ni siquiera se parece a la más sutil y atemporal *Ada o el ardor* (Vladimir Nabokov). ¿Quizá tenga mayor parecido con *Altneuland*, escrita por Theodor Herzl, la cual se menciona (y mucho) en esta novela?

Tampoco.

También funciona (son claras las similitudes y referencias) como una trama de Hitchcock: nuestro pobre y no muy querido Tirosh es una suerte de Cary Grant en *Con la muerte en los talones*. Y su sobrina Deborah interpreta el papel del *macguffin* que lo agarra del pescuezo y no lo suelta a la perfección: es la soga que lo arrastra de un lado para otro, casi sin ton ni son (aunque sabemos que todo, absolutamente todo, tiene sentido), para que vaya dando tumbos en pos de algo que ni existe ni encontrará.

Y, cómo no, también contamos con su fabuloso ritmo pulp, de novela negra clásica y trillada, ese aspecto de desenfado, la falsa sensación de recorrer un sendero banal y plagado de tópicos que tampoco es tal, pero que nos ayuda a leer con fluidez, a tragarnos las páginas al ritmo de un tren de alta velocidad.

Esto es *new weird*. Es ucronía, sí, y es ciencia ficción, teología, novela negra, pulp, autoficción, imaginería pop, una carrera hacia ninguna parte, y muchas cosas más que ya habrás descubierto.

Esto es nuevo y maravilloso; un laberinto de espejos en el que vemos reflejadas diferentes dimensiones y realidades paralelas de un mismo mundo, pero con diferentes resultados dependiendo del salto que pegue ese punto Jonbar móvil y juguetón con el que nos despista el autor.

Y lo más interesante de todo, el gran golpe de efecto de esta historia: ese laberinto no es aleatorio, aunque a veces lo parezca, pues se mueve según un patrón muy antiguo y preestablecido, que permite crear una narrativa consistente, no una fantasía incoherente sin las raíces bien enterradas.

La alusión a las raíces no ha sido casual, por supuesto, igual que las visiones de ese árbol con cráneos colgando que sufre nuestro protagonista, tampoco lo son. Está ahí por algo, lo mismo que ciertas palabras en hebreo

salpicadas casi al azar.

Tiferet.

Yesod.

Geburá.

Quizá hayas corrido a tu buscador favorito de internet para saber qué es todo eso. Quizá lo hayas dejado de lado; después de todo, no es lo único que has encontrado en otro idioma. ¿Qué más da una palabra más o una palabra menos?

Mal. Fatal. Si has pasado por alto eso… no, no creo. Somos gente lista. Nos gusta resolver los acertijos que se nos plantean. Y este es de los grandes, es el leitmotiv de la trama. Vamos con él, pues.

«¿Acaso ha leído usted el Zohar? ¿El Libro de la Creación? ¿El Libro de los Secretos? ¿La Iluminación?»

Una de las cosas que me ha resultado más interesante de la novela es ese núcleo central que se ramifica y da sentido a la narración, a las pérdidas de memoria y los falsos recuerdos, a los saltos en el tiempo, el espacio y los diferentes planos de existencia.

En mayor o menor medida, gracias al cine y a la literatura de ficción, e incluso a ciertas derivas de la investigación científica, todos estamos familiarizados con lo multidimensional. Sea en la ficción más dura (la película *Interstellar* es un buen ejemplo) o incluso en el terror (Clive Barker se pone muy juguetón con los diversos planos de existencia en gran parte de su obra, por ejemplo), aceptamos como válidas las reglas de la existencia de varias dimensiones, desde un punto de vista estrictamente occidental.

Pero Lavie Tidhar nos propone otro juego con las mismas cartas; la multiplicidad dimensional a través del prisma más clásico y esotérico de la Cábala Hebrea. Enfangarse con una tradición de casi dos mil años de antigüedad para explicar esta falsa ucronía es para quitarse el sombrero y aplaudir hasta quedarse sin manos.

Tierra Profana, la cara oculta de nuestra Tierra Santa, cuenta con su propio árbol de Sefarad, corrupto y malformado, que Lior Tirosh no para de vislumbrar en sus sueños y alucinaciones y, pese a toda su apariencia terrible, posee el mismo significado que su versión sagrada.

(Si no sabéis muy bien de qué trata todo esto, os recomiendo echar un vistazo a los esquemas del Árbol de la Vida de Athanasius Kircher, de fácil

acceso en internet. Son una gran ayuda para visualizar con claridad este punto en concreto del que se habla en la novela).

Este árbol de Sefarad (o Árbol de la Vida), o en este caso su versión tan impía como la tierra en la que se manifiesta, se ramifica en diez números descritos a través de las sefirot, que son también las diez emanaciones y atributos de la Cábala, a través de las cuales el *Ein Sof* (el Infinito) se revela a sí mismo y es el creador perpetuo tanto del reino físico como de la cadena de los reinos metafísicos superiores. Todas estas enseñanzas están recogidas en el *Séfer Yetzirah* y en el *Zohar*, principales y más antiguas fuentes del esoterismo hebreo y la Cábala.

Y es a través de este árbol y, por tanto, de estas sefirot, por el que transcurren los distintos viajes espaciotemporales de Tirosh, Nur, Bloom… No saltan sin ton ni son, no viajan de forma aleatoria. Hay una estructura compleja detrás de ello, un Árbol de Vida o Muerte que dicta cómo es cada dimensión y en qué punto te encuentras al atravesar ese portal por el que no debiste pasar.

¿Complicado? En el fondo no lo es tanto. Simplemente se trata de una tradición y de un punto de vista diferentes del occidental que debemos asimilar para entender por completo esta novela. La Cábala hebrea clásica es un campo de estudio fascinante del que han bebido muchas fuentes que damos por propias cuando, en realidad, la cultura occidental las ha asumido como propias a través del tiempo e incluso, como es el caso, ha deformado mediante el movimiento New Age hasta despojarlos de todo significado místico.

Hoy por hoy lo que más se conoce sobre la Cábala es que Madonna perteneció a ella y lo mostraba luciendo un cordón rojo en la muñeca.

Es la propia Nur la que nos lo describe a la perfección: «Tus captores son rudos, este mundo en el que estás ahora no conoce las leyes físicas fundamentales que son la base de los viajes entre las sefirot. Aquí apenas hay un atisbo o un vago recuerdo de esas leyes. Sí existen algunos crípticos textos cabalistas, pero caen más en el misticismo que en la ciencia».

Ay, la insoportable banalidad del ser humano…

«Da igual lo que hagamos, la historia siempre tiende a repetirse.»

La historia se acaba. Es hora de llegar a las últimas conclusiones, de asistir al cierre de esta función perfectamente sincronizada.

Ser espectadores del despojo que deja atrás la *performance* duele. Siempre

es así con las historias de Tidhar. Puedo imaginarle ahí mismo, ofreciéndonos sus brazos desnudos y su sonrisa triste, una mueca elocuente que se disculpa porque «esto es lo que hay». La hora de los disfraces ha terminado y llega el momento de la amargura.

De lo terrible.

De comprender que, tras tantas vueltas y revueltas en complicadas acrobacias aéreas, no había nada más que un cuento sencillo y desolador sobre lo poco que cambia el género humano. Qué desgraciados, qué espantoso destino el nuestro, ese que nos empeñamos en repetir una y otra vez.

Los presos de ayer son los carceleros de mañana.

El mundo gira y a nadie le importa ocuparse de los errores que cometimos.

Los pecados de los patriarcas serán los pecados de sus nietos y así rodaremos para siempre, como arbustos en el desierto que no saben dónde van ni por qué. Condenados a repetir los mismos errores en diferentes lugares y épocas.

Nuestro pasado nos persigue y nos empeñamos en caminar con lentitud en lugar de huir despavoridos.

No importa la fantástica historia que tengamos detrás; estamos condenados a joderla.

La historia siempre intenta repetirse. Sí, eso afirma Lavie Tidhar.

Nosotros nos obcecamos en darle la razón.

Nieves Mories,
Ávila, 18 de noviembre de 2022.